

El Harén del Tibidabo

ANDREU MARTÍN



ALREVÉS
NOVELA NEGRA



Andreu Martín (Barcelona, 1949) es escritor especializado en novela negra y policíaca desde que en 1979 publicó *Aprende y calla*. En 1980 recibió el premio Círculo del Crimen por *Prótesis*. Posteriormente, ha escrito numerosas obras del género que han sido galardonadas, como *Si es o no es* (con el Deutsche Krimi Preis International a la mejor novela policíaca publicada en Alemania), *Barcelona connection* y *El hombre de la navaja* (las dos con premios Hammett concedidos por la Asociación Internacional de Escritores Policiacos), *Bellísimas personas* (que, además del Hammett, también obtuvo el premio Ateneo de Sevilla) o *De todo corazón* (premio Alfons el Magnànim). Además, ha recibido el prestigioso premio Pepe Carvalho, en el festival BCNegra, que galardona toda una trayectoria —con ya más de un centenar de novelas—. Ha escrito también género erótico y novela infantil, donde, juntamente con Jaume Ribera, ha creado el personaje de Flanagan, cuya primera novela, *No pidas sardinas fuera de temporada*, recibió el Premio Nacional de Literatura Juvenil.

En la avenida del Tibidabo, por donde circula el viejo Tramvia Blau entre imponentes mansiones modernistas, se encuentra el Harén, un exclusivo prostíbulo, muy popular ya en tiempos del franquismo: el más lujoso de la ciudad, con puertas doradas, cámaras de vigilancia, vitrales de colores, cortinajes y tapices, y repleto de refugios, con salas clandestinas y pasadizos secretos. Tan secretos como los misterios que esconden también muchos de sus protagonistas.

Y es que Mili Santamarta, histriónico personaje y único heredero de la saga familiar y regente del club, recibe la terrible noticia del hallazgo del cuerpo de su madre, asesinada con dos tiros en la nuca. Junto con Sancha, su madre adoptiva y mano derecha del burdel —y también traumatizada por la muerte de su hijo años atrás—, emprenden un largo camino para aclarar los hechos y encontrar una verdad que, alfinal, supondrá una caja de sorpresas, con desaparecidos, traficantes de mujeres, listas inesperadas, sectas satánicas, rituales de vudú, clubes sadomasoquistas... y muchos muertos.

Con esta novela, la voz imperecedera de Andreu Martín vuelve con una dura historia, violenta, pero con buenas dosis de ironía y humor, con giros constantes que inyectan un ritmo vertiginoso en el que apenas queda espacio para la pausa, y ahí el lector se convierte casi en un personaje más dentro de una trama donde cada detalle cuenta.

EL HARÉN DEL TIBIDABO

,

EL HARÉN DEL TIBIDABO

Andreu Martín

ALREVÉS
BARCELONA-2018

Primera edición: setiembre de 2017

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Juan Bas, 2017
© de la presente edición, 2017, Editorial Alrevés, S.L.
© Ilustración de portada: Alex Orbe

ISBN: 978-84-17077-29-7
Código IBIC: FF
Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A los vascos cuya decencia les hizo superar el miedo y no miraron hacia otro lado ni alimentaron el odio durante los años de plomo

Poder matar a quien quieras cuando quieras. Hay tanta gente que posee este poder. Los generales, los enfermeros, los conductores de tranvía que circulan demasiado deprisa. No hay nada más banal que un homicidio. Está al alcance de todo el mundo. Y no siempre hace falta un motivo. Más bien se trata de un estado de ánimo. Un deseo.

Raphaël Jerusalmy,
Salvar a Mozart

1

El Harén y el Edén

Ay, por favor, vosotros decid lo que queráis, pero anda que no es difícil empezar a escribir una novela. Tenía la idea de abrir el relato cuando yo estaba hablando con un posible cliente ruboroso y calvo y Sancha golpeó la puerta con los nudillos para avisarme de que venía a verme la policía, qué horror. Pero entonces piensas que antes deberás situar al lector para que sepa dónde estábamos, de dónde veníamos, adónde íbamos, y se te ocurre que, si esto fuera una película, empezaría con un coche de la policía subiendo Balmes arriba, en dirección al Harén.

Un coche de policía, de los Mossos, con sus lucecitas azules en el techo y aquellas letras y distintivos por todas partes, para que quedara bien claro que eran policías.

La calle Balmes es una vía muy importante de Barcelona, que une el centro centrisimo de Pelayo y plaza de Catalunya con la zona alta de la ciudad. Desemboca en la plaza de John F. Kennedy, donde está la prestigiosa Universidad Ramon Llull rodeada por los jardines novecentistas de la Tamarita y de donde arranca la amplia avenida del Tibidabo, por donde circula el viejo Tranvía Azul, tan querido por los turistas. A un lado y a otro, mansiones modernistas espectaculares, como La Rotonda, de Ruiz y Casamitjana, que fue sucesivamente restaurante, hotel, manicomio y ruina vergonzosa. Se pueden contemplar obras de arquitectos como Puig i Cadafalch, Rubió i Bellver o Enric Sagnier, que han servido de residencia a personalidades como el compositor Enric Granados, o el famoso doctor Andreu, el de las pastillas para la tos, que fue el creador de esta urbanización selecta y elitista.

En el número 15, durante la guerra, estuvo ubicada la embajada de la Unión Soviética, de la que dicen que todavía se conserva un siniestro bunker subterráneo.

Es un edificio neogótico, modernista y de un romántico enloquecido, con

muros de roca, ventanas ojivales, vitrales de catedral, almenas y gárgolas terroríficas. Perteneció al marqués de Maimó, como lo demuestra el escudo heráldico que hay tallado en piedra sobre la majestuosa puerta principal: tres estrellas de oro en triángulo y bordura de ocho piezas de oro con el lema «Hic et Nunc». Y ahora ya me parece que me estoy enrollando demasiado porque, os recuerdo que solo quería empezar *in medias res* cuando estaba hablando con el cliente calvo y ruboroso, pero una vez te has liado ya no hay manera de parar.

O sea que en ese caserón siniestro vivía, antes de la guerra civil, el marqués de Maimó con su mujer, su suegra y sus hijas. Cuando los anarquistas se hicieron con el poder e iniciaron la revolución, la familia Maimó tuvo que huir a Francia, el edificio quedó confiscado y allí se instaló con todo lujo la embajada soviética. En el 39, Franco ganó la guerra, entre otras cosas gracias a las armas que pudo comprar con el dinero del marqués de Maimó, y este pudo regresar a su casa. Pero no lo hizo acompañado de su familia. Llegó sin mujer, sin hijas ni suegra, que por lo visto se habían perdido por el camino, nadie sabe cómo. Iban con él dos mujeres de cierta edad que respondían a los nombres de Dulce y Bombón. Con ellas, el palacio quiso convertirse en una casa de tolerancia como las que existían antes de la guerra, con pianista fijo y tertulia de artistas e intelectuales, y casi lo consiguió con el apoyo de las autoridades de la época, que siempre eran muy bien recibidas. Lo llamaron el Harén y se hizo muy popular en los primeros tiempos del franquismo, cuando la iglesia todavía era bastante tolerante con los gustos cuarteros de los vencedores.

Mi madre me contaba que la abuela Remei, que se sabe que murió de excesos, era hija de una de las dos, de Dulce o de Bombón, no se sabe muy bien de cuál de ellas, que heredaron el Harén cuando murió el marqués de Maimó.

Hoy, en las cocheras, que ocupaban la parte baja, se encuentra el restaurante Dulzón (contracción de Dulce y Bombón), y ya oigo a más de uno que exclama «¡Ah, sí, ahora ya sé donde está!». Bueno, pues fue allí, aquí, precisamente aquí, donde se detuvo el coche de la policía del que os hablaba.

Y dos agentes, de uniforme para dejar claro que eran policías, donde tendría que haber un puente levadizo encontraron una minúscula verja que les dio acceso a un jardín donde apenas habría cabido un bosque de bonsáis.

Avanzaron por el caminito de grava, subieron los tres escalones que les separaban de la imponente puerta de teca repujada y decorada con aldaba de bronce. Pulsaron el botón del videoportero.

—Quién es? —la voz insípida de Sancha.

—Policía. Mossos d'Esquadra.

Se abrió el portillo inscrito en el portal de arco de medio punto. Accedieron al vestíbulo majestuoso con escalinata ascendente bajo la cual brillaba la puerta dorada de un ascensor. Supongo que se quedaron extasiados ante los vitrales de colores, los cortinajes, los tapices y el pavimento de dibujos geométricos.

Y, ahora sí, ya podemos trasladarnos al Despacho de Recibir del primer piso, donde yo estaba hablando con el cliente calvo y ruboroso.

—Comprendo que mientas —le estaba diciendo—, porque la situación es muy poco airosa, pero afortunadamente no consigues engañarme. Me has dicho que no es la primera vez que buscas compañía de pago, pero tu rubor, tu mirada huidiza y ese movimiento continuo de los dedos y de los pies me hace pensar que sí es la primera vez. No importa. Siempre hay una primera vez para todo. Me has dicho que no estás casado, pero cuando te lo he preguntado te has tocado el dedo anular de la mano derecha. Te habías quitado la sortija, pero tu inseguridad ha hecho que lo comprobaras inconscientemente. O sea, que estás casado. Y no eres de Cataluña, porque en Cataluña la alianza se lleva en la izquierda y no en la derecha. Me has dicho también que has venido aquí por consejo de mi amigo el Príncipe, pero ¿sabes una cosa? A mi amigo el Príncipe le encanta venir al Harén, no pierde ocasión de acercarse por aquí para saludarme y tú habrías sido una buena excusa para hacerlo, si hubiera sabido que venías. Si no ha venido es porque no se lo has dicho, y si no se lo has dicho es porque no quieres compartir con nadie esta primera ocasión, esto es, debes de tener miedo y un hombre en estas circunstancias solo suele tener miedo de no cumplir, lo cual me hace pensar en problemas de erección. Perdona que te hable así, pero soy como un médico, tengo que saberlo todo para poder diagnosticar correctamente. Ahora, si me equivoco en algo, corrígeme.

El hombre ruboroso negó con la cabeza tan enérgicamente que, si no hubiera sido calvo, se habría despeinado. Sonreí por tranquilizarlo.

—No tengas miedo. Te buscaré una acompañante ideal. Pero ahora no está

aquí. Tengo que telefonarlo y llegará en quince minutos. De momento, te quedarás aquí, en el salón de al lado, tomando algo, con un par de acompañantes con las que podrás hacer lo que quieras, y hablar de lo que quieras. Son dos chicas excepcionales, las dos con título universitario, y bellísimas, pero te recomiendo que te reserves para la especialista que va a venir, porque te cambiará la vida.

Oí que se acercaba el taloneo nervioso de Sancha y se abrió un resquicio en la puerta para que pudiera verle uno de los ojos y solo una comisura de la boca.

—La policía —dijo en un susurro.

El ojo que vi, azul marino, estaba hinchado, colorado y humedecido por el llanto. Eso era insólito, Sancha llorando, me hizo retroceder muchos años atrás, hasta la época terrible en que Sancha todavía lloraba, y me causó una especie de temblor y dolor de cabeza.

—Perdone, pero tengo que cortar. Se acaba de abrir una grieta en el techo y me parece que la casa está a punto de caer sobre nuestras cabezas. Sancha, por favor, ¿quieres hacerte cargo del señor? Que se espere en la Pinacoteca con Nuri y Selena, y avisa a Nataly, que venga. Perdone, pero tengo que salir corriendo.

Salí corriendo de verdad, porque tenía que cambiarme de ropa para hablar con la policía. Junto al Despacho de Recibir, tengo un baño y un poco de vestuario. Por el camino, me arranqué las pestañas, tiré los zapatos de tacón a dos rincones del cuarto y me quité el vestido por los pies en dos brazadas y un sinuoso movimiento de caderas. Me lavé la cara frotando como un desesperado para quitarme el maquillaje, aunque sabía que no lo conseguiría del todo. «Bueno —pensé—, que se jodan, estoy en mi casa y puedo hacer lo que se me antoje.» Me puse un jersey que entraba por la cabeza, pim pam, y los pantalones, con tirantes. Y unas pantuflas de andar por casa.

Me miré al espejo. Cada día más viejo. Mi aspecto era un poco grotesco, con restos de maquillaje, porque a lo mejor tendría que haber utilizado toallitas húmedas, y ese bigotazo de mexicano, que no sé qué estaba esperando para afeitármelo, pero ¿cuándo no es grotesco mi aspecto? «Que se jodan.»

Bajé por la escalinata —porque la salita de recibir está en el primer piso— relajado y natural, indiferente a la opinión que pudieran tener de mí los

agentes que me aguardaban. No me importaba. Eso que los franceses llaman *souple*, ¿sabéis lo que quiero decir? Como la actriz de musical antes de arrancar su número de lucimiento.

Me encantaron las miradas de sorpresa y estupor de los policías en medio de la decoración del vestíbulo. Esplendorosa e iridiscente lámpara de lágrimas de cristal y los tapices de las paredes, que representan respectivamente el Edén y un harén. El Paraíso de Adam y Eva desnudos, con infinidad de animales y el terrorífico Demonio Serpiente agazapado entre las manzanas. Y mi preferido, el harén con odaliscas y eunucos donde, de pequeño, descubrí medio escondidos en un rincón a la mujer de rodillas y al hombre en pie; o, detrás de la columna, la mujer inclinada hacia delante y el hombre detrás; y en aquel diván, las dos mujeres entrelazadas.

—Buenos días, ¿qué desean?

Eran dos personas muy guapas. Precioso él, preciosa ella. Qué gozada. Iban de uniforme, que les caía de maravilla. Él era alto, delgado y fuerte, de rostro huesudo, anguloso, y ojos de mirada intensa y tierna, como maquillados. Ella era frágil como una muñeca, y me hizo pensar que su única misión en la policía consistía en hacer lo que estaba haciendo en aquel preciso momento: sonreír compasiva, mirar a los ojos, fruncir los párpados para demostrar que compartía sentimientos con la persona que tenía ante sí.

Estaban serios como portadores de malas noticias que eran. Hicieron que me sintiera trastornado de repente. Les pedí que me acompañaran a la sala que llamamos Regia o De las Orgías. Avanzamos sobre el deshilachado y valiosísimo kílím multicolor y pasamos por entre las vitrinas donde se exponía la colección de exquisitas deidades hindúes en delicadas posiciones sexuales. La decoración había sido cosa de mi madre, que tenía un gusto particular, aunque ella siempre lo atribuía a nuestros visitantes: «A los clientes les gusta», decía. Era a ella a quien gustaba.

Nos sentamos en uno de los tresillos.

—Ustedes dirán.

—Usted es Emilio Santamarta Santamarta? —preguntó el agente macho, como portavoz del binomio. Sonreí de esa forma que deslumbra a todo el mundo. «Relájate, Mili.» Dije:

—Santamarta Santamarta, sí, ya sé que hace gracia, pero es que mi abuela Remei era madre soltera, igual que mi madre, porque las dos eran

trabajadoras del sexo, que entonces se llamaban «obreras del sexo»...

—Bueno, ahora todo eso no importa, señor...

—Pues claro que importa. Permítame que le cuente...

—Venimos para hablar...

—Perdóneme un momento, que estoy en mi casa. Le estaba diciendo que mi abuela Remei se apellidaba Fabián Santamarta, Remei Fabián Santamarta, pero el abuelo Ildefonso Fabián se fue, las abandonó, a ella y a su madre, mi bisabuela, de forma que ella, de mayor, en los años cincuenta, se hizo cambiar el apellido y se puso Santamarta Santamarta, dos veces el apellido de la madre, para borrar de su existencia la presencia de aquel cabrón de hombre, ¿comprenden? Y cuando tuvo a mi mamá, como no sabía quién era el padre, le puso sus dos apellidos, Santamarta Santamarta. Y mi madre, cuando me tuvo a mí, hizo lo mismo: Emilio Santamarta Santamarta...

Es muy difícil comunicar una noticia como la que me traían los dos agentes y será por eso que no se atrevían a interrumpirme. Abrumados por mi palique, intercambiaban miradas de angustia suplicándose mutuamente: «Díselo tú».

—Señor, le traemos malas noticias —intervino finalmente el agente hembra.

—Eso ya me lo han dicho antes —repliqué, y callé porque ya no podía esquivar el disgusto por más tiempo.

—¿Cuál es la última noticia que tuvo de su madre, señor Santamarta?

Ay, qué pregunta tan directa y tan impertinente, por favor. Casi me corta la respiración. Bueno, contestaré porque se trata de la policía, que si no de qué.

—Se fue —dije, muy afectado—. Con un cliente. Hace once años. Yo tenía dieciocho. En el 2006. —Aguanto firme, pero me estoy angustiando tanto y tanto que puedo ponerme a chillar de un momento al otro—. ¿Por qué me lo preguntan?

—Ayer —dice el agente macho, solemne—, en el jardín de un chalé de Santa Anna de Costa, en el Maresme, encontraron enterrados los restos humanos de una mujer.

—Ay, por favor.

—Según el forense, debe de hacer unos diez o once años que estaba allí.

La hemos identificado como Emilia Santamarta Santamarta...

—Ay, no, por favor.

—... porque llevaba la documentación en un bolso mano que enterraron a su lado.

—Por favor, por favor, por favor.

—Lamento comunicarle que los primeros estudios forenses indican que fue asesinada. Le dispararon dos tiros en la nuca.

Yo, destrozado, destrozado, pero lo que se dice destrozado del todo. Me rodaba la cabeza. Me dije: «No chilles». En el fondo lo sospechaba. Mamá no podía haberme abandonado así como así. Mamá era buena, me quería. Por favor, por favor. Aquellos dos agentes tenían que encontrarse superincómodos ante un espantapájaros ridículo y grotesco que lloraba sobre restos de maquillaje como un patético payaso triste. Me di cuenta de que el policía macho experimentaba la necesidad de agarrarme la mano para transmitirme su consuelo, pero se reprimía porque era macho, policía e iba de uniforme. «Mamá me quería, no me abandonó, la mataron, y eso yo ya hace años que lo presentía y no se lo dije a nadie porque me daba vergüenza.» Se me escapaban las lágrimas. Soy un llorón de mierda. «No chilles, por el amor de Dios, no chilles.» Sobre todo, que no se me escapase la pluma, por favor, por favor, que no se me escapase la pluma. Estaba llorando y me temblaba la barbilla como si estuviera en mi último estertor. Pedía que me perdonaran, «Perdonen, perdonen», trataba de mantenerme firme, «¿Tenemos que hablar de algo más?, ¿tienen algo más que decirme, o, o...?»

Los dos policías estaban muy preocupados por mí, alargaban los brazos hacia delante por si me caía del tresillo, ponían cara de alarma y me decían que no, que no, que ya hablaríamos otro día, a lo mejor mañana, en la Ciudad de la Justicia, cuando fuera a identificar los restos, «¿Tendré que identificar los restos? Ay, que me caigo», «Ay, que se cae».

—¿Mañana?

—Sí, ¿le parece bien? ¿Mañana, a media mañana?

—Sí, sí, claro.

—¿En la Ciudad de la Justicia?

Grité:

—¡Sancha! ¡Sancha, ven un momento!

Llegó Sancha, con esa expresión de tribulación estándar que igual le vale para darte el pésame como para lamentar que se te haya roto una uña.

—Pobre Mili —iba diciendo—. Pobre Mili.

Ya no quedaba rastro de llanto en sus ojos azul marino.

—Toma nota de lo que dicen estos agentes —le pedí mientras me retorció por dentro y un poco por fuera—. Mañana, en la Ciudad de la Justicia. Y me lo recordarás, que yo no sé donde tengo la cabeza. Y dile a Maragda que venga, que la necesito.

—Ahora está con un cliente... —quiso advertirme Sancha. —Que venga ahora mismo —repetí con la mandíbula rígida—. Que deje lo que está haciendo y que venga ahora mismo —a punto de explotar—. Que baje a la Sala Húmeda.

Sancha recurrió a la radio de uso interno.

Yo, aniquilado, no podía mantenerme impasible ante los policías, así que me despedí moviendo los brazos delante de la cara como si me abriera paso en medio de una jungla de telarañas. Pasé al vestíbulo, me metí en el ascensor de puertas doradas y pulsé el botón del sótano. Estaba temblando de furia. Me estaba transformando en míster Hyde.

2

Mamá me quería

Maragda vino a buscarme a las puertas de la Sala Húmeda. Había interrumpido su trabajo y bajaba, encantadora, apenas vestida con tanga y sujetador de color rojo, licra y encaje. Era menuda pero abundante, de las más sexis del catálogo, nariz un poco aguileña, cabellera oscura y una combinación de mirada y sonrisa tan enigmáticas como prometedoras. Solo ella sabía cómo ayudarme en la depresión. Enseguida vio que no me aguantaba en pie y me sirvió de apoyo hasta el interior de aquella sala amplia, de paredes de pizarra negra, con piscina, jacuzzi y una lluvia continua, tibia y relajante.

En cuanto traspasamos el umbral, cuando mi acompañante me soltaba para cerrar la puerta y la vi desprevenida, la sujeté del brazo y, con todas mis fuerzas, que eran pocas, la hice caer al suelo insultándola con rabia. Quería hacerle daño. La llamé «malnacida» y «cabrona», porque en esta casa nunca se usó «hijo de puta» o «hija de puta» como insulto. Mi madre era una hija de puta y yo soy hijo de puta y hemos procurado muchos beneficios a la sociedad y hemos hecho ganar mucho dinero a la gente, o sea que aquí ser hijo de una puta no tiene que ofender nadie. Es una expresión que ni siquiera existe. Aun así, no os voy a engañar, estas palabras también vibraban en la punta de mi lengua. «Malnacida, cabrona, ¿qué coño te has creído, desgraciada?», y fui a por ella con la intención de tirarla a la piscina a patadas. Pero resbalé, porque el agua que caía constantemente del techo formaba una fina capa sobre el suelo de pizarra, y estuve a punto de perder el equilibrio, pobre payaso inepto; y ella, que ya se esperaba mi ataque, había sabido parar el golpe, había rodado con violencia y, transfigurada en animal satánico, mezcla de anaconda y pantera, se puso en pie de un salto. Su cabellera desplegada detrás la cabeza, como la capucha de la cobra real cuando ataca; la boca abierta para mostrar sus dientes apretados, dispuesta a clavármelos en la yugular; sus ojos encendidos por toda la maldad del

infierno. Pegó un salto prodigioso, irreal, acróbata de tanga y sujetador rojos, licra y encaje, y vino disparada contra mí como una bala de cañón. Era experta en no sé qué arte marcial, y eso la hacía invencible. Esquivó mi puñetazo y me golpeó el costado izquierdo. Cuando retrocedí, encorvado, giró sobre sí misma como una bailarina y me clavó el pie en el estómago. Me encogí con un sollozo de desesperación que culminó en un llanto feroz y ella, sin piedad, me llamó «desagradecido, desgraciado» y me castigó el rostro con los puños. Tenía los huesos de sus dedos duros, como de hierro.

Maragda, hace unos años, fue violada brutalmente por unos vándalos de la calle y carga con un rencor que crece y crece con cada hombre que atiende. Siempre me pregunto cómo puede proporcionar tanto placer a personas a las que odia. Siempre me pregunto si me odia a mí tanto como a los otros hombres.

Manoteamos el aire a toda velocidad, entrechocando los brazos, yo para sujetarla, o para alejarla, ella para clavarme los puños con saña, nos mostrábamos los dientes, nos mirábamos con odio mientras yo pensaba «estúpido, idiota, mamarracho, asqueroso». Pude agarrarla de la muñeca y envié mi mano abierta contra su mejilla, la mano abierta, no el puño, que no hay para tanto, «abre el puño, imbécil»; le planté la mano en la mejilla con un chasquido parecido a un disparo de pistola. Giró como una peonza y quedó de espaldas a mí. Me abalancé para agarrarla de los pelos y Maragda, en lugar de esquivarme alejándose, se me arrimó, chocando contra mi pecho, y neutralizó mis intenciones. Tan cerca como tenía aquellos pechos de valquiria, tan fácil como sería aporrearlos y machucarlos para hacer que se arrodillara a mis pies, pero reprimí las ganas porque no valía, porque los genitales y las tetas eran intocables. Conseguí agarrarle de los cabellos y ella supo clavarme el codo en el pómulo, no en la nariz, porque calculaba mucho sus golpes y sabía que un codo en la nariz provoca sangre y excesivos estragos, pero fue un golpe cegador que me hizo retroceder, y siguió un revés limpio que me volvió la cara, y el puño en la boca del estómago, definitivo como una estocada en el corazón.

Me quedé sin aire ni visión, mis pulmones reducidos a la medida de pasas secas; caí atrás y resbalé sobre el piso mojado, ahogándome y boqueando como un pescado al borde de la muerte, insultándome con toda la crueldad de mi corazón. «Ridículo payaso estúpido.»

A veces me parece que Maragda se hace daño al ejercer esta profesión y le propongo que no atienda a más clientes, que colabore en el área de administración de la empresa. Sancha necesita ayuda. Pero Maragda siempre se ha negado a ello. Una vez me dijo: «Me gusta ver a los hombres ridículos y humillados y no hay hombre más ridículo y humillado que aquel vencido por el sexo».

Antes de que pudiera pensar en recuperar la verticalidad sobre el pavimento chapoteante, el cuerpo de Maragda cayó sobre mí con impacto de meteorito. Era un cuerpo menudo, pero me aplastó como el alud que baja de la montaña. Me encontré sin respiración, los ojos fuera de las órbitas, vencido e impotente, vaciándome en un llanto infantil y humillante. Maragda me tapó la boca con la suya y llenó mis pulmones con su aliento, me insufló vida antes de meterme la lengua y acariciarme las encías mientras unas manos expertas y expeditivas me iban desabrochando la ropa pegada al cuerpo.

En el instante siguiente, yo aflojaba los músculos y apagaba la electricidad que me crispaba los nervios. Con los ojos cerrados, dejé que hiciera. Yo gemía con ansia y ella rugía un sonido inhumano que expulsaba al mismo tiempo por la boca y la nariz. Me descolgó los tirantes para quitarme los pantalones y me envolvió en placer. Los dedos, los labios, el roce de su cuerpo, el abrazo, el aliento, caricias, masajes, la mezcla de deleite y dolor me galvaniza, crea una confusión de sollozos y risas en mi garganta dolorida, uno de esos instantes de los que no querrías salir nunca más, momentos sublimes, irrepetibles aunque conocidos, que culminan, al abrir los ojos, en una visión mística del mundo.

Todo lo que pasa es porque tiene que pasar. No somos más que espectadores de una vida que transcurre a toda velocidad y donde cada detalle tiene sentido y está en función del resto de detalles.

Bajo la lluvia tibia los dos, miré con emoción los ojos oscuros de Maragda, tristes y bondadosos, y fui capaz de decir:

—Es una gran noticia, Maragda. ¿Te das cuenta? —Ella no se inmutaba, atenta a mis palabras, tan bonita con sus cabellos mojados pegados al rostro, su cuerpo brillante de gotas de sudor y de lluvia—. ¿Es que no lo entiendes? Mamá no me abandonó. No me dejó. Si aquel día no volvió a casa, fue porque la mataron. Ella nunca me habría abandonado.

Se me escaparon las lágrimas, pero ya eran lágrimas limpias y

limpiadoras, sanas y reparadoras, llanto sin rastro de rabia ni de rencor.

Finalmente, estaba triste pero no hundido.

No destrozado.

«Gracias, Maragda.» La abracé, nos abrazamos con fuerza.

La vida solo es soportable si puedes dar y recibir abrazos como aquel.

3

La madre que tuve

Nos duchamos y vestimos en mi bunker del sótano. —¿Cenamos en el Dulzón? —propuso Maragda, cuando subíamos en el ascensor de puertas doradas.

—Antes quiero hablar con Sancha.

—Tengo hambre —protestó ella.

Llamé a través de la radio de uso interno.

—¿Sancha? ¿Cómo estás?

—Bien. —Lo dijo como si le hubiera preguntado cuál era la segunda letra del abecedario.

—¿Dónde estás?

—En la Pinacoteca. Ven, que te quiero enseñar una cosa.

Maragda se había puesto un vestido blanco y vaporoso que hacía pensar en un ángel, o en una diosa griega, o una vestal, o un personaje de cuento infantil. Me emocionaba contemplarla. Presioné la mano pequeña pero fuerte, de huesos de titanio, que tenía en la mía, y entramos en la Pinacoteca, donde nos esperaba Sancha, como una estatua de cera en medio del aposento, cuerpo inanimado, foto fija que no piensa en nada. Un segundo después de que cruzáramos el umbral, recuperó la forma humana y nos miró.

La abracé con fuerza, y ella me correspondió recordándome con la presión que yo era como un hijo para ella, el sustituto de su hijo, el que tal vez su hijo podría haber sido alguna vez.

Cuando mi madre se fue, yo estaba en la cárcel. Por primera vez en mi vida. Estaba condenado a ser un delincuente juvenil. Fracaso escolar, me fumaba casi todas las clases, siempre a mi bola, no me interesaba por nada, me burlaba un poco de todo y me metía en el Harén solo para dormir y para follar. Había vivido toda mi vida en el Harén, desde pequeño, era un niño iniciado desde la infancia por un ejército de bad girls. Pobre niño

desorientado. A los doce años, entre mis amigos de escuela presumía de follar día y noche, siempre que quería, con quien quería. Me echaron de la escuela. Pobre niño. Mamá me había dicho: «No robes nunca, Mili, prométeme que nunca robarás, y que no traficarás con drogas. Yo te daré todo el dinero que necesites, pero no te metas en esa clase de líos». Es fácil no robar si tienes más dinero del que puedes gastar y tu madre tiene un negocio de chicas complacientes y generosas, pero el tema de las drogas es otra cosa. Si eres el rico de la pandilla, serás quien compra la droga de todos, y droga para todos quiere decir mucha cantidad, de forma que, si te pillan, no es con una sola dosis para consumo personal, sino con un cargamento para el consumo personal de toda una cuadrilla, y a eso la poli lo llama tráfico de drogas. «No era un cargamento, eran unas cuantas dosis para consumo individual.» No coló. Mi madre nunca me había dicho nada del desahogo de la violencia, quizá porque nadie como ella sabía que no hay mejor lenitivo contra la angustia, el miedo y el dolor que provocar angustia, miedo y dolor en los otros. A eso se debe que, cuando era un chaval, me detuvieran más de una vez y más de dos por mi participación en peleas multitudinarias, por el uso de puños americanos, porras o bates de béisbol, lo que se dice vandalismo. No cuchillos, ni machetes, ni pistolas, que son herramientas de cobardes y malas personas. Llegué a hacerme famoso en el Tribunal Tutelar de Menores. Y, en cuanto cumplí los dieciocho, me trincaron con el cargamento de drogas. El juez me envió a la cárcel para hacerme un favor (dijo). Y cuando salí de la Modelo, me dicen que mamá no está, que se ha ido con un señor.

Me hundí. Entre la experiencia de la cárcel y el miedo de que mamá no volviera nunca más, mi reacción instintiva y primaria fue la de encerrarme en el Harén. Pensaba que no saldría de allí hasta que volviera mi madre. Me veo acurrucado en cualquier rincón de la mansión, viendo pasar a las chicas, y a las chicas con los clientes, y a las camareras y a las chicas de la limpieza. Pasado un tiempo prudencial, Sancha reclamó que el Harén y el restaurante Dulzón, así como todo lo que había en las cuentas bancarias de mi madre, pasaran a mi propiedad como único heredero. Sancha me quería mucho. Me había visto nacer. Mamá y ella habían empezado juntas, tenían la misma edad. Alguien dijo alguna vez que eran la reproducción de las Dulce y Bombón de antes de la guerra. Siempre fueron inseparables. Mi nombre

constaba como copropietario de las empresas y los edificios y como titular adjunto de las cuentas corrientes, y eso hizo que los trámites fueran sencillos y me ahorrara mucho dinero. Durante dos o tres años, Sancha se hizo cargo de todo mientras yo me lamía las heridas por los rincones, y las colaboradoras me lamían lo que hiciera falta para consolarme. Gracias a Sancha me desenganché de las drogas, incluso de mi adicción a la adrenalina, que es una de las peores. Ella había tenido un hijo drogadicto y delincuente de mal final, el Venán, y a partir de aquel momento se emperró en que yo no cayera en la misma trampa que él. Y lo consiguió, ya lo creo que lo consiguió. Su Milito, destrozado, abandonó la calle para siempre, se encerró en el Harén, se puso al mando, redujo su vida al sexo y la reflexión y eso hizo de mí el hombre que soy ahora. Responsable, propietario de una empresa próspera, amante de la lectura, el cine y las artes y razonablemente feliz.

Sancha, pobrecita, era callada e introvertida como una ostra, pobrecita, un poco ausente, desconfiada como el ladrón a punto de entrar a robar. Nunca hablaba del pasado. Solo del futuro, de lo que teníamos que hacer, de lo que haríamos, de lo que pasaría el año próximo, o mañana, o dentro de un momento.

—¿Cómo estás?

—Más tranquila. ¿Y tú?

—Más tranquilo.

Maragda se mantuvo al margen de la efusión de sentimientos. Solo murmuró un casi imperceptible «Lo siento, Sancha, es horroroso». Su relación con Sancha era de patrona y empleada y no había mucho lugar para las familiaridades. Yo era otra cosa.

Sancha dedicó un vistazo al vestido vaporoso y blanco, al peinado, al maquillaje, como el general que pasa revista a la tropa.

—Sancha —dije—: nunca me contaste cómo fue que se fue mi madre...

Se separó de mí como si acabara de descubrir que desprendía algún olor asqueroso.

—Ahora no podemos hablar de eso. Mira: quiero que conozcas a Irma.

4

Lo que las mujeres no tienen

En el Harén teníamos cuadros muy valiosos, pero no estaban al alcance de los clientes ni de nuestras colaboradoras. Eran demasiado valiosos. En las paredes de la sala que denominábamos Pinacoteca, solo había litografías que reproducían bailarinas descoyuntadas de Degas; esperpentos tan vulgares como inquietantes de Toulouse-Lautrec; la espléndida, solitaria y perdida Madeleine de Ramón Casas, o el sexo terrible de Egon Schiele. En medio de tantas obras de arte y tanto barroquismo mobiliario, la mujer que nos esperaba sentada en uno de los sillones era demasiado vulgar, demasiado llamativa, demasiado obtusa y demasiado alta. Pechos grandes que tensaban una blusa amarilla, pantalones de pana rojos, zapatos blancos de tacón muy alto. Rubia, una especie de Marilyn. Yo no estaba para Marilynes en aquel momento.

—Siempre me dices lo mismo. Ya sé que no te gusta hablar de aquella época, porque se te mezcla con lo de tu hijo, pobre Venán...

Sancha ya se había vuelto de espaldas y se dirigía a la muchacha, que se había puesto respetuosamente en pie.

—Esta es Irma...

—¿Tú crees que la fuga de mamá tenía algo que ver con lo que hizo tu hijo? —insistí.

—... Ha venido este mediodía, antes de comer, con un cliente. Estaba equivocada...

—Es inevitable pensar en eso, Sancha. Pero tenemos que hablarlo. ¿Tú crees que mi madre se fue por aquello que hizo tu hijo?

Siempre de espaldas a mí, Sancha se quedó clavada e inamovible como el viejo roble centenario y dijo, con aquella autoridad que de pequeño me marcó el buen camino:

—Mili, ahora no vamos a hablar de eso. Aquí, delante de todo el mundo.

—Todo el mundo eran Maragda y aquella rubia que se hacía llamar Irma. Callé, me conformé y Sancha continuó hablando, a pesar de que ya debía de saber que no podría concentrarme en sus palabras como era debido—. Este mediodía, Irma ha llamado a la puerta acompañada de un cliente. Un cliente japonés, por cierto, que se ha quedado boquiabierto al ver el Harén, claro, no dejaba de hacer fotos.

—Era un cliente con mucho dinero —intervino Irma, para justificarse, con una voz profunda de mazmorra—. Lo he traído aquí porque tenía mucho dinero. He pensado que era una manera de valorarme más.

—Por favor, nena, no interrumpas —la cortó Sancha, impaciente. Y, con otro tono, mirando al suelo—. Quería alquilar una habitación. Estaba confundida. Creía que esto era un *meublé*, y que podía usar un cuarto, como en un hotel. «No te equivoques», le he dicho. Le he dicho que no podía ser, que no se confundiera, que este es un club muy exclusivo y que solo se admiten socios y socias... Pero —Sancha hizo una pausa antes de continuar—, cuando la he mirado bien, de arriba abajo, lo he pensado mejor y le he alquilado la Sala Cursi a mitad de precio.

Yo estaba mirando de arriba abajo a la Marilyn altísima y rubia de la blusa amarilla, los pantalones rojos y los zapatos blancos de alto talón. Calibré su belleza según los cánones que imponen las leyes del mercado, qué queréis que os diga, no soy yo quien fija las reglas, sino los clientes, que piden lo que quieren. Era bonita, más que bonita, espectacular, como la Marilyn de *Con faldas y a lo loco*, pero más delgada y mejor proporcionada. *I wanna be loved by you, pu-pu-pi-tuh*. La mirada soñolienta o miope, los labios gruesos, la naricilla, el óvalo armonioso del rostro. Las manos grandes. Los hombros anchos. Busto voluminoso. Los pies inmensos que requerían zapatos especiales.

Para realizar la inspección, me había desplazado y ahora ya podía ver los ojos azul marino de Sancha, y pudimos intercambiar una breve conversación telepática.

«¿Por qué le has hecho el favor? ¿Por qué precisamente a esta persona?»

—Con una condición. Le he dicho que le alquilaba el cuarto pero que, luego, cuando se fuera el cliente, ella tenía que quedarse para hablar contigo. He pensado que te gustaría conocerla. Y ella ha dicho que sí. Después ha ocurrido lo que ha ocurrido, se nos han complicado las cosas y, en fin, que

hace horas que se espera.

Me planté ante Irma. Casi tenía que mirarla en contrapicado. Aguantó con firmeza mi mirada en la suya. Casi sin parpadear. Valoré muy positivamente que no comiera chicle.

—¿Trabajas?

—Sí.

—¿De qué?

—Trabajos ocasionales. Basura. Dependienta tres meses, fuera, otro; camarera tres meses, fuera, otro; ahora teleoperadora, y dentro de tres meses supongo que fuera y otro. Mierda de trabajo.

—¿Te gustaría trabajar con nosotros?

—Sí —dijo sin dudar.

—¿Hace tiempo que te dedicas a esto?

—No. Muy poco. Cuatro o cinco meses.

—¿Lo haces por necesidad?

—Claro que lo hago por necesidad.

—¿Necesidad económica?

—Sí. —Dudaba—. No. No solo por necesidad económica.

—¿Quieres decir que te gusta?

—Sí.

—¿Qué es lo que te gusta de este trabajo?

—Es... —No aparta la vista. Solo elige minuciosamente las palabras—. Excitante. Un poco perverso, quizá. Divertido. Conoces a gente. Un poco arriesgado, también. No lo sé. Excitante.

Intervino Sancha, un poco impaciente, como si temiera que yo no estuviera entendiendo el mensaje que se escondía entre líneas:

—He pensado que a ti te gustaría tenerla en el Harén. Ya estábamos otra vez. Sancha, pobrecita, era la madraza preocupada porque su hijo, o ahijado, o hijastro, no tenía pareja que lo cuidara. Y no perdía ocasión para presentarme a la persona que debería hacerme compañía el resto de mi vida. Nunca había entendido mis gustos y, de vez en cuando, me ponía a prueba diciendo «Mira, esta chica haría para ti» o «¿No te parece que este chico es guapísimo?». Me había puesto delante niños que podían ser mis hijos, atletas que podían ser actores de cine, camioneros peludos que podrían haber sido

mis tíos e incluso hombres distinguidos que podían ser mis abuelos. «¿Qué me dices? ¿Te gusta?» Cuando descartó, sorprendida y abrumada, el género masculino, probó con niñas que podían ser mis hijas, modelos que representaban cánones de belleza, mujeres maduras que podrían haber sido mis madres e incluso venerables ancianas que podían ser mis abuelas. Últimamente, había decidido tomar el camino del medio.

—¿Has pensado que me gustaría tenerla en el Harén? ¿A mí? ¿Especialmente?

—Sí. —Sancha hizo una mueca: «Sí, señor, idiota, que no te enteras de nada».

Maragda ya lo había entendido todo y se reía agachando la cabeza y tapándose la boca con la mano.

—¿Por qué? ¿Porque no tenemos ninguna colaboradora como esta?

—Exacto.

—¿Porque supones que tiene unos genitales, digamos... inesperados?

—No supongo nada. Sé que tiene unos genitales inesperados.

—Y has pensado que a mí me gustaría tenerla en el Harén.

Sancha estuvo a punto de golpear con un pie en el suelo. Agotada la paciencia, fue al grano:

—Por favor, no te hagas el tonto. He pensado que Irma podría ser tu compañera ideal, sí, señor, si lo quieres claro, te lo voy a decir bien claro. —Sonreí, complacido—. Tú eres cómo eres, Mili, no te vayas a engañar. Antes decíamos del ramo del agua. Pero al mismo tiempo te gustan mucho las mujeres, a que te gustan las mujeres.

—Pues claro que me gustan las mujeres —concedí, siempre sonriente como los hijos sonríen a las madres amantísimas.

—Pues Irma es tu ideal. Se parece mucho a una mujer como las que te gustan, pero no es una mujer, porque tiene lo que las mujeres no tienen.

Moví la cabeza con benevolencia.

—Querida Sancha. Permíteme que me organice la vida a mi manera. Lo que tiene Irma, a mí me sobra, ¿comprendes? A mí me gustan las mujeres porque tienen lo que tienen. Ya me gustaría tener una mínima parte de lo que a las mujeres les sobra.

—No entiendo nada —dijo Sancha, contrariada.

—No. No entiendes nada.

—Tú no eres gay ni eres nada. ¡Ahora va a resultar que te gustan las mujeres!

—Toda la vida me han gustado las mujeres.

—Entonces, ¿por qué te vistes de mujer?

—Precisamente porque me gustan las mujeres. Haría cualquier cosa para ser como ellas. Cada cual se viste como las personas que le gustan, ¿no te parece?

—Vete a cagar —exclamó Sancha.

Hizo gesto de salir disparada de la Pinacoteca, pero la retuve con abrazo amoroso. Le di un beso en la frente y miré a Irma, que no sabía qué expresión poner.

—Ahora —le dije— hablarás con Sancha, que te explicará en qué condiciones trabajamos en esta casa. Porcentajes, obligaciones, disponibilidad, etcétera. Después, tómate una semana para pensártelo. Quiero estar seguro de que estás convencida de hacerte socia y colaboradora de nuestro club y no quiero que te traiga solo la necesidad. Ni yo ni mis clientes queremos caras de amargura, de resignación y de dolor. Y, dentro de una semana, nos volvemos a ver y te pondré a prueba. Irma asintió con la cabeza algo cohibida.

Manteniéndola sujeta con el abrazo amoroso, conduje a Sancha al Despacho de Recibir, que era la habitación de al lado. Un aposento no muy grande, estilo déco, con un escritorio precioso, de cenefas geométricas talladas en la madera e incrustaciones de lapislázuli; con figuritas de mujeres frías y hieráticas con poca ropa; en las paredes, dibujos de Barbier sobre las escenografías de Nijinsky.

Maragda nos siguió tan discretamente como si no pisara el suelo.

Sancha levantó la vista hacia mí temerosa de lo que yo pudiera decirle.

—No me has contado nunca como fue que mamá se largó —susurré rápidamente, como para demostrarle que no quería alargarme en el trámite.

—Y no te lo voy a contar ahora, Mili. Esa chica me está esperando.

—Pero ¿fue algo improvisado, te lo dijo de un día para otro, o ya lo veías venir desde tiempo atrás?

—Ahora no tengo tiempo, Mili...

—Aquel cliente, Julio Duch...

—Mili: estoy tan nerviosa y afectada como tú. Deja pasar un tiempo.

—¡No puedo dejar pasar un tiempo!

—Has dejado pasar once años. Déjame que lo digiera mejor. Y hablaremos. Te lo prometo.

—¿Tú crees que se fue por aquello que hizo tu hijo?

Con un suspiro, derrotada:

—Sí.

—Pero tú has dicho alguna vez que tu hijo era incapaz de hacerles aquello a aquellas chicas. Dijiste que lo habían condenado injustamente, y que había muerto injustamente...

Sancha se había vuelto a convertir en estatua de cera. Petrificada. Había cerrado los ojos, soportando un dolor muy intenso y muy profundo. Paralizadas todas sus constantes vitales.

Fue Maragda quien reaccionó.

—Mili —musitó tímidamente—. Quizá no sea el momento.

Tenía razón. A veces no sé discernir cuándo es el momento oportuno para cada cosa. El ansia me dispara y hace que me precipite.

—No es el momento —confirmó Sancha.

Maragda me agarró del brazo y me empujó hacia la puerta.

—Vamos a cenar —dijo.

Yo también cerré los ojos, como Sancha, y aspiré y espiré tres veces antes de poder cambiar de capítulo.

5

Los huesos y la calavera

Al abrir los ojos tomé conciencia inmediatamente de que era 15 de febrero. Lo que significaba que el día anterior, cuando me habían dado la espantosa noticia, era el Día de los Enamorados. Por alguna razón, aquello me pareció de una tristeza arrasadora.

Mientras me vestía y me miraba en el espejo, me decía que era una persona extraña.

Hacía mucho tiempo que no salía de casa. No diré los once años desde que mi madre había faltado, porque siempre hay obligaciones, pero tal vez más de un año. Era un loco escondido dentro de su castillo, como los malos de las películas de James Bond, construyendo a mi alrededor una cárcel de lujo donde yo mismo me había condenado a cadena perpetua. Las fachadas anterior y posterior del Harén estaban rellenas de microcámaras que controlaban constantemente lo que sucedía en las inmediaciones de mi cubil; en la zona de administración y seguridad del primer piso, había una habitación llena de pantallas desde donde Cleo y sus colaboradoras prevenían cualquier amenaza exterior. En el famoso bunker de la antigua embajada soviética, me había organizado un refugio subterráneo que podía soportar sin problemas cualquier clase de ataque atómico o guerra bacteriológica. Allí dormía, leía, me emborrachaba y masticaba mi soledad cuando me apetecía masticar la soledad. Justo al lado, al otro lado del ascensor blindado, habíamos creado la Sala Húmeda, donde siempre llovía agua tibia. Y ahora estábamos excavando un túnel que debía comunicar el sótano con la red de alcantarillado por si acaso, alguna vez, los enemigos exteriores eran tan poderosos que no me quedaba más remedio que huir.

El exterior estaba lleno de peligros terribles, bandas enemigas, provocadores cabrones que podían llevarme al límite, a los puños americanos y a los bates de béisbol, y yo lo sabía porque había sido uno de esos peligros cuando había podido correr libre por las calles. El exterior era un lugar

espantoso, poblado por monstruos y amenazas, como lo demostraba el hecho de que, un día, mi madre había salido al exterior y no había regresado nunca más.

Le habían pegado un par de tiros en la nuca. Pobre mamá, por favor.

Mientras me vestía y me miraba en el espejo, veía a un hombre asustado que intuía que todo esto no debía de ser normal. Suponía que era una forma de locura.

Por la radio de uso interno, Sancha me avisó de que ya había llegado el coche de alquiler. Me esperaba en la puerta trasera porque a nadie tenía que importarle si yo entraba o salía del Harén.

En el dormitorio del bunker paranoico, hay dos puertas, aparte de la de acceso. Una corresponde al cuarto de baño. La otra no parece una puerta, sino una biblioteca cargada de libros. Se desliza a un lado sobre raíles y da a un espacio que en aquellos días era caótico, sucio de barro y de cal, invadido por montones de ladrillos, vigas y herramientas. Allí trabajaban permanentemente los cinco hombres secretos que estaban excavando un túnel secreto como los que había en los antiguos palacios, o conventos, o mansiones de los malos de película antigua, comunicado con las cloacas. Los obreros eran unos exreclusos uzbekos, que seguramente no eran ni uzbekos pero yo los llamaba así, que me parece que estaban en busca y captura por la policía de no sé cuántos países y que aquí vivían seguros porque sabían que aquí nadie vendría a buscarlos. Los contraté diciéndoles que, si llegábamos a un acuerdo, aprenderían a hacer túneles, cosa que tal vez les sería útil si alguna vez volvían a enchironarlos. Y, además, tendrían la oportunidad de conocer a chicas liberales y generosas, y de comer platos cocinados en el Dulzón, y les pareció bien y se mostraban satisfechos con el trabajo. Tanto que últimamente ya me preguntaban qué otra obra tendrían que hacer cuando terminaran el pasadizo subterráneo, y yo me temía que estuvieran retrasando la culminación de los trabajos para no perderse el privilegio de ser mis empleados.

Pasado este cuarto de las obras, el barro, la cal y los hombres con cascos provistos de luces frontales de minero, «buenos días, buenos días», se accedía al almacén del restaurante, ocupado por pilas de cajas de bebidas, estantes de botellas de vino y champán y una infinidad de latas de conserva. De allí se pasaba a la cocina del restaurante y, al final, estaba el portón por donde

accedían los proveedores, con la batería de contenedores de basura y uno de escombros como testigo silencioso de las obras secretas.

Me aguardaba un coche de alquiler negro, de alta gama, cristales oscuros. Salí del edificio a paso vivo y entré en el vehículo esperando que no me hubiera visto nadie. Dentro, la mirada azul marino de una Sancha vestida de negro riguroso, incluso un poco demasiado negro. Yo llevaba el chaquetón del ejército alemán, pantalones vaqueros y botas Doc Martens. Y gafas oscuras y gorra de los New York Yankees para pasar desapercibido.

—A la Ciudad de la Justicia, por favor.

Me horrorizaba la posibilidad de que el chófer se mantuviera en silencio hasta que llegáramos a destino. Si se lo permitía, iría pensando que yo era una persona excéntrica, medio loco, y me despreciaría, porque los obreros desprecian siempre a la gente excéntrica y medio loca. No pude contener la lengua.

—¿Ha oído la radio, esta mañana? —El hombre me miró a través del retrovisor e hizo una mueca para expresar que no la había oído—. Se ve que han descubierto un sistema para obtener energía muy barata de las flatulencias de las vacas. Sí, lo han dicho esta mañana por una radio inglesa, la BBC. Lo primero que hago cuando me levanto es escuchar la BBC porque es la única manera de tener una idea exacta de lo que ocurre en el mundo. Los gases intestinales son combustibles, como sabe todo el mundo... Al menos, todo el mundo que ha acercado una llama al ano mientras despedía un pedo. Y dicen que las vacas emiten esta mezcla de gases muchas veces al día. Por eso, una asociación de sabios está pensando que a las vacas lecheras, de las cuales hay millones en el mundo, desde Inglaterra hasta Nueva Zelanda, Australia, los Estados Unidos, etcétera, les van a meter por el ojete unos tubos que absorberán todas y cada una de las flatulencias que expulsan y también las heces, claro. El tubo acabará en un aparato que ahora están perfeccionando y que convertirá ese gas en energía y lo almacenará en unas bombonas muy parecidas a las de gas butano. Las heces irán a otros recipientes para aprovecharlas también, porque, y eso lo saben los indios hace miles de años, la caca de la vaca es un combustible excelente, y se puede convertir en una especie de arcilla modelable con la que se pueden hacer unas piezas de cerámica de un valor incalculable.

No me gustó la manera como me miraba el conductor a través del

retrovisor. No me quitaba los ojos de encima, que no sé cómo logró evitar un accidente. Y no decía nada. Me pareció un poco asustado.

Sancha se limitaba a mirar por la ventana, vuelta de forma que no pudiera ver su expresión. Aunque me la imaginaba.

Salimos del aparcamiento, ya dentro del recinto de la Ciudad de la Justicia, y nos dirigimos al Edificio G correspondiente al Instituto de Medicina Legal. A la puerta, nos esperaban cuatro policías, nada más y nada menos que cuatro policías. Tres hombres y una mujer. No eran las bellezas del día anterior. Los funcionarios son intercambiables, como piezas inanimadas. Iban de paisano, en plan más investigadores de la secreta. El que habló era el mayor, de más categoría, con bigote, estilo James Mason maduro, un poco edípico. James Mason siempre me hace pensar en Lolita.

—Soy el inspector Santllehí...

A la mujer se la veía fuerte y enérgica, indestructible, fragilidad cero pero hipnótica como una diosa.

—... La sargento Isabel Artosa, y los cabos Serna y Arauco.

Dos chicos de menos de treinta años, los dos con barba, ropa informal, musculados y con una actitud reverente de mansedumbre extrema. Cómo si constantemente quisieran demostrar que no eran violentos ni brutales, como se espera que sea un policía.

—Pasen por aquí.

Nos acompañaron hasta un pequeño aposento con un cristal que ocupaba prácticamente toda la pared, como un escaparate comercial donde todavía no se exponía ninguna mercancía. Al otro lado del cristal, enseguida comparecieron dos hombres con mascarilla y bata verde que empujaban sendas camillas cubiertas con sábanas. Ninguna de ellas podía ocultar un cuerpo humano. Eran prestidigitadores preparando su número. Ahora levantarían la sábana de una tirón y aparecería milagrosamente la madre del Milito. Hop. Preparados, listos, y lo que apareció fue una exposición de lamentables prendas de ropa. Sucias, decoloradas, deshilachadas. El abrigo de solapas de zorro, la blusa roja con la cenefa de lentejuelas, la falda de tubo negra que le hacía las piernas tan bonitas, las medias, los zapatos. Y el broche de la calavera con dos diamantes en los ojos, que probablemente no eran diamantes, tendría que hacerlos tasar, la calavera que siempre llevaba en el pecho, «¿Tú eres una pirata, mamá?», «Ja, ja —su risa tan musical—, sí,

Mili, soy una pirata», «¿Y por qué tienes dos ojos?». Cuando me abrazaba y me comprimía, asfixiante, contra sus tetas. Nunca han existido unas tetas como las de mamá.

—¿Diría que es la ropa de su madre?

Tardé en responder. Estaba aturdido.

Sancha se me adelantó.

—Sí. Es ropa de Emilia.

—¿La que llevaba puesta cuando se fue?

Sancha no dudaba:

—Sí. La que llevaba puesta cuando se fue.

—¿La señora Emilia se despidió de usted cuando se fue? —preguntó uno de los barbudos que parecía obsesionado por anotar todo lo que decíamos.

—Sí.

—¿Qué le dijo? ¿Dónde le dijo que iba?

—Me dijo que iba a una reunión.

—¿Llevaba equipaje?

—Sí. Dos maletas.

—¿No le pareció extraño que se fuera a una reunión con dos maletas?

—Sí. —Sancha suspiró, abrumada por los recuerdos—. También me extrañó que me dijera: «A partir de ahora hazte cargo tú del Harén».

—¿Le pareció que se iba de viaje por un tiempo?

—Sí.

—¿Le dijo con quién iba a reunirse?

—No.

—¿Usted recuerda haber visto a su madre con esta ropa? —El otro policía de barba se dirigió a mí reclamando protagonismo.

—Sí —acepté con un hilo de voz. Tuve que tomar aire para añadir, tal vez de forma demasiado vehemente y aguda—: Pero esta ropa... Yo no estaba cuando mamá se fue. La ropa puede llevarla cualquiera... Cualquiera podía llevar puesta la ropa de mi madre. —Inconsciente, aturdido mientras trataba de disimular la histeria, dije—: No, no, yo quiero verla a ella. A ella en persona. Quiero ver su cuerpo.

El inspector Santllehí asintió tristemente con la cabeza e hizo una señal a uno de los hombres enmascarados del otro lado, que, impasible, mecánico y

como un autómatas, apartó con delicadeza el lienzo de la segunda camilla para descubrir un esqueleto, una pila de huesos, este común denominador que nos hace iguales a todos los humanos, una calavera y la reja de un costillar, como cualquier otro costillar, y una pelvis, y tibias y peronés y húmeros sin personalidad de ninguna clase, duros y fríos, sin la calidez de un poco de carne blanda.

Por favor, por favor. Me vino como un ahogo o un sollozo que me costó mucho disimular. Por favor, por favor, por favor, qué disgusto, pobre mamá. Aquello no podía ser mi mamá.

—Pero estos huesos, esto son huesos, podrían ser de cualquiera.

—Hemos detectado un empaste en los dientes que nos parece bastante significativo —dijo el policía.

Del sobre amarillo, sacó unas fotografías. Perteneían a la calavera. Horrible calavera que nunca podía haber sido mamá. No podía aceptarlo. Y el inspector se empeñaba, despiadado, en que miráramos los dientes de la calavera que habían fotografiado de cerca. Yo cerraba los ojos y hacía que no y que no. «No, no sé nada, yo qué sé.»

—Sí, me parece recordar que sí, no sé —decía Sancha.

—Tal vez recuerden mejor esto. —Un hueso largo y grande con una señal—. ¿Una antigua fractura del húmero izquierdo? ¿Recuerda si su madre se rompió la pierna izquierda alguna vez?

—No, no lo sé, no me acuerdo —mentía, sí que recordaba la madre escayolada, pero acaso me parecía más dramática la negativa, el misterio, el conflicto—, no es mi madre, se han equivocado, no es ella, todos los esqueletos son iguales, no es ella.

Sancha dijo:

—Sí que es ella. Emilia se rompió la pierna izquierda, sí, precisamente el húmero.

Siguió un silencio definitivo. Silencio de cementerio, de muerto, el silencio que sigue al ruido de la lápida sobre la fosa.

Me encogí de hombros. Que hicieran lo que quisieran. El inspector hizo una señal a los hombres del otro lado del cristal y volvieron a cubrir las camillas con las sábanas.

6

Todos los Santos

Al salir del pequeño aposento, yo estaba temblando como si me hubiera subido la temperatura por encima de los cuarenta grados.

—Si nos permiten —dijo la sargento Artosa—, tendremos que hacerles unas preguntas por separado. Por favor, señor Santamarta, venga por aquí.

Solo tuvimos que dar cuatro pasos. Estábamos en un pasillo gris, sin ningún tipo de decoración, y me condujeron hasta una puerta que daba a un pequeño cuarto con una mesa, un ordenador, tres sillas y nada más. Era todo tan desolador que pensé en suicidarme. Los dos chicos de la barba llevaron a Sancha a otro cuarto, más allá. Conmigo, se encerraron el inspector Santllehí y la sargento Artosa, supongo que porque yo era el hijo de la finada y Sancha, no.

—Siéntese, por favor.

Me senté, obediente. Contenía el temblor de las manos sujetándolas en una postura como de oración. Ellos ocuparon las sillas del otro lado de la mesa, el ordenador creaba una barrera entre ellos y yo. El inspector clavó la mirada en la pantalla y se puso a teclear. La sargento se dedicó a mí en cuerpo y alma. Me costaba mirarlos. Estaba muy angustiado. Tenía que buscar una forma de relajarme. Por eso, cuando empezaron «Señor Emilio Santamarta Santamarta», salté instintivamente:

—Ah, sí, sí, si me permiten, que ayer con aquello de la noticia de la madre y todo el lío, no se lo pude terminar de explicar...

—Perdone, señor Santamarta —dijo el inspector sin apartar los ojos de la pantalla—. Estamos aquí para obtener información relevante que nos ayude a esclarecer la muerte de su madre...

—Y lo que quiero contarles espero que les ayude a esclarecer la muerte de mamá, si quieren escucharme. ¿Para qué estamos aquí, si no? Soy el primer interesado. —Se impuso mi autoridad. Los policías se consultaron arqueando

las cejas y se conformaron, bolígrafo y libreta en ristre, dispuestos a dedicarme toda su atención—. Les decía que, en el Harén, en los años cuarenta, iba a menudo un compositor de canciones populares del Paralelo. Él fue quien compuso aquella canción que sin duda conocerán y que dice: «Santa Marta, Santa Marta tiene tren». Una canción un poco picante, eh, bueno, tan picante como lo permitía la censura de la época. Bueno, pues era una canción dedicada a mi abuela, Remei Santamarta... Que tenía unas tetas enormes, gracias a Dios. Entonces, a eso se le llamaba «tener tren». Y se ve que las coristas, con poca ropa, o sea, enseñando las piernas, que era lo máximo en aquella época, cantaban: «Santa Marta, Santa Marta tiene tren, Santa Marta tiene tren, pero no tiene tranvía...». Todas en fila, cada una pegada a la espalda de la otra, moviendo los brazos adelante y atrás, como imitando el tren, y la pelvis adelante y atrás, ya me entienden, en un movimiento procaz, verdad?: «Santa Marta, Santa Marta tiene tren, pero no tiene tranvía»: Y atención: «Si no fuera por las chicas, ¡caramba!», o sea, referencia directa al Harén, ¿verdad que se entiende? «Santa Marta moriría, ¡caramba!»

Me detuve. Silencio. Sí, se entendía, pero no veían qué relación podía tener aquello con la muerte de mamá. El caso es que no había ninguna relación, ni una sola. Solo me estaba relajando.

—«Santa Marta moriría...» —murmuró el inspector con el ceño fruncido.

—«Santa Marta tiene tren, piii piii» —acabé. Les dediqué mi sonrisa más encantadora. Y añadí, sin apartar la vista de la sargento, que era hermosa como una estatua clásica, que se hacía la dura con aquella mirada severa pero que enseguida se veía que era tierna como un pajarito—. Solo quería que se hicieran una idea de cómo era mi mamá en vida. De lo que significa nuestra familia y nuestro negocio centenario en la Barcelona de todos los tiempos.

El agente hembra suspiró y el agente macho movió la cabeza en sentido negativo, como siempre hace Sancha para manifestar que no tengo remedio.

—¿Le importa quitarse las gafas, por favor? —dijo el inspector, como para castigarme.

Querían verme los ojos.

—Lo siento mucho pero esta mañana me he despertado con un ataque de fotofobia —mentí—. Deben de ser los nervios. O quizá una alergia al rímel, no sé...

Se conformaron a disgusto.

—Antes ha dicho que usted no estaba cuando su madre desapareció. ¿Dónde estaba?

—Ustedes ya lo saben. Ustedes lo saben todo. Lo tienen todo controlado.

—No, no lo sabemos.

—¿No lo saben? Pues claro que tienen que saberlo. Seguro que lo han visto esta mañana, en mi ficha, antes de venir aquí.

—No, no lo sabemos.

—¿No lo saben? Creí que nos tenían más controlados. Yo estaba en la cárcel Modelo. Me metió allí un juez para hacerme un favor. Delito contra la salud pública, que quiere decir drogas. Cocaína. Ya me conocían en el Tribunal de Menores, por peleas, agresiones y vandalismo. Acababa de cumplir dieciocho años cuando me pillaron. Y el magistrado me dijo: «Te pasarás un año en la cárcel. Y comprobarás que te hago un favor. Verás que es por tu bien. Porque, después de pasarte un año en la cárcel, no te quedarán ganas de volver». Y tuvo razón. Cuando salí de la cárcel, vuelvo a casa y Sancha me dice que mamá se ha ido. Con un cliente habitual. Y ya no quise salir a la calle nunca más.

—¿Qué sabe usted de aquel cliente que se fue con su madre?

—Nada. Yo era muy joven, entonces. Vivía en la calle. No sabía nada del negocio de mamá.

—¿No había oído hablar nunca de Julio Duch Laurel?

—No. En aquel momento, no.

—Pero ahora, sí.

—Sancha me ha hablado de él a lo largo de estos once años que han pasado, claro.

—Encontraron el cuerpo de su madre en el jardín de una casa de Santa Anna de Costa que había pertenecido al señor Julio Duch.

—Eso significa... —deduzco— que no huyó con ese Duch. Fue a reunirse con él, en esa casa que dicen, y él la mató. Y la enterró en el jardín de su casa y... ¿Y qué pasa con ese Duch? ¿Qué dice?

—De hecho, también desapareció. Al mismo tiempo. Hemos hablado con su esposa. Ella estaba tan convencida como todo el mundo de que había huido con Emilia Santamarta. Duch guardaba una cierta cantidad de dinero

negro en la caja fuerte del chalé de Santa Anna y ese dinero también se esfumó. Y el coche, un BMW de alta gama. Hacía tiempo que Duch vivía alejado de su mujer y por eso no se preocuparon mucho de buscarlo. Un año después, la policía suiza encontró el coche, conducido por un delincuente que no tenía ninguna documentación. Dijo que se lo había encontrado en una estación de ferrocarril del sur de Francia, abierto y con las claves puestas, pero todo el mundo dio por supuesto que lo había robado, claro.

—Pero ¿qué ha sido de él? De Julio Duch, digo.

—No se sabe nada. Debe de estar viviendo en algún lugar del mundo con pasaporte falso, quizá. Hemos difundido una orden de busca y captura, y ahora estamos reconstruyendo todo aquel escándalo que se produjo el 2004, poco antes de estas desapariciones.

—¿Usted sabía —interviene la sargento, tan funcionaria como su compañero— que el nombre de su madre había salido en los periódicos, mezclado en aquel caso...?

—Sí —preferiría no tener que hablar del tema—, pero mi madre no tuvo nada que ver con todo aquello. —¿No? Me ofendió que lo dudara. Me sobrevino un ataque de taquicardia y ahogo. Me iba a poner enfermo de un momento al otro. Le repliqué con un «No!» grosero, para ponerlo a su lugar, que no se pasara.

—¡No! Fueron murmuraciones.

—¿Qué recuerda usted de aquel caso? ¿Cómo lo vivió, tan de cerca?

—Yo no sabía que me tocaba tan de cerca. Oí hablar de aquella noche de Todos los Santos cuando desaparecieron tres chicas. Todo el mundo habló de ello. Y más aún tres meses después, cuando aparecieron los cuerpos, mutilados y torturados, enterrados en el bosque de Collserola. Se formó un escándalo mediático horroroso. Todos los periódicos hablaron del tema. La televisión. Los *realities*. Los padres de las niñas movieron cielo y tierra. Pero todo eso lo viví como todo el mundo, como algo que pasaba en la tele y no tenía nada que ver conmigo. Hasta que la policía descubrió que lo había hecho Venán, el hijo de Sancha, con un amigo suyo que se llamaba Alvin. Entonces, todos se pusieron a hablar de mi madre, porque Sancha trabajaba en el Harén y los periodistas enseguida sacaron el nombre de mamá, porque era la propietaria del local y era una madama de la aristocracia, y esta clase de cosas siempre han excitado mucho a la sociedad burguesa. Hablé mucho

de esto con mamá, y ella me decía que no hiciera caso, y no hice caso.

—No hagas caso, Mili.

—Pero, mamá, dicen que tú...

—Que no hagas ningún caso, te he dicho, coño.

—Pero, mamá, ¿y si te detienen?

—¡Que te calles de una vez, y vete a cascártela a tu cuarto, coño!

Mamá era buena y me quería. Si mamá decía que no había hecho nada, que era inocente y los periódicos y los *realities* de la tele mentían, yo debía confiar en ella, creer lo que me decía y callar y encerrarme a mi habitación para cascármela. Pobre Mili. Puta vida.

—Se habló de una conspiración, de una secta. De hecho, siempre he pensado... —me corregí—. Siempre había pensado que mamá se fue para escapar de aquellas maledicciones. ¿Y ahora, qué pasa? ¿Volverán a hablar de todo eso los periódicos?

—Los periódicos de hoy ya hablan de todo eso —dijo la sargento Artosa.

Yo continuaba rememorando, de manera maquinal:

—Cuando fueron a detener a Alvin, la policía dice que se suicidó. Hubo quien dijo que la policía lo mató a sangre fría. Se respiraba mucho odio contra aquellos asesinos, en aquella época. Y, antes del juicio, a Venán lo mataron en la cárcel. Lo lincharon. Sancha se hundió, enloqueció de rabia. De eso sí que me acuerdo.

El inspector había ido escribiendo en el ordenador, muy de prisa, mientras yo hablaba.

—Señor Santamarta —dijo la sargento con un tono especial, como para advertirme que ahora venía la parte más importante de la conversación. Se acodó en la mesa para acercarme su boca y observarme muy de cerca—. ¿Qué le parece la actitud de la señora Sancha Sánchez? —Aspiré por la nariz, convencido de que percibiría un aroma delicioso—. Está muy segura de que los restos pertenecen a su madre, ¿no le parece?

—No lo sé. —Me estaba poniendo nervioso—. Yo estaba muy distanciado de mi madre en aquellos días. Soy yo quien se equivoca, seguro. Me cuesta aceptar que mi madre esté muerta. Pero esa ropa era suya, y... Bueno, debe de ser ella. Sí, es ella.

La sargento torció un poco la cabeza, desconfiada.

—¿Puede ser que la señora Sancha tenga algún interés en hacernos creer que la señora Emilia está muerta?

Leí sus pensamientos y tuve un escalofrío.

—No. ¿Qué interés podría tener?

Inesperadamente, el inspector Santllehí exhaló un suspiro muy profundo y me miró con unos ojos azules muy claros, tan inexpresivos como si fueran de cristal y no pudiera verme.

—Bueno —dijo—. Entendemos que está muy afectado por la noticia. No queremos molestarle más. Pasados unos días, volveremos para hablar con usted. Queremos que entienda que solo queremos detener al hombre que mató a su madre y que se haga justicia. Si nos vemos obligados a remover el pasado de forma un poco dolorosa, solo será con esta intención.

—Lo entiendo, lo entiendo —acepté—, pero, perdone, ¿podría hablar con la señorita, la sargento, en privado?

—Claro.

El hombre mayor y bien vestido se levantó de la silla, indicó algo a la chica con la cabeza y las cejas, algo como «Te espero afuera» o algo parecido, se despidió de mí estrechándome la mano y salió.

Nos quedamos solos, la sargento Artosa y yo. Ella sujetaba su bloc de notas como si fuera un objeto sagrado.

—Usted dirá.

En la distancia corta y en la intimidad, era una mujer que enamoraba.

—Señorita...

—Sargento.

—Sargento Artosa, sí. Permítame que le diga que, si quiere sacarse un sobresueldo, en mi casa siempre tendrá las puertas abiertas. No se ofenda. En mi negocio tenemos colaboradoras que ejercen toda clase de profesiones, y algunas con contrato legal, con IRPF y todo lo que haga falta, de forma que una policía, en principio, no debería tener ningún tipo de inconveniente, si su moral no se lo impide.

Interrumpió el discurso solo con un parpadeo. La mirada compasiva y firme acababa de endurecerse y agrietarse, teñida de odio.

—Pues sí, mi moral me lo impide.

—Perdone.

No entendió mis buenas intenciones. Tendríamos que hablar en otra ocasión. Habríamos salido ganando los dos. Yo podría garantizarle unos ingresos que, como policía, nunca se podría permitir. Y una cosa no quita la otra. No le pediría dedicación completa. Solo unas horas, los días que a ella le conviniera. Su belleza, su integridad y su personalidad darían categoría a mi negocio y ella podría continuar persiguiendo a los malos. Pero, en fin, no me dejó terminar y salió del despacho un poco tensa. Como había dicho su compañero, todos estábamos bastante afectados. Otro día continuaríamos hablando.

Pero me fui a casa con una nueva inquietud. ¿Y si mi madre no estaba muerta?

Yo quería que estuviera muerta. Si estaba muerta, eso significaba que no me había abandonado. Significaba que mamá era buena, mejor de lo que yo creía, y mi corazón latía excitado cuando lo deseaba, porque las víctimas no pueden ser malas; la categoría de víctimas hace buenas a las personas y yo siempre deseé que mamá fuera una buena mujer.

7

Conspiranoia

Cuando Sancha y los dos policías jóvenes y barbudos salieron del despacho de al lado ofrecían una imagen fea, fea de verdad. Ella lloraba sacudida por sollozos y las piernas casi no la sostenían. Los policías tenían que sujetarla por los brazos y, aunque ella hacía esfuerzos para desprenderse de su ayuda, no se atrevían a soltarla por miedo de que se cayera al suelo. Cualquiera diría que le habían dado una paliza, como si estuviéramos en la época franquista. Un tercer grado a la manera de las SS o de la Gestapo. O de los grises, va, que aquí también tuvimos de eso.

—Sancha, Sancha, Sanchita —le dije en voz baja, al mismo tiempo que la abrazaba y tomaba el relevo de los agentes desconsolados—. Déjenmela a mí. Yo me cuidaré de ella.

La llevé hasta el ascensor del aparcamiento y bajamos hasta donde nos esperaba el coche con chófer; entretanto, poco a poco, fui reconstruyendo un recuerdo. La última vez que había visto a Sancha en un estado semejante fue después de la muerte de su hijo Venán en la cárcel. Sancha estaba destrozada, y yo no sé qué demonios estaba haciendo por el Harén, cuando oí sus gritos mezclados con el vozarrón áspero y ofensivo de un hombre muy agresivo. Me acerqué, estaban en el Despacho de Recibir, y llegué a tiempo de asistir al guantazo furioso que un hombre grande y barrigón le propinaba a la amiga de mi madre. ¿Dónde estaba mi madre en aquel momento? ¿De qué hablaban? ¿Qué le estaba diciendo aquel hombretón? ¿Quién era aquel hombretón?

Sí, el recuerdo se concreta y se hace más sólido. Era un policía que solía frecuentar el Harén. Un hombre desagradable, de aspecto desaliñado y sucio. Un alto cargo de la policía que, un tiempo después, cuando yo ya estaba en la cárcel, fue asesinado. Sí, lo recordaba con alegría. Lo mataron. Cabrón de mierda. ¿Cómo se llamaba?

Camino al Harén, por la ronda del Mig, Sancha se fue calmando.

—Habéis hablado del Venán, ¿verdad? —le dije.

Estaba débil, blanda y desprevenida. En otro momento, me habría dicho que no le gustaba que le sacara el tema, pero en aquel momento se limitó a afirmar con la cabeza. Sí, habían hablado del Venán.

—Alguna vez me dijiste que pensabas que Venán era inocente.

Ella asintió de nuevo. Se aclaró la garganta y dijo, en un murmullo:

—Venán era malo, pero no era capaz de hacer lo que les hicieron a aquellas chicas. Era malo, no seré yo quien le defienda, pero no era malo de aquella manera. Era malo de otro modo. Tú lo conociste. Tú sabes que es verdad lo que digo. Ahora volverán a recordarlo como un monstruo; desenterrarán su nombre, que es el mío, y todo lo que dijo la prensa de la época, y ya estaremos otra vez...

Si continuaba por aquel camino, volveríamos a la depresión.

—Después de la muerte de Venán, vino por el Harén un hombre, un policía. Te pegó una bronca y hasta te pegó una bofetada.

Sancha no tuvo que hacer un esfuerzo para recordar porque nunca había olvidado la situación.

—Era el día siguiente de la muerte de Venán —dijo de inmediato. Se me ocurrió que no debía de ser una información muy relevante, porque no ofrecía ninguna resistencia—. Vino a darme la noticia. Un policía. Comisario. Un monstruo. Un cabrón. Era el policía que llevó la investigación de los asesinatos de las chicas. Masovero de apellido. Él mató a Alvin, el amigo de mi hijo, él en persona. Fue quien organizó la redada, fue a casa de Alvin, un ejército de agentes rodeó al chico y Masovero en persona le pegó un tiro en la cabeza. Luego, dijeron que Alvin había sacado una pistola, que los había amenazado, que había atacado a la policía. Mentira.

—Pero eso no puedes saberlo seguro, Sancha. Tú no estabas allí. Alvin tenía armas...

—Mentira. Masovero mató a Alvin y metió a mi Venán en la cárcel. Y se encargó personalmente de que aquel gitano lo apuñalara.

—Tú no puedes saberlo, Sancha. No lo sabes. No puedes saberlo.

—Lo sé. Al viejo gitano le daban igual unos cuantos años más de cárcel. Sabía que iba a morir de viejo allí dentro. Le daba igual que lo condenaran a un poco más. Mató a mi hijo y, a cambio, Masovero respetó los negocios de su familia...

—Todo esto te lo inventas, Sancha.

La mujer no hacía caso de mis palabras. A lo mejor ni siquiera me oía.

—Y aquel día vino a verme para decirme que habían matado a Venán. Y cuando me eché a llorar, me pegó una bofetada y me dijo que era una histérica de mierda. «Histérica de mierda», dijo. Todavía lo oigo.

—Lo mataron, ¿no? A ese Masovero, me refiero. Poco después de que me metieran a mí en la cárcel. Leí la noticia en los periódicos.

—Y se demostró que era un corrupto asqueroso, liado con todas las mafias de la ciudad.

Dejé pasar un momento. Pero no puedo estar mucho rato callado cuando estoy nervioso.

—¿Y qué me dices de ese Julio Duch con quien huyó mi madre?

—Otro malnacido. Creo que el más malnacido de todos.

—¿Y cómo es que mi madre se enrolló con él? ¿Con un cliente? ¿Con un cliente malnacido? ¿Cómo es que mi madre se enrolló y huyó con él?

—Los malnacidos son muy atractivos.

—Eso no es verdad.

—Qué sabrás tú —dijo con desprecio—. Tú no puedes saberlo porque ni siquiera sabes de qué sexo eres. —Pero ¿por qué dices que era un malnacido? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo era malnacido?

—No era tan cliente nuestro como del Averno, ¿sabes qué quiero decir? El club de Amanda Manda. —Lo conocía. Un club de dominación y sadomasoquismo que había cerca de la plaza de Espanya—. Le gustaba hacer daño a las chicas. Asfixiarlas, pellizcarlas, hacerles sangre. Si venía por aquí, era porque le gustaba la casa, el ambiente y tu madre, pero a menudo discutían porque se pasaba de la raya.

—¿Y mi madre se escapó con ese individuo?

—Bueno, ahora ya has visto que no. No se escapó con nadie. Se encontró con él en su casa de la playa y él la mató.

—Pero ¿por qué?

Silencio. No sé qué asociación de ideas se produjo que me trajo otro nombre a la cabeza:

—Y había otro —dije—. El que tenía una secta. Una secta satánica, ¿no? A ese llegaron a juzgarlo y todo.

—Ferran Drac, el Drac, le llamaban. —Sancha continuaba liberando

información rutinariamente, como un comentarista del telediario que quiere mantenerse al margen de las desgracias que transmite—. Otro habitual del Averno. Socio del Averno, de hecho, porque era hermano de Amanda Manda.

—¿El satanista era hermano de Amanda Manda?

—¿Y de ahí se conocían con Duch.

—¿Y se conocían con Duch?

—Todo está conectado. Ferran Drac organizaba aquelarres en un piso, cerca de la Sagrada Familia. Dijeron que las tres chicas de Collserola habían sido sacrificadas en aquel piso. Pero no pudieron probarle nada. Lo absolvieron porque declaró que no conocía de nada a Alvin ni a mi hijo y nadie pudo demostrar que hubiera tenido nunca ningún contacto con ellos. Lo enfocaron todo muy mal.

—¿Era verdad? ¿Tu hijo y Alvin no conocían a Ferran Drac?

Sancha apretó los labios y frunció el ceño, siempre mirando la calle a través de la ventana del coche. Mirando sin ver. No pensaba responder. Se estaba encerrando de nuevo en su caparazón. La estaba perdiendo.

«Todo está conectado» y «Lo enfocaron todo muy mal» significaba que Venán era inocente y que ella conocía la verdad. Yo me ahogaba en pensamientos negros.

—¿Qué quieres decir? ¿Que aquella conspiración de la que hablaban los periódicos y los tertulianos de aquel programa nocturno, *Gato negro, gato pardo*, quieres decir que aquellas teorías abracadabrantas eran verdad? — Casi se me rompió la voz. Estaba a punto de suplicarle que no me lo dijera. Se me escapó un suspiro.

Me miró de reojo, de forma que el rayo mortal solo me pasó rozando.

—Ya sabes que no me gusta hablar de eso. —Ya estábamos—. Te lo he dicho mil veces. Habla con la policía, si quieres conocer detalles.

—Pero ¿por qué no quieres hablar? Porque, si decimos que tu hijo era inocente, tendremos que aceptar que aquella teoría era verdad, ¿es eso? Y la teoría decía que mi madre estaba implicada en los asesinatos. ¿Es por eso que no quieres que hablemos?

Se volvió hacia mí y sus ojos de color azul marino, ahora sí, me fulminaron. Me cegaron con una explosión de mensajes. «Quiero que mi hijo fuera inocente, y si para ello tu madre tiene que ser una malnacida, pues tu madre será una malnacida»; una descarga de odio, porque Sancha siempre

odió a mi madre, porque las dos empezaron juntas, las dos ejerciendo la misma profesión, pero mi madre heredó el imperio de Dulce y Bombón y el Harén y se convirtió en la maravillosa Emy Love, y Sancha continuó siendo Sancha, una especie de criada que abre la puerta a los clientes; me decía: «Idiota, imbécil, no me hagas hablar, porque yo a ti te quiero, porque te usé para sustituir a mi hijo y te he criado, y te he visto crecer, pero un mamarracho como tú nunca puede sustituir a un hijo como Venán; o sea que cállate, cállate, que no quiero oírte más».

Todo esto como la llamarada destructora que sale por la boca de un dragón. El fuego me rodeó y me puse muy colorado, pero no podía callar; cuando el corazón se me dispara y la asfixia me revuelve el estómago, no puedo callar, es más fuerte que yo, no, no, de ninguna manera, las palabras me llenan la boca como un vómito.

—Pero, entonces, cuando dices que estás segura de que los restos que hemos visto son los de mamá...

—¡Cállate!

—¿Y si no lo fueran?

—Lo son.

—Pero... Sancha: imagina...

—¡Cállate!

—... que mi madre hubiera estado implicada en aquellos crímenes espantosos.

—¡Que te calles!

—... Que fue por eso que huyó, y desde entonces vive escondida.

Sancha me dio la espalda.

—No te escucho.

—... Vive intranquila...

—No quiero hablar contigo.

—... Y para asegurarse de que nadie va a buscarla nunca más, hace que aparezca su cadáver. —Callé para ver qué decía. No dijo nada—. El cadáver de alguien muy parecido, con su ropa. Si está muerta, ya no la buscarán más. A lo mejor, si ha aparecido este cuerpo, es porque se está preparando para volver. Bajo otra identidad, con otro aspecto, rubia, con una cirugía estética que la habrá hecho mucho más joven y bonita. Como el emperador

Maximiliano de México, que hizo creer que lo habían fusilado y luego reapareció en El Salvador con el nombre de Justo Armas. A lo mejor un día de estos, mañana mismo, llaman a la puerta del Harén y abro y me encuentro con una mujer distinguida y enigmática...

Sancha movía la cabeza en sentido negativo y fatalista: «Nada que hacer, no hay nada que hacer».

—Mili, Mili —respondió de pronto, harta de mi parloteo, cerrando los oídos y dedicándose a pensar en otra cosa—. Tienes demasiada fantasía. La vida no es así.

En cuanto llegamos al Harén, pedí que alguien fuera a comprar todos los periódicos del día.

8

Navidades sin FIN

«Aparecen los restos de una proxeneta asesinada hace diez años.»

Este era el titular del periódico de aquel 15 de febrero.

La nota era breve, no muy destacada, tal vez porque la habían improvisado de prisa y corriendo a última hora. A pesar del laconismo, no habían dejado de incluir que «se había visto implicada en unos asesinatos cometidos en el 2004». Era la promesa de que al día siguiente lo iban a recrear más y con más morbo, resucitando a las antiguas muertas y dando por supuesto que mi madre, Emy Love, perversa madama de burdel, era la culpable de todo. Porque los lectores prefieren que los asesinatos sean cometidos por madamas de burdel bien perversas antes que por delincuentes comunes como Venán.

Al atardecer, antes de cenar, solía sentarme ante el ordenador con la *community manager* del Harén, una ingeniera llamada Alicia, para dar un repaso a todo lo que nos llegaba a través de las redes sociales y dedicarnos un poco a la interacción. Aquel día se me olvidó. Fue ella quien llamó a la puerta del bunker.

—¿No subes? —me preguntó.

—No. No hace falta. Hay alguna novedad?

—Hombre, unas cuantas. La noticia del periódico ha revolucionado tanto Facebook como Twitter.

Normalmente, aquel era un trabajo rutinario que podía funcionar sin mí. Chicas que se ofrecían para trabajar con nosotros, gente bienpensante que nos condenaba y amenazaba, clientes que pedían novedades, espontáneos de tendencias masturbatorias y poco más. Aquel día, sin embargo, entendí que se trataba de algo especial.

—¿Es doloroso?

—Es doloroso —me confirmó Alicia—. Y no saben lo que dicen. No te lo

aconsejo.

Solté un suspiro. La gente es mala.

—Selecciona los mensajes que te parezca que me pueden interesar y los imprimes —dije—. Borra el resto.

Cuando Alicia me dejó solo, se me puso cara de ceremonia trascendental y me decidí a viajar al pasado.

Siguiendo una inspiración, o una llamada misteriosa, fui al vestuario que tengo junto al dormitorio y, detrás de la ropa colgada, en el último rincón de mi memoria, encontré una caja de cartón que hacía años que no abría. Me arrodillé en el suelo y revolví su contenido. Muchos secretos, muchos recuerdos. Papeles doblados en cuatro, documentos de la cárcel, tarjetas, una pulsera, un reloj roto, una flor de plástico, cowboys e indios de goma, una caja metálica con dados y peonzas, una baraja de tarot, la representación en miniatura del Jaguar F-Type. El polvo me hizo estornudar y me irritó los ojos hasta las lágrimas.

Extraje del fondo una carpeta de color negro. Me la compré cuando se me acumulaban los recortes de periódico en el armario que tenía entonces. La carpeta, con apartados, me permitió ordenarlos de manera que no se echaran a perder.

Se habían vuelto amarillos y me traían voces de un pasado tan lejano que era imposible que hubiera existido nunca.

Podría haber recurrido a las hemerotecas de los periódicos que hoy se encuentran en Internet, pero no habría sido lo mismo. Lo que se encuentra en Internet pertenece a todo el mundo, y aquella compilación de prensa insuficiente era mía y solo mía. Había iniciado la colección cuando apareció en la prensa por primera vez el nombre de Venancio Longino Sánchez, Venán, el hijo de Sancha.

Viernes, 7 de enero del 2005. Titular: «La policía captura a los dos presuntos asesinos de las chicas de Collserola». La entrada: «Venancio Longino Sánchez y Alvin López Cantero, de 23 y 24 años respectivamente, tienen antecedentes penales».

Me impresionó mucho. Venán era cinco años mayor que yo, más experimentado que yo, más hombre y más malo. Me conocía desde hacía mucho tiempo, cuando yo era un chiquillo, y me despreciaba y solo le recuerdo dirigiéndome la palabra para asustarme: «La calle está llena de

monstruos, ogros asesinos, descuartizadores y destripadores...». Entonces, yo era muy ingenuo y creía que todo aquello era mentira, fantasías para meterme miedo. No me lo creía, pero me gustaba oírlo porque, tal como lo decía, parecía que fuera verdad. Venán se reía conmigo, se reía de mí, nos reíamos juntos, «¡Que vienen los ogros, Mili, mediamierda!».

La policía había iniciado las investigaciones por las discotecas donde se había visto por última vez a las tres amigas Florina, Irene y Nadia, aquella noche del 31 de octubre al primero de noviembre, en que celebraban el Halloween. Florina iba disfrazada de bruja, Irene de zombi y Nadia de vampiresa. En una discoteca del barrio de Montbau, los investigadores encontraron a tres chicas que, la noche en cuestión, habían sido abordadas por dos muchachos de su edad que las habían invitado a una fiesta privada. «Necesitamos tres», les habían dicho. Pero los chicos iban drogados y actuaban de manera muy sospechosa, muy ansiosa y las tres adolescentes habían declinado la invitación.

Este testimonio ayudó a perfilar el aspecto de los dos jóvenes colocados y condujo a los investigadores hasta otros testigos que los habían visto en el aparcamiento, y conduciendo un coche determinado que había enfilado precisamente la carretera donde habían sido secuestradas Florina, Irene y Nadia.

Una vez identificado el vehículo, establecieron que su propietario era Venán, Venancio Longino, y después del día de Reyes del 2005 fueron a buscarlo al domicilio de Horta Guinardó que compartía con Alvin López.

Lunes, 10 de enero del 2005: «Liberados sin cargos los dos sospechosos de los asesinatos de Collserola».

Después de interrogarlos en comisaría, no se les pudo probar nada, pero los medios ya disponían de leña suficiente para avivar la hoguera.

Martes, 11 de enero del 2005: «Venancio Longino declara: “Todo es un montaje contra Alvin y contra mí. Somos inocentes. La policía me ha torturado físicamente y psicológicamente”».

Miércoles, 19 de enero del 2005: «Esta noche, en exclusiva, Alvin y Venán en *Gato negro, gato pardo*».

Desde noviembre del 2004, cuando desaparecieron las tres chicas, había un par de cadenas de televisión privadas que explotaban el tema, por la mañana en forma de serios informativos exhaustivos, por la tarde en

magazines para amas de casa, y por la noche en despiadados *realities*. Hablaban de otras mujeres desaparecidas, había quien decía que la policía sospechaba que los asesinos de las chicas de Collserola habían matado a más de seis en los meses anteriores. Se hizo famoso el eslogan «Navidades sin Florina, Irene y Nadia»; o sea: «Navidades sin FIN», cuando ya había pasado un mes sin saber nada de ellas. Luego, eso se prolongó en «Nuevo año sin FIN», y «Dos meses ya sin FIN» y «Tres meses sin FIN»... Se especulaba con la posibilidad de que Florina, Irene y Nadia estuvieran vivas y hubieran huido de casa, las hubieran secuestrado y vendido como esclavas sexuales y las mantuvieran encerradas en una maravillosa jaula de oro. El padre de la Florina ofreció a los supuestos secuestradores cien mil euros que no tenía y se organizó una colecta para reunir aquella cantidad. El padre de Irene lloraba y suplicaba: «¡Vuelve, hija mía, vuelve, que no te pasará nada!». El padre de Nadia cayó en una depresión suicida que también daba mucho juego a los periodistas. Por el plató de *Gato negro* pasaron policías que contaban con todo detalle las aberraciones que los asesinos habían cometido con sus víctimas, psicólogos que contaban cómo era posible que una persona fuera capaz de cometer aquellas aberraciones, abogados que contaban qué castigos debían caer sobre los autores de los crímenes, más policías que detallaban el curso de las investigaciones y periodistas que especulaban con teorías de la conspiración. Destacaba un periodista llamado José Torras, que fue el primero que habló de las veintiuna sectas satánicas que actuaban en Cataluña en el 2004. Precisamente, el 9 de junio de aquel año, un año antes de que aparecieran los cuerpos de las adolescentes, en el pueblo italiano de Varese habían aparecido los cadáveres de dos chicos y una chica que, según pudo demostrar la policía italiana, habían muerto durante la celebración de una misa negra de la secta Bestia de Satanás.

Lunes, 20 de junio del 2005: «Aparecen los cuerpos de las tres chicas de Collserola, Florina, Irene y Nadia».

Las encontró un cazador de jabalíes en un lugar casi inaccesible del bosque de Collserola, muy cerca de Barcelona. Era aquella época en que los jabalíes bajaban hasta las calles de Sarriá-Sant Gervasi y empezaban a convertirse en una plaga. Se organizaban partidas de caza y un vecino de Sant Cugat, escopeta en mano, distinguió a una familia de jabalíes que estaban desenterrando algo entre los matorrales. Mató a uno de ellos, los otros

huyeron, y lo que habían desenterrado y empezado a comer era el cuerpo de una de las chicas.

Entonces sí, la policía científica descubrió indicios que las relacionaban con Venán, con Alvin y el coche del primero. Hilos procedentes del disfraz de bruja en el asiento trasero del vehículo; un botón de la chaqueta de Alvin en la mano de una de las chicas; ADN y cosas por el estilo.

Fueron a buscarlos en la madrugada del 1 de julio.

Sábado, 2 de julio del 2005: «Detenido Venancio Longino. En la misma redada, Alvin López huyó por una ventana».

Finalmente, resultó que Venán era el asesino de las tres chicas de Collserola. El descuartizador, el destripador, el ogro. Él y su amigo Alvin, que alguna vez había venido por el Harén para regalarse un poco la vista, solo para mirar porque no tenían dinero para pagar los precios de este local.

Fue entonces cuando aquel periodista, José Torras, en un amplio reportaje publicado en el dominical de 7 de julio, aseguró que, «según fuentes fidedignas», los asesinatos de las tres adolescentes habían sido cometidos por una secta satánica que se hacía llamar «los Ceremonios». Habló de la existencia de una lista de los nombres de las personas que componían aquella secta satánica, que habría matado a muchas otras mujeres antes, seis como mínimo, cada plenilunio, y habrían contratado a Alvin y a Venán para que los proporcionaran víctimas de unas características determinadas. Según Torras, Alvin y Venán habrían llevado a Florina, Irene y Nadia a un domicilio de Barcelona, cerca de la plaza de la Sagrada Família, donde tenía su sede la Sociedad Luciferina Catalana, de Ferran Drac. Un vecino del edificio afirmó que la madrugada del 1 de noviembre del 2004 había oído mucho ajeteo en la escalera.

Aquello dio lugar a que, el 12 de julio, la policía procediera a la detención del líder de la secta, que no se llamaba Drac, sino Francisco Vilablanca Gómez. Por primera vez salió su imagen a la luz: un joven alto, vigoroso, luminoso. Cabellos muy rubios, brillantes como el trigo al sol, ojos grandes y llenos de vida, sonrisa de dientes grandes, espléndidos y blanquísimos. La belleza del demonio envuelta en negro. El esplendor de Lucifer, que todo lo ilumina.

En el registro de su domicilio, que era un auténtico templo satánico, no encontraron ningún indicio acusador.

Martes, 9 de agosto del 2005: «Alvin López Cantero, el otro sospechoso de la muerte de las tres chicas de Collserola, abatido a tiros por la policía».

Se resistió. Yo me lo imaginaba de manera épica, como en una película. Alvin en lo alto de unas escaleras, plantando cara con una pistola en la mano. «¡No me vais a coger vivo!» El tiroteo. Un centenar de agentes, de uniforme y de paisano, disparando pistolas, revólveres, subfusiles y ametralladoras contra él, que se convulsionaba en el último peldaño y caía, finalmente, rodando hasta quedar abajo, sobre la acera, definitivamente inerte, con los brazos en cruz. Ningún periódico lo lamentó. Era un delincuente, un monstruo. Si lo hubieran lamentado, habrían perdido lectores.

Lunes, 22 de agosto del 2005: «Venancio Longino, uno de los dos asesinos de las chicas de Collserola, asesinado en el patio de la cárcel».

Miércoles, 2 de noviembre del 2005: «Un año después de la desaparición de las conocidas como “chicas de Collserola”, Florina, Irene y Nadia, el portavoz del Cuerpo Nacional de Policía sale al paso de todas las teorías falsas con que se ha especulado durante todo este tiempo y deja establecido que los dos únicos autores de los tres crímenes fueron Venancio Longino Sánchez y Alvin López Cantero, como demuestran las pruebas que abren en poder de la policía. Y no hay indicios de que hubieran matado a más chicas que las tres famosas FIN. Se desmontan, así, las fantasiosas teorías conspirativas que se construyeron de manera imprudente e interesada en diferentes medios de comunicación».

El lunes 19 de diciembre del 2005 se celebró el juicio contra Francisco Vilablanca Gómez, alias *Ferran Drac*, alias *Rigan Bates*, presidente de la Sociedad Luciferina Catalana, por su supuesta participación o complicidad en los tres asesinatos de Collserola. Se presentó con la frente muy alta, la cabellera rubia acariciada por la brisa, la mirada grande, directa y desafiante, los dientes blancos como de anuncio trucado. Envuelto en negro. En las fotos del periódico, parecía un actor de cine, un héroe, un dios reclamando adoración. Fue absuelto por carencia de pruebas: no se había encontrado ningún indicio del crimen en la sede de su asociación ni se le pudo probar ninguna vinculación con los asesinos Alvin y Venán.

Se dio el caso por cerrado.

A través de la radio de uso interno, pedí que buscaran al periodista llamado José Torras.

9

El hombre de los mil demonios

Al periodista José Torras le di una alegría.

Me lo localizaron el jueves y lo telefoneé personalmente.

—Soy Emilio Santamarta, hijo de Emilia Santamarta, conocida como Emily Love. ¿Le suena?

—Claro que me suena. —Tenía que sonarle. Todos los periódicos hablaban de ella. «La proxeneta Emily Love aparece muerta de dos disparos en la cabeza.» En aquel «Claro que me suena» vibraban la sorpresa y el placer, el tono de curiosidad enfermiza característico de todo buen periodista —. Por cierto, permítame que le ofrezca mi pésame. Su madre fue un personaje fundamental en esta ciudad.

—Gracias. Precisamente por eso me gustaría hablar con usted. Ahora que se están ventilando aquellos hechos que se produjeron hace diez años, me parece que usted es la persona que mejor puede informarme de lo que pasó. ¿Conoció usted personalmente a mi madre?

—No, no tuve el gusto. Digamos que su negocio estaba lejos de mis posibilidades económicas.

—Oh, no lo crea. Es más la fama que la realidad. Este prejuicio nos priva de muchos clientes honorables que nos gustaría tener. ¿Le importaría venir a verme por el Harén y así charlamos un poco?

—¡Claro que no! —exclamó con la boca llena de satisfacción. Le estaba dando la oportunidad de cumplir uno de sus sueños secretos. No sé qué se imaginaba.

—¿Mañana, entonces? ¿A mediodía?

—¡Allí estaré como un clavo!

«Como un clavo», dijo. Todavía me estoy riendo.

El viernes a mediodía, pedí a Sancha que me dejara abrir la puerta porque quería ver la expresión del periodista cuando accediera al vestíbulo. La

lámpara de lágrimas y los tapices de las paredes, el Edén y el harén, Adán y Eva y el Demonio Serpiente y los hombres y las mujeres del rincón, de detrás de la columna o del diván. ¿De qué sirve vivir en un decorado como este si no puedes disfrutar de la estupefacción de quien lo contempla por primera vez?

José Torras era un hombre de unos cincuenta y pocos años, corpulento, con bigote frondoso y amarillento de nicotina que le ocultaba el labio superior y con una barriga prominente que lo inclinaba un poco hacia atrás, como si siempre estuviera a punto de retroceder un paso para ver el mundo desde una perspectiva mejor. Tenía tendencia a la sonrisa complaciente y sus ojitos, pequeños y redondos, brillaban con ansia de captarlo todo, hasta el último detalle. La lámpara, los tapices, el Edén, el harén, Adán, Eva, la Serpiente, y no necesitaría más de un par de minutos para descubrir lo que estaban haciendo los hombres y las mujeres medio escondidos.

Como se puede leer en *Las mil y una noches*: «Y mi hermano Haddar vio que el interior del palacio era muy bonito..., pero todavía era más bonito lo que se escondía en él».

—¿José Torras? —me adelanté, ofreciéndole la mano—. Soy Emilio Santamarta.

—Un placer —dijo.

Tenía un apretón de manos firme y generoso, de compromiso para toda la vida.

—Y todavía no hemos empezado —respondí.

Vestía un abrigo de lana y vaqueros y, cuando subimos al Despacho de Recibir y se quitó el abrigo, puso al descubierto un viejo chaleco de lana y una camisa de cuadros. No se había disfrazado para venir y eso lo honraba ante mis ojos. La mayoría de hombres que vienen al Harén se visten de gala, como si fueran a una boda, y se perfuman como si quisieran competir con las chicas de la calle, en el supuesto de que en mi casa pudieran encontrar alguna chica de la calle. José Torras se quitó el abrigo y se quedó como de andar por casa, tan natural y adaptado al decorado como si ya viviera aquí. Me gustó.

—Siéntese. ¿Quiere tomar algo?

Yo me había puesto unos pantalones largos de seda, muy anchos, y una camisa de cuello mao, color crema, larga hasta medio muslo. Zapatos de charol sin calcetines y tres sortijas en cada dedo. Oro y plata. El periodista me

miraba, me admiraba, y lo miraba y lo admiraba todo como si no lo pudiera creer. ¿Era posible que él llegara a tomar algo en aquel paraíso?

—Mira —me tuteó, muy desenvuelto, acaso porque se veía mucho más viejo que yo—. Como doy por supuesto que me vas a invitar, porque estoy aquí acudiendo a tu llamada, me permitiré la libertad de pedirte una copita de cava. Porque, en este ambiente, no me imagino bebiendo nada que no sea cava. ¿Puede ser?

—Pues claro que puede ser. —Hablé por la radio de uso interno—: Sancha: ¿puedes decirle a Nuria que nos traiga una botella de cava y dos copas, por favor?

Un posible futuro cliente tan deslumbrado se merecía a Nuria, aunque solo fuera en fase de contemplación. Una muchacha de aspecto normal, asequible, relajada, con sonrisa de felicidad perenne y una mirada que provocaba la salivación. Nada: una blusa, una falda, zapatitos de medio tacón. Pero, al inclinarse para servirnos el cava, resultaba que no llevaba muy abrochados todos los botones de la blusa. Y su mirada y su sonrisa que decían: «¿Yo? Si no hago nada, si no pasa nada». Los ojitos redondos y brillantes de José Torras valoraron efusivamente los esfuerzos de la chica. «... pero todavía era más bonito lo que se escondía en él. Porque se encontró en medio de cuatro muchachitas espléndidas como lunas.»

—Gracias, Nuria. No te vayas lejos. Me parece que luego te vamos a necesitar.

—Quiero brindar —dijo José Torras—, por tu madre. Sé que era una institución y lamento de verdad su muerte.

Brindamos. Bebimos.

—¿Sí? —solté yo, por sorpresa—. ¿Crees de verdad que mi madre era una institución y lamentas sinceramente su muerte? Porque tengo entendido que, en algún momento, creíste que Emy Love formaba parte de una secta satánica que cometió tres asesinatos... o a lo mejor más.

Él ya sabía que lo había citado para hablar de aquello y que el encuentro podía resultar un poco incómodo. Pero no parecía acobardado. Estaba dispuesto a afrontar cualquier situación que le planteara y enseguida comprobé que no tenía intención de esquivar ni ocultar nada, ni mucho menos recurrir a la mentira.

Acentuó la sonrisa y negó con la cabeza.

—No, yo nunca dije eso. Ni lo creí nunca. Había una lista. La que Venancio Longino escribió para la policía en el primer interrogatorio, cuando ya habían encontrado los cuerpos y había pruebas que los acusaban, a Alvin y a él, directamente. En la lista no constaba ningún nombre propio ni se mencionaba ninguna secta religiosa.

—Háblame de esa lista.

—Se mencionaba a una Madama, y Venán era el hijo de una mujer que trabajaba para la madama más conocida de Barcelona... Pero siempre pensé que, si hubieran querido ocultar la identidad de tu madre, resultaba demasiado obvio...

—Luego, los periódicos y las teles se hartaron de hablar de mi madre...

—Siempre por alusiones, nunca nada directo...

—Ostras —protesté—, más directo y le meten el dedo en el ojo. Todo el mundo sabía que estaban hablando de Emy Love. Incluso la llamaron de una cadena de televisión ofreciéndole un montón de dinero para que fuera a uno de aquellos programas. Todo el mundo pensaba que la Madama de la que tanto hablaban era mi madre!

—¡Pero no lo era! Todo era infundado, inventado, fantasías, suposiciones... Hablar de prostitución en la tele siempre da mucha audiencia y la lista hablaba de una Madama, y tu madre era la madama más conocida.

Decidí calmarme, bajar la voz y cambiar de tema.

—¿Tú viste esa lista?

—Sí. Me la enseñó uno de los policías que llevaba el caso.

—¿Aquel que se llamaba... Masovero?

—No. ¿Laureano Masovero? ¿El comisario Laureano Masovero? No. Masovero era el comisario. Él estaba por encima de los investigadores. El que tenía la lista era el inspector Rey, Jaime Rey. Él fue quien llevó el caso desde el comienzo, y siguió la pista de los dos jóvenes por las discotecas de Sarriá-Sant Gervasi y Horta-Guinardó, y Montbau... Él detuvo, él en persona, a Venán Longino; y él le interrogó. Y fue durante el interrogatorio cuando Venán le contó la teoría de la secta. Que Alvin y él habían sido contratados por unas personas muy malas, que él las había visto en alguna ocasión pero no sabía cómo se llamaban... Y le escribió una lista. No era una lista de nombres. Decía cosas como la Madama, o el Orejas, o el Dictador... No los recuerdo a todos. O el Demonio, que todos supusimos que se refería al

luciferino Ferran Drac. Pero la lista no tenía ninguna consistencia. No eran nada más que palabras que aquel chico había escrito en un papel...

—Pero aquel inspector —intervine—, ¿cómo dices que se llamaba? ¿Rey?

—Jaime Rey.

—Jaime Rey les dio crédito suficiente como para hablarte a ti de ello. ¿Te mostró la lista?

—Sí, la vi.

—No te la daría...

—No. —El periodista cabecea como diciendo: «Ya me habría gustado».

—Pero tú la viste. ¿Te pareció auténtica?

—No sé qué quieres decir. Era una lista escrita a mano por alguien que no tenía mucha habilidad en escribir.

—Tú fuiste el que sacó la teoría de la conspiración a la luz pública. Primero, con aquel reportaje de las sectas satánicas en nuestra ciudad. Luego, en la tele.

—Era una posibilidad que también estaba ponderando la policía. El inspector Rey fue quien me contó que había veintiuna sectas satánicas o demoníacas o luciferinas funcionando en Barcelona.

—¿Satánicas? ¿Demoníacas? ¿Luciferinas? ¿Todo es lo mismo?

—Poco más o menos. Los luciferinos tal vez se distingan de los otros porque su nombre parece más positivo. Lucifer es el portador de la luz. Sería lo contrario del Señor de las Tinieblas. Digamos que, para ellos, la Tiniebla es el mundo de la religión católica, los dogmas, la fe, la obediencia ciega. Lucifer es el que elimina la oscuridad de la ceguera y pone en cuestión los dogmas iluminando al hombre con la luz de la razón.

—¿Y dices que había veintiuna sectas de estas en Barcelona?

—Y todavía debe de haberlas, si no hay más. El concepto de iluminación es presente, por ejemplo, en el grupo de los Illuminati...

—¿Los Illuminati? ¿Los de Dan Brown?

—Sí, los de Dan Brown.

—¿Los tenemos aquí, en nuestra ciudad?

—Sí, señor. La asociación de los Ordo Illuminati se estableció aquí en 1995, con su dios Baphomet, que se ve que escribió una especie de biblia que se llama *Liber Zion*. Y había otros que se llamaban Ocيناتas Otluc, que es

«Culto Satánico» al revés; esta tenía su sede central en las Canarias y también mucha presencia en Barcelona.

—Pero, por favor, es sorprendente, es difícil de creer. En esta ciudad tan pacífica, tan tranquila, tan burguesa... —Yo exhibía mi perplejidad y él se reía—. Ves la calle y, no sé, todo el mundo es normal. Ves familias con niños, niños que van a la escuela, mujeres que van a comprar, turistas boquiabiertos, jóvenes ingenuos que se enamoran. Se me hace difícil creer que, detrás de esta fachada de anuncio, se escondan veintiuna sectas satánicas.

—En aquella época, yo investigaba el tema muy de cerca y, en realidad, nunca he dejado de investigarlo. Precisamente porque son movimientos ocultos, subterráneos, de los que lo ignoramos todo o casi todo. Teníamos sectas de todas las tendencias, te sorprenderías.

—¿Como por ejemplo? —me apasionaba.

—Hay luciferinos de extrema derecha, como la Sociedad Tule, que predica la llegada de un nuevo imperio nazi mundial... O los Discordianos, que dicen que son anarquistas y los DV 69, que significa «Diablo y Vanidad 69» y que se etiquetan como independentistas de extrema izquierda.

—O sea, de todas las tendencias.

—... O una sucursal de la Iglesia de Satanás, que es de las primeras que existieron, creada en 1966 por un tal La Vey, que defiende el racismo y la violencia. Otra de las antiguas y muy extendidas por todo el mundo es la Orden del Templo (Ordo Templi Orientalis), que es esencialmente anticatólica...

—Por favor, por favor.

El periodista bebía cava y se reía. Le hacía gracia mi reacción medrosa.

—Hay sectas satánicas solo de mujeres...

—¡Solo de mujeres!

—... como las Hijas del Halo de Belcebú, o las Hijas de Isis, o las Hijas de las Tinieblas...

—Pero ¿qué hacen? ¿A qué se dedican?

—Unos defienden el suicidio colectivo, otros sacrifican animales, otros han hecho pintadas del número 666 en las paredes de la catedral o de diferentes iglesias de la ciudad, y otros creen que el día en que mueran se

transformarán en vampiros. Los llamados Juicio Nera fuman algo que llaman «la savia del diablo» y que es una mezcla de drogas y huesos humanos.

—¿Y no violan a vírgenes o matan bebés? Porque no sé si tendríamos suficientes vírgenes y suficientes bebés para tantas ceremonias...

—¡No! —se reía, reconociendo la broma—. Normalmente, lo que hacen son orgías donde todo el mundo folla con todo el mundo, practican un poco de sadomaso para parecer más malotes y, ocasionalmente, matan algún animalito para poder embadurnarse con sangre, y poca cosa más. Piensa que son asociaciones registradas legalmente, y la policía las conoce y las tiene localizadas. Saben que no se pueden pasar de la raya. Incluso al matar animales deben andarse con cuidado, por cuestiones de salud pública.

—Qué cosa extraña, esta afición a la sangre y a matar animales —comenté, relajado—. Dicen que a Dalí le gustaba cortarle la cabeza a una gallina y follársela mientras el pobre animal agonizaba. Y es frecuente. El otro día, un cliente nuestro interrumpió lo que estaba haciendo con nuestra colaboradora porque se le ocurrió que quería matar una gallina. La chica que estaba con él nos llamó por la radio de uso interno que tenemos y, muy nerviosa, se pone: «Mira qué dice este señor». Porque, dentro de lo posible, en esta casa, procuramos satisfacer todos los caprichos de nuestros clientes. Pero ya te puedes imaginar, con la decoración que tenemos, el pavimento que tiene más de un siglo, las cortinas, los tapices, los muebles... No, no, no podía ser. Le dije: «Si quieres matar un animal, ya te traeré una hormiga».

El Torras soltó una carcajada estrepitosa echando atrás la cabeza. Me gustaba cómo se reía y me gustaba estar con él. Me caía bien, el periodista charlatán.

10

Los luciferinos catalanes

—Y en medio de toda esa multitud —volví al tema central de la conversación—, estaban los luciferinos catalanes de Ferran Drac.

—La Sociedad Luciferina Catalana, sí. Ferran Drac, que en realidad se llama Francisco Vilablanca. Tiempo atrás se hizo llamar Bates —pronunciaba en inglés—: *Beits*, como el asesino de *Psicosis*. Rigan Bates, que es un anagrama de Gran Bestia, una referencia al demonio y al mítico Alesteir Crowley, el ocultista y satanista norteamericano que también se hacía llamar Gran Bestia, *the Great Beast*. A esta gente les gusta jugar con las palabras, con las letras, bah, les gusta jugar. En su página web podrás encontrar un panfleto, que dice que lo escribió Ferran Drac a los catorce años, que se titula «Dios es el Mundo». Dice: «El Mundo es Todo, Dios es Todo, Dios es el Mundo: ¿Quién es el Demonio y quién la Carne?».

—Me están entrando ganas de apuntarme a una de estas comunidades.

—No creas que se lo toman muy en serio. No creo que haya muchos que crean realmente que un día se les presentará el demonio con cuernos y apestando a azufre.

—Por eso lo digo. Incluso, podría fundar una, ¿no te parece? Tengo suficiente tiempo libre y en este caserón vibra una atmósfera satánica...

—Yo tuve oportunidad de entrevistar a ese Ferran Drac y te diré que era más travieso que malo. Siempre lucía una sonrisa burlona y una mirada insolente. La cabellera rubia de dios ario, Thor en persona. Celebraban misas negras con mujeres desnudas ocupando el lugar del altar, sexo, irreverencia y profanaciones, todo muy inmoral pero nada ilegal. Hizo muchos viajes a Brasil para estudiar la macumba, el candomblé y la santería y, luego, utilizaba su erudición para engañar a la gente, pero más como bromista que como estafador. Le encantaba llevar a un millonitis a un aquelarre y hacer que se pusiera en pelotas y darle por el culo con un consolador y que se fuera creyendo que había vivido una gran experiencia esotérica o mística,

¿entiendes qué quiero decir? —Yo asentía, animado. Sí, sí, a mí también me gustaba mentir, contar cualquier cosa. Aunque la gente no se lo crea, es un placer provocar aquellas miradas desconcertadas—. Contaba a las mujeres historias de brujas, demonios, aquelarres y terror solo para llevárselas a la cama. Era un gran charlatán y seductor. Pero no creo que fuera un asesino. Era muy listo, y sabía que la policía, los Mossos, tienen muy vigiladas a estas sectas que juegan a ser malas. De hecho, todas las sectas lo saben y eso las hace perfectamente inofensivas. No creo que Ferran Drac estuviera implicado en los asesinatos de las tres chicas de Collserola. Era demasiado listo para ello. Y puede ser que lo engañaran para usar su templo como lugar del crimen pero me extrañaría. Era muy inteligente.

—¿Por qué era? ¿Por qué en pasado?

—Porque no sé qué ha sido de él. Después del juicio quise hacerle una entrevista y no lo encontré. Fui a buscarlo a su piso de la calle Provença y los vecinos me dijeron que los camiones de la mudanza se habían llevado todos los muebles y él no había dicho dónde iba. No le seguí la pista, la verdad. No era un hombre tan interesante.

—O sea, ¿me estás diciendo que, en definitiva, no crees en la teoría de la conspiración que corrió por las televisiones?

—En aquel momento, sí que lo creía. Estaba seguro de ello. Veía que era posible. Estaba estudiando las sectas en la ciudad y... ¿por qué no? Entonces era algo más crédulo. Cuando hablé de aquella famosa lista, alboroté el gallinero de las televisiones y los periódicos y me hice famoso, y esto es muy goloso y te hace perder el norte. Yo había iniciado el baile y tenía que bailar, porque aquello no se podía parar de ninguna forma. Y me vi en medio de todas aquellas especulaciones. Dijeron que había ministros, e incluso el rey, implicados en el caso. Las cosas se iban liando cada vez más. Hasta que el comisario en jefe de la policía judicial, Laureano Masovero, dijo basta. Salió al paso del inspector Jaime Rey y lo retiró del caso con una bronca sensacional porque había destapado la caja de los truenos enseñándome la lista de Venán. Entonces fue cuando se pusieron pragmáticos: todo apuntaba a la culpabilidad de Alvin López y Venán Longino y no había nada que fundamentara la teoría de la conspiración. Si luego juzgaron a Ferran Drac fue porque Alvin y Venán habían dicho que le habían entregado a las niñas y parecía que había la posibilidad de que él se hubiera encargado de hacer

desaparecer los cuerpos, pero enseguida se vio que la acusación no se aguantaba de ninguna forma. Con el tiempo, yo también he tenido que aceptar que no había motivo para creer en aquella comedia. Solo teníamos un papel donde Venancio Longino escribió siete u ocho palabras que no significaban nada. La Madama, el Añadido, el Dictador...

—Y eso que se dice de que fue Masovero en persona quien mató a Alvin para que no hablara...

—Nada. Alvin iba armado y se quiso resistir. Era un delincuente peligroso. A Venán lo cogieron vivo y pudo declarar, y no pasó nada.

—Pero después lo mataron en la cárcel.

—Los violadores y asesinos que se ensañan con chicas jóvenes son muy mal vistos en la cárcel. Había un *kíe* gitano, o sea, una persona con mucha autoridad entre los presidiarios, un tipo muy malo, muy peligroso y muy católico, que tenía una hija de la edad de las tres que habían sido desolladas. Cuando Venán entró en la cárcel, dicen que este individuo lo recibió con gritos de «Te mataré, lo que has hecho no tiene perdón de Dios». Venán estuvo en régimen de aislamiento y protección durante un tiempo, pero en cuanto se descuidaron...

—El caso es que no llegó a juicio. Ni él, ni Alvin.

—Pero Ferran Drac, sí. Y durante el juicio de Ferran Drac, salió toda la supuesta teoría de la conspiración, la lista de Venán y las pamplinas que se habían elaborado en los *realities* de la tele. Y, francamente, no se aguantaba por ninguna parte. Todo quedó desmontado.

—¿Y qué piensas, ahora que sabes que a mi madre le pegaron dos tiros en la cabeza?

—Pienso que tu madre tenía un negocio que la obligaba a codearse con mala gente. Ese Julio Duch con el que se fue abandonó a su familia. Y, luego, se supo que en la clínica donde trabajaba como cirujano había sustraído drogas en más de una ocasión, y las había usado para fiestas privadas. Y tenía un par de denuncias por haber agredido a su mujer y sus hijos, y otra denuncia por acoso sexual en el trabajo. Era una mala compañía. Tu madre no supo elegir bien.

—¿Y Masovero? A él también lo mataron.

—Masovero tampoco supo elegir bien. Pero no hay que mezclar las cosas, porque es así como se fabrican las teorías de la conspiración. A Masovero le

hicieron la corbata colombiana, que consiste en cortarle el cuello y hacer salir la lengua por el corte, y ese es un escarmiento típico de las mafias sudamericanas. Cuando se investigó su asesinato, se descubrió que Laureano Masovero estaba implicado en el tráfico de drogas y que cobraba directamente de uno de los cárteles colombianos. Quiero decir que no nos confundamos. La suya era otra guerra.

—Y ese Rey... El inspector Jaime Rey... ¿Sabes si conserva la lista todavía?

—No lo sé. No lo he vuelto a ver.

—¿Qué ha sido de él?

—No lo sé. Continuará en la policía, supongo. Traté de conectar con él, pero me rehuyó durante un tiempo y, finalmente, se puso al teléfono para enviarme al cuerno. Decía que, por mi culpa, lo habían relevado del caso, que yo había aireado a los cuatro vientos la existencia de la lista y me había inventado la teoría de la conspiración. En fin, que no sé nada de él.

La copa de Torras estaba vacía y, cuando cogió la botella, constató que ya no quedaba cava.

—¿Quieres otra? —le pregunté.

—No, no, gracias.

En ese momento, decidí que le iba a facilitar dos chicas, si quería. Dos por el precio de una. Él se puso serio.

—¿Entiendo que estás tratando de averiguar...? —No terminó la frase.

No supe qué responder. ¿Qué estaba tratando de averiguar? Pregunta incisiva de periodista que me obligaba a reflexionar.

—Trato de averiguar qué pasó con mamá. Si me abandonó. Si asesinó antes de ser asesinada. Lo que se dice buscar la verdad, que no sé para qué sirve. No sé si al final me quedaré más tranquilo o más trastornado.

Torras se encogió de hombros y, dibujando una mezcla de mueca y sonrisa, murmuró, no muy seguro:

—Dicen que la verdad nos hará libres. Dicen.

Sonó como un chiste sin gracia.

Yo hice gesto de despedida, acodándome en las rodillas. —Bueno, amigo Torras. Te diría que no sé cómo agradecerte que hayas venido, toda la información que me has dado y, sobre todo, tu generosidad y sinceridad. Pero

te mentiría. Porque sí que sé cómo agradecértelo. Ya has visto a Nuri. Puedo hacerte precio...

Nos pusimos a negociar.

Como en aquel cuento de *Las mil y una noches*:

«Y las jóvenes lo esperaban echadas sobre riquísimos tapices y entonaban con voz deliciosa canciones de amor. Después de los halagos de costumbre, una de ellas se levantó, llenó una copa y bebió de ella. Y mi hermano Haddar le dijo: “Que te sea sano y delicioso y aumente tus fuerzas”. Y se acercó a la joven, para tomar la copa vacía y ponerse a sus órdenes. Pero ella llenó la copa inmediatamente y se la ofreció. Y Haddar, tomando la copa, empezó a beber. Y mientras él bebía, la joven le acariciaba la nuca.»

11

Cerca de los muertos

Why do birds suddenly appear

Every time you are near?

Just like me, they long to be

Close to you

Why do stars po-pom fall down from the sky

Every time you walk by?

Just like me, they long to be

Close to you

En un principio, pensé que manifestaría mi luto de blanco. Traje blanco, sombrero blanco, zapatos blancos, corbata blanca y camisa negra. Con el toque del broche de mamá, la calavera de los ojos de Swarovski. «Mamá, dame fuerzas.» Y gafas oscuras para que todos creyeran que tenía los ojos irritados de tanto llorar. En la Edad Media y hasta finales del siglo XVI, el blanco era color de luto. Y Fabiola vistió de blanco en el funeral del rey Balduino. A la reina Isabel de Inglaterra, un modisto le hizo un guardarropa entero de luto blanco en 1938.

Me impelía a hacerlo la música que puse en la megafonía desde primera hora de la mañana. Música para ser feliz. Euforizante. «Close to you», de Los Carpenters. *Close to you*, mamá, *close to you*. Todas las chicas quieren estar cerca de ti. Música mona y despreocupada que invitaba incluso a dar unos pasitos de baile por el dormitorio, delante del espejo. ¿Pasitos de baile? No, no, de ninguna manera. De repente, mi actitud me pareció impropia de un día de funeral y decidí ir de negro. Traje negro, sombrero negro, zapatos negros, corbata negra y camisa blanca. No hay nada como el negro para ir de luto. El negro es sexi. Y adelgaza. Con el toque atrevido del broche de la calavera con dos Swarovski en los ojos. «Mamá, dame fuerzas.» Y gafas oscuras para que todo el mundo creyera que tenía los ojos irritados de tanto llorar.

—¿Dónde vas con pamelita? —me preguntó Sancha al salir de casa.

—No es una pamelita. Es un sombrero.

—Es una pamela.

—Un sombrero de ala ancha.

Un toque de distinción, en eso consiste la elegancia.

On the day that you were born

The angels got together

And decided to create a dream come true

So they sprinkled moon dust in your hair of golden

starlight in your eyes of bluuuuue

Prrriin prrrinn.

Sancha se había encargado de los trámites del sepelio. Yo solo le había puesto una condición: ningún ritual bajo cubierto ni discursos de compromiso.

—No quiero homilías de curas, ni arengas de políticos ni militares. No quiero parlamentos nostálgicos de amigos, amigas, clientes y proveedores y, sobre todo, yo no saldré a ninguna parte para contar cuáles son mis sentimientos. No hace falta que nos habiliten ninguna sala de velatorios, ni la capilla ni aquella sala de actos donde siempre se celebra el mismo espectáculo. Nos encontraremos directamente delante del panteón.

Como en las películas americanas, quería que la gente se fuera agrupando al aire libre, con sol o bajo paraguas, ante la que sería última residencia de mi madre.

Era día de sol, con rayos deslumbrantes de calor picante mezclándose y pugnando contra el viento frío que llegaba del mar y despeinaba a quien no llevaba sombrero.

Cuando el coche de alquiler que me llevaba se detuvo en la rotonda del inmenso cementerio de Montjuïc, donde había otros vehículos aparcados, ya vi gente reunida alrededor de aquella construcción majestuosa que parecía una catedral en miniatura. Algunos asistentes iban caminando entre tumbas en una especie de romería a la ermita de Santa Emilia Love. En cuanto salí a la luz, una cincuentena de miradas se volvió hacia mí. «El hijo, el hijo, ese es el hijo de Emilia.»

Para evitar caer en una depresión de llantos, sollozos y mocos, mentalmente tarareaba la canción:

That is why all the girls in town

Follow you all around
Just like me, they long to be
Close to you
Pa pa pa para parapá
parapá...

—No hagas el payaso —susurró Sancha a mi lado. —Si no hago nada.

Sancha fue a encontrarse directamente con Amanda Manda, que estaba un poco más allá. Ellas dos y mamá habían sido muy amigas. Se fundieron en un abrazo de hombros sacudidos por el llanto.

Esperándome en lugar preferente, identifiqué a cinco representantes de la familia De Santiago. Habían tenido el detalle de traer a la Mastresa Matilde, gorda, abollada, malcarada y mal vestida. Lo consideré un honor. A su lado, su marido Niceto, con una chaqueta de cuadros, camisa de rayas, corbata roja de topos, pantalones naranja y bambas sucias, embotado por el alcoholismo de años, idiotizado, ojos turbios, encefalograma plano, fuera de combate. A continuación, su hijo, Juan Cosme, oscuro y hostil, vestido con chándal del Barça, el auténtico gestor de la familia y de sus negocios; y su esposa, Milagros, espectacular como una folclórica madura, vampiresa de *sitcom*, leona devoradora de gigolós, y el hijo de estos dos, el joven y alocado Jerónimo De Santiago, conocido como *el Pedo*. Un poco alejado de ellos, por miedo a los ácaros, otro hombre que formaba parte de aquella pandilla de esperpentos pero le daba vergüenza que se notara. De traje azul, chaqueta cruzada, camisa de una blancura que dolía en los ojos, corbata negra como deferencia hacia la difunta, alto, panzudo y tenso; pulcro y sano de bañera con sales, cremas hidratantes, masajes, gimnasio y cuidado intensivo de la epidermis, el cerebro de la familia, la justificación, los atenuantes, la defensa, el habeas corpus, garantía de la coartada indestructible, el abogado Esteban Garay Quincoces. Niceto, Juan Cosme, el Pedo y Garay Quincoces siempre habían sido colaboradores y clientes privilegiados del Harén. Cerca de los De Santiago, muy cerca, como si pretendieran que alguien los considerara miembros de la misma familia, la intensa negrura de tres miembros del clan de los somalíes con un ademán excesivamente arrogante. El viejo Ayyad Al-Yaafari (o algo así), envuelto en una de aquellas túnicas tan coloridas, amarilla y naranja, que da un aire tan subsahariano, y sus sobrinos Alí y

Hassan Badreddin (o algo así). Mala gente. Aunque Ayyad era el patriarca de la familia, con cabellos y bigote blancos brillando majestuosos sobre la piel negra, los dos jóvenes que lo acompañaban eran los auténticos jefes. Alí era delgado, no muy alto, más bajito que yo, refinado a la europea, con traje a medida, camisa roja y corbata granate, hermoso como un dios, irónico e inteligente. El peor de los tres. El tercero, Hassan, era gordo, gigantesco, casi un luchador de sumo negro, y no había traje que le cayera bien, por muy a medida que se lo hiciera. Era una caricatura grotesca de su hermano Alí. Quería imitar su gracia e inteligencia, su desparpajo e ironía, pero era muy mal imitador, lastrado por la inseguridad. No dejaba de dar un paso adelante y otro atrás, reprimiendo sonrisas y chistes y gestos, y cualquiera diría que vivía inmovilizado por vínculos invisibles.

Me acerqué a la vieja Matilde y le besé la mano. Ella no se inmutó. Me contempló, como siempre, como si yo fuera un ornitorrinco que pudiera contagiarle alguna enfermedad exótica.

—Gracias por venir, Mastresa.

—Tu madre era una buena mujer —dijo ella en un catalán de acento infantil y delicioso.

—Mumumu Rumú —dijo Niceto el estúpido.

—Tu madre era la mejor —añadió su hijo Juan Cosme en aquel tono tan suyo que parecía una amenaza espantosa.

—Te acompañó en el sentimiento —dijo el abogado Garay Quincoces absolutamente indiferente a mi dolor.

A continuación tuve que atender a los tres negros sonrientes que se arrimaban. Sonrisas tan blancas en rostros tan negros, ¿qué se creían, sonriendo en el funeral de mi madre? ¿Qué se creían? ¿Que estaban por encima de la vida y de la muerte? Los conocía. Nos conocíamos. Seguro que les gustaba mi sombrero porque no me sacaban el ojo de encima. Me provocaban una profunda incomodidad porque, con aquellos ojos clavados en mí, no podía llorar a gritos, y todo el rato tendría que reprimir gestos que podrían parecer ridículos o poco viriles. Los odiaba. Solo pensaban en quitarme todo lo que había construido mamá. Ya me lo habían dicho una vez, hacía un par de años. Eran salvajes que se habían enriquecido con la prostitución más degradada, humillando a sus mujeres con la superstición y el miedo, y ahora querían ascender de categoría, jugar en primera división, y se

les había ocurrido que la mejor manera de conseguirlo era comprando el Harén.

—Tu madre ha muerto —me habían dicho entonces, años atrás—. Y tú no sabrás llevar el negocio. Es un negocio muy duro, y tú no eres un hombre fuerte. Me ofrecieron cinco millones de euros.

Llegué a pensar que ellos habían matado a mamá para quedarse con el Harén.

—Mi madre no ha muerto —les contesté entonces, porque entonces mi madre todavía no había muerto para mí—. Mi madre se fue y un día volverá.

Pero ahora sí que mamá había muerto. Y no iba a volver. Por eso habían vuelto ellos, los cabrones, los buitres, el mismo día del entierro.

Estreché la mano del viejo Ayyed.

—Señor Santamarta... —empezó a decir. «*Mister Santomarto*», porque entre nosotros hablábamos en inglés desde el primer día. Mi conocimiento del somalí es muy limitado.

Le interrumpí:

—No vendo. —«*I don't sell*».

Estreché la mano del elegante Alí.

—Solo queremos hablar con usted.

—No tenemos nada de qué hablar. Vosotros queréis comprar el Harén y yo no lo quiero vender. ¿Qué otro tema de conversación tenemos pendiente?

Estreché la mano del gigante Hassan, que ya no intentó decirme nada.

—No es momento de hablar de negocios. —Yo continuaba rezongando—. Con vosotros, no hay momentos para hablar de negocios.

Oooooh oooooh

On the day that you were born

The angels got together

And decided to create a dream come true

So they sprinkled moon dust in your hair of gold and starlight in your eyes
of bluuuuuuuuuuue

En segunda fila, esperaba Amanda Manda, de Las Grutas de la Averno, abrazada todavía a Sancha. Sin maquillaje ni disfraces, parecía una mujer

vulgar, de supermercado y carrito de la compra, ropa gris de mercadillo y rulos por la mañana hasta la hora de salir.

—Mili —me dijo. Me conocía de pequeño. Yo no la tenía muy presente —. Cuánto lo siento. Cuánto.

A continuación se apiñaban las colaboradoras del Harén, tus colaboradoras, mamá, las que habías formado tú personalmente y las que habían oído hablar de ti y te veneraban porque sabían que hay muchas maneras de hacer el trabajo que hacían y a ti te debían la bendición de pertenecer a la mejor de las categorías.

That is why all the girls in town
Follow you
Follow you
all around

Eran mujeres con personalidad, como tú decías, como tú querías, no eran putas puteadas, en todo caso eran acompañantes que acompañaban, y esa es una clase de profesionales que cada día de su vida tiene que brindar para celebrar que un día conoció a alguien que las hizo así. Por ti, mamá, brindaban por ti, lloraban por ti. Como un día llorarían por Sancha, que siguió tus pasos en tu ausencia, y un día muy lejano llorarán por mí, que les enseño todo lo que aprendí de ti. Maragda la feroz, y la altísima Cloe de seguridad, gótica, enorme, exuberante, agobiante como la Muerte, y Nuria discreta y poca cosa, y Alicia la informática, y Selena, y Nataly la maga, y todas las demás, que aquel día no trabajarían.

También distinguí la presencia del policía, el inspector Santllehí, tan bien vestido y sobrio, con aquel bigotazo, que nadie diría que era policía. Podrían haberlo contratado para interpretar el papel de diplomático inglés en una película.

—Gracias por venir —le dije.

—Lo acompañe en el sentimiento.

—¿Y la sargento Artosa?

—No ha podido venir.

—Lástima. Me habría gustado hablar con ella.

—Ya lo sé, pero no ha podido venir.

Ah, y un poco más allá, la prensa, que una madama, un burdel y un asesinato son noticia jugosa. «Aparece el cuerpo de una proxeneta asesinada.» Proxeneta, qué horror, qué palabra tan fea para un funeral. A ver si pillaban algún putero famoso. No había ninguno a la vista, claro. Hay que ser muy idiota para pensar que alguno de los políticos, sacerdotes, aristócratas, artistas, militares o grandes empresarios asiduos del Harén asistirían al entierro de su madama. La clientela del burdel quiere discreción y huye de la prensa y de los fotógrafos.

Había algunos clientes, eso sí, pero desconocidos y nadie tenía por qué saber que eran clientes. El viejecito de allí, tan tímido y educado, que me saludó con un discreto movimiento de cabeza; el joven entusiasta con la cabeza muy alta y reivindicativo; el letraherido que leía sus poemas a las chicas; el místico que quería matar gallinas. Me gustó encontrarme con Torras, periodista buenazo y cariñoso. Fue él quien se me acercó. Me dijo en voz baja:

—Tenía que venir. Sin la obra de tu madre, hoy no sería tan feliz como soy. Este broche del cráneo me la recuerda. Siempre lo llevaba.

Fue un funeral con panteón suntuoso. La ilusión de mamá. Decía: «Yo nací en una barraca de mierda, pero cuando me muera tendré una mansión de millonaria». No era verdad, porque mamá había nacido en el Harén, como yo, cuando las cosas a la abuela ya le iban de maravilla. Pero ella lo decía. Pobrecita, cómo debía de haber sufrido, en un agujero asqueroso en el barro, debajo de unas tomateras. Pero todo llega, mamá, todo llega. Todo pasa y todo llega. Habían metido sus huesos y la ropa ajada en un ataúd que a partir de aquel momento quedaría encerrado en una delicada capilla neogótica parecida a una catedral en miniatura, que un día hizo construir un empresario del textil enriquecido por el tráfico de esclavos y que vendió uno de sus sucesores para esquivar una quiebra inevitable.

Estaban a punto de cerrar la puerta del panteón. Entonces, me entró la desazón de los adioses, el nunca más, esto se acaba y tenemos que empezar de cero, y no lo pude soportar. Pegué un grito: —¡Esperad! ¡Esperad! ¡No podemos encerrar a mi madre sin decirle unas palabras de despedida!

Callaron bruscamente los murmullos y todos los ojos se volvieron hacia mí. Los ojos de los De Santiago, Matilde, Niceto, Juan Cosme, Milagros y Jerónimo *el Pedo*, y los ojos de los somalíes, Ayyad, Alí y Hassan; y los ojos

del ama Amanda Manda, y los ojos de las colaboradoras del Harén, Maragda, Cloe, Nuria, Alicia, Selena, Nataly la maga; y los ojos del inspector Santllehí, y los ojos de los clientes más agradecidos: el viejecito tímido y educado, el joven entusiasta y reivindicativo, el letraherido lector, el místico matagallinas, Torras buenazo y cariñoso.

Me quité las gafas de sol, para que me vieran los ojos; y me quité el sombrero, para que nada distrajera la atención de los presentes.

—Mamá —dije levantando la voz, solemne como un inquisidor en el púlpito— siempre creyó en la reencarnación. Siempre deseó convertirse en cervatillo, siempre lo pidió a Buda en sus ruegos, y a Ramayana y a Mahabarata, siempre suplicó en sueños y en delirios que después de la muerte los dioses la convirtieran en un cervatillo gracioso, bonito e inocente como Bambi. *Bambi* era su película preferida. ¡Mamá! —aullé—: Yo, desde aquí, te juro en nombre de todos los presentes, que iremos a ver *Bambi* para sentirnos un poco más unidos a ti. Para formar parte de ti, de tus sueños y tus anhelos. Y cada vez que veamos *Bambi*, tú estarás presente en nuestras vidas.

Me puse las gafas y el sombrero y añadí, como una sentencia:

—Ya os podéis ir.

Sancha, que estaba mi lado, rezongó:

—Estás como un cencerro.

Cuando ya se despedía el duelo, cada cual a su casa, me acerqué al abogado Garay Quincoces y le dije, con la mirada ciega de gafas negras fija en el panteón:

—Un día de estos tendríamos que hablar. Sobre el futuro del Harén.

—Con mucho gusto —respondió mientras contemplaba el infinito.

Sancha se reunió conmigo y anduvimos hacia el coche.

Yo combatía la depresión canturreando.

That is why all the girls in town

Follow you all around

Just like me, they long to be

Close to you

—Mili, por favor —me regañó mi tutora.

Rodeé sus hombros con mi brazo y la apreté contra mí.

—Si no me oye nadie —dije.

Just like me, they long to be

Close to you

Just like me, they long to be

Close to you

Waaaaaaaaa-aaa-aaa, close to you

Waaaaaaaaa-aaa-aaa, close to you

12

Reunión de negocios

20 de febrero, lunes.

El sábado habíamos enterrado a mi madre y dos días después yo recorría los pasillos del segundo piso del Harén, comprobando que todo estaba en su sitio, con el «Lemon Tree» de *Fool's Garden* en los cascos para que me animaran.

Ya había revisado la buhardilla, donde están las habitaciones donde pernoctan y se reponen las colaboradoras que pasan más de veinticuatro horas en el establecimiento. Estaban trabajando las camareras, haciendo limpieza para dejar las estancias en perfecto estado de revista. Acababa de bajar al segundo piso y estaba recorriendo el largo pasillo feo, blanco, largo y aburrido donde se alinean los diez cuartos de segunda categoría, cinco a cada lado. Es una remodelación que hizo la abuela para ampliar el número de camas. Lo hizo con cuatro chavos y sin más gusto que el de ganar dinero. Yo lo animé con proyecciones procedentes de aparatos ocultos que deleitan la vista del visitante. En las paredes blancas se suceden imágenes cambiantes de paisajes o de pinturas famosas o de fragmentos de películas de culto o de bellezas tanto masculinas como femeninas. Para mí, es un placer estar allí cuando se enciende la luminaria. Me fascina verme las manos coloreadas por las imágenes móviles que cambian mi aspecto y hacen que el mundo, a mi alrededor, sea imprevisible.

El espectáculo no siempre está en funcionamiento. Las imágenes solo aparecen cuando algún cliente está a punto de salir de la habitación. La chica que lo ha complacido acciona un interruptor y se inicia el festival luminotécnico. De este modo, cualquier persona inoportuna que vaya por el pasillo en aquel momento sabe que tendrá que ocultarse detrás de unas cortinas que hay situadas estratégicamente. Al salir, el cliente, como todo el que avanza por este corredor, se interpone entre el proyector y las paredes y se ve revestido, así, de colores cambiantes sobre la piel y la ropa que lo

enmascaran y lo hacen irreconocible. Así puede llegar a la puerta del fondo detrás de la cual una escalera lo conducirá hasta un pequeño vestíbulo de la parte trasera del restaurante, donde normalmente estará esperando un taxi. Al salir a la luz del día, de repente, todo lo que acaba de vivir le parece un sueño.

Hay clientes, más habituales y descarados, que eligen la fachada delantera para salir, la escalinata noble. Entonces, si se encuentran conmigo, con Sancha o con alguna de las colaboradoras, tendrán la oportunidad de tomarse una copa en la Sala Regia o en la Pinacoteca y quedarse a charlar un rato antes de la despedida. Más de uno, algún día de Liga o Copa, se ha quedado en la salita de la televisión tomando un whisky y viendo el fútbol.

Aquel lunes, el encendido de la luminaria coincidió con la llamada de la radio de uso interno. Yo me había escondido detrás del cortinaje y no podía responder para que no me oyera el cliente que debía de estar saliendo y escabulléndose, de forma que me limité a escuchar la estática y la voz de Alicia:

—Tenemos visita —en el tono que utilizan los guardianes del castillo de las películas cuando distinguen un movimiento sospechoso cerca de las murallas. «Tenemos visita: preparad las armas. Empuñad espadas y puñales. Balas en la recámara.»

En cuanto el pasillo recuperó la normalidad de paredes blancas y desoladas, salí de mi escondite y bajé al primer piso. Allí están las habitaciones principales, de cincuenta metros cuadrados cada una, la Sala de los Espejos, la Sala Turca, la Sala Cursi y la Sala de los Locos, así llamada porque tiene las paredes y el suelo acolchados. Más allá, el Despacho de Recibir y el Centro Logístico, y más allá todavía, la enfermería, una salita para el reposo de las colaboradoras y el apartamento donde reside Sancha.

Me quedé en el Centro Logístico. Allí estaban, relajadas, hablando de cualquier cosa y comiendo algo sano de media mañana, Cloe altísima, de piernas interminables, y la Maragda feroz. Esta jugueteaba con una navaja militar retráctil que abría y cerraba obsesivamente y que siempre me había dado miedo.

—Cuidado con eso —le dije, como le decía siempre que la veía con aquella herramienta—. No te vayas a hacer daño.

Ella me miró como si estuviera calculando qué ventajas podía tener degollarme mientras abría la navaja, crac, y la cerraba de nuevo, crac.

La informática Alicia estaba ante el ordenador de mesa y de las diez pantallas de control que cubrían la pared ofreciéndonos una visión privilegiada de la puerta del Harén, del acceso al restaurante de la avenida del Tibidabo y de las dos puertas traseras. También había cámaras que captaban los pasillos del primero y el segundo piso, porque mi paranoia no podía descartar que a un cliente le pudieran dar un arrebato en cualquier momento.

—¿Quién viene? —pregunté.

—Los somalíes —me dijo Alicia—. Ya están llamando. Y vienen acompañados.

—¿Vienen acompañados?

Sí, estaban esperando a que les abriéramos. El distinguido Alí y su caricatura en gordo y torpe, Hassan, con dos mujeres tan o más negras que ellos. Ellos vestían trajes color tabaco, el uno con camisa amarilla y corbata azul eléctrico, el otro con camisa azul eléctrico y corbata amarilla, pantalones de raya perfecta y zapatos recién estrenados. Parecían dos diplomáticos africanos a punto de presentar sus credenciales, o dos ejecutivos agresivos de una empresa multinacional, tal vez norteamericana. Lo cierto es que eran ejecutivos agresivos. Hassan incluso llevaba uno de esos maletines de piel que hacen tan ejecutivo. Alí Badreddin figuraba que era el Presidente Director General («PDG», decía su tarjeta) de una empresa importadora de diamante industrial llamada Pokerace. También había oído decir que, con su enorme hermano Hassan, eran propietarios de un taller de reparación de coches. Las dos chicas, altas y esbeltas como tutsis, muy bien vestidas con ropa de marca. El estampado del vestido de una recordaba la piel de cebra. El vestido de la otra era verde chillón.

Yo también iba un poco escandaloso, aquel día, con batita escarlata de escote que permitía ver el vello rebosante del pecho, y medias que no disimulaban los pelos y las imperfecciones de las piernas. Me había puesto la peluca charlestón y, al mirarme en el espejo para los últimos retoques, había pensado que las pelucas femeninas siempre realzaban especialmente el carácter del bigote. Me había pintado las uñas con el mismo tono escarlata de la batita. No era manera de presentarse ante los somalíes, pero ya no había nada que hacer. Habían llamado al timbre y Sancha ya les había abierto y los hacía pasar a la Sala Regia o De las Orgías.

—¿Qué deben de querer?

Antes de salir del Centro Logístico, le pregunté a Alicia:

—¿Cómo tenemos lo del inspector Rey?

—No lo hemos localizado todavía. Ya no es policía. Está jubilado.

—¿Necesitas una ayuda? —me preguntó Cloe.

—No —le dije.

—Estaré atenta.

En el Despacho de Recibir, encendí un cigarrillo, lo ensarté en una boquilla e hice mi aparición, toda escarlata y con la barbilla muy alta. —¡Qué maravillosa sorpresa! —exclamé, procurando que sonara tan falso como una protesta de político. «*What a wonderful surprise!*», en mi mejor inglés.

Para ellos y ellas, mi indumentaria también fue una sorpresa, maravillosa o no. A primera vista, la expresión de ellos dos me hizo pensar que estaban a punto de ser víctimas de una combustión espontánea y fulminante. Les costaba creer lo que veían y, probablemente, hicieron un esfuerzo para suponer que yo no era yo, sino una hermana mía que se hubiera dejado crecer el bigote. Enseguida aceptaron la evidencia y se les escapó la risa.

—¿Este es tu modelito de andar por casa? —dijo Alí.

—¡Que callado te lo traías! —dijo Hassan.

A las dos chicas que les acompañaban, mi aspecto les provocó una profunda angustia. Estaban muertas de miedo. Vestían ropa cara, sus peinados eran de peluquería de barrio alto, tenían pocos años y unos cuerpos espectaculares, pero sus ojos brillaban enormes y vidriosos en medio de los rostros oscuros y contenían un chillido de prevención y de inseguridad. Como si supieran que se habían tragado una bomba de relojería y estuvieran esperando que explotara de un momento a otro. Sonreían, sí que sonreían, pero no había felicidad ni alegría ni relax en sus rictus. Era la última risa de la última foto del condenado a muerte. No me gustaba ver a aquellas chicas, no las quería en mi casa.

—¿Qué me traéis aquí? —exclamé, levantando la voz para sacarlos de su estupor.

—¿Qué te parece? —dijo Alí.

—¿Qué te parece? —dijo su hermano Hassan.

—¿Qué me dirías si te regalara estas dos maravillas? —Alí ya tomaba impulso. Algo más relajado y flexible, avanzó hacia uno de los sillones y se

sentó—. ¿Podemos?

—Claro —dije, un poco inexpresivo—. Sentaos. ¿Qué queréis tomar?

—¿Cava?

Se sentaron los cuatro. Con un par de gestos, Alí ordenó cómo tenían que hacerlo. Las chicas en el sofá y los dos hombres en los sillones, uno a cada lado. Hassan se puso el maletín sobre los muslos y me recordó a una señora obesa portadora de una cesta con un pollo. A mí me quedaba un tercer sillón encarado a ellos, al otro lado de la mesita de café.

Lo ocupé mientras hablaba por la radio de uso interno:

—¿Alguien me oye? —dije, un poco femenina—. ¿Podéis traer una botella de cava y cinco copas a la Sala Regia? —Pedí expresamente una marca muy conocida y vulgar porque daba por supuesto que aquellos dos no sabían distinguir el cava de la sidra y considerarían que era de primera calidad—. Repito: ¿qué me traéis aquí?

Alí Badreddin se acodó en las rodillas y trenzó los dedos de ambas manos como para iniciar una plegaria.

—Mira, Mili. Yo sé... —iba haciendo pausas para enfatizar cada palabra y para preparar a conciencia las palabras siguientes—, yo sé que tú quieres mucho a tu negocio. Era de tu madre y de tu abuela, y es muy bonito. Mi tío Ayyad, sin embargo, considera que es profético que lo llamas el Harén. Los Al-Yaafari, que es el nombre de mi tío y era el nombre de nuestra madre, y los Badreddin somos musulmanes, y el harén es una institución de nuestra cultura. Es evidente e innegable que el Harén fue fundado para nosotros. —Levantó la mano para evitar que yo interviniera—. Pero tú tienes miedo. Ya lo sé. Tienes miedo de que una familia de africanos de mierda destruya esta joya...

—¡No, no! —Yo tenía que protestar.

—Sí, sí, es así. Yo lo sé. Nosotros lo sabemos. Solo así podemos entender que rehúses dos millones y medio de euros que te pagaríamos al contado.

—¿Dos millones y medio? —me sorprendí.

—Sí, sí. —Él iba a su bola—. Tú crees que traeremos aquí las máquinas que tenemos en la calle, groseras, sucias, mal educadas, y vendrán aquí a mearse y a escupir en las alfombras y a pintar grafitis encima de tus cuadros.

Maragda entraba en ese momento con la bandeja del cava y las cinco copas, y pudo oír las últimas palabras de Alí Badreddin. Noté la indignación

en sus ojos y, cuando se inclinó para dejar la bandeja sobre la mesa del café, percibí que llevaba la navaja militar en el bolsillo trasero de los vaqueros. Allí se había callado y la miraba tratando de atraer su atención. Mientras Maragda destapaba la botella, con disparo de silenciador, ella se volvió hacia mí y yo negué con la cabeza, como el capo que dice al torpedo: «No los mates todavía». Se resignó, sirvió las cinco copas e hizo mutis por donde había venido.

13

Domadores de mujeres

Nos inclinamos adelante para tomar las copas. Las dos tutsis dirigieron la vista a sus proxenetas para pedirles permiso. Hassan tuvo que dejar el maletín junto al sillón. Y Alí recuperó la palabra, impaciente:

—Tú no estás hecho para dirigir este negocio. —Me señaló con la copa, mostrándome al mundo, *ecce homo*, no había más que ver mi aspecto, batita escarlata, escote, peluca, zapatos de tacón, ¿qué clase de esperpento es este? —. Tú cuidarás mucho tus alfombras, y sacarás el polvo a tus cuadros y llorarás ante las obras de arte, pero un negocio como el nuestro es demasiado para ti.

—Hace doce años que me dedico a esto y no pierdo dinero —le hice notar, ya sin sonreír.

Me ignoró.

—¿Crees que vamos a traer aquí máquinas destartadas como las que tenemos en la calle? ¿De segunda y de tercera categoría? No. A nosotros nos llega material de todo tipo, Mili. Mira estas dos. ¿No te parecen de primera calidad? ¿Qué pasa? ¿Que todos tus clientes son racistas? Los racistas son los que más disfrutan tirándose a las negras. Se llaman Mercy y Abiona. Son tutsis. ¿Has oído hablar de los watusi? Pues son tutsis. —Levantó la copa—: Brindemos por el pueblo watusi.

Los dos somalíes apuraron el contenido de las copas de un golpe, claro. Como hacen los cosacos con el vodka. Patapam, y se sirvieron más.

Yo contemplaba a las tutsis. Eran muy hermosas, mucho. Unos ojos muy abiertos y expresivos. Los labios tan gruesos que apetecía morderlos. Pero tenían una actitud altiva que no engañaba a nadie. Eran la caricatura de nenas sofisticadas de dedos meñiques alzados para tomar café. Eran obras de arte maltratadas por gente que de una obra de arte solo conoce el precio. Tenían el alma cubierta de feas cicatrices. No eran de basalto, ni de antracita, ni de lava volcánica, como quería hacerme creer su piel. Eran muñecas de porcelana.

Negra, pero porcelana. Frágiles y, muy probablemente, incluso agrietadas por el miedo. Habían recibido demasiados golpes.

Ante mi carencia de entusiasmo, Alí se dirigió a ellas, muy brusco. Y las chicas tuvieron un sobresalto de pánico.

—¡Di algo, Mercy! ¡Venga, di! —Más alto—: ¡Di!

—*M'agradaria treballar aquí* —dijo Mercy, en catalán, con voz estrangulada y mueca de catálogo.

—¿Lo ves? —dijo su chulo, muy orgulloso—. Profesionales de primerísima calidad. Chicas educadas, que hablan catalán, castellano, francés e inglés. Te ofrecería que te hicieran una mamada, pero vestido como vas... —Le dedico una caída de ojos modelo «¿Qué te has creído?» que no sabe cómo interpretar—. Bueno, si quieres que te la hagan, solo tienes que decirlo... Conocen las cuarenta y ocho posiciones del Kamasutra. Pregúntales una, la que tú quieras...

—No, no. —Yo movía la mano de la boquilla humeante para darles a entender que no hacía falta.

—Una —insistía Alí. Se volvió hacia las dos chicas provocando movimientos defensivos. Las dos abrieron la boca, a punto de chillar—: La postura de las cucharas. No, no, esta es muy fácil. La unión del antílope.

—De rodillas en el suelo... —empezó una de las dos, la de piel de cebra, la más asustada.

—No os esforcéis. —Yo trataba de evitar que la situación se hiciera más y más penosa.

Alí, el vendedor, no quería dejarme hablar. A lo mejor porque confundía hablar con pensar.

—¿Y sabes qué es lo último que han estudiado?

Llevó su mano derecha, por debajo del faldón de la americana, a la espalda. Tuve la seguridad de que estaba a punto de esgrimir una pistola, que me iba a encañonar y a decirme que, si no le vendía el Harén, me pegaba un tiro. Pero blindé mi sonrisa para morir como un valiente. Y me llevé lentamente la copa a la boca y di un sorbo para demostrar que no me temblaba el pulso.

Falsa alarma. Su mano salió armada de una revista del corazón.

Dijo, inmensamente satisfecho de sí mismo:

—Todo lo que los hombres quieren que las mujeres les den en la cama. — Dirigió la revista hacia la chica del vestido verde, y ella la miró como si fuera un machete ensangrentado—. ¡Abiona! ¡Di! ¡Todo lo que los hombres quieren que las mujeres les den en la cama!

Abiona sonrió y levantó más una ceja que la otra para decirme, seductora:

—Iniciativa, deseo, imaginación, halagos, procacidad, vocabulario, lengua, lengua, lengua, aspecto, espontaneidad, sorpresa, movimiento y kamasutra. —¿Lo ves? —exclamó Alí, triunfal.

—Alí —lo corté, al mismo tiempo que apagaba el cigarrillo en el cenicero, aplastando insistentemente la brasa, hasta hacer desaparecer incluso el humo, como si quisiera hacer desaparecer el humo de su discurso—. Alí. No voy a vender. Aunque traigas a esta casa a Scarlett Johansson y a Natalie Portman haciendo un número lésbico. No voy a vender. Aunque resucites a Marilyn y cada noche haga el número de los «Diamonds are a girl's best friends».

—Mili, Mili, Mili... —No quería oírlo—. Solo te pido una cosa. Quédate las dos chicas. Si luego no te gustan, devuélvemelas. No me lo tomaré mal. Tú pruébalas. Verás que su nivel es excepcional, perfecto para esta mansión, para este Harén.

Ya hablábamos en serio. Muy en serio. Demasiado en serio.

—No vendo. —Pausa, para que las dos palabras penetraran hasta el núcleo de su cerebro. Repetí, por si todavía había alguna neurona que no lo hubiera captado—: Y menos si me ofreces dos millones y medio. Porque tu tío, la última vez que hablamos del tema, me ofreció cinco millones.

Ahora. Por la expresión de los ojos de aquel ejecutivo agresivo, entendí que acababa de pisar mierda. Ahí era donde quería llevarme. Yo había pensado que era una equivocación, pero no lo era. Era una amenaza.

—Sí, te ofreció cinco millones. Y tú los rechazaste. Y es la manera que tiene mi tío de regatear. Cada vez te ofrecerá menos dinero. Tiene mucha paciencia, pero te aconsejo que no lo fuerces a ofrecerte cien euros. Porque, cuanto menos ofrezca, más cerca estará de convertirse en el propietario de este Harén. Mi tío siempre ha conseguido lo que quería.

Asentí, incapaz de disimular que estaba impresionado. Lo cierto es que estaba muerto de miedo. Y ya sabéis que eso me desata la lengua y me hace hablar demasiado, como le pasaba a Philip Marlowe.

Hassan se había servido una segunda copa, se la había bebido y se le escapó un eructo.

—Te voy a contar una cosa —dije, reflexivo, buscando una buena historia en el almacén de mi memoria—. O, mejor, se la voy a contar a tus chicas. Debéis saber que las mujeres que colaboran aquí, conmigo, se distinguen de las otras que encontraréis por Barcelona en el hecho de que tienen personalidad. Me lo oiréis decir muchas veces. No son pedazos de carne obedientes que piensan en otra cosa mientras están ocupadas con el cliente, que están deseando acabar de una vez para tomarse un respiro antes de pasar al siguiente. Lo que distingue a las profesionales del Harén de las otras es que tienen personalidad.

Ellas, Mercy y Abiona, eran dos niñas escuchando al maestro para aprenderse la lección de memoria. Mis palabras habían creado un vacío y, por un momento, las expresiones de los dos hombres dominadores y crueles, ejecutivos agresivos, habían sido tan o más asustadas como las expresiones de las dos chicas. Había conseguido un cierto equilibrio, muy precario pero innegable, entre ellos y ellas. A Mercy y Abiona les había gustado. A mí también.

Pero resultó muy efímero. Alí enseguida llenó de aire los pulmones y se repuso como si acabara de esnifar alguna sustancia reconstituyente. Dejó la copa sobre la mesa, se puso de pie con brusquedad, me señaló con el dicho índice y dijo:

—Tú quédate a las tutsis. Que se aprendan todo esto que acabas de decir y verás que son perfectas. Cuando estés bien convencido, te volveremos a llamar y hablaremos. —Ordenó a su hermano—: Dame eso.

Hassan depositó la copa en el suelo, junto al sillón, tomó el maletín, lo abrió, sacó un estuche amarillo de plástico y se lo dio a Alí, que me lo ofreció a mí.

—Con esto no tendrás que tener ningún miedo.

—No me dan ningún miedo.

—Harán lo que tú quieras, Mili. Serán tus esclavas. Mercy: lame el suelo. Mercy se arrodilló y lo lamió.

—Abiona —dijo Hassan, juguetón—: ¡Pégale una bofetada a Mercy!

Mercy se estaba incorporando cuando su compañera, sin pensarlo ni un segundo, le pegó un tortazo que le giró la cara.

Hassan y Alí se reían muy orgullosos de ellos mismos.

—¡Basta! —grité—. No quiero esclavas. No has entendido nada, Alí.

Me miró con la suficiencia de un dios vengador.

—Sí que lo he entendido, Mili, sí. He entendido que tengo razón: que esta no es trabajo para ti. Te haremos un favor cuando compremos el Harén. Te quitaremos un peso de encima. Nos lo agradecerás. Vámonos, Hassan.

Dio media vuelta y salió de la Sala Regia, seguido por su hermano. No quise correr detrás de ellos como una mariconas asustada. Anduve lentamente, con majestad y casi chulería, y cuando llegué al vestíbulo ya no estaban. Llegué hasta la puerta, la abrí y pude ver a los dos somalíes montando en un coche negro mal aparcado algo más allá.

Por un momento había temido que se hubieran escondido en algún lugar de la casa para sorprenderme cuando menos me lo esperase.

Volví junto a las dos tutsis.

14

El alma en un estuche amarillo

Volví junto a las dos tutsis llevando el estuche de plástico amarillo con las dos manos y separado del cuerpo, como si fuera un paquete explosivo. Mercy y Abiona continuaban sentadas en el sofá y me miraban con el alma en vilo. Yo también tenía mi alma en vilo.

—No somos tutsis —dijo una de ellas, muy asustada, como si temiera que yo me podía enfurecer si creía que me habían mentido—. Somos nigerianas. Yoruba. De la provincia de Kwara, cerca de la frontera de Benín.

Ni caso.

—¿Qué es esto? —pregunté cuando me encontré en pie delante de ellas.

Me miraban paralizadas por el terror. Yo era su nuevo propietario, o propietaria, y no sabían cómo iba a utilizar mi autoridad.

—¿Qué es esto? —repetí.

No querían decírmelo. O no sabían decírmelo. O no podían decírmelo.

Me decidí a abrir el estuche. Entonces, las dos gritaron estremecidas:

—¡No! ¡No lo abras!

Me detuve.

—Pero ¿qué es?

Mercy *piel de cebra* dijo, sin aliento:

—Nuestras almas.

Por su expresión y por la expresión de la otra, adiviné que Mercy *piel de cebra* era la más supersticiosa de las dos y, por tanto, la más asustada.

—¿Vuestras almas?

Accioné el cierre y abrí el estuche.

—¡No! —volvieron a gritar.

Me quedé contemplando los dos paquetes asquerosos de papel sucio que había en el interior, y ellas me contemplaban con las manos ante la boca, los ojos desorbitados, escandalizadas por el sacrilegio que acababa de cometer.

Me atreví a tocar los paquetes con la punta del dedo índice. Eran dos servilletas de papel que envolvían alguna porquería marrón que había traspasado el papel. Era una mierda bastante antigua como para no oler mal, pero no había duda de que, en su momento, aquello debía de desprender un olor insoportable. En uno de los paquetes, alguien había escrito, con insegura letra de palo, «Mercy» y, en el otro, «Abiona».

—¿Qué coño es esto? —La repugnancia me estrujaba el rostro.

—¡Por favor, por favor! —gritó Mercy, dejándose caer de rodillas delante de mí. Sus ojos se empaparon de lágrimas. Estaba temblando—. ¡Son trozos de nuestras uñas! ¡Y pelos nuestros!

Abiona también se arrodilló junto a su compañera. Miraban el estuche y mis manos como si sus vidas dependieran de un movimiento imprudente por mi parte.

—Y pelo de abajo —añadió Mercy—. Y un trozo de piel de cada una.

—Todo mezclado con sangre de la luna.

Agg. Qué asco. Interpreté que se referían a la sangre menstrual.

—Quien tiene este amuleto, tiene nuestro destino.

Eran dos pobres pecadoras que rezaban con las manos juntas ante el dios omnipotente y cruel que podía condenarlas al fuego del infierno con una sola mirada.

Yo no sabía qué hacer.

Me arrodillé como ellas, delante de ellas, mirándolas fijamente a los ojos, tan inocente como era capaz de mostrarme.

—¿Qué os puede pasar? No os quiero hacer daño. ¿Qué os puede pasar si tiramos esto a la basura...?

—¡No!

—Explicádmelo. No lo entiendo.

—Esto es nuestra alma —dijo Mercy, lentamente, para que yo lo entendiera—. Si lo destruyes, destruyes nuestra alma. Nos volveremos locas, perderemos el control sobre nuestros pensamientos y nuestros actos, nos volveremos como bestias babosas y malas...

Abiona añadió, mirando al suelo:

—... Y matarán a nuestros padres y a nuestros hermanos. Por nuestra culpa.

Esa fue la parte que entendí mejor. Como ateo practicante, me costaba mucho entender el galimatías de las almas, a pesar de que ya había oído decir que había chicas africanas a quienes obligaban a prostituirse mediante la superstición y el vudú, pero no era extraño que otra de las formas de extorsión fuera la amenaza de muerte sobre las familias.

—Explicádmelo, por favor —les supliqué, mostrando el estuche amarillo como si fuera una ofrenda sumamente valiosa—. Yo no sé qué hacer con vuestras almas.

Habló Mercy con tanta convicción como el Papa cuando habla de la Santísima Trinidad:

—Nuestras almas pertenecen al dios orixa Oggun, que las creó para hacer el bien y nos defiende de los enemigos con el machete Embelebobo; y pertenecen al demonio Nenonir de las tormentas, que las creó para hacer el mal y es señor del arco iris, que un día quiso tragarse el Mundo; y pertenecen al rey orixa Xangó, rey del trueno y del rayo, del fuego y de la justicia, que las creó para premiarlas si hacen el bien o castigarlas si hacen el mal. Los tres luchan en el Cielo por tener nuestras almas. Los tres tiran de las almas, pero ninguno de ellos se las lleva, porque sus fuerzas están perfectamente igualadas. Y así, nuestras almas están siempre en el mismo lugar, ahora un poco hacia aquí, ahora un poco hacia allá. Pero algún día puede pasar algo, una maldición que rompe el equilibrio, y que fastidia y expulsa al espíritu de la Guarda que Nge Olorun puso a nuestro lado cuando nacimos, y entonces, el alma va de un lado a otro como la barca sacudida por el temporal y, si naufragamos, no tendremos a nadie que nos acompañe después de la Muerte.

—Lo único que nos salva —intervino Abiona, con voz más sosegada, intentando demostrar con su actitud que su relato era perfectamente razonable y comprensible—, lo único que hace que no nos volvamos locas y que no seamos como animales, es esto —y señaló el estuche que había entre ellas y yo—, este amuleto. De él dependen el equilibrio y la razón. Y por eso debemos obedecer a quien lo tiene.

Alargué los brazos para ofrecerles aquella porquería. Ellas se encogieron y protegieron con las manos, a punto de volver a llorar.

—Tomad —dije—. Ahora es vuestro. Así, el equilibrio y la razón solo dependerán de vosotras. Así, solo tendréis que obedeceros a vosotras mismas. Lo que significa que debéis hacer lo que os parezca que debéis hacer.

Se negaban. Negaban con la cabeza. Habían retrocedido y se apoyaban en el sofá, crispadas y temblorosas.

—No, no.

—No... Por favor.

—Alí y Hassan son sacerdotes Oggun y Xangó —dijo Mercy—, hijos de Obatalá y Yembó, que poseen todos los secretos de la creación.

—Pero ahora ellos no están aquí.

—Son muy poderosos.

—Ellos nos salvan.

Por favor, por favor. Les habría tirado los amuletos a la cara y las habría enviado a cagar. Depositó el estuche con mucho cuidado, como si pudiera romperse, sobre el asiento del sillón que tenía al lado, y me levanté procurando disimular mi impaciencia. Suspiré y dije:

—No lo entiendo.

—Somos pecadoras y lo sabemos —dijo Mercy.

—Somos sucias —añadió Abiona—. Nosotras sabíamos que veníamos al *faqui*. Primero nos dijeron que en Europa ganaríamos mucho dinero haciendo de criadas, o de camareras; pero después uno de nuestros amigos nos dijo que no, que veníamos a Europa para practicar el *faqui*, el sexo. Eso nos ensuciaría y nos haría pecadoras, y podía romper el equilibrio de nuestras almas, pero nuestro amigo sabía la manera de evitar que eso sucediera. Conocía a un *babalawo* que nos haría un ritual protector. Un hechizo que nos protegería de todo mal y de toda culpa.

—Tendríamos la complicidad del demonio Nenonir de las tormentas, y la comprensión del dios orixa Oggun, y la clemencia del rey orixa Xangó, que es todo justicia.

—¿Y cómo fue ese ritual? —Me volví hacia ellas—. Levantaos, por favor. Sentaos bien. A mí no me tenéis que adorar. Y si tenéis que adorarme, no quiero que me adoréis de ese modo. Quiero que me adoréis sentadas como personas.

Me obedecieron como se obedece a los dioses. Se sentaron bien, honestas como beatas en la iglesia.

—¿Cómo fue el ritual?

—Una noche nos llevaron a ver al *babalawo*. Éramos muchas chicas

acompañadas de algún representante de la familia. Nuestro padre, nuestra madre, nuestros hermanos; nuestro marido, si alguna estaba casada. Todas las que, días después, hicimos juntas el viaje a Europa. Cantamos plegarias a los dioses, nos hicieron jurar prudencia y que no revelaríamos nunca los secretos del hechizo, y acabaron matando una gallina. Le quitaron la vida, que es el bien máspreciado por el dios orixa Oggun, y le cortaron la cabeza porque al demonio Nenonir le gusta la sangre, y la tiraron a la hoguera porque al rey orixa Xangó le gusta el fuego.

—Mezclando la sangre de la gallina con vino y agua y no sé qué más, el sacerdote hizo un brebaje y, con parte del líquido y la ceniza de la hoguera, fabricó una pasta, como un engrudo. Nos desnudaron e hicieron unas incisiones al cuerpo para introducirnos hierbas medicinales...

—¿Incisiones al cuerpo? —fruncí el ceño.

—... y otras cosas que tenían que mantener nuestra unión con nuestro Nge.

—¿Qué os metieron debajo de la piel...? —exclamé.

Mercy se puso en pie lentamente, porque el respeto exige lentitud, se desabrochó dos botones que tenía en la cintura, debajo del escote, y se descolgó las hombreras del vestido, descubriendo un sujetador pequeño que mantenía altivos a dos pechos deliciosos. El sujetador se desabrochaba por delante y así liberó los pechos, que continuaron tan altivos como antes, y pudo mostrarme un pequeño bulto que había entre los dos, sobre el esternón.

También pude ver una concha agujereada sujeta con un imperdible del tirante del sostén.

—¿Y esto?

—También nos lo pusieron. También nos protege.

—Esto tiene que verlo la doctora. —Hablé por la radio de uso interno—: Sancha: ¿Está libre Docky? Dile que vaya a la enfermería, que quiero enseñarle una cosa.

—... Y nos cortaron las uñas y los pelos de la cabeza, y los pelos del sexo, y teníamos que darles sangre de la luna, y nos cortaron un pedazo de carne. Y con todo eso y la pasta hecha con sangre de gallina y cenizas, hicieron estos amuletos —los del estuche amarillo—, que nos protegen.

Mercy me indicó dónde tenía la cicatriz resultante del trozo de carne rebanada.

—Por favor, por favor, por favor. ¿Tú también lo tienes?

—Sí —dijo Abiona.

—Venid. —Les indiqué que me siguieran.

—Eh —dijo una de ellas. Y cuando me volví—: Te dejas esto.

El estuche. Sus almas. Estuve a punto de decir «Déjalo que nadie lo va a tocar», pero eran sus almas. Lo recogí con muestras de infinito cuidado y respeto.

15

Otra clase de magia

Salimos al vestíbulo de los tapices del Edén y el harén. Subimos por la majestuosa escalinata.

—Ahora vamos a quitaros esto.

—No —exclamó Mercy—. Es nuestra protección.

En lo alto de la escalinata, había un balcón que se abría, por el otro lado, a un pequeño y refrescante atrio, como un jardín interior, y algo más allá sobrevolaba la Sala Regia. Todo en aquel estilo neogótico que hacía pensar en reyes medievales y princesas cautivas, en san Jorges y dragones, en espadas y brujerías.

—Y supongo que ese sacerdote o brujo o lo que fuera... —iba diciendo yo.

—El *babalawo*.

—... Supongo que tomó nota de los nombres y las direcciones de los parientes que os acompañaban, ¿verdad?

—Sí. Para darles noticia de nuestro viaje.

—Y para saber dónde podían ir a buscarlos si no os portabais bien. Alguna vez os habrán dicho que, si os escapabais o acudíais a la policía, a vuestros parientes les podía suceder alguna desgracia.

Las miré. Callaban. Otorgaban.

Embocamos el pasillo donde estaba el Despacho de Recibir y el Centro Logístico. Sancha me esperaba en la puerta y echó un vistazo despectivo a las dos chicas negras que me acompañaban. Una de las cuales, con las tetas al descubierto. Con un movimiento de labios, valoró positivamente lo que veía.

—Ha venido Irma —me dijo, dirigiendo un gesto hacia el despacho.

Me asomé para comprobar que aquella especie de Marilyn musculada estaba sentada en una de las sillas, esperando pacientemente y mirándome como si estuviera a punto de decirme: «Ya no me quieres». El tono de su

mirada varió al ver que llevaba peluca y vestía una batita escarlata escotada.

—Lo siento, Irma —le dije—. Hoy no puedo estar por ti. Hablemos otro día.

Regresé al pasillo, fugitivo. Sancha masculó, a mi paso:

—No volverá. ¿Después de verte vestido así? No volverá. —Me daba igual—. Otra cosa: el Fiestas. —Me detuve. ¿Qué le pasaba al Fiestas?—. Borracho como una sopa. Dice que, si alguien lo va a echar, tienes que ser tú en persona. Que no admite que nadie más lo eche de aquí.

—Pues le dices que yo no puedo. Sancha, por favor, estoy en una crisis. Tú sabrás echar al Fiestas. Dejadlo en el cuarto. Que duerma. Si se pone pesado, envíale a Cloe.

—Es que Cloe está con un cliente.

—Pues cuando acabe, Sancha, por favor. Puedes hacerlo sin mí, por favor, por favor. No será la primera vez, por favor.

Docky nos esperaba a la puerta de la enfermería. Docky es diminutivo de doctora, claro, porque tiene la carrera de Medicina y posee consultorio privado y todo en la Via Augusta. Trabaja para nosotros en todos los sentidos que la palabra *trabaja* tiene en esta casa. Tan pronto está ejerciendo como médico como jugando a los médicos. Es una chica encantadora, vital, muy solícita y solicitada.

Le mostré el bulto que Mercy tenía entre los pechos. Le pedí a Abiona que descubriera su implantación, también. Docky se puso los guantes de látex y procedió a reconocerlas.

—¿Aquí vienen hombres? —preguntó Mercy.

—Sí.

—¿Por *faqui*?

—¿Por qué?

—Por *faqui*. Sexo.

—Ah, sí. *Faqui*. Sexo. Sí.

—¿Y tendremos que trabajar aquí?

Me miraba, pendiente de una respuesta que era muy importante para ella.

—No. No podéis trabajar aquí. —Las miré, a ella y a Abiona, y no sabía si les estaba dando una buena o una mala noticia—. Aquí no puede trabajar ninguna mujer que se sienta obligada. No quiero caras largas y resignadas.

Para eso, ya hay otros locales, o las esquinas de algunas calles. Aquí quiero colaboradoras vocacionales. Que no consideren que el... *faqui* sea humillante ni degradante. La mujer que viene aquí tiene que hacerlo porque le gusta lo del *faqui*, como decís vosotras. La verdad es que yo creo que le gusta a todo el mundo. Departir con gran familiaridad con otra persona, para usar una expresión de *Las mil y una noches*, no tiene por qué ser humillante ni degradante, si se hace con el consentimiento de todos los implicados. No se degrada el fabricante de váteres cuando la gente se caga sobre su producto. Lo hacen precisamente para eso, lo hacen a propósito. No se humillan los fabricantes de condones porque la gente los use como los usa. Eres tú misma quien te degradas, si quieres; si llevas dentro un Pepito Grillo que te dice «Qué guarra eres», «Qué mierda eres por hacer estas cosas». Es tu Pepito Grillo quien te humilla. O tu vecino malnacido. Yo creo que las mujeres que colaboran aquí conmigo lo hacen porque quieren y cuando quieren y eso significa que lo hacen bien. Y como lo hacen bien y estamos en este Harén de lujo, podemos cobrar caro a los clientes. Y como cobramos caro, no viene cualquiera. Podemos reservarnos el derecho de admisión. Viene gente educada y limpia. Y como las chicas están a gusto, hay muchas que quieren venir. Tenemos muy buena oferta y cubrimos toda la demanda. Es así de sencillo.

Se formó un silencio. Las dos chicas negras, con los pechos a la vista, se miraban y a lo mejor se comunicaban telepáticamente.

—¿Cómo llegasteis a Barcelona? —preguntó Docky mientras las examinaba.

Abiona lo contó sin ganas de entrar en detalles. Habría dicho que la aburría el relato, pero también que procuraba mantenerse a distancia de los recuerdos a base de congelarlos.

—Fuimos con autocar hasta un pueblo. De allí empezamos a caminar kilómetros y kilómetros. Recorrimos un valle y atravesamos un desierto para evitar aduanas. Cruzamos un río por un vado donde el agua nos llegaba al pecho. Nos encontramos con una banda de ladrones que nos perdonaron la vida a cambio de *faqui*. El amigo que nos acompañaba y nos protegía no nos pudo proteger. A él lo violaron. Así llegamos hasta una ciudad de Marruecos que se llama Agadir. Allí embarcamos en un barco de carga. Nuestro amigo nos vendía a los marineros. Entramos en el Mediterráneo y, cuando nos

acercábamos a Barcelona, nos metieron dentro de un contenedor. Éramos unas quince mujeres, y chicas y niñas, y casi no cabíamos, pero nos dijeron que no estaríamos mucho rato. Fueron casi dos días. Cuarenta y tres horas. Sin comer ni beber. Teníamos una especie de váter químico, pero..., bueno, no quiero entrar en detalles. Hasta que se abrieron las puertas y nos encontramos en nuestro hogar.

—Con Mami —dijo Mercy.

—¿Mami?

—Ella nos cuida.

—Nos consuela. Nos cura las heridas.

—¿Las heridas?

—Y nos da las pastillas que nos ayudan a aguantar.

—A ella podemos contárselo todo. Ella recauda el dinero que ganamos en la calle.

—Mami.

—Ella nos cuida.

Docky se quitó los guantes, indicó que ya se podían vestir y que sí, que tenían unas cuantas cosas insertadas bajo la piel, pero no parecía que hubieran causado ninguna infección.

—Pero se lo tendremos que quitar...

—¡No, no! —gritaron las chicas simultáneamente—. ¡Sacar, no!

—Es nuestra protección —recordó Mercy.

Docky me miró, desconcertada, y yo asentí sin palabras.

—Venid —dije a las chicas—. Os enseñaré dónde podéis descansar. Mañana ya pensaremos en vuestro futuro.

Salimos de la enfermería y pasamos a una parte del Harén donde antiguamente se habían hecho obras de modernización. Allí estaba la sala de la tele, donde Nuria y Selena estaban descansando y tomando un café, y la puerta que daba al apartamento de Sancha. Al fondo, una escalera estrecha, que al inicio de los tiempos era la escalera del servicio, nos condujo hasta el segundo piso y, a continuación, a la buhardilla.

Abrí uno de los cuartos para el reposo de las colaboradoras. Tenía una cama de matrimonio, una cómoda, dos sillones, una mesita, un armario grande y cuarto de baño con bañera. Allí se podían instalar muy bien las dos.

Atravesé el cuarto y deposité sobre la mesita el estuche de plástico amarillo.

—Quiero que esto lo tengáis vosotras.

Mercy se había sentado en la cama y tenía las manos juntas presionadas entre las rodillas. Cabizbaja, musitó:

—Dos días después de llegar aquí, pasó una gran desgracia.

—Déjalo, Mercy —dijo Abiona.

—No. Quiero que lo sepa.

—Ya lo sabe.

—No lo sé —intervine—. Di, Mercy. Quiero oírlo.

—Nos tienen en una nave muy grande. Un almacén enorme. Hace mucho frío. Nosotras estamos al fondo, en una sala con treinta o cuarenta camas. De pronto, escuchamos unos gritos horribles y, cuando nos abrieron la puerta y pudimos salir, vimos que una de las chicas estaba allí. Muerta. Le habían cortado la cabeza y estaba sobre una hoguera, quemándose, con aquel olor...

—Le habían hecho lo mismo que a la gallina del ritual de origen —susurró Abiona.

—Por favor, por favor —dije.

—Dijeron que era una maldición —continuaba Mercy—. Algo había hecho mal alguna de nosotras, y nos condenaba a todas. El equilibrio se había roto. El demonio Nenonir, el orixa Oggun y el orixa Xangó se habían enfurecido, se habían puesto contra nosotras y exigían penitencia.

—... Y, de repente, se nos apareció el *babalawo*.

—¿El *babalawo*?

—Sí, el sacerdote que había hecho el hechizo en Nigeria. Él mismo. Viajó de repente hasta aquí, atraído por la maldición.

—¿Llevaba máscara?

—Sí.

—Y bailaba.

—Una máscara se la puede poner cualquiera —dije, más para mí mismo que para ellas.

De todas formas, no me hicieron caso.

—Él nos habló a todas. Si no queríamos que nos pasara lo que le había pasado a nuestra compañera, teníamos que obedecer en todo a Alí y Hassan,

que son los sacerdotes Oggun y Xangó, hijos de Obatalá y Yembó, o a cualquiera de sus hombres. —Mientras Mercy hablaba, Abiona me miraba acusadora, como si me considerase uno de los hombres de Alí y Hassan. No se fiaba de mí ni un pelo—. Él nos dijo que no nos pasaría nada si obedecíamos siempre. Pero si nos atrevíamos a desobedecer, como todo era por nuestra culpa, nuestras almas serían destruidas, nos volveríamos locas y seríamos como animales.

—O moriríais como la compañera decapitada —apunté. Hice una pausa para añadir—: O matarían a vuestros parientes de Nigeria.

Una fantástica puesta en escena, pensé, que implicaba el sacrificio de una mujer por envío. La presencia de un cadáver siempre es muy convincente. Y siempre hay una candidata al sacrificio: la más fea, la mayor, la que ha protestado más durante el viaje, la más débil y enfermiza, la que ha caído mal a uno de los transportistas, la que se ha enfrentado a sus carceleros...

—¿Y os retuvieron el pasaporte?

—Sí. Mami. Ella nos cuida. —Observé que no podían decir «Mami» sin añadir «ella nos cuida». Estaban absolutamente condicionadas—. Ella nos dijo que el viaje de cada una de nosotras había costado cincuenta mil euros por persona y que nuestros amigos se irán quedando todo el dinero que ganamos hasta que hayamos saldado la deuda.

—¿Cuánto dinero podéis ganar al final del día?

—Cobran cinco euros por servicio. No pueden cobrar más, porque las llevan a barrios muy pobres. Un día bueno pueden sacar cincuenta euros.

Un cálculo rápido me dijo que necesitarían mil días para conseguir los cincuenta mil euros en que se valoraba el viaje. Mil días eran casi tres años de trabajar las trescientas sesenta y cinco jornadas sin ni un día de respiro. Pero otra cosa había retenido mi atención:

—¿Cobran? ¿Pueden sacar? ¿Ellas?... ¿Y vosotras?

—Nosotras dos somos un caso aparte. Vivimos con las otras, pero cuando llegamos hace dos años, Alí y Hassan nos escogieron. Nos dijeron que seríamos las preferidas de los dioses. Siempre hacemos *faqui* con ellos. Nos pusieron a estudiar idiomas. Y nos compraron vestidos en el centro de la ciudad. Y la mujer de Alí nos enseña a andar y a movernos con distinción. Nos hacen ver películas todo el día. Y nos alimentan bien.

Entendido. Dos figurantes, las más guapas de un envío, especialmente

preparadas para convencerme de que venda el Harén. Solo dos para comprar el negocio que luego llenarían como quisieran. Lo llenarían de máquinas, ¿cómo las han llamado?, máquinas destartadas, groseras, sucias, mal educadas, de segunda y de tercera categoría. «A nosotros nos llega material de todo tipo.» Material. —Pero vivimos con las otras —dice Abiona—, y vemos cómo viven. Cinco euros por servicio sin preservativo. Trabajo diario sin descansar. De siete de la tarde hasta las nueve de la mañana. Si no consiguen el dinero que ellos quieren, las encierran y no les dan de comer en todo el día siguiente. Comida que no va mucho más allá del pan y agua. Y les pegan. Si se ponen enfermas y no pueden trabajar, les pegan una paliza.

Siguió un silencio de reflexión. Todo lo que me habían contado quedó flotando entre nosotros como una nube de tormenta.

Anduve hacia la puerta para liberarme de aquella atmósfera asfixiante.

—Bueno, ahora descansad. Mañana continuaremos hablando.

Abiona, que permanecía en pie cerca de la puerta, me cerró el paso.

—¿Continuaremos hablando? ¿Qué quiere decir eso? Has dicho que no podíamos trabajar aquí. ¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Nos vas a vender para que trabajemos en otro sitio?

—No —fue lo primero que me salió. No, yo no soy malo. Yo no compro ni vendo personas. Que nadie se equivoque. Por favor. Y añadí, un poco trastornado—: No. Podrías trabajar aquí, si quisierais. Es posible. Pero antes tendríais que quitaros todas esas supersticiones y miedos de encima. —Me volví para abarcar con la mirada a las dos mujeres, y adopté una actitud solemne y mística. Como si estuviera en la cumbre de la montaña y hablase a centenares de fieles adoradores—. Escuchadme: en verdad os digo que yo soy más poderoso que todos esos sacerdotes y dioses y *babalús* que de me habéis hablado. Ya sé que os costará de creer, porque voy vestido de mujer y no os he pegado ni os he violado en cuanto habéis pisado mi casa. Supongo que habéis aprendido a desconfiar de todos los hombres, y más de aquellos que visten batitas escarlata. No sé cómo convenceros de que aquí estáis seguras y de que los *obangós* y los *wambabulubabulembembús* no os pueden hacer nada. Tenéis que creer, aun así, que mi misión, a partir de ahora mismo, consiste en convertirlos en ateos del vudú, librarlos de las creencias que os ahogan y os hacen esclavas. Yo os iluminaré y juntos lucharemos contra vuestros dioses, demonios y reyes, y los venceremos como superhéroes.

Mercy, la más crédula, fijó en mí una mirada cristalina como el agua del valle.

—Yo ya estoy iluminada. Yo ya creo en ti.

Podría haber hecho con ella lo que hubiera querido. —No —le dije—. Te lo parece, Mercy, pero no. Os han hecho mucho daño. Más daño del que vosotras mismas podéis imaginar.

Y salí. Mutis triunfal. Ovación del público.

16

Yo «Perdone» y él «Deja aquí»

El miércoles llovía cómo si se tuviera que acabar el mundo. Si queríamos sobrevivir, deberíamos construir un arca. Era un día oscuro, de presagios funestos, amenazas en cada esquina, coches patinando sobre el asfalto y matando a niños.

Encontré a Alicia, Sancha y Cloe en el Centro Logístico.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

—¿Qué sabemos de las tutsis?

—Todavía están durmiendo —rezongó Sancha como si ya estuviese hablando de dos colaboradoras poco diligentes.

—Se están adaptando —dije con la intención de poner una nota de optimismo a la reunión.

—Se adaptaron desde el primer minuto, Mili, por favor —dijo Cloe—. Desconfían y todavía tienen miedo de que les salgamos por peteneras, pero de momento es evidente que han decidido relajarse y disfrutar. No salen mucho de su habitación, no hablan muy alto, como para no hacerse notar, como si todavía tuvieran miedo de que, cuando nos demos cuenta de que están aquí, empezaremos a putearlas o a descuartizarlas.

—No te rías —pedí—. Han sufrido mucho.

—¿Las vas a contratar?

—Aún no. Necesitan un poco más de instrucción.

—Un poco de instrucción —me corrigió Sancha—, porque todavía no han recibido ninguna.

—Tenemos el número del inspector Jaime Rey —intervino Alicia para poner paz.

—Llámallo. Pásamelo al Despacho de Recibir.

Me encerré en el Despacho de Recibir. Cuando sonó el teléfono,

descolgué y oí la voz de Alicia:

—... Un momento. No se retire. ¿Mili?

—Sí, estoy aquí. ¿Inspector Rey?

Oí cómo Alicia colgaba su terminal. Y una voz profunda como una llamada infernal:

—Ya no soy inspector.

—¿Ya no es inspector?

—Estoy jubilado. —La voz gruesa y oscura hacía pensar, más bien, en que estaba muerto.

—Ah, ¿ya no es policía? Ah, bueno, pues tal vez así sea mejor. Soy Emilio Santamarta, el hijo de Emilia Santamarta. ¿Sabe a quién me refiero?

Puse mucha atención a su reacción.

Dos segundos y medio de silencio y la voz de barítono:

—Sí. Claro.

—Me gustaría hablar un rato con usted sobre mi madre. Supongo que sabe...

—Sí —me interrumpió—. Sé.

—Si tuviera la bondad de pasar por mi establecimiento de la avenida del Tibidabo...

—No —dijo, seco como un mazazo.

—¿No? Pero... —me tembló un poco la voz.

—No iré a su establecimiento de la avenida del Tibidabo. No me gustan este tipo de locales. Venga usted a mi casa, si quiere.

—¿No conoce el Harén? Hombre, pues le invito a venir. Le aseguro que le va a gustar.

—No, gracias. Nunca he puesto los pies en un establecimiento de esa clase y no empezaré a hacerlo ahora.

—¿Qué quiere decir? ¿Es policía y nunca ha pisado un establecimiento de esta clase?

—Nunca.

—¿Ni estando de servicio?

—Nunca.

—En todo caso, no hay ningún otro establecimiento como mi Harén en toda Europa. Vamos. Lo tendrá todo pagado.

—No. No voy a ir. No insista. Venga usted, si quiere. Era un mal día. Me habría gustado pegarle cuatro gritos. ¿Qué se había creído?

—Es que no suelo salir de casa, señor Rey.

—Yo tampoco.

—Soy agorafóbico.

—Yo también.

—Si viene a mi casa, le garantizo una experiencia inolvidable.

—Yo solo le podré ofrecer un café y unas pastas, pero le recuerdo que ha sido usted quien me ha llamado y quiere verme. Yo no tengo ningún interés.

—Está bien —claudiqué, irritado—. Deme su dirección. ¿Dónde tengo que ir a verlo?

Me dictó una dirección de un barrio popular donde me parece que no había estado nunca. No reinaba el bienestar y la tranquilidad de monumentos de lujo y tiendas esplendorosas que se muestran a los visitantes, pero tampoco la perversa excitación de las calles meadas y estrechas donde corretean ratas y putas baratas. Supongo que nunca ninguna productora de cine se interesó por rodar una película en aquel lugar. Era un barrio sin razón de ser, sin fundamentos, sin conocimiento, un barrio aturdido y poblado por gente a quien nunca le había pasado nada y a la que nunca le iba a pasar nada de nada.

Bajé del coche de alquiler con miedo de que me pasara algo espantoso.

Llovía con intensidad y el chófer sujetaba el paraguas sobre mi cabeza. Cruzamos la acera hasta la portería anodina. Despedí al conductor diciéndole que ya lo llamaría cuando acabase.

Para visitar a un policía, me pareció oportuno ofrecer una imagen de macho duro y taciturno, con enigmáticas gafas negras, cazadora de cuero, pantalones de campaña y Doc Martens. Un toque finísimo de lápiz bajo las pestañas, para hacer más penetrante mi mirada, y una insignificancia de polvos que me hicieran parecer más pálido, para que el cutis blanco contrastase de manera siniestra con la negrura del bigote, soy hombre de la noche, pensad en vampiros.

Pulsé el botón del videoportero. Se encendió una luz que rebotó contra mis gafas negras. La voz de barítono:

—¿Quién?

—Soy el hijo de Emilia Santamarta —dije al videoportero.

Se abrió la puerta.

Era una escalera estándar y vulgar para gente vulgar y estándar.

Un ascensor como cualquier otro. Si en aquel momento me hubiera hecho una *selfie*, al cabo de los años, al verla, no sabría dónde la había sacado. Como si no estuviera en ninguna parte. Uno de esos ascensores que, mientras te llevan de un lado a otro, no estás en ninguna parte. Desapareces del mundo y reapareces en otro lugar, tan inexistente como el anterior.

Al entrar en el apartamento de Rey, tuve la sensación de que ya había estado allí en otra vida, porque calculo que debe de haber millones de pisos idénticos en todo el mundo, con los mismos muebles y los mismos cuadros en la pared.

Rey era un perro bóxer transformado en hombre. Tenía los ojos grandes de mirada noble, prudente y triste. Boca curvada hacia abajo con expresión severa y desdeñosa, aprisionada entre dos arrugas profundas que nacían junto a la nariz y caían hasta más abajo de la barbilla. Vestía una camisa de rayas y, encima, un batín de lana deshilachado por debajo del cual asomaban unos pantalones grises y unos pies sin calcetines calzados con pantuflas de viejo sin esperanzas.

—¿Inspector Rey?

—¿Emilio Santamarta?

Nos estrechamos las manos. La suya estaba muy fría y temblaba. *Párkinson*. Me pareció un viejo amable y cálido. Una agradable sorpresa. Esperaba más hostilidad.

—Pasa.

¿Me tuteaba? Si él me tuteaba, yo debía tutearlo también.

—Perdone que no me quite las gafas de sol. Tengo fotofobia.

Me indicó un perchero vacío.

—Deja aquí la cazadora, si quieres.

Yo «Perdone» y él «Deja aquí». Yo de usted y él tuteándome. Ya no había marcha atrás. Le había dado la autoridad y yo asumía el papel de vasallo. La angustia me devoraba. Me quité la cazadora y la colgué. Mis pantalones de combate se sujetaban con tirantes sobre una ruda camisa de cuadros propia de un leñador del Yukon. Mi aspecto no era mucho más lucido que el suyo.

Lo seguí por un pasillo que no pretendía gustar a nadie y desembocamos en una sala comedor a juego.

Él se sentó en un sillón del tresillo y apagó el televisor. Yo me senté en el otro sillón del tresillo. El sofá sobraba.

Me clavó una mirada que estaba muy cansada de ver cosas y no parecía dispuesta a sorprenderse por nada. Me lo imaginé como policía, en un interrogatorio, diciéndole a un sospechoso «No pienso creer nada de lo que me digas, de manera que tu verdad tiene que ser absolutamente convincente, tiene que ser innegable». Era imposible engañar a aquel hombre.

Pero yo lo probé.

—Hace ocho días que apareció el cuerpo de mi madre, enterrado en un jardín, con dos tiros en la nuca. Desde aquel día, cada noche tengo el mismo sueño. Se me aparece mi madre, y me da mucho miedo, porque ella es como un zombi horrible, y yo soy pequeño. Y me dice: «Mili, soy mala, soy un monstruo, y tienes que aceptarlo. Y hasta que no lo aceptes, vendré cada noche para asustarte». Entonces, me despierto y ya no puedo volverme a dormir. De aquí me viene esta fofobia horrible que no me deja vivir. Señor Rey: vengo para que me diga usted que mi madre era un monstruo. Usted es la única persona que me puede convencer de ello.

Se permitió una sonrisa sarcástica. No me tomaba en serio.

—¿Yo soy la única persona que te puede convencer de ello?

—Sí. Usted detuvo a aquellos dos chicos, a Venán y a Alvin. Y de usted salió la teoría de la secta diabólica, con aquella lista donde se hablaba de una Madama. —¡Usted, usted, usted, no puedo evitarlo, se me escapa el usted!—. Habló con el periodista Torras, él escribió un reportaje, difundió la noticia y todo el mundo dio por supuesto que la Madama de la lista era mi madre. Dígame, sinceramente: ¿la Madama de la lista era mi madre?

—No.

Como el martillazo del juez. «¡No!» Como el grito del árbitro de tenis. «¡No!» No y basta. No había nada más que hablar. Se me formó un nudo en la garganta. Por favor, por favor, por favor, mamá no era un monstruo.

—Te lo digo sin dudar —continuaba el viejo, ajeno a mi trastorno—. No era un monstruo. Lo comprobamos.

Palpitaciones. Un mareo. Me ahogo. Mamá me quería.

—Pero ¿está usted muy seguro?

—Lo comprobamos.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo lo comprobaron?

—¿Quieres un café?

—¿Cómo? ¿Café? Ah, sí. ¿Lo tiene descafeinado?

—Sí.

—¿De sobre?

—Solo tengo una máquina de esas que están de moda y me han regalado mis hijos. De hecho, solo tengo un tipo de café. Cafeinado o descafeinado, me da igual. ¿Quieres café o no?

—Ah, sí. Café. Me da igual. ¿Tiene sacarina?

—Solo azúcar.

—Está bien. Café con azúcar. Me da igual.

Se levantó con un esfuerzo titánico y me dejó solo, arrastrando los pies por el pasillo. Yo todavía no había digerido bien la noticia. «¡Mamá, mamá!» Mamá no era un monstruo. Pero ¿cómo podía saberlo él?

Me levanté y fui a encontrarlo a la cocina.

—¿Te gusta ser extravagante?

—Me gusta tener personalidad.

—Te gusta tocar los cojones.

—¿Qué le dijo Venancio Longinos exactamente, cuando usted lo interrogó?

—Mira: fueron Venancio Longinos y Alvin López quienes cometieron aquellos crímenes, de eso nunca tuvimos la menor duda. Yo conduje la investigación y te lo puedo certificar.

De un armario alto sacó dos tazas de café y dos platos. Puso una taza sobre uno de los platos y la otra sobre la bandeja de una máquina de esas que anuncia George Clooney.

—En cuanto se supo que habían desaparecido las tres chicas, Florina, Irene y Nadia, se presentaron en comisaría otras tres jóvenes que nos hablaron de dos chicos muy colocados que, en una discoteca de la zona, les habían dicho: «Estamos buscando tres chicas como vosotras».

Metió una cápsula en la máquina, apretó un botón y la taza se llenó.

—Ellas los enviaron al cuerno, pero se quedaron preocupadas. Sabían que había un par de lobos buscando tres ovejas. Enseguida encontramos más

gente que nos habló de los dos lobos. No era la primera vez que iban por la discoteca.

Mientras se llenaba la taza, sacó el azúcar del armario, dos cucharillas del cajón de los cubiertos y lo dispuso todo sobre la bandeja. Era muy cuidadoso, de movimientos suaves y precisos, y disimulaba absolutamente el miedo de que el temblor de sus manos provocara un cataclismo.

—Permiso —dijo, para que lo dejara pasar.

Fui detrás de él hasta la sala comedor.

—Tenían un Renault Megane matrícula de Barcelona XH de color rojo. Establecimos también que Florina, Irene y Nadia habían salido de la discoteca y habían dicho a unos amigos que iban a otra cercana, a pie, por la carretera.

Consiguió poner la bandeja de las tazas sobre la mesita baja sin que pasara nada grave. Nos sentamos en los sillones.

—Hicimos el cálculo: las tres chicas salieron del punto A para ir al punto B, caminando, a una velocidad aproximada X. Y los dos lobos salieron del mismo punto A en dirección al punto B, en coche, a una velocidad aproximada Y. ¿En qué punto de la carretera se habrían encontrado? Buscamos y, en el punto calculado, encontramos roderas del Renault Megane que se había detenido en la cuneta y, a su lado, huellas de uno de los zapatos de Venán y huellas de zapatos de Florina, Irene y Nadia. Era evidente que habían tenido contacto, que eran los últimos que las habían visto con vida. Nunca lo dudamos.

Me quité las gafas negras. Él pudo comprobar que no tenía ojos de fotofóbico. Hizo un gesto de paciencia suprema. Me lo imaginé haciendo el mismo gesto ante las mentiras de los delincuentes, durante sus interrogatorios.

Decidí que tomaría el café sin azúcar. Amargo. Aggg.

Todo aquello que se dijo

—Pero, entonces, todo aquello que se dijo...

—Aquello fue una imprudencia que me costó una sanción y quizá el descrédito en el cuerpo. Venán no pudo negar nunca que había tenido contacto con las chicas. Pero decía que no las habían matado Alvin y él...

—¿Qué decía?

Se detuvo a pensarlo. Tomó impulso.

—Decía que dos hombres de unos cuarenta años estaban dando vueltas por la discoteca. Habían intentado ligar con algunas chicas pero no lo habían conseguido. Según Venán, eran demasiado mayores y no encajaban con el ambiente. Bien vestidos, gente de pasta, como dos disfrazados de jirafa en un funeral. Se dirigieron a Venán y a Alvin y les ofrecieron mucho dinero para que consiguieran a tres chicas jóvenes y guapas y las llevaran a un lugar determinado. «A una fiesta», les dijeron. Les pidieron que las durmieran. Les dieron tres jeringuillas. Y ellos lo hicieron. Y, según Venán, llevaron a las chicas a una dirección del centro de Barcelona, dejaron a las chicas y se fueron. Eso es lo que decía Venán en un principio. Pero había cosas que no encajaban en su declaración.

—Ya. A mí me parece increíble.

—¿Unos desconocidos entregan a dos chicos pasados de vueltas tres jeringuillas cargadas con sedantes?

—Ya. No hay quien se lo crea.

—¿Cómo sabían que se podían fiar de ellos?

—Imposible. No podían.

—Venán enseguida rectificó. Bueno, no eran desconocidos...

—Ah, resulta que no eran desconocidos.

—Se habían visto antes en el establecimiento de tu madre, en el Harén, donde trabajaba la madre de Venán, Sancha Sánchez.

—¡En el Harén!

—Eso es lo que decía Venán. Los había visto en los grandes salones, hablando con tu madre, o tomando parte de una de esas tertulias que se organizaban. Yo, naturalmente, le pregunté quiénes eran los asistentes de las tertulias y fue entonces cuando me escribió la famosa lista que llegó a ver algún periodista.

—¿Tiene todavía esa lista?

—Sí. La he estado buscando, después de hablar contigo por teléfono, esta mañana. Recordaba que la había guardado. —Se levantó con movimientos pesados que parecían gemidos, como si le dolieran las articulaciones. Arrastró sus pies hacia otro cuarto del piso y continuó hablando y levantando la voz—. Yo tenía aquí muchos archivos de todos los casos en que había participado, recuerdos, recortes de periódicos, algunos escritos personales... Pero todo lo tiré cuando me jubilé. No me traía buenos recuerdos.

Pasado el primer impacto desagradable que me habían provocado el mobiliario y la decoración, pude juzgar que todo estaba muy limpio y ordenado, como nunca hubiera podido imaginar que estuviera la vivienda de un hombre viejo, jubilado y solo. Era un ambiente que transmitía la paz y la tranquilidad más absolutas. Como el reino de la Muerte. Un panteón por donde acabaran de pasar un trapo con cera y el aspirador. Una foto fija. Un decorado de teatro cuando todavía no se ha levantado el telón. El rincón de una tienda de muebles. Como quien dice, la nada.

La voz se acercaba de nuevo:

—... Pero he conservado algunas cosas. La famosa lista, por ejemplo. Al fin y al cabo, por culpa de esa lista me echaron del caso y empecé a caer en desgracia en el cuerpo de policía.

Volvió con una carpeta azul de gomas. Cuando la abrió, vi recortes de periódico amarillentos, como los de mis recuerdos. De entre ellos, sacó un folio escrito a mano.

Me lo entregó con gesto un poco teatral.

—La famosa lista. De puño y letra de Venancio Longinos. Todavía recuerdo cuando la escribió delante de mí. Como si fuera ahora mismo.

Fotocopia en blanco y negro de un escrito realizado por mano insegura que no sabía de letras. Letras de palo.

Aristócrata
Dictador
Añadido
Orejas
Demonio
Madama

La palabra *Demonio* estaba rodeada por un trazo enérgico de rotulador grueso.

Mientras yo contemplaba fascinado el documento, la voz de barítono continuaba:

—No te dejes engañar. Si Venán mentía cuando hablaba de los dos hombres de la discoteca, mi intuición de policía me dijo que aún mentía más cuando hablaba de la reunión de conspiradores en el gran salón del Harén. Tartamudeaba, dudaba, farfullaba. Cuando interrogas a alguien, primero te encuentras con la versión que trae preparada. Cuando les haces dudar de la primera versión, hay dos posibilidades: que digan la verdad, y entonces lo notas; o que improvisen cualquier otra cosa, y entonces también se nota. Venán improvisaba, desesperado. Esta lista solo fue una maniobra de distracción.

—Pero usted le dio crédito. La mostró al periodista José Torras.

—¿Sabes por qué lo hice? —Golpeó con el dedo índice sobre la palabra *Demonio* subrayada—. Por esto. Por este Demonio. Lo único que yo estaba dispuesto a creer de todo lo que me dijo Venán fue que habían llevado a las chicas a la Sociedad Luciferina. Porque, ¿cómo podía saber un chaval de barrio como Venán dónde tenía su sede la Sociedad Luciferina Catalana? Un club caro, donde no entra cualquiera, de gente de pasta, poderosos, intelectuales, que guardan escrupulosamente su secreto de pertenecer a una entidad misteriosa y siniestra? Venán dijo la dirección exacta de la calle Provença, cerca de la Sagrada Familia. Y dijo que habían metido el Renault Megane en el aparcamiento subterráneo, y que el aparcamiento subterráneo tenía un ascensor que comunicaba directamente con el interior de los pisos, y todo esto resultó que era verdad. ¿Cómo podía saberlo? Además, un vecino de aquel edificio de la calle Provença dijo que había habido mucho ajeteo en el piso de los luciferinos aquella noche, que había oído a mucha gente que entraba y salía. Además, un par de cámaras de seguridad de bancos próximos captaron un Renault Megane de color rojo que iba en dirección a aquel

domicilio. La única palabra de la lista que me interesó fue esta: *Demonio*.

»Asocié esta palabra, inevitablemente, con el presidente de la Sociedad Luciferina de la calle Provença. Aquel que se hacía llamar Ferran Drac, que en realidad se llamaba Vilablanca. No nos constaba que estas sectas hubieran cometido ningún disparate grave. Se sospechaba que consumían sustancias ilícitas y que alguna vez profanaban alguna tumba o algún cadáver, pero nunca se les había podido acusar de ningún delito serio. Para que me ilustrara debidamente, fui a ver al periodista que estudiaba las sectas satánicas de la ciudad. Él conocía personalmente a Ferran Drac, lo había entrevistado para una revista esotérica que se titulaba *O ahora O nunca*. Me recordó que, cuando Ferran Drac cumplió los cuarenta y dos años, en el 2005, en muchas iglesias y en la catedral de la ciudad aparecieron pintadas de cruces invertidas y el 666 del demonio.

—Sí —dije—. Lo recuerdo. Se habló mucho de ello. Y era en el 2005, poco antes de que se fuera mamá.

—Sospechamos que era su manera de celebrar un aniversario múltiple de siete, pero no se le probó nada. Y así, hablando, hablando con José Torras, sin pensar en las consecuencias que aquello podía tener, le mostré la lista. Él, entonces, creó la teoría de la conspiración y buscó el minuto de gloria en la tele, en aquel programa basura de tanta audiencia. Estalló el escándalo y vino el comisario Masovero, enfurecido; me sacó del caso y me castigó con un mes de suspensión de trabajo y sueldo. Pero fíjate que el comisario, cuando se hizo cargo del caso, continuó investigando a Ferran Drac. Ya no hizo caso de los otros chismes que difundían por la tele, pero a Ferran Drac lo interrogó y registró su sede, y consiguió ponerlo ante el juez. Lo que pasó es que no había pruebas suficientes contra él. En el domicilio de los luciferinos no encontramos ningún rastro. Ni un átomo de sangre en los intersticios entre las baldosas. Claro que, junto a los cuerpos de las chicas, aparecieron unos plásticos muy grandes manchados de sangre que demostraban que los asesinos habían protegido el suelo y las paredes del lugar del crimen para no dejar ninguna clase de rastro. Y en cuanto al ruido... Ferran Drac fue muy astuto. O su abogado. Primero reconoció que aquella noche sí había tenido una reunión con miembros de la sociedad, pero a continuación demostró que el vecino no podía haber oído nada. Se hicieron pruebas y era así. El vecino había coincidido con algunos de los socios luciferinos en el aparcamiento, y

por eso sabía que había una fiesta. Pero eran socios perfectamente correctos y educados que no hacían barullo y, por supuesto, no eran dos jóvenes delincuentes transportando a chicas desmayadas. Ferran Drac pudo ocultar las identidades de los socios que habían asistido a la reunión, porque los estatutos de la sociedad imponen el anonimato y solo se vería obligado a abrir sus archivos bajo exigencia del juez, pero el juez no consideró oportuno pedirselo. No había nada que lo incriminara.

»El juez concluyó que Venancio Longinos quería dirigir nuestra atención hacia Ferran Drac, porque conocía la existencia de sus satánicos luciferinos y eran los cabezas de turco ideales, pero fue un tiro al azar, de oídas.

—¿Y usted también lo creyó?

—Yo me creí lo que dijo el magistrado. Bastante problemas tenía. Después del juicio, hice un intento de hablar con Ferran Drac, pero no lo encontré en ninguna parte. Vacío la casa de la calle Provença y desapareció. Y eso me lo hizo todavía más sospechoso. ¿Tú has vuelto a saber algo de este Ferran Drac o Francisco Vilablanca?

—No.

—¿Lo habías conocido?

—No. Hasta que leí su nombre en los periódicos, no sabía ni siquiera que existiera esa Sociedad Luciferina, ni nada parecido.

—¿Después de todo aquello, no has tenido ninguna noticia de él?

—No. —Se dijo que era un habitual del Harén —me encogí de hombros —. ¿Y no sabes si en el Harén tenéis algún archivo de clientes, alguna agenda donde poder buscar...?

—No. Seguro que no.

—Me gustaría saber qué ha sido de él. Sobre todo ahora, después de la muerte de tu madre. Después de saber que le pegaron dos tiros. Cuando me lo dijeron, me pregunté por qué se lo podían haber hecho. Y quien podía habérselo hecho. Y tengo que reconocer que continúo obsesionado por aquel hombre.

—¿Probó de hablar con su hermana?

—¿Con quién?

—Con su hermana.

—¿Con su hermana? ¿Ferran Drac tenía una hermana?

—Todavía la tiene, supongo, si está vivo. Es una que se hace llamar Amanda Manda, una que va de *dominatrix*. El ama Amanda Manda, que tiene un club de sadomaso que se llama Las Grutas del Averno cerca de la plaza de Espanya.

Se me quedó mirando.

—Una hermana. No lo sabía.

—Ya le he dado trabajo —sonreí.

Tardó un instante en reaccionar y corresponder a mi sonrisa. A lo mejor, por un instante, había recuperado su espíritu de policía, la posibilidad de ir a llamar a la puerta, a preguntar... Y en estos puntos suspensivos era donde se reanimaba la mirada del bóxer, cuando volvía a la realidad del presente, cuando volvía a verme. ¿Qué? ¿Qué podía preguntar ahora, tantos años después de todo aquello? ¿Un pobre viejo jubilado con párkinson?

—Supongo que también le parecería sospechoso que, después de llevar a Ferran Drac ante el juez, lo mataran. A Masovero.

Sacudió la cabeza y volvió a la realidad.

—Sí. Pero no confundamos. No tenía nada a ver una cosa con la otra. A Masovero lo mataron porque estaba metido en el negocio de la droga y favoreció a un clan colombiano para que se metiera en el mercado español. Fue una estupidez enorme. Se pasó de listo. Quiso quedar bien con todo el mundo. Atacaba frontalmente a los clanes autóctonos, a los De Santiago, a los Pérez, a los Semiónov, mientras abría la puerta trasera a sus amigos colombianos. Así, figuraba que quedaba muy bien con sus superiores de la policía y se cargaba de medallas, porque neutralizaba a los malos, pero lo cierto era que estaba traicionando a todo el mundo, a los de aquí, a los colombianos porque les hacía creer lo que no era, y a sus propios compañeros, que tenían pactos, confidentes y operativos en marcha contra los clanes de la droga de aquí y Masovero se los liquidaba por interés propio. Aún hoy no se sabe quién lo mató, porque todo el mundo lo quería muerto.

—¿Como fue? —pregunté.

—Una noche de San Juan.

—Sí —recordé—. Del 2006.

Hacia dos meses que me habían ingresado en la cárcel Modelo. Me habían llegado los comentarios de los reclusos, antes de leerlo en el periódico.

—Lo mataron dentro de su coche —dijo Rey, y yo confirmaba: «Sí,

dentro del coche, lo recuerdo»—. Le hicieron la corbata colombiana. —«Sí, la corbata colombiana, qué horror»—. Olvídate de Masovero. Él no tiene nada a ver con el caso de tu madre.

—El caso de mi madre —repetí—. Y, de la lista, ¿no le llamó la atención la Madama?

Me miró con compasión, diciéndose «Sí, claro, pobre huérfano desgraciado, a ti lo único que te interesa es mamá», movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—Sí, claro. La Madama era la otra persona de la lista que parecía identificable.

El ansia puso taquicardia en mi pecho y desveló una especie de migraña.

—Claro —dije.

—Venán hablaba de una reunión en un burdel y en la lista de los participantes en aquella hipotética reunión constaba la palabra *Madama*. Parecía que estuviera hablando de la madama del burdel...

—Es lo que interpretó todo el mundo.

—Pues fue mal interpretado.

—Pero ¿cómo puede estar tan seguro?

—Investigamos a tu madre, sí, es cierto, a la señora Emilia Santamarta.

—¿Y que descubrieron?

—Que tenía una coartada muy sólida.

—¿Qué quiere decir?

—La noche de los crímenes estaba en el Harén y aparecieron dos testigos de solvencia.

—¿Dos testigos de solvencia?

—Un político muy conocido y un artista.

—¿Un político? ¿Y un artista?

—Los dos dijeron que habían estado con tu madre aquella noche.

—Pero de eso no se habló...

—El político era casado y habría significado una catástrofe para él que se supiera que había estado en un burdel. Y al artista tampoco lo habría favorecido nada que aquello saltara a la prensa...

—¿Y a pesar de eso...?

—Los dos pidieron a la policía absoluta discreción pero dijeron que, si el

juez detenía a tu madre y los citaba a declarar, ellos se presentarían, aunque eso les trajera problemas.

—O sea, que se ofrecían para declarar.

—«Lo que no vamos a permitir es que se acuse de asesinato a una inocente», dijeron.

—Por favor, por favor. —Todo yo cubierto de piel de gallina—. ¿Eso dijeron? Pero eso significa que querían mucho a mi madre, ¿verdad?

—Pero el juez no detuvo a tu madre y no fue necesario que recurriéramos a aquellos dos testigos. Tu madre no tuvo nada a ver con aquellos crímenes. Ni, probablemente, Ferran Drac y su Sociedad Luciferina. Fueron fantasías mías alimentadas por el ajetreo mediático que se organizó. El inconsciente colectivo. Llámalo como quieras. Lo cierto es que todo aquello, lo que decían los periódicos y lo que decía la gente, lo que alimentó aquel programa de televisión durante tanto tiempo... Nada de todo aquello existió jamás.

Me tenía que conformar. No: más que conformar. Tenía que celebrarlo. Mi madre no había tenido nada que ver con aquellos crímenes. ¡Yupi! Traedme champán. Confeti. Serpentinatas. Cantad conmigo. Quería salir de allí para correr a mi refugio del Harén y emborracharme.

—¿Puedo llevarme la lista? —Era mi trofeo. El recuerdo de un día feliz.

Asintió con la cabeza, generoso.

—Haré una fotocopia y se lo devolveré.

—No, no hace falta. Ya ha hecho su servicio.

Consulté el reloj. Oh, que tarde se había hecho. Miré por la ventana. Continuaba lloviendo. Me encontraba a gusto con aquel hombre que podría haber sido mi padre.

—Bueno —dije.

—Bueno —dijo él.

Me levanté del sillón. Él se levantó del suya haciendo aquel esfuerzo notable.

Una vez en pie, exhalé un suspiro profundo.

—Bueno, yo venía para que me dijera que mi madre era una mala persona.

—No me gustaba el trabajo que hacía tu madre, y tampoco me gusta el trabajo que haces tú. Pero, las cosas como son, estoy seguro de que ella no participó en la muerte de las tres chicas.

Por favor, por favor. Me mareaba. Qué buena noticia. Saltar y bailar. No podía evitar la sonrisa.

—No sé si con este mensaje podré vencer la terrible pesadilla de cada noche.

—Las cosas como son.

Cómo me gustaba aquel hombre. Era el abuelo que nunca tuve. Le habría dado un abrazo. Lo habría cubierto de besos. Tenía que hacerle un regalo por Navidad.

—A lo mejor nos volveremos a ver.

—Eso espero, chico.

Me llamó «chico». Como el abuelo al nieto. Gracias. Oh, por favor, le estaba tan agradecido.

—Entonces le contaré cómo me ha ido.

Me indicó dónde estaba la puerta y me siguió arrastrando las pantuflas.

Descolgué la cazadora del perchero. Me la puse. Me temblaban las manos. Como al viejo. Cuando me volvía hacia él, vi que me daba las gafas oscuras que había dejado sobre la mesa.

—No te dejes las gafas —dijo con sonrisa paternal—. La fotofobia.

—Ah, gracias.

Me las metí en el bolsillo.

Nos estrechamos las manos. Débiles y temblorosas ambas manos, la suya y la mía.

—Ah —se me ocurrió de repente—. ¿Y Julio Duch?

Pareció desconcertado. Frunció el ceño un instante hasta que el nombre de Duch saltó a su memoria.

—Nunca había oído hablar de él hasta ahora, cuando ha salido en la tele y en los periódicos. ¿Dicen que podría ser el asesino de tu madre?

—Dicen.

No tenía nada más que decir.

Salí, bajé en aquel ascensor que era como la nada. Salí a la lluvia. Estuve a punto de sentirme perdido y desolado. No me había acordado de llamar al coche de alquiler. Tendría que esperar bajo la lluvia. O parar a un taxi desde la acera, levantando el brazo, tal vez gritando. Y, lloviendo como llovía, no pasaban muchos. Y aquello era el culo del mundo.

Pero enseguida me dije que, qué demonios, que yo era el hombre de la noche, que tiempo atrás había impuesto mi ley en las calles, que yo era Mili, ¿os acordáis?, Mili Santamarta, y daba miedo. Yo era aquel que iba riendo, bailando y cantando bajo la lluvia.

18

Escrito con la letra de Venán

Sancha estaba en el Despacho de Recibir, sentada en el sillón giratorio, bajo la luz del flexo geométrico y déco, escribiendo y removiendo papeles. Concentrada en los números, beneficios y gastos, organización de la casa, proveedores, referencias de clientes, los turnos de las colaboradoras, administración en general.

Y yo, en la puerta, quieto y callado, invisible, inexistente, asustado, abocado al abismo.

Con la lista en la mano.

Afuera todavía llovía. Incluso tronaba. Y relampagueaba. Una tormenta tan terrible como la que yo llevaba dentro.

Había llegado al Harén completamente empapado, había bajado al bunker, me había desnudado, había conectado la lluvia tibia de la Sala Húmeda, me había metido bajo el agua relajante y, a continuación, había hecho unos cuantos largos de piscina.

Pero no había manera.

Mientras me dirigía al Harén, mientras buscaba un taxi y no lo encontraba, y llamaba al chófer, que me estaba esperando, y mientras esquivaba sus preguntas impertinentes, «¿Por qué no me ha llamado antes?», la tromba de agua me había enfriado los huesos y me había llenado la cabeza de ideas incómodas, sarcásticas y crueles. Recordé que, un día, cuando yo tenía unos quince años, un Venán borracho o drogado, con los ojos muy colorados, me paró en la calle y me dijo que anduviera con mucho cuidado, que había gente muy mala corriendo por la ciudad, «Ogros espantosos que se comían a las niñas». Yo le había contestado «Yo no soy una niña» y lo desprecié y continué andando, mientras oscurecía, cagado de miedo. No se refería a sí mismo cuando hablaba de ogros, lo supe enseguida. Hablaba de otras personas. Y lo supe enseguida porque él también estaba muerto de miedo. Me estaba avisando muy en serio. El ogro no era él. Hablaba de ogros de verdad.

Y detrás de ese recuerdo sonaba la voz de Sancha: «¡Serás imbécil!». Porque iba a encontrarme con Sancha, y tendría que contarle lo que me había dicho el inspector Rey. Y ella diría: «¡Serás imbécil, ya te han vuelto a engañar!». Yo me decía que buscaba la verdad, pero no era verdad que buscara la verdad, porque yo ya sabía cuál era la verdad. No tenía que buscarla. Y sabía que sabía la verdad porque, cuando alguien respondía a mis preguntas, sabía que mentían. Buscaba que me dijeran lo que yo quería escuchar, lo que yo ya sabía.

Quería que Sancha no se diera cuenta de que estaba allí. Que me ignorase, que no quisiera hablar conmigo. Y me sobresalté cuando dijo, sin levantar la vista de la punta del bolígrafo:

—No se sabe nada de Nuria.

—¿Qué?

—Nuria. Salió anoche por un servicio y no ha regresado. No sabemos dónde está.

Me rodó la cabeza. Por favor, por favor, por favor. Malos presagios. Estaba a punto de despeñarme por el barranco.

—¿Dónde fue?

—Al hotel Boulevard. La llamaron desde allí. Para un cliente.

—¿Quién la llamó?

—La llamaron. No lo sé.

—¿Cómo que no lo sé? La llamaría Quim, que es a quien tenemos allí.

—No la llamó Quim, porque Quim no estaba. La llamaron de parte de Quim. El que ocupaba su lugar.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sé? ¿Cómo que llamaron de parte de Quim?

Sancha se hartó.

—Ay, Mili, no te pongas histérica, coño. Si lo sé, no te digo nada. Ya sabes cómo es Nuria. Habrá alargado el servicio. Se habrá ido con el cliente. A lo mejor no se puede quitar al cliente de encima. Ya la buscaremos. ¿Qué traes aquí?

Tenía que preguntármelo porque yo había avanzado con el folio por delante, agarrándolo con ambas manos como una ofrenda. Por favor, por

favor, qué momento.

Cogí una de las sillas de respaldo alto y de madera tallada y la acerqué a la mesa. Me senté delante de Sancha, mirándola atentamente como si acabara de pedirle un favor trascendental y de su respuesta dependiera mi futuro.

—He ido a ver al inspector Rey. ¿Te acuerdas del inspector Rey?

Hubo un estallido de alarma en los ojos azul marino.

—Claro que me acuerdo. Me tomó declaración un par de veces. Él fue quien detuvo a Venán.

—¿Vino por aquí alguna vez?

—No. Siempre me citó en comisaría.

—Pero la policía debía de venir por aquí, para hacer algún registro o algo.

—Sí, pero él no. Decía expresamente que no quería poner los pies en el Harén.

—Un policía que no quiere pisar un burdel.

—Efectivamente.

—Muy curioso. —Ella tenía los ojos clavados en el folio que yo sujetaba con dedos inquietos—. Muy extraño, ¿no te parece?

—Se necesita toda clase de gente para hacer un mundo. —Sancha tampoco se animaba a mencionar el papel—. ¿Qué te ha dicho?

—¿Qué quieres que diga? Me ha dado la versión oficial. Que fueron Venán y Alvin quienes mataron a las tres chicas de Collserola.

—Pues eso.

—¿Qué quieres decir?

—Que te quedas con eso. Fue así.

—No lo puedo creer. Porque tú siempre dijiste que no era verdad, que Venán no era capaz de hacer lo que le atribuían.

—¿Y qué quieres que diga una madre de su hijo?

—Sancha: ¿por qué le pegaron dos tiros en la nuca a mamá?

—Basta.

—Hay que estar metido en algo muy sucio para que te peguen dos tiros en la cabeza.

La serpiente que levanta la cabeza con viveza, siseando obscenidades antes de atacar.

—¿Tú eres imbécil? ¿Qué andas buscando? ¿Cuántas veces me has

preguntado por lo que pasó? ¿Y cuántas veces te he dicho que no revolvieras la mierda?

Detuve la acometida poniendo el folio a la altura de sus ojos.

—Mira lo que me ha dado Rey. Esto lo escribió tu hijo. Esto lo escribió Venán.

Me lo quitó de las manos de un zarpazo. Lo miró fijamente. El pecho le subía y bajaba en una respiración ansiosa. No dejaba de tragar saliva. Deglutía y deglutía.

Y yo también.

—¿Qué es esto?

—Ya sabes lo que es.

Sancha cerró los ojos. Con los labios apretados, respiraba profundamente por la nariz, como si se estuviera mareando. Cerró los ojos muy fuerte para cerrar el paso a las lágrimas y, con boca de pescado, hizo surgir la voz desde el fondo de sus pulmones para decir:

—Serás imbécil.

La rabia le devolvía las fuerzas. Arrugó el papel hasta que lo hizo desaparecer dentro del puño, y mantuvo el puño levantado, con el codo apoyado en la mesa, como una amenaza de puñetazo.

—Mira este papel, Sancha —le dije—. Es la letra de tu hijo, Sancha. ¿La recuerdas? Fue la mano de Venán la que escribió esto. Míralo. Reconocerás su letra. Es como si tu hijo volviera del pasado para decirte algo. Reclama justicia, Sancha. Si él no cometió aquellos crímenes, tendremos que demostrar su inocencia, Sancha, ¿no te parece?

Sancha levantó la vista y me clavó una ojeada que casi me hizo perder el equilibrio. Aquellas pupilas azul marino reflejaban toda la maldad del mundo. Sancha rencorosa, Sancha estallando de odio, Sancha toda desprecio y asco. Podría haber vomitado sobre mí en aquel momento. De hecho, a su manera, vomitó.

—Eres un imprudente y un inconsciente y un suicida —eructó—. Un estúpido traumatizado que todavía quiere traumatizarse más. Puto masoquista que me pide que lo azote. ¿Quieres sufrir? ¿Quieres sufrir más aún de lo que estás sufriendo? ¿Por qué crees que nunca he querido hablar contigo de todo lo que pasó?

Me temblaba la barbilla. Sentía una presión espantosa en el cerebro. De un momento a otro, caería desmayado. Un infarto. Se me pararía el corazón. Un ictus. O enloquecería. Estaba a punto de ocurrir una catástrofe.

—¿Para qué quieres saberlo? ¿O por qué me lo preguntas a mí? ¿No te lo puedes imaginar sin que yo tenga que decirte nada?

Habría chillado. Iiiiiiiiiiii.

—¿Qué hizo mamá?

—Eres mi hijo. Te he cuidado como a un hijo, vivimos como madre e hijo, y eso es lo que importa. El pasado es pasado. El pasado no existe. ¿Por qué tenemos que hurgar en esa niebla benefactora que todo lo esconde? Lo que no ves no existe, Mili. ¿Por qué me obligas a meter la nariz en la mierda?

—¿Qué hizo mamá?

Tomó una determinación. Abrió el puño, sacó de nuevo a la luz la pelota de papel maldito y procedió a desplegarlo lentamente, con mucho cuidado, con miedo de romperlo. Leyó detenidamente su contenido.

—Esta lista fue un error. Un acto desesperado. Una tontería. Yo misma se lo dije a mi hijo. Le dije: «Si te detienen, confiesa todo lo que sabes, di que fueron estos quienes mataron a las chicas». Podría haberle dicho los nombres, pero no me atreví. Imaginé, quise imaginar que la policía sabría seguir el hilo y acabaría por desenmascararlos...

—¿La Madama era mamá?

Alisó el folio sobre la mesa. Lo alisó, lo alisó, lo alisó.

—El Aristócrata era Duch, Julio Duch. Un cliente nuestro. Me pareció que a la policía no le resultaría muy difícil averiguarlo. Un duque es un aristócrata, ¿no? Pues Duch, duque. Seguro que la policía podía llegar a saber quiénes eran nuestros principales clientes. Preguntando aquí o allí. Los que vienen al Harén, tarde o temprano lo cuentan. Tenía que haber muchas personas en la ciudad que sabían que Julio Duch era un asiduo del restaurante Dulzón y del Harén. Y también venía a menudo un tal Franco. Rafael Franco. ¿No era normal que lo asociaran con el Dictador? No era tan difícil de deducir. Julio Duch y Rafael Franco eran muy conocidos en las altas esferas de la ciudad. Habían salido juntos fotografiados en los periódicos. Se habían conocido en la famosa Escalivada que Tito Macip... A medida que hablaba, se iba desvaneciendo la furia inicial. Como si se descargara de un peso horroroso, como si descubriera que al transmitirme la verdad estaba haciendo

un acto de justicia, poniendo las cosas en su sitio. Durante todos aquellos años, la verdad silenciada la había ido intoxicando y había llegado el momento de escupir el veneno. Yo ya era bastante mayorcito como para tragarme los sapos que me correspondían.

Tito Macip. El marqués de izquierdas, senador, periodista y deportista, amigo del rey hasta el punto de tener que asumir unas corruptelas que no le correspondían. Cada año pasaban un reportaje por televisión. Una vez al año, una noche de verano un grupo de políticos, empresarios y gente de la alta sociedad se encontraban en la masía que Tito Macip tenía en la Cerdaña para efectuar una supercena que llamaban la Escalivada. Recordé que mi madre había asistido a ella alguna vez. Cuando salía en la tele, decían que era modelo.

A medida que iba recibiendo información, me abandonaban las fuerzas. Tal vez a los dos nos abandonaban y nos íbamos convirtiendo en dos muñecos deshuesados y desparramados sobre nuestros asientos. Las miradas perdidas.

—Duch y Franco eran dos malas bestias. Les gustaba hacer daño a las chicas. Querían marcha, querían caña. Sexo y violencia. Tu madre les había tenido que regañar alguna vez porque se habían pasado con alguna de nuestras colaboradoras. Ellos buscaban emociones fuertes, «adrenalina en vena», decían. Tu madre los había enviado al Averno de Amanda Manda, pero allí tampoco encontraron lo que buscaban. Buscaban algo más excitante. Y por fin, como no podía ser de otro modo, se hicieron una chica. —¿Cómo que se hicieron una chica? ¿Qué quieres decir? —Sancha me miró cargada de paciencia, como si se preguntara si valía la pena continuar contándole nada a un idiota. Yo lo había entendido, pero no lo quería entender—. ¿Una? ¿Cómo una? No: tres. Se hicieron tres chicas, ¿no?

—No. Una.

—Las chicas fueron tres.

—Te estoy hablando del 2002. No del 2004.

—¿Qué me estás diciendo?

—Lo que oyes.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que las tres de Collserola no eran las primeras?

—No eran las primeras.

—¿Ni las únicas?

—Ni las únicas. Duch y Franco se...

—O sea, que toda aquella teoría de que había más víctimas, como mínimo seis, aquellas mujeres desaparecidas...

—Sí, señor.

—¡No me digas eso!

—Te lo digo.

—¡Pero esto significa que eran asesinos...! ¡O son, son, son...! —No tenía palabras.

—Eso no es nuevo, Mili.

—¡Pero asesinos en serie! ¡Asesinos vocacionales! ¡Por favor, qué desastre! ¡No puede ser! Pero ¿qué eran? ¿Monstruos? ¿Vampiros? No, no puedo creerlo. No puedo aceptarlo.

—Porque no eres de este mundo, Mili. Porque no te enteras de nada. Tan pronto eres un animal irracional como crees que el mundo está lleno de hadas buenas. ¿Qué clase de negocio crees que diriges? No tienes ni idea. Solo hay que oírte hablar de tus «colaboradoras con personalidad» y la vida idílica que reina en esta casa...

—¿Qué quieres decir? ¿Que no es verdad?

Se calló y movió la cabeza arriba y abajo, dudando entre decir lo que pensaba y hacerme mucho daño o callar y dejarme en la ignorancia. Afortunadamente, me dejó en la ignorancia.

—¿Quieres decir que miento? —insistí, temerario.

Me ignoró.

—Se hicieron la primera chica y fue una experiencia tremenda. Las fieras probaron la sangre y les gustó. Pasaron mucho miedo. Se habló mucho de aquel caso y, al final, acusaron al novio, que aún debe de estar cumpliendo condena. Después de hacerlo, vinieron aquí. Iban como motos, ciegos de cocaína y de maldad. Yo oí cómo cuchicheaban. Se reían. Decían que tenían que repetirlo. «Tenemos que repetirlo, pero bien.»

No quería continuar hablando del tema. Señalé al siguiente de la lista.

—¿Y el Añadido?

—Era otro de nuestros clientes. Un abogado penalista llamado Pedro Crelles que se unió a Duch y a Franco. Supongo que estos dos pensaron que

la asistencia de un buen abogado penalista, uno de los caros, de los mejores de la ciudad, les iría muy bien en caso de necesidad.

—Por favor, por favor. Otro. Tres. ¿Y Orejas?

—Orejas era Masovero.

—¿Masovero?

Aquello desfondó.

—El comisario Masovero, sí. ¿No has visto ninguna foto suya? ¿No has visto las orejas que tiene? El comisario Masovero, sí. Investigó el segundo intento de aquellos depravados. La segunda chica, que se llamaba Catalina, tenía mucha fuerza y mucho genio y les complicó el trabajo. Se resistió y les amargó la noche. Al día siguiente sorprendí una conversación entre Duch y Franco. Iban los dos arañados y uno de ellos llevaba un ojo morado. Franco había perdido un encendedor y tenían miedo de que la policía lo encontrara cerca del cuerpo y lo relacionaran con él. Y, efectivamente, la policía encontró el encendedor cerca del cuerpo y lo relacionó con él. La suerte fue que, casualmente, quien encontró el encendedor era Masovero, y Masovero era habitual de esta casa y conocía a Franco. Había visto el encendedor en sus manos. Y en vez de acusarlo vino a buscarlo con la intención de hacerle chantaje. Le pararon los pies, negociaron y simpatizaron porque las hienas siempre han simpatizado con los buitres. Al conocer las actividades del trío, se sumó a él y, por lo que sé, ya participó en la siguiente ceremonia.

—¡Por favor! ¡Otra, no!

—Se convirtió en una pieza clave del grupo, porque estaba en situación privilegiada para protegerlos. —Tanta gente. Tanta gente unida para torturar mujeres. Cuatro hombres asociados. ¡Eso ya era violencia machista al por mayor! ¡Cinco! Porque el Demonio sería Ferran Drac, ¿no?

—Sí. El hermano de Amanda Manda. La pelota se iba haciendo más grande y cada vez más grande. Ferran también era la perversión en persona. Era satanista, adorador del diablo. Un Vilablanca rubio y luminoso que se hacía llamar Ferran Drac y siempre se reía. Se burlaba de todo el mundo. Había ganado mucho dinero con un libro de autoayuda que se llamaba *La ambición como virtud*. ¿Lo recuerdas? Un farsante, un manipulador. Se hacía llamar Yo-Pensador o Rey-Mente. Bueno, se hacía decir de mil maneras. Le gustaba jugar con los nombres, con las palabras. Él fue quien bautizó al grupo con el nombre de «los Ceremonios».

—¿Cómo?

—«Ceremonios.» Se llamaban así a sí mismos.

—Una mezcla de Ceremonia y Demonios.

19

A mamá le gustaba el dinero

—Decían que los Ceremonios sí que eran malos, malos de verdad. Presumían de ser los peores de la ciudad. Ferran Drac les aseguraba que habían hecho un pacto con el diablo y que el diablo los protegía. Él mismo, entre sus adoradores de Satanás, tenía jueces y políticos de altos vuelos. Con la ayuda del comisario Masovero, directamente implicado en los crímenes, se sentían invulnerables, intocables. Y lo eran, yo creí que efectivamente lo eran.

—¿A cuántas mataron?

Sancha negó con la cabeza con movimiento fatigado y desalentado.

—No lo sé. Hacían desaparecer los cuerpos. Uno de ellos tenía un yate. Duch. Me parece que las tiraban al mar. A mi hijo Venán, la policía le preguntó por seis mujeres desaparecidas. Con nombres y apellidos. Pero él no sabía nada.

Me eché hacia atrás para distanciarme de Sancha.

—¿Y tú cómo sabes todo esto?

—¿Qué cómo lo sé?

Su discurso había sido una carrera que se había ido acelerando y acelerando y, de pronto, se había parado en seco y volvía hacia mí su mirada ártica y cargada de desdén.

—¿Qué cómo lo sé? —repitió.

—¿La Madama era mamá? —Habíamos llegado a la última palabra de la lista—. ¿Mamá era la Madama?

—Sí, Mili. La Madama era Emilia, tu madre, efectivamente. Nunca quise decírtelo, pero fue así. Le gustaba el dinero y no tenía ninguna clase de escrúpulos. Esta era tu madre.

El mundo desaparecía de mi alrededor. No oía nada, no veía nada, se había terminado la vida.

—¿Mi madre mató...?

—No.

—¿Mi madre cometió aquellas barbaridades...?

—No. —... Aquellas barbaridades a las tres chicas...?

Me retorció las manos, movía el pie derecho de manera compulsiva, arriba y abajo, arriba y abajo. Va, que termine esto de una vez. Señor, haz que pase de mí este cáliz.

—No. Tu madre se limitó a proporcionar al menos tres chicas a los Ceremonios.

—¿Qué?

—Después del primer sacrificio, cuando se habló tanto del caso y de las investigaciones y se sintieron vulnerables y sospechosos y pasaron auténtico miedo, Duch y Franco no sabían de dónde sacar a la siguiente víctima. Y se la pidieron a tu madre.

—¿Se la pidieron a mi madre?

—Eso era en el 2002. A primeros del 2002. Le pidieron que buscara a una chica que, si desaparecía, nadie la echara de menos. Y tu madre me hizo una putada inmensa, Mili. Me hizo partícipe de la propuesta. Me preguntó si teníamos una chica así. Eso significaba que alguien había pedido una chica para hacerla desaparecer. Y para mí solo había una interpretación posible. Había visto a tu madre hablando con Duch y Franco, había visto la cara que ponían los tres, sabía que eran lo que tú ahora llamas unos indeseables, de esos que más de una vez has tenido que sacar a puñetazos de esta casa.

»Le dije a tu madre: “No pienso jugar a este juego”. Y ella me dijo: “Ya estás jugando”. Quería abrirle los ojos, hacerle ver que se estaba metiendo en un lío horroroso. Pero le ofrecían mucho dinero. Y a tu madre le gustaba mucho el dinero. Ya era verano cuando me dijo: “La que vino el otro día”. Me miraba de una manera que la entendí perfectamente. Una chica venezolana que se llamaba Catalina. Muy guapa. Había abandonado a su familia allí, en Caracas, porque su marido la pegaba y la violaba y era un delincuente muy peligroso. Había invertido todos sus ahorros en comprar el billete de avión. Una azafata de vuelo la había encontrado llorando porque no sabía dónde ir, no sabía qué hacer, y le había recomendado que viniera a vernos. Porque la azafata trabajaba para nosotros. Era muy sencillo: Catalina todavía no estaba muy arraigada en Barcelona, y a la azafata siempre

podríamos decirle que un día se fue y no habíamos vuelto a saber nada de ella. Era la candidata ideal.

»O sea, que tu madre ya sabía qué chica elegir. Podría haberla convencido ella misma. No hacía falta que me consultara nada ni que yo interviniera para nada. Yo podría haber sido una de las que pensara, igual que el resto del mundo, que Catalina se había ido y no había vuelto... Fue muy feo, lo que me hizo.

—Qué desastre.

Pensé en Nuria, y me angustié todavía más. Muchas chicas se habían ido del Harén un día y no habían vuelto más. Porque habían vivido una experiencia desagradable, o lo habían pensado mejor o habían encontrado a su príncipe azul en el cliente que las había contratado. Habían huido juntos en pos de una vida mejor. Quién sabe. Lo mismo podía pasar con Nuria, que se había ido al hotel Boulevard y no daba señales de vida.

—... Tu madre me hizo una putada al decírmelo porque me sentí cómplice el día en que eché de menos a Catalina. Recuerdo que era en septiembre. Se lo pidieron a principio de año y, durante la Escalivada de Tito que me parece que se celebra en julio, Emilia ya les entregaba a Catalina. Nunca olvidaré la mirada que me dirigió tu madre cuando nos cruzamos por el pasillo en el momento en que se hacía evidente que la chica ya no volvería nunca más. Aquella mirada que reservaba para según qué hombres y que significaba «A que no te atreves». Y no me atreví. Porque tu madre era muy poderosa, porque sus amigos eran muy poderosos y continué a su lado.

—Y después hubo más.

—Después hubo más. A finales de año, otra para celebrar la Navidad; en el 2003 hubo mucho movimiento, pero tu madre no intervino siempre, y en la primera mitad del 2004 también pasó algo. Pero yo procuraba no enterarme de nada, no hacía preguntas, no hablaba con tu madre, me hacía la sorda cuando me llegaba algún rumor.

—Es la primera vez que te oigo hablar así de mi madre —dije despavorido.

—Es que contigo he hablado muy pocas veces de tu madre.

—Pensaba que erais muy amigas. Como hermanas.

—A lo mejor como hermanas sí, pero muy amigas nunca. ¿Tú crees que yo podía querer a tu madre? Yo le tenía una envidia abismal. Por la manera

como había conservado su cuerpo mientras a mí se me echaba a perder el mío. Por la manera como dirigía esta casa, como una aristócrata, parte de la nobleza, como los grandes empresarios, los grandes políticos o los obispos que venían por aquí y que dominaban el mundo. Yo a ti no te acogí como sobrino, sino como hijo mío, el hijo que había perdido por culpa de tu madre. El hijo delincuente que finalmente conseguí enderezar. Tú para mí eres un hijo, no eres un sobrino.

En este punto, se me saltaron las lágrimas. Por favor, por favor.

—Si Pedro Crelles entró en el juego fue porque le había pedido experiencias duras a tu madre y le ofreció mucho dinero. Fue ella quien habló con Duch y Franco para que le abrieran las puertas y lo admitieran en el grupo.

—Basta, basta, basta. No quiero oírte más. Pensaré que es mentira. Es una mentira.

Esto que estoy contando es una novela, pura ficción, supongo que se entiende, claro. Si fuera verdad, ¿cómo podría revelar que mamá fue una asesina asesinada? Es mentira. Es y será una invención, una patraña para divertir a los lectores y para que los estudiosos añadan moralejas.

Y los ojos azul marino de Sancha, al ver mis lágrimas, también produjeron un río y se le retorció la boca y se le rompieron las palabras. Tomé sus manos entre las mías, y se las besé, y estuvimos unos instantes así, los dos llorando por mamá, por nosotros, por aquellas mujeres muertas. Ridículos como dos personajes de folletín de la tele, que solo faltaba que nos pusiéramos a aullar mirando al techo como lobos. Por favor, por favor, qué pinta debíamos de tener, cualquiera que nos viera.

—Demasiados *realities* —dije para romper aquella atmósfera asfixiante—. Basta de llantos, que no resucitan a nadie.

Me puse firme. Serio. Acabemos de una vez. Como diciéndole al adversario: pégame. Pégame fuerte. Hay que saber encajar. Sé encajar. No te guardes nada, Sancha. Procurando que no se me escapasen los sollozos.

Después de aquel desahogo, Sancha me contemplaba de otra manera. Tenía los ojos azul marino un poco más claros, un poco más humanos.

—Los Ceremonios no podían parar. —Le salió la voz descompuesta y ronca, y tuvo que aclararse la garganta para volver a empezar—. Delante de mí, Duch dijo un día: «Es como una droga. Las primeras veces no te sienta

bien, pero tienes que repetir, tienes que repetir». Hablaban con entera libertad ante mí porque daban por supuesto que yo también estaba implicada. Igual que tu madre. Sabían que, si los denunciaba, yo iría a la cárcel incluso antes que ellos.

—Basta, basta.

—Pero tu madre no podía proporcionarles todas las chicas que necesitaban. No acostumbrábamos a tener chicas en las circunstancias de Catalina, y buscar una y otra y otra sería demasiado arriesgado.

—Basta, basta.

Estaba inmersa en sus pensamientos y no podía parar. Lo que más le interesaba de todo aquello era su hijo. ¿Cómo entraba Venán en la historia?

—Después de darles tres o quizá cuatro, tu madre dijo basta. Entonces a Masovero se le ocurrió la idea de recurrir a dos chicos jóvenes, asiduos a las discotecas, para que les ayudaran. Conocía a Venán de haberlo visto detenido en comisaría y, cuando se lo encontró un día por el Harén, le hizo la propuesta. Y Venán aceptó. Porque a Venancio también le gustaba mucho la pasta.

—Me estás diciendo que crees que aquella noche maldita de Halloween tu hijo y Alvin capturaron a las tres chicas y las llevaron a la sede central de la Sociedad Luciferina de la calle Provença, y allí las estaba esperando una habitación forrada de plástico donde la ceremonia sangrienta no dejaría rastro.

—Sí. Seguramente eso es lo que pasó.

—Y eso no significa que tu hijo no se pudiera incorporar a la ceremonia. Sancha tardó a contestar. Por fin, dijo:

—No lo sé. No lo creo. No me gusta creerlo, pero puede ser.

—¿Y mamá? ¿Crees que estaba allí, participando?

Contestó Sancha, muy seria:

—No, no estaba. Lo sé seguro porque tu madre estaba aquí, en el Harén, conmigo. Tu madre tal vez proporcionaba las mujeres, pero no habría participado nunca en una salvajada como aquella que describieron los periódicos.

Me quedé pensando si eso hacía más buena a mi madre. O un poco buena. O la disculpaba de algo.

—Cuando detuvieron a mi hijo y lo acusaron de la muerte de las tres chicas, pensé que tenía que ir a comisaría para explicar lo que sabía. O al juzgado. Pero no podía ir a denunciar al comisario Masovero a la cara. Yo, una puta madre de delincuente. No podía hablar claro con mi hijo porque me iba la vida. No podía decirle que acusara a Masovero en sus declaraciones a la policía. Tenía que conseguir que fuera la policía, la misma policía, quien sacara las conclusiones. A Venán solo podía darle pistas, indicios, palabras clave. ¿Qué otra cosa podía hacer? Quería ayudar a Venán pero no sabía cómo hacerlo. Le hablé de un Aristócrata y de un Dictador, y de un Añadido, a medida que se me iba ocurriendo.

—Así que fuiste tú quien puso a mi madre en esa lista.

Respondió con perfecta serenidad. Había llegado la hora de la verdad. Su hijo había hecho lo que había hecho y mi madre había hecho lo que había hecho. Era el momento de decir que nadie elige a la madre que lo parió. Nadie tiene ninguna de las culpas que corresponden a sus padres. Ningún padre tiene ninguna de las culpas que corresponden a sus hijos.

—Sí.

—¿Podrían haberla detenido!

—Sí.

—¡Acusado y condenado! ¡Ahora mismo, podría estar en la cárcel!

—Sí.

—¿Por puta envidia?

—No. Para salvar mi hijo. Quería ayudar a Venán, pero no quería condenarme yo. No supe hacerlo mejor.

—Venán habló con el inspector Rey —dije— y le escribió esta lista. Pero el inspector Rey, antes de descifrar el mensaje, o tal vez en el intento de descifrar el mensaje, mostró la lista a José Torras, y Torras la va difundió en los medios, con una teoría de la conspiración inconcreta e incompleta. Y cuando el comisario Masovero pudo leerla, vio el peligro que aquello representaba para él, se enfureció y relevó del caso al inspector Rey. Y se ocupó del caso personalmente. Eso confirmaría que fue él quien mató a Alvin durante aquella redada...

—No dudes ni por un momento que fue él.

—Y él debía de presionar, o pagar, o hacer algo, para conseguir que aquel gitano matara a Venán en la cárcel.

—Claro que sí, Mili. Claro que sí. Y así se cerró el caso. Y los Ceremonios se sintieron más poderosos y divinos que nunca. Yo los oía cuando cantaban en la Sala Regia: «¡Somos unos asesinos, somos unos asesinos!».

Bruscamente, sonó el teléfono sobre la mesa. Experimenté una violenta sacudida e incluso me parece que solté un grito.

Sancha, absolutamente laxa, con los músculos flojos y desmayados, descolgó el auricular y dijo «Sí». Me miró para verme asustado y agarrotado y dijo, cansada de todo y de todos:

—El tío Ayyad de los somalíes quiere hablar contigo.

Por un momento no entendía el significado de sus palabras. No sabía qué era un somalí, un Ayyad ni un tío. Volví a la realidad con un cabezazo y acepté, porque no me quedaba otro remedio que continuar viviendo.

—Sí —dije.

—Pásalo —dijo Sancha al auricular, antes de dármelo.

—Sí —respondí, sin ganas de hablar ni discutir. ¿Qué querría el somalí? Comprar el Harén. Y yo no vendo, tan fácil cómo eso.

—¿Míster Mili? —con aquel acento inconfundible, suave y manso como un cordero.

—Sí, míster Ayyad.

—Me dijeron mis sobrinos que no aceptó la oferta de dos millones y medio al contado que le hicimos.

—No vendo, míster Ayyad —exhalé con un suspiro.

—Piénselo mejor, por favor. Ahora le ofrezco un millón y cuarto.

—Está loco.

—No se ponga así. Hablemos como personas.

—Solo sé hablar de una manera.

—Los Badreddin siempre hemos sido buenos clientes del Harén. Buenos amigos. Queremos rendir un homenaje al recuerdo de su santa madre.

—Más vale que no hable de mi santa madre.

—La próxima vez, le ofreceré menos de un millón. Es demasiada rebaja. El Harén vale más. Dígame ahora que sí y zanjemos el tema.

—Le digo que no, y no se hable más.

—La próxima vez, mis sobrinos irán a verle con setecientos cincuenta mil

euros en un maletín. No me parece que sea una buena idea. Si vende hoy, ganará mucho más dinero que si no lo hace.

—Mire, lo lamento, ahora no estoy de humor. Perdome, pero tengo que enviarlo a cagar.

—¿Cómo?

—*Go to shit*, ¿se dice así?, *go-to-shit*. Vete a cagar. Colgué el teléfono.

Mientras yo hablaba con el somalí, Sancha había aprovechado para dejarme solo en el despacho.

20

Las Grutas del Averno

Hay días en que lo mejor que puedes hacer para soportarlos es reconocer que te has vuelto loco, que todo es un delirio sin ton ni son, porque se supone que los locos tienen delirios sin ton ni son.

Camino de la plaza de Espanya, le pregunté al chófer que me transportaba:

—¿Usted cree que es posible que alguien se suicide disparándose dos tiros en la nuca?

El conductor me miró a través del retrovisor muy preocupado por mi salud mental.

—Estoy haciendo un estudio exhaustivo sobre el tema en base de experimentos rigurosos. Es muy poco probable que un suicida se ponga el cañón de una pistola contra la nuca y dispare. Y, en caso de que pudiera hacerlo y dispararse, todavía es más difícil que, después del primer disparo, que probablemente le destrozaría el cerebelo y las cervicales, el presunto suicida fuera capaz de pulsar el gatillo por segunda vez, ¿no le parece? Por la cara que pone, veo que le extraña que me dedique a estas cosas. —El chófer encogió un hombro para darme a entender que a él ya no le extrañaba nada—. Lo entenderá si le digo que, en el fondo de mi investigación, se esconde el eterno dilema, la pregunta típica y tónica: ¿qué preferirías, que tu madre se suicidara o que hubiera sido asesinada? Una pregunta antigua como el mundo y tan difícil de responder.

Después de reflexionar unos instantes y dejar que el conductor le diera unas cuantas vueltas al tema, añadí:

—De hecho, todas las preguntas son difíciles de responder, si consideramos que tanto el sí como el no son utopías.

Las Grutas del Averno estaban en los bajos de un edificio antiguo de la Izquierda del Ensanche, entre la plaza de Espanya y la cárcel Modelo, en uno de los sótanos enormes construidos para los vecinos del inmueble, que

sirvieron de refugios antiaéreos durante la guerra civil y que luego se apropiaron las tiendas. La puerta estaba detrás del ascensor de madera, hierro y cristales.

Pulsé un timbre rojo y me abrió Amanda en persona.

Encontré a la *dominatrix* entre dos sesiones. La había telefoneado antes de salir del Harén y me había dicho que fuera a las once y cinco en punto, porque entonces tendríamos media hora para hablar «entre paciente y paciente». Habíamos llegado veinte minutos antes de la hora y el conductor tuvo que dar un par de vueltas a la manzana, resignado a soportar mi discurso delirante.

Amanda Manda llevaba la indumentaria de cuero negro típica de los sadomaso que la favorecía mucho, pero se había quitado la máscara y aquel rostro de ama de casa del Ensanche parecía una cabeza postiza y equivocada que no encajaba con el resto. Tampoco armonizaban en absoluto con el aspecto general las chancletas de dedo que hacían pensar en el tormento de los zapatos de altísimos tacones de aguja que tenía que ponerse durante las sesiones.

Yo me había vestido de manera adecuada para ir a visitar un club de sadomaso. Ya os lo podéis imaginar.

Si yo le pegué un repaso de arriba abajo, ella hizo lo mismo conmigo y me parece que gané yo. La dejé sin habla.

—Caramba, qué original —dijo, como si estuviera muy contenta de verme—. Me gusta que hayas venido.

Accedí a un recibidor de unos tres metros cuadrados, decorado con cortinas negras y presidido por un gran pentáculo dorado con una punta dirigida al suelo, que estaba cubierto por una alfombra negra con un círculo blanco en el centro. Sobre una mesa, había un falo de piedra, un yelmo con cuernos y una lámpara con pantalla de pergamino cubierta de dibujos que teñía el ambiente con una luz amarilla.

—¿Cómo estás?

Me quité las gafas de sol.

—Bien.

—Ven un momento. Si no te importa, tengo que preparar el escenario para el próximo paciente. Yo los llamo «pacientes» porque han de tener mucha paciencia para aguantar lo que les hago.

Más allá de los cortinajes negros, nos esperaba una penumbra estremecedora.

—Cuidado con las escaleras —dijo Amanda. Mientras bajábamos, comentó—: A mis pacientes no les aviso de las escaleras, claro. Si vienen para que les haga daño y ya empiezan rodando por las escaleras abajo, más contentos quedarán. —Se reía, era broma. Un extraño sentido del humor—. Y si se limitan a tropezar, les digo: «¡Mira dónde pisas, imbécil!», y les gusta como no te puedes imaginar. «Perdona, perdona», dicen. Les encanta que los insulte. Las escaleras desembocaban en una pequeña sala con tres o cuatro puertas a ambos lados. Lavabos, vestuarios y el acceso a la administración y oficinas. En los vestuarios, los «pacientes» dejaban su ropa y se vestían o desvestían como les parecía más excitante o como ella disponía.

Otra cortina de terciopelo negro daba a la gran mazmorra principal. El Averno. Ahora estaba muy iluminada, para poder trabajar a gusto, pero normalmente supuse que solo se alumbraría con antorchas, y velas y braseros para calentar hierros de marcar. A pesar de que a la luz del día se parecía más a los bastidores de un teatro con toda la tramoya a la vista, era un decorado siniestro con todo lo que se supone indispensable para la buena práctica del BDSM, o sea, Bondage, Disciplina, Sadismo y Masoquismo, y del Shibari, que es el nombre que se da a la inmovilización con cuerdas de yute, y solo de yute.

—¿Qué me cuentas?

—He venido a que me cuentes tú. ¿Qué sabes de tu hermano?

—¿De mi qué? —se detuvo. Me miró levantando las cejas. De una forma u otra, me recriminaba que yo supiera algo de su hermano.

—El otro día, Sancha me dijo que tu hermano es Ferran Drac, aquel que presidía la Sociedad Luciferina...

—Muy poca gente lo sabe.

—Y como fue uno de los Ceremonios...

Se le multiplicaban las arrugas del frente.

—¿Los qué?

—Ceremonios. No te hagas la tonta, Amanda. Duch y Franco eran habituales de esta casa. Les gustaba hacer daño a las mujeres. Y aquí conocieron a tu hermano. ¿A lo mejor también venía aquel que se llamaba Pedro Crelles?

Varió su expresión. Quedó patente que sabía de qué le hablaba. Taciturna, huyó de mí hacia el centro de la sala y recogió un par de fustas de montar a caballo, un cubo y una fregona y fue a dejarlos en los vestuarios que habíamos dejado atrás.

Me dirigí a un rincón decorado como un bar de los años sesenta y me puse detrás de la barra de formica. Había una buena colección de bebidas de calidad alrededor de un espejo con forma de mancha de tinta.

—¿Puedo servirme una copa? —levanté la voz.

—Claro —dijo el Ama, que ya volvía.

Había vasos de plástico, supongo que para evitar cristales rotos que pudieran hacer demasiado daño a los usuarios, y me serví una ración generosa de VAT 69.

—Veo que Sancha te ha contado un montón de cosas —dijo, manifiestamente molesta—. ¿Todavía va difundiendo esa leyenda de los Ceremonios? ¿Qué gana con eso ahora, después de tantos años?

—Se lo pregunté yo. Le tiré de la lengua. Lo que le pasó a mamá fue un trastorno muy grande para mí, ¿comprendes? Ha revuelto muchas cosas.

—Y entonces, ella... —empezó a decir con un rechazo que me rasgaba el corazón.

—¡No, espera! Ha revuelto muchas cosas. No puedes entenderlo, Amanda. Cuando salí de la cárcel, con diecinueve años, no puedes imaginarte cómo estaba. Mi vida era una ruina. No puedes imaginar lo que es un año de cárcel para un adolescente de dieciocho años. Estaba destrozado, escarmentado, acobardado. Solo tenía un objetivo: no volver nunca más a la cárcel. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para no volver allí. Meterme en un convento, hacerme budista o pastor del Valle de Arán. Y solo contaba con un punto de apoyo: mi madre. Solo ella podía salvarme. Y entonces, Sancha me recibió con la noticia de que mamá no estaba. Mamá se había ido. Mamá me abandonó.

Pasé a la parte delantera del mostrador y ocupé uno de los cuatro taburetes altos. El suelo, en aquella zona de la mazmorra, era de linóleo cubierto por una pequeña alfombra que imitaba una piel de leopardo. Un poco más allá, un sofá, dos sillones y sillas de casa burguesa. Era el rincón de los dominadores, obviamente.

—Si hay algo más horrible que un hombre desesperado, es un adolescente

desesperado. Un adolescente sin futuro ni ilusiones no es una persona. Por eso me corté las venas.

El ama Amanda estaba haciendo no sé qué entre las cortinas y asomó la cabeza para mirarme asustada.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes.

—¿Te cortaste las venas?

—Me quería morir. Suerte de Sancha, que me salvó. Ella me cuidó en el hospital. Cuando abrí los ojos, despidiéndome de la muerte, allí estaba ella, y me acariciaba y me devolvió todas las esperanzas que ya daba por perdidas. Ella me puso a dirigir el Harén, cuando todavía no tenía veinte años. Me descubrió que servía para algo. O sea, que no me digas que no quieres ayudarme. Después de saber que mi madre fue asesinada, lo que podáis decirme tú y tu hermano me ayudará a reconstruir mi vida.

Amanda vino hasta la barra. Si esperaba una caricia, un gesto de consuelo, un beso, me equivocaba de medio a medio. Iba a buscar algo en algún cajón. Supongo que las *dominatrix* de buena ley no pueden permitirse caricias ni besos. Sacó dos o tres cajas de pañuelos de papel y de guantes de látex y fue a repartirlos por la sala, colocándolos en lugares estratégicos.

Solo comentó:

—¿Hiciste un intento? ¿En serio?

—Amanda: tenía diecinueve años. Suerte tuve de Sancha. El Harén era demasiado para mí solo. Fue un trauma. Me quería morir. En serio. ¡Claro que fue en serio!

—Bueno, entonces, Sancha ya te habrá dicho que su hijo no mató a las tres chicas, ¿verdad? Fue cosa de los malvados Ceremonios, a que sí. —Liberaba de nuevo el sarcasmo—. Uy, qué miedo, que vienen los Ceremonios, apartad a los niños. Niños y niñas, no salgáis a la calle, que han soltado los Ceremonios. No, su hijo no mató a nadie.

Se paseaba airosa y despectiva por aquella estancia preparada para hacer las delicias de los masoquistas. Había tres jaulas: una con capacidad para tres o cuatro personas, otra esférica y colgada del techo, y una tercera muy pequeña, donde solo cabría una persona muy encogida e incómoda.

—... Fue cualquier otro, pero su hijo no. Claro que no. ¿A lo mejor tu madre, Mili? ¿No te ha dicho que fue tu madre quien los mató?

—¿Amanda, por favor! ¿A qué viene ese tono? ¿Qué te pasa? Mi madre, tú y Sancha siempre fuisteis muy amigas. En una época, las tres queríais ser *dominatrix*...

—Tu madre y yo. Sancha no. Tu madre quería ser Débora Dora y yo Amanda Manda. Juegos de niñas.

—Pero tú te hiciste Amanda Manda.

—Y ella fue Emily Love. Y continuó siendo amiga de Sancha, y montaron el negocio juntas, y a mí me dejaron a un lado, y yo me espabilé, y ellas también, y tan amigas. Si no revolvemos mucho la cagarada, podemos dejarlo así. Todas tan amigas. Pero cada cual en su casa.

—Pero...

—Mili, por favor, de verdad. No tengo nada que contar.

—Claro que tienes cosas que contar.

—Ya veo por dónde vas. No insistas.

—Insisto. ¿Para qué he venido, si no?

Se detuvo bruscamente en el rincón donde una pared de piedra vista ambientaba perfectamente una sala de torturas medieval.

—¡Mili, por favor!

A la derecha, tenía un potro; a la izquierda, unos maderos enormes cruzados en forma de aspa; más allá, un cepo de los que sujetan cabeza, manos y pies del desgraciado sometido. Y detrás, sobre una panoplia forrada de terciopelo burdeos, se exhibían látigos de diferentes medidas y formas, un *nunchaku*, un vergajo de buey, esposas y unos *floggers* de colorines. Reprimiendo su furia con dificultad, me dijo:

—¿Quién le dictó a Venán esa lista de los malvados Ceremonios? ¡Si lo sabe todo el mundo! Fue Sancha. Y fue ella quien incluyó a tu madre, para joderla, porque siempre le había tenido ganas. Esta Sancha a quien tanto defiendes metió a tu madre en la lista del Ceremonios. Yo nunca podré perdonarle que también metiera en ella a mi hermano.

Calló tan bruscamente como había empezado a desahogarse. Dio un cabezazo y empujó una mesita cromada y aséptica de ruedas hacia la reproducción de una especie de consulta médica con camilla metálica, un foco enorme y una obscena silla ginecológica. Sobre la mesita que transportaba Amanda, se alineaba perfectamente una colección de bisturís,

pinzas grandes y pequeñas, agujas largas y cortas y un collar de sumisión.

—Mi hermano no mató a nadie —dijo en voz más baja y tono más moderado—. Ni Duch ni Franco tampoco, pero de eso no puedo estar tan segura porque Ferran enseguida se los quitó de encima. Pero que mi hermano era inocente, esto quedó muy claro en el juicio. Porque, imagínate, juzgaban a un satanista, a un discípulo de Satanás, adorador de Lucifer, ¡imagínate! Lo juzgaron por triple asesinato y lo declararon inocente. Perdona, Mili, pero tenía que ser muy inocente, pero mucho, muy inocente para que un jurado popular declarara inocente a un satanista. ¡A un discípulo de Satanás, adorador de Lucifer, imagina!

La *dominatrix* se volvió hacia mí. Yo callaba, para dejar sitio a su discurso.

—Mi hermano era un erudito, un superdotado. —De detrás del mostrador, sacó unos botes de vaselina, tres, cuatro y cinco, y cuatro vibradores de diferentes dimensiones. Cargada con todo ello, se alejó de nuevo y empezó a distribuir vaselina y vibradores cerca de la cama, junto al potro, en la mesita cromada del quirófano y la silla de ginecólogo—. A los veintiún años publicó un libro que causó sensación: *Elogio del egoísmo*. Su vida se cuenta de siete en siete años porque cada siete años nuestro cuerpo y nuestra mente mutan y dan un salto adelante. A los veintiocho años, otro múltiplo de siete, fundó la Escuela de Reflexión del Yo y escribió otro *best seller*: *Nosotros somos de ese mundo. Los reflexionistas*. A los treinta y cinco, otro múltiplo de siete, publicó su trilogía espléndida: *En-sí-mismarse*, *La ambición como virtud* y *Dios te lo pague con dinero*, y fundó el Instituto de las Experiencias de Ilustración. Tenía una gran facilidad de palabra y un gran carisma. Cuando se dirigía a ti, te hipnotizaba. Y también hay que decir que se aprovechaba de su inteligencia. Era un gamberro, un bromista. Le gustaba tomar el pelo a la gente. Convencía a sus seguidores de que si fornicaban con una cabra, por ejemplo, Satanás los haría todopoderosos. Le encantaba verlos hacer el ridículo y que, encima, le pagaran por hacerlo. Di que era un estafador, si quieres, pero nunca fue un asesino. Él hablaba a sus seguidores del demonio, los asustaba, les excitaba y se tiraba a todas las, y todos los, que se ponían a su alcance.

»Pero nunca mató a nadie.

—Después de saber lo que le pasó a mi madre, me gustaría que me lo

contara él mismo. ¿Sabes dónde podría localizarlo?

—No. Después de aquella horrible experiencia, pasado el juicio, se lo vendió todo, se fue y le perdí la pista.

—¿Y no se ha vuelto a poner nunca más en contacto contigo?

—Nunca más.

—¿Y tú...?

En el techo había una estructura de vigas metálicas de donde colgaban cadenas y grilletes de donde supuse que se colgaban los pacientes necesitados de esta clase de experiencias. Amanda comprobó el buen funcionamiento del mando a distancia que hacía subir y bajar a los condenados. Los brazaletes de hierro descendieron hasta tocar el suelo y, cuando ascendieron de nuevo, pude imaginar a una persona cada vez más colgada y colgada hasta que tenía que ponerse de puntillas y colgada y colgada hasta que sus pies se despegaban del suelo.

—Yo no puedo decirte nada de lo que ocurrió porque no sé nada. Nada de nada. Duch y Franco presumían de sádicos, pero un día vinieron por aquí, lo probaron con un par de sumisas y ya no volvieron. Luego, fueron a uno de los aquelarres de mi hermano, en la calle Provença, y tampoco les gustó. Decían que era gente de la alta sociedad jugando a ser malos y a escandalizarse con porquerías. Y ellos también, eran ricachos que no sabían qué hacer de su vida, se aburrían e iban probando, pero no creo que mataran a nadie. ¿Y sabes por qué lo creo? Porque eran inteligentes. Porque sabían que se la jugarían demasiado si se metían en un caso de asesinato. Solo los muy locos o los muy idiotas matan. Los que no piensan en las consecuencias. Y ya te digo yo que aquel par no eran locos ni idiotas.

Alisaba la ropa de una majestuosa cama con dosel y grilletes en el cabezal y los pies. Y, en la pared de piedra, una puerta muy baja, como un nicho, debía de ser la entrada de una claustrofóbica celda de castigo.

—En cambio, Venán, el hijo de Sancha, sí era bastante loco y bastante idiota. Siempre iba ciego y pasado de vueltas. ¿Y cómo es que fue a parar a la sede de los luciferinos? ¿Cómo podía saber dónde estaba la sede de los luciferinos, aquel demente que no sabría encontrar ni el cine de su barrio? ¿Cómo lo sabía? ¿Quién se lo dijo? Pues a lo mejor se lo dijo su mamá, la misma que se inventó la leyenda de los Ceremonios. «Di que no lo hiciste tú, nene, di que lo hicieron los adoradores del diablo, aprovechando que yo sé

dónde se reúnen los luciferinos, anda.» Si acusas de asesinato a un adorador de Satanás, todo el mundo se lo va a creer, ¿verdad? ¿A qué se dedican los adoradores de Satanás si no es a asesinar a diestro y siniestro? Y descargó el camión de mierda sobre mi hermano, ¡tócate la pipa! «Mi hijo no lo hizo, lo hizo el hermano de Amanda Manda.» ¿Comprendes ahora que no hable con mucha simpatía de Sancha? ¿De esa víbora, de esa bruja, de esa cabrona?

—No hables así de Sancha.

—Pues no me hagas hablar de Sancha. Y ahora, si me perdonas, Mili, mi paciente está a punto de llegar.

21

Una familia que viene de lejos

El bufete de abogados de Garay, Suárez y Abellán estaba delante mismo de la Ciudad de la Justicia, muy cerca del lugar donde me encontraba. Aproveché que ya había salido de casa para pedirle al chófer que me llevase allí. Solo tenía que enfilarse la Gran Vía y recorrerla durante unas cuantas travesías.

Llamé a Garay por el camino. «Sobre todo, tutéale, sobre todo.»

—¿Me podrías dedicar cinco minutos? ¿Ahora mismo? Me harías un gran favor. Es un caso de vida o muerte. No rías, te lo digo en serio. Tengo miedo de los somalíes. Me están amenazando. Titular: ayudadme y os hago socios del Harén. *Fifty-fifty*.

Era mi manera de plantear «una propuesta que no podréis rechazar».

La recepcionista soltó un chillido de sorpresa al ver mi modelito sadomaso.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Bien —jadeó sin acabar de reponerse del todo.

—El señor Garay me está esperando.

Me estaba esperando. Esteban Garay Quincoces, alto, barrigón y tenso; pulcro y sano de bañera con sales, cremas hidratantes, masajes, gimnasio y cuidado intensivo de la epidermis, el cerebro de la familia, la justificación, las atenuantes, la defensa, el habeas corpus, garantía de la coartada indestructible. Lo encontré en su despacho, fuera de la trinchera del escritorio, a punto para darme un abrazo. Se le escapó una carcajada al ver mi indumentaria y se abstuvo de abrazarme. Nos dimos la mano manteniendo una prudente distancia. Movía la cabeza como diciendo «Nunca me decepcionarás».

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Whisky —me salió, decidido a emborracharme.

—¿A estas horas? Bueno, bien, como quieras.

Lo pidió a la secretaria.

—Son extraños, los taxistas —le dije, porque siempre me ha costado abordar el tema principal de una reunión—. El que me ha traído me ha contado que, antes de ser taxista, estuvo a punto de hacerse actor, pero por suerte la medicina lo salvó. Se ve que la nueva psiquiatría ha descubierto que la vocación de actor, en realidad, es una enfermedad directamente relacionada con la forma de esquizofrenia conocida como doble personalidad. La necesidad de fingir que eres otra persona. Como sabrás, Bela Lugosi acabó creyendo que era Drácula, y Johnny Weissmuller, que era Tarzán, y uno dormía en un ataúd y el otro tuvo una muerte horrible emitiendo a todas horas el grito aquel tan conocido y tan irritante. No sé si fue una muerte horrible para él, pero seguro que fue una vida espantosa para sus vecinos. Se está estudiando someter a todos los actores a una terapia intensiva, con electroshocks y duchas heladas, para evitar que acaben tan mal. Al taxista este le aplicaron el método y consiguió salir adelante...

La secretaria trajo una bandeja con un vaso de plástico transparente que contenía un líquido del color del té aguado. Pero era whisky, sí, del bueno, malta, escocés, muy bueno, sí.

—Venga, Mili. ¿Quieres ir al grano? —me recordó el abogado.

—Tenéis a los somalíes pegados como una caca en el zapato, ¿no? —Una de aquellas preguntas retóricas que no esperan respuesta. Al grano—: Quieren comprarme el Harén, yo no quiero vender y tienen la intención de hacerme daño. Cuéntame quiénes son y hasta dónde pueden llegar.

Saboreó la propuesta, aprobó con la cabeza, la deglutió, aspiró aire por la nariz y respondió.

—Tienen mucha pasta. Y los dos chicos que llevan el negocio, Alí y Hassan, son muy inteligentes. El viejo tío Ayyad es una figura patriarcal poco operativa. Y el resto de la familia les ayudan como pueden.

—Pero ¿cómo son de poderosos? ¿Más que la representación de la Bratvá que tenemos aquí? ¿Más que los Semiónov? ¿Más que los Pérez?

El abogado levantó la mano para pararme los pies e ir por partes.

—No son muy poderosos, pero vienen de una tradición muy poderosa y muy guerrera, y eso los hace arrogantes y soberbios. El padre de estos Alí y Hassan, Nabil Badreddin, era un señor de la guerra muy influyente en la

provincia somalí de Bay. Luchó con el Congreso de Somalia Unificada contra el dictador Siad Barre y salió victorioso, y propició la intervención de las fuerzas de la ONU, que acabaron expulsando a Barre de la zona. Pero luego se lio, se metió en política, apoyó a Hussein Fara Hassan alias *Aydid*, que era un marine de los Estados Unidos que llegó a presidente del gobierno de Somalia. Y, en fin, conspiró, se creó enemigos y, en diciembre del 2006, fue asesinado, a los cincuenta años. Entonces, el tío Ayyad, marido de la hermana de Nabil, se hizo cargo de la familia del muerto y, con su propia familia, decidieron irse muy lejos y empezar una nueva vida. De cero. Y vinieron aquí, a Barcelona.

»Cuando llegaron, los acogió un imán somalí que tenía una mezquita en Sant Romà del Vallés. Debían de traer un buen puñado de dinero, en joyas, o escondidos o como fuera, porque los trataron muy bien y se pudieron instalar con todo tipo de comodidades. El imán los metió a trabajar en una empresa de importación de diamante industrial que, al mismo tiempo, servía para financiar una célula yihadista.

—¿Me puedes dejar un boli y un papel, por favor? Me gustaría saber cuántos son exactamente y qué hacen, cómo se ganan la vida.

Se levantó y del escritorio me trajo unos cuántos folios y un bolígrafo de categoría, dorado y perfectamente robable.

Procedió a hacer una minuciosa descripción de las familias Badreddin y Al-Yaafari, y yo elaboré un complicado árbol genealógico lleno de hijos, sobrinos, mujeres, cuñados y nietos.

—Pero a la Mastresa no le caen bien, a que no —comenté—. Me di cuenta en el cementerio. Se veía que le daba grima tenerlos cerca.

—Bueno, ya sabes cómo es la Mastresa. Los negros le parecen demasiado raros, demasiado negros, como marcianos, como una amenaza. Pero es que, además, cuando los somalíes llegaron a Barcelona, entraron a saco, como si fueran los reyes del mambo. Ya te digo, arrogantes y soberbios, como si pudieran hablar de tú a los rusos, a los italianos, incluso a nosotros. Y eso no le gustó a nadie. Tú imagínate a esos tíos que vienen de una cultura islámica, que quiere decir machista, tratando con una mujer como la Mastresa. No le gustó a nadie. Ni a la Mastresa ni a nadie.

—Entonces, ¿cómo es que les prestáis vuestra mano de obra?

—¿Nuestra mano de obra?

—Dicen que sus recursos humanos los obtienen de vosotros. De la familia de la Mastresa.

—No, no. Te lo han explicado mal. Cuando llegaron, en el 2007, se echaron a la calle para contratar efectivos, de aquí y de allí, al azar. Alborotaron un poco el gallinero, y todo el mundo se les puso de culo. Los Klein, los Semiónov, los Pérez, todo el mundo. Hicimos una reunión para llamarlos al orden y se decidió que, si querían gente, deberían entenderse con nosotros, con los De Santiago, con la Mastresa, conmigo. Por eso están más cerca de nosotros que de las otras familias. Ahora contratan gente en nuestros barrios pero pidiendo permiso y pagando una cuota, claro.

—Entonces sabréis de cuántos efectivos estamos hablando.

—Que yo sepa, tienen siete u ocho hombres fijos en la nave de los nigerianos, en el polígono industrial de Viladaurada, y estos les sirven para todo. Pero los más peligrosos los han traído ellos de fuera. Unos diez mercenarios que protegen al tío Ayyad, guerreros africanos con armas de guerra, sobre todo el Kalashnikov. Estos no tienen nada que ver con nosotros. Son la guardia que custodia la urbanización donde vive Ayyab. Los comanda uno que se llama Bambang, una especie de iluminado, un loco muy peligroso.

Resoplé, en un intento de expulsar todo el miedo que me infectaba los pulmones.

—Suena fatal —dije.

—Pues véndeles el Harén.

—¿Vosotros no lo querriais?

—¿A cambio de qué? ¿De enfrentarnos a los somalíes? ¿Quieres que organicemos una guerra?

—No, no, claro que no.

—¿Muertos por las calles, estilo Chicago? ¿Nos ametrallamos de coche a coche en medio del Ensanche? ¿Ejecuciones con disparos en la nuca?

El fantasma de mi madre cruzó el despacho.

—No, no, claro.

—Vivamos tranquilos. Más vale que continuemos viviendo tranquilos.

Me miraba con severidad y sonrió de repente para animarme a pensar mejor las cosas.

—Vende —dijo—. Te lo aconsejo como abogado. Vende.

Suspiré, miré a ambos lados, como el ratón buscando la salida del laberinto, atrapado en un callejón sin salida. No me quedaba más remedio que dar media vuelta y volver atrás, recular. De pronto me sentía muy ridículo con aquella indumentaria de sadomaso.

De buena gana, me habría echado a llorar.

Camino de casa, llamé a Macabeo. Que averiguara todo lo que fuera posible sobre los somalíes. Dijo que me lo tendría en un par de días.

22

Hilo y aguja

26 de febrero, domingo.

Si ocurría, tenía que ocurrir en la primera mitad de una mañana de domingo, porque los días de fiesta esta es una calle solitaria. Los edificios que tenemos a ambos lados del nuestro son una agencia de publicidad y unos laboratorios farmacéuticos, y los domingos no hay nadie allí, ni siquiera guardias de seguridad. Todos los sistemas de protección son automáticos. Al final de la calle hay una cierta aglomeración de gente, que son turistas que se disponen a tomar el famoso Tranvía Azul que conduce al funicular que sube a la cima del Tibidabo y, hacia mediodía, la clientela del Dulzón. Pero a las diez y media de la mañana, no habían llegado ni los cocineros del restaurante.

Así que era el momento ideal.

Nos sorprendieron gestionando un protocolo de depresión. La norma de esta casa siempre ha sido que nadie salga del Harén frustrado, siempre feliz, y cuando hay algún principio de alarma, una protesta, un disgusto, una reclamación, un ataque de ira o de llanto, movilizamos automáticamente a una de las dos psicólogas que tenemos en nómina para todo tipo de tratamientos. Ellas se encargan de que el cliente salga con una sonrisa en la boca y ganas de regresar.

El incidente de la noche anterior había sido la clásica disfunción eréctil catastrófica. Aquí vemos muchas disfunciones eréctiles, como es natural, es el lugar más indicado, nuestro accidente laboral más corriente. Normalmente, los pacientes las encajan con deportividad, pero de vez en cuando aparece alguien que se siente víctima de una maldición o, peor todavía, de una colaboradora inexperta o con poco interés, y entonces se desencadena una pequeña tragedia. O llantos o gritos, siempre manifestaciones de una depresión incipiente. El cliente de la noche anterior había llorado, se había dado cabezazos contra la pared, había disertado ampliamente de una vida sin alicientes ni futuro y de sus ganas de morir inmediatamente. Las psicólogas

habían intervenido con eficiencia y el día siguiente, a las diez y media, nuestro usuario, bien atendido, había superado la crisis, pero acababa de caer en otra relacionada con el descalabro que se encontraría en casa, con su mujer, cuando llegara después de toda una noche de ausencia.

Entonces, por la radio de uso interno, Alicia dijo solo una palabra:

—Nuria.

Yo no sabía lo que había ocurrido ni lo que ocurriría a continuación, pero en aquel momento tuve un presentimiento tan intenso como si me hubieran proyectado un tráiler del futuro detrás de los ojos, y se me instaló una sensación de pánico en la garganta, justo en ese punto donde se anuncian las náuseas.

Dejé a una de las psicólogas encargándose de la última neurastenia del cliente y corrí al Centro Logístico.

En un par de pantallas, dos hombres con abrigos largos y negros y un fulano barriobajero abandonaban un Audi negro de gama alta y se acercaban a nuestra puerta empujando a una muchacha en una silla de ruedas.

—La traen en una silla de ruedas —dijo Alicia, innecesariamente.

Me cayó el alma a los pies. Dije alguna inconveniencia. A la llamada de la controladora habíamos acudido Maragda, vestida como siempre de cualquier manera, y Cloe, con un conjunto delicioso de ropa interior azul cielo, licra y encaje.

Maragda se enfureció. Me di cuenta porque metió instintivamente la mano en el bolsillo donde llevaba su navaja de combate. Navaja militar retráctil, decía ella.

Muerto de miedo, pasé por el Despacho de Recibir y, de un cajón, saqué la manita de la suerte, mi amuleto americano.

Llamaron a la puerta.

Cuando bajábamos los peldaños de la escalinata de dos en dos, vi a Marilyn Monroe en el umbral del acceso a la Sala Regia. Tenía el ademán dolido de quien hace rato que se espera y se siente olvidada. Era, ¿cómo se llamaba?, Irma, la mujer vocacional, tan guapa, que se había hecho a sí misma con muchos esfuerzos para olvidar al hombre que tenía enquistado dentro. Llevaba un vestido estampado de flores, con escote cuadrado y falda acampanada, ideal para bailar el rock.

—Señor Santamarta —dijo.

—No, Irma, ahora no puedo atenderte, lo siento —dije, de paso, antes de olvidarme absolutamente de su presencia.

Sancha se dirigía a la puerta.

—Deja, Sancha. Ya abriremos nosotros.

Se detuvo en medio del zaguán. Inmóvil, nos vio pasar, a Maragda, a Cleo y a mí, envueltos en una carga de tensión que anunciaba algún espanto. Alerta roja.

Alargué la mano hacia el pestillo.

Cleo, tan enorme, musculosa y valquiria, frágil y vulnerable en sujetador y braguita azul cielo, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, Mili?

No contesté.

Abrí.

Aquel día, yo llevaba falda plisada, un poco escocesa pero de *tweed* con dibujo de espiga, color verde militar. Nunca he pensado que sea motivo de escándalo porque los escoceses machos las usan incluso en ceremonias oficiales e internacionales, y a nadie tiene que importarle si debajo llevo calzoncillos, braguitas, tanga o la espléndida libertad del péndulo.

Alí dirigió una mirada muy significativa hacia mi falda, que a sus ojos me hacía menos que humano. Él y su hermano sonrieron como si estuvieran viendo a un niño chupándose el dedo. Una mujer con camisa y vaqueros, despeinada y demasiado menuda; otra mujer más alta que ellos pero en braguita y sujetador azul cielo y, por lo tanto, inofensiva; y un niño que se chupaba el dedo y que era yo. Sus ojos gritaban con asco: «¡Desgraciados!». Pero lo que atrajo y retuvo nuestra vista fue Nuria, pobrecita Nuria. Tenía la blusa y la falda manchadas de sangre coagulada y oscura. Iba descalza. Y no tenía atadas las muñecas a los brazos de la silla de ruedas pero se esforzaba por mantener allí sus manos, clavadas. Desesperadamente. Para no tocarse la cara. Que debía de hacerle mucho daño.

Porque le habían cosido, sí, cosido, con hilo y aguja, sí, cosido los párpados y la boca.

No, no habéis leído mal. Lo voy a repetir. Le habían cosido los párpados y la boca con hilo y aguja. Ah, sí, señor.

Le temblaba el rostro y hacía pensar que, de un momento a otro, no podría

soportar más la situación y abriría los ojos y separaría los labios y los hilos rasgarían su piel.

Cleo retrocedió dos pasos y noté el impacto de su mirada clavándose en mí, estudiando mi reacción.

Irma era una presencia huidiza. Nos observaba desde la puerta de la Sala Regia y, al ver lo que le habían hecho a la chica de la silla de ruedas, se esfumó en el aire como una aparición fantasmal. Se materializó en un sofá, fuera de nuestra vista, agarrotada y mirando al infinito, rezando para que se la tragara la tierra.

—Y no es lo único que le hemos cosido, como os podréis imaginar —dijo Hassan, riéndose a carcajadas, Hassan, a carcajadas—. No es lo único que le hemos cosido.

Y yo:

—Por favor, por favor, por favor. —No lo pude evitar—: ¡Sancha, Sancha, ven, por favor!

Hassan se reía de la manera más grosera posible. Burlándose de ese humanoide repelente que llevaba falda. Seguramente no sería la primera vez que pegaba a alguien que llevaba falda, pero seguro que a mí me iba a pegar más flojo porque le daba lástima.

—Es simbólico —explicaba Alí Badreddin, muy calmado, muy sereno, muy masculino y dominante—. Si no vendes el Harén a mi tío, se te acaba el negocio, como esta pajarita.

—¡Por favor, por favor, por favor!

Yo me retorcí de repelús y miedo. Daba cuatro pasos atrás y cuatro pasos adelante. Me retorcí las manos hasta hacerme daño. En medio del vestíbulo, Sancha permanecía inmutable, como si no pasara nada. El terror solo se le podía notar en la quietud absoluta de don Tancredo ante la embestida del toro.

—¡Sancha, por favor, por favor! ¡Ocúpate de Nuria!

La mujer dio un paso hacia Nuria.

Los dos Badreddin hicieron un gesto defensivo. No permitirían que nos llevásemos la chica sin una reacción favorable por mi parte.

Sancha se detuvo.

El chófer era un pobre lumpen desastrado, con la camisa por fuera de los

pantalones y muy nervioso. Unos cuarenta años, dispuesto a hacer cualquier cosa pero sin pasarse. Una prudencia elemental lo mantenía apartado de los somalíes y la silla de ruedas y muy cerca de la puerta de salida. Cleo parecía contener la respiración, con las manos en alto, mostrando las palmas como para demostrar que iba desarmada o, a lo mejor, como levantan la pata los perros que se ponen alerta y se preguntan si se verán obligados a atacar o no.

—Tendríais que habérmelo dicho...

—Te lo dijimos.

—Tendríais que haberme avisado...

—Te avisamos. Y ahora solo te puedo ofrecer setecientos cincuenta mil euros, ¿recuerdas que te lo dijimos?

—Por favor, por favor, por favor. Vendo, vendo, vendo. De acuerdo, vendo el Harén. Por el precio que me queráis dar. ¿De acuerdo? Dejadme que nos llevemos a Nuria, por favor. Por favor, por favor. Dejadnos que la curemos. —Me acuclillé ante ella, llorando como un niño castigado injustamente—: ¡Nuria, Nurieta mía! ¡Perla inestimable! Escúchame bien. Perla inestimable. Soy un hombre, ¿me has sentido bien? No muevas ni un músculo, un poco de paciencia. Ahora te vamos a quitar esto, por favor, por favor... —Levanté la vista hacia los somalíes, yo agachado, de rodillas, suplicando—. Por favor, por favor, os daré todo lo que queráis. No os vendo el Harén, ¡os lo regalo! Ahora mismo firmo un papel, pero permitid que curemos a Nurieta.

Alí hizo un gesto de cabeza, casi imperceptible, porque los tiranos saben que es obligación de los vasallos interpretar sus deseos y pensamientos.

Sancha lo entendió y se puso tras la silla de ruedas haciendo a un lado al chófer que acompañaba a los somalíes. Se la llevó hacia el ascensor y oí que hablaba por la radio de uso interno.

—¿Docky? —iba diciendo—. ¿Docky?

—Bueno —dijo el chófer sin voz—, será mejor que yo espere afuera, porque tengo el coche mal aparcado...

Pero no parecía que nadie le hiciera caso, y no se atrevía a tomar iniciativas sin permiso.

—Y os voy a devolver vuestras nigerianas —tartamudeaba yo—. Maragda: ve a buscar a las tutsis, por favor. Que vengan. Que cojan todo lo que traían consigo, que se van. Os las devuelvo enteras y bien alimentadas,

tal como me las dejasteis. Y hablemos. Hablemos ahora mismo. ¡Cerremos hoy mismo la venta! ¡Ahora mismo! ¡Os firmaré lo que queráis!

Maragda subió corriendo la escalinata.

Yo lloraba incontinentemente.

Alí y Hassan me miraban desde las alturas con sonrisas repletas de dientes de lobo.

Maragda bajó acompañada de las dos tutsis, Mercy y Abiona, esbeltas y elegantes envueltas en vestidos dorados decorados con lentejuelas que los habíamos regalado. Vi el terror en sus rostros. Podían caminar mucho más deprisa y con más entereza, pero no lo hacían porque no deseaban volver con los somalíes, de ninguna de las maneras.

—Por favor, por favor, por favor. Tened —dije a los propietarios de las máquinas, como ellos decían. Me mostraba vencido y abyecto, gimiendo e inclinándome como un esclavo ante sus amos despiadados. Y llevaba falda—. Están en perfecto estado, podéis comprobarlo. ¡Maragda! Traed papel y pluma. Tengo que redactar un documento.

Miré a Maragda entre las lágrimas. Ella me estaba mirando indignada, mostrando los dientes.

—Pasad a la Sala Regia —dijo ella, muy entera—. Ahora te lo traigo.

Me dirigí a la Sala Regia. Alí y Hassan me siguieron de cerca. Luego, el chófer. Dejamos atrás a una Maragda, una Cloe y unas tutsis desquiciadas por la violencia de la situación. Dos negras ignorantes y supersticiosas, dominadas por el vudú; y una mujer demasiado pequeña y despeinada, y otra demasiado grande y prácticamente en pelotas. Las mujeres quedaban atrás, ignoradas, despreciadas, como si no existieran. ¿Existían esas mujeres? ¿Dónde estaban? Me habían dicho que los Badreddin habían llegado a la ciudad cargados con la arrogancia de los señores de la guerra, convencidos de que eran semidioses capaces de paralizar el mundo únicamente con la intensidad de sus miradas. Y era verdad. Era verdad que lo creían.

Desde el umbral de la Sala Regia, vi la estatua de hielo de Irma en pie en medio de la estancia, con la mirada perdida y boquiabierta, dispuesta a presenciar cualquier tipo de horror. Hubiera preferido que no estuviese allí, pero ya era inevitable.

Las tutsis eran cuatro ojos desorbitados y brillantes que seguían la escena sin perderse detalle. Estaban muy atentas, sobre todo, a las reacciones de los

somalíes.

El chófer andaba detrás de la comitiva maquinalmente, con la intuición de que aquello no podía terminar bien de ninguna de las maneras y con el deseo de salir corriendo a la calle, donde seguro que reinaba la paz y el orden. Repetía:

—Yo será mejor que espere fuera...

El abogado Garay Quincoces me había dicho que Alí Badreddin era el más inteligente de la familia, el quien dirigía a los demás. Su hermano mayor, Farid, fue el héroe que, desde Etiopía, volvió a Mogadiscio para vengar a su padre y murió en el campo de batalla. Tenía dos hermanos más, Hassan, que siempre lo acompañaba y lo tenía como modelo a imitar; y una hermana que se llamaba Nada y estaba casada con un tal Harun Taleb, que también vivía en Barcelona, con ellos. Alí tenía dos hijos, Mohammad de doce años y Omar de ocho. La esposa y uno de los hijos de Hassan habían sido asesinados en Somalia, antes de que pudieran escapar, y le quedaba un niño de nueve años, que se llamaba Hanif y con el que se querían con locura.

Al llegar a Barcelona, Alí Badreddin entró en la universidad para estudiar Administración y Dirección de Empresas. El imán de la mezquita de Sant Romà del Vallés proporcionó trabajo a los Badreddin en su empresa de importación de diamante industrial llamada Pokerace. Los dos chicos, Alí y Hassan, enseguida se hicieron los amos. Como la empresa era una tapadera que ocultaba la financiación de una célula de Al Qaeda, iba a nombre de un español que hacía de testaferro. En el 2009, con excusas de la crisis y trapicheos financieros, Alí se las compuso para que el tío Ayyad acabara constanding como propietario de Pokerace. Entonces denunciaron al imán como terrorista islámico. Financiadore de Al Qaeda, ni más y ni menos. Recordaréis los titulares: «Desarticulada célula yihadista». Y como la empresa estaba a nombre del tío Ayyad, los Badreddin se la apropiaron.

Convirtieron la empresa en una lavandería de dinero negro. Entre los diamantes de segunda categoría que se usan para la industria de perforadoras, perforadoras, brocas y demás, de vez en cuando se cuele un diamante bueno, incluso un diamante muy bueno. Eso significa un aumento de beneficios inesperado y descontrolado que justifica cualquier irregularidad en el equilibrio de gastos y beneficios. Ideal para blanquear dinero. Resulta que, en la empresa de los Badreddin, continuamente estaban encontrando gemas

extraordinarias.

Con aquello, según me contó el abogado Garay, conseguían mucho dinero, pero eran emprendedores, imaginativos, y habían ampliado el negocio asociándose con una familia de nigerianos importadores de nigerianas, unos que se hacían llamar los Yoruba-Gabón. Importadores de sexo barato para pueblos de la costa que viven del turismo sexual. Antes de conocer a los Badreddin, los nigerianos lo tenían más complicado. Traían a las chicas por el Níger, atravesando el desierto del Sahel hasta Marruecos, y allí les resultaba difícil llegar al Mediterráneo. Los Badreddin, como gerentes de la empresa Pokerace, les solucionaron el problema. Traían la mercancía, como ellos decían, o las máquinas, desde Marruecos en contenedores que se suponía que transportaban diamantes industriales.

Alí y Hassan Badreddin, además, tenían un taller de reparación de coches en Horta. Hacían creer que solo vivían de aquel negocio de barrio, modesto y honrado. Bueno, la verdad es que no era tan honrado. Aquella gente no podía hacer nada que fuera honrado del todo. En el taller, se habían especializado en hacer dobles fondos a los coches para el transporte de drogas.

Y aquí acabó su biografía.

23

Hombre o *ifrit*

Aquí acabó la biografía de Alí y Hassan Badreddin porque, en el umbral de la Sala Regia o De las Orgías, me volví hacia él, encorvado como un ilota que ofreciera su culo al amo espartano, con voz de infrahumano quejándose de su desdicha, «Ahora mismo os lo firmo, si me lo hubierais dicho, por favor, por favor»...

El chófer repitió:

—Bueno, es mejor que salga...

Me volví:

—Espera, no, no te vayas. Celebraremos la firma, ¿qué coño te has creído, mamarracho?

Y de abajo arriba puse mi puño en la sien de Alí Badreddin.

Fue un golpe fuerte, muy fuerte, porque tengo mucha fuerza en el brazo, y mucha práctica adquirida en las calles, y porque llevaba calzado el puño con la manita de la suerte, que es como yo llamo a unos nudillos de hierro, lo que se llama puño americano, temibles, que tantas veces me habían salvado de malos tragos. Crac, a la sien, y ojalá que aquel primer golpe lo matara y no sintiera lo que le descargué después. En todo caso, lo aturdió suficiente como para no dar ninguna otra señal de vida. A pesar de que yo continué golpeando y golpeando, arrastrado por una furia que crecía y crecía, él mantuvo los brazos balanceándose a lo largo del cuerpo y le flaquearon las piernas.

Hassan, grandote y mimético, metió la mano derecha en el interior del abrigo, buscando una pistola, y se encontró con la navaja militar de Maragda clavada en el cuello. Ojos desorbitados, lengua fuera y un escandaloso chorro de sangre. Maragda exhaló un «ay, ay, ay», que parecía querer decir «lo siento», porque lamentaba haber provocado aquel zafarrancho de sangre. Hassan cayó al suelo con las manos en el cuello y movía las piernas como si fuera en bicicleta, con tanta energía que se le escapó un zapato. Maragda, en

cambio, pegaba saltitos y se lamentaba, «ay, ay, ay», muy preocupada por la gran cantidad de sangre que salía y salía creando un charco negro donde su víctima se revolcaba como un niño que juega a ensuciarse cuanto más mejor. Por suerte, Hassan duró poco y, cuando se paró su corazón, la sangre dejó de manar.

El chófer hundió la cabeza entre los hombros y gritó:

—¡A mí no! ¡A mí no!

Cesaron en seco sus gritos cuando Cleo, por detrás, lo agarró por los pelos con la mano izquierda y le rodeó el cuello con el brazo derecho. El hombre tuvo una convulsión inesperada, levantó los pies del suelo y su pareja de baile retrocedió tambaleándose hasta chocar contra el tapiz de Adán y Eva que colgaba de la pared. Allí se apuntalaron, retorciéndose y gruñendo.

Alí cayó como un muñeco. Lo agarré de la solapa del abrigo sin dejar de martillearle el costado izquierdo de la cara, crac y crac y crac y crac, al mismo tiempo que lo insultaba. Solo me salía llamarlo mamarracho, «mamarracho, mamarracho, mamarracho», al ritmo de los golpes que se sucedían a un ritmo constante que parecía eterno. Crac y crac y crac, y «mamarracho, mamarracho, mamarracho», a lo mejor también lo llamé «imbécil», «idiota» e «imbécil de mierda». No estoy muy seguro, porque perdí el control.

Entretanto, Irma con su vestido estampado de flores fue un chillido que surgió de la nada, como un relámpago, y clavó la punta de su pie en el vértice de las piernas del chófer, a quien Cleo todavía estrangulaba. El dolor que subió desde los genitales, como un hierro al rojo vivo que lo empalara, hizo que el hombre se doblara en dos y venciera incluso la fuerza de Cleo, que a pesar de no soltarlo cayó con él hacia adelante. Un alud de piel desnuda, apenas cubierta por licra y encaje azul cielo, unos brazos poderosos que no soltaban la presa.

Maragda, completamente teñida de rojo, seguía inquieta, con la navaja en la mano, dando saltitos y gimiendo: «Ostras, cuánta sangre, ostras, lo siento, tú, menuda sangría».

Y en la puerta de la Sala Regia, Alí echado sobre el kílím y yo levantando y descargando el puño sobre su rostro, como una máquina. ¿Cuántas veces por minuto puede una persona enloquecida levantar y descargar el puño sobre el rostro de su enemigo más odiado? Pues yo más. Y catacrac, catacrac, y

«mamarracho» y «mamarracho, ¿qué coño te has creído?», sintiendo como cedían sus huesos bajo el puño americano, el cigomático y el maxilar superior, y el etmoides y el esfenoides, «¿Sabías que tenías un etmoides, mamarracho?, ¿y un esfenoides, mamarracho?, pues ya no los tienes, ¡cuando encuentren tu calavera se creerán que es un puzle!», y crac y crac y catacrac.

Cleo, chófer e Irma formaban un montón frenético en mitad del vestíbulo, braceando y pataleando, y gritando, y Maragda bailaba a su alrededor, buscando la oportunidad de clavar la navaja en el punto donde se produjera menos derramamiento de sangre.

—La sangre —iba diciendo, obsesionada—, la sangre, cuidado con la sangre.

Por fin, de golpe, Maragda optó por abrirse paso entre Cleo e Irma, a codazos, y cayó sobre el vientre del chófer con la punta de la navaja por delante. Ah, no, el vientre no, que duele pero no fulmina; y desclavó y clavó de nuevo a la altura del corazón, notando como la navaja chocaba con una costilla que la desviaba y se hundía, blanda, en un cuerpo que en un momento estaba vivo y móvil y en el momento siguiente ya no lo estaba.

Le alisé el pómulo, se lo dejé bien liso; y si le apareció un hematoma, crac y crac y crac, le reventé el hematoma, y el ojo izquierdo le salió de la órbita, redondo y alucinado, como una pelota de ping-pong, crac y crac y crac, y se le puso boca de embudo, morro alargado de oso hormiguero, y escupía saliva y sangre y dientes a cada crac y a cada crac y a cada catacrac.

Insisto: todo esto me lo estoy inventando, supongo que se entiende. Si hubiera hecho realmente algo parecido, no lo contaría, no estoy tan loco. Empecé a concebirlo en junio del 2016, en los interminables espacios de tiempo que transcurren entre el momento en que cierras los ojos y cuando te vence el sueño. Pensé en una línea de puntos, y ese debe ser el título, línea de puntos como los pasatiempos de las revistas donde los puntos están numerados y, al unirlos con líneas rectas, correlativamente, desde el primero al último, se consigue una imagen sorprendente. Imaginé que cada punto fuera un asesinato, aparentemente desconectado de los otros. Pero, si los relacionabas entre ellos, si uníamos la línea de puntos, el dibujo resultante debería ser el rostro del asesino. Fantasías mías de noches atormentadas.

Finalmente, me inmovilicé, cansado pero bien, muy bien, como después de una buena sesión de gimnasia, sintiéndome fuerte y útil para la sociedad.

Me sorprendió la voz estrangulada de Irma, la Marilyn del vestido estampado.

—Bueno, ya está. ¿He pasado la prueba?

Se me escapó una risa nerviosa. Cloe y Maragda me hicieron coro. ¡La prueba! ¡Menuda prueba! Tantos días esperando pacientemente. Las carcajadas sirvieron de desahogo.

—Sí, Irma, has pasado la prueba.

—Francamente, creía que trabajar aquí era otra cosa. ¿De qué os reís? ¿Es una novatada?

Compartí mi felicidad con Maragda teñida de sangre, con Cloe que llevaba el sujetador alrededor del cuello, como una boa, exhibiendo sus pechos excesivamente generosos; y con Irma, ostras, Irma, gracias, muy bien, chica, muy bien, sí, has superado la prueba.

Se detuvo mi vista en las tutsis, que se encogían aterrorizadas en un rincón, entre un sillón y el sofá.

—¿Habéis visto eso? —me dirigí a ellas, muy erguido y sacando pecho—. Os dije que yo era más poderoso que estos demonios. Mi magia es más poderosa que la de esos Oggun y Xingá, y que los Obladí Obladá y el Yellow Submarine. ¡Yo sí que poseo todos los secretos de la creación! ¡Ya habéis visto como los he destruido! Soy invencible. —Me acerqué a las dos a chicas bajando la voz en un cuchicheo apaciguador—. Y os quiero, y juego a vuestro favor, y quiero vuestro bien, y el de todas las hermanas que tenéis en una nave de ese polígono industrial lejano. ¿Me entendéis? Por eso os di aquellos amuletos que controlaban vuestro destino. Para que, a partir de ahora, seáis vosotras quienes lo controléis. —Me entendían perfectamente porque se echaron a llorar las dos. Querían abrazarme—. Un momento, un momento. Ahora tengo trabajo. ¿Me perdonáis un momento? Mercy, Abiona, ¿podéis esperarme en la Cámara de los Espejos? Me reuniré con vosotras en cuanto pueda. Tenemos que hablar. A partir de ahora, haré que vuestra vida sea tan bonita y rica como vosotras queráis.

Obedecieron sin decir palabra, agachando la cabeza. Si les hubiera dicho que se tiraran de lo alto de un rascacielos, lo habrían hecho sin dudar. Eran muy sugestionables.

Y, muy excitado aún, me volví hacia mis colaboradoras con los brazos levantados, como el profeta que acaba de ver la luz.

—Y vosotras tres, gracias, gracias, gracias por vuestra desinteresada colaboración. Sois divinas, heroicas. He estado pensando este rato, mientras estaba haciendo esto, que si yo soy el Profeta, vosotras sois las tres Marías. Sí, sí, no me miréis así, las tres Marías.

»Tú, Maragda, no eres Maragda, eres Magda, Magda de Magdalena, María Magdalena, la puta santa, la santa puta, el sexo de los Evangelios, la esposa de Jesucristo, representación del placer, que es lo contrario del dolor; del sexo, que es la emoción contraria al amor, que es sentimiento. ¿Qué sería de mí sin ti? ¿Qué habría sido mi vida sin ti, Magdalena mía, la generosa, la buena, la sabia, la profesional de la arquitectura, mezcla de arte y ciencia?

»Y tú, Irma, no eres Irma, sino Inma, Inma de Inmaculada, María Inmaculada, la Madre, la creadora de vida. La Virgen, yo ya me entiendo. Eres virgen de ese punto por donde no puedes ni podrás ser violada nunca jamás. Eres inviolable. Representación de la vida que aspira a más y más, hasta llegar a lo imposible.

»Y tú, Cloe, no eres Cloe, sino Cleo, ahora lo veo clarísimo. Cleo de María Cleofás, la María que aparece al pie de la cruz y a la puerta del sepulcro, la María de la Muerte, la Valquiria de la Muerte que da sentido a la vida. Queridas mías, soy yo y las tres Marías.

—Está bien —me interrumpió María Magdalena, un poco seca y antipática—. ¿Y qué te parece si ahora limpiamos todo esto, para que no se asusten los clientes?

La verdad es que teníamos un buen panorama. Era como un campo de batalla medieval. El kílím estaba empapado en sangre, ya no lo íbamos a poder aprovechar, habría que tirarlo a la basura. O, mejor, enterrarlo. Y tendríamos que darle a esto un buen restregón con todos los productos de limpieza que podamos reunir.

Sancha lo miraba todo impávida desde el centro del vestíbulo, con las manos ante la boca. A media escalera estaba Alicia, igualmente petrificada.

—No pasa nada —dije—. Sancha: encárgate de que ningún cliente de los que tenemos ahora en casa salga por aquí. Que se vayan por detrás. Alicia: llama a Rudy Ventura, que los necesitamos.

Me refería a los exreclusos uzbekos que estaban practicando el túnel en el bunker. Uno se llamaba Rudolf y el otro Buenaventura, y yo los llamaba Rudy Ventura, en recuerdo del famoso trompetista catalán. A veces subían a

verme y tomábamos unos whiskies de malta que yo les había enseñado a saborear como es debido.

—El coche —continué organizando—. Hay que hacerlo desaparecer. Que alguien lo lleve a uno de los aparcamientos gratuitos que hay en los accesos de la ciudad. Cambiadle las matrículas. Que tarden mucho en encontrarlo. Ah, y controlad los móviles de esta gente. Los quiero bien lejos de aquí.

Rudy y Ventura salieron del ascensor muy decididos y se detuvieron de golpe, al ver la escena, como si hubieran chocado con una pared de cristal. Uno se llevó una mano a la cabeza. El otro juntó los labios, como para silbar.

Me planté delante de ellos.

—Todo esto es trabajo y dinero extra. Quiero que hagáis desaparecer a estos tres dentro del túnel. Como en una catacumba. Me los emparedáis bien emparedados. ¿De acuerdo? Que no quede ni rastro.

Solo tuvieron un instante de reflexión, asumiendo lo que les encargaba. No era imposible. Solo tenían que excavar unos nichos en las paredes del pasillo, meter en ellos los cuerpos y volver a taparlos. Y cuando yo hablaba de dinero extra, ellos sabían que era generoso. Si Maragda y Cleo limpiaban bien el tierra, sobre todo procurando no dejar rastros en las rendijas entre las baldosas, allí no habría pasado nada.

Alicia se había puesto un abrigo y unas gafas de sol y se disponía a salir a la calle.

—¿Tú te llevas el coche? —le dije—: Llévate los móviles, también.

—Ya los llevo —me dijo.

—Y los tiras al mar.

—De acuerdo.

Impecable eficacia.

—Esta mañana no ha venido nadie. ¿Ha venido alguien? No. Mañana tranquila. No ha venido nadie.

Mucho más tarde, visité a Nuria en uno de los dormitorios más confortables de la buhardilla.

Tenía vendados los ojos y la boca deformada por cicatrices y pinceladas de topiónic, pero continuaba siendo preciosa, delicada, modesta y sufrida. Era, como aquel personaje de *Las mil y una noches*, una joven bellísima, perla inestimable, los encantos de la cual me hicieron olvidar la desdicha y el

miedo.

—Nuria —murmuré—. ¿Cómo estás?

—Bien. Mañana tengo hora para la oftalmólogo. —Hablabla con dificultad, pero hablaba—. Docky dice que no tengo nada grave.

—¿Me has oído antes, perla inestimable? —Sonrió. Claro que lo había oído, y lo había entendido, y había sido como un bálsamo para ella—. Es aquel fragmento de *Las mil y una noches* que te gusta tanto: «Mirándola, me postré ante el Creador, que la había dotado de tanta perfección y tanto encanto. Entonces, ella me miró y me preguntó...».

Lo dijo ella:

—¿Eres un ser humano o un *ifrit*?

Yo le contesté:

—Soy un hombre.

Derramó unas lagrimitas.

Pero antes fui a ver a Mercy y Abiona a la Sala de los Espejos.

24

Lección

Me esperaban desnudas y obsequiosas, arrodilladas sobre la cama de la Sala de los Espejos.

Eran hermosas y estaban muy bien entrenadas.

—Queremos quedarnos aquí —suplicaban.

—Aquí, en el Harén.

—Contigo.

—Haremos lo que nos digas.

—No volveremos a salir de aquí, si tú no quieres.

—Lo que tú quieras.

Les hice notar que aquel era el problema: que suplicaran y que insistieran y de qué manera suplicaban e insistían.

Me esforcé para que entendieran que el problema de su profesión no eran las profesionales, sino los clientes. Era un trabajo considerado humillante y degradante, pero no por culpa de ellas, sino porque gran parte de los usuarios las contrataban con la intención de humillarlas y degradarlas.

—Hay hombres tan miserables que solo pueden valorarse a sí mismos devaluando a los demás. Y no hay que limitarse al mundo del sexo pagado para encontrar este fenómeno. Es de lo más común en las relaciones entre hombres y mujeres, como lo demuestran tantos y tantos asesinatos de mujeres a manos de sus maridos, novios o amantes de toda la vida, y las innumerables agresiones machistas que quedan impunes en la intimidad del hogar.

En un rincón de la sala, el espíritu de Sancha me miraba con sarcasmo y repetía lo que me había dicho poco tiempo atrás:

—No entiendes nada, Mili. ¿Qué clase de negocio crees que diriges? Tu madre proporcionó una chica a los Ceremonios para que la mataran.

Y yo:

—Es el caso del hombre indigno que se compra, por vía matrimonial o vía

prostibularia, una mujer espectacular, que viene de espectáculo, o sea, de aquello que se exhibe para obtener aplausos, y acto seguido la pisotea, la degrada y la pervierte. La trata como una posesión limpia que hay que ensuciar, un objeto bonito que hay que afean, un trasto perfecto que hay que echar a perder. De este modo, él se pone por encima de la mujer espectacular y, en su estupidez, supone que eso lo hace mejor ante los demás. Es la única manera como saben ser felices esos desgraciados. Y la mujer, profesional del sexo o no, tiene que saberlo, tiene que saber que hay individuos así. Y tiene que evitarlos o, si no le queda más remedio, deberá aprender a torearlos. Lo que nunca debe intentar, nunca, es corregirlos, ah, no, eso no. Son tarados irremediabiles.

»Practicar el sexo con desconocidos no es malo. Hay millones de personas que lo hacen a cada instante en todo el mundo. Y cobrar dinero a cambio de un servicio también es una práctica muy extendida y aceptada. No se entiende que combinar una cosa con la otra deba producir tanto rechazo, tanta vergüenza, tanta ocultación, prohibición y anatema. Si se dan estas circunstancias, no es por lo que hacen las mujeres, tantas veces empujadas por la necesidad, sino por el abuso enfermizo de los hombres. Y es eso lo que una buena profesional debe saber neutralizar.

Las chicas eran expertas, se las veía entrenadas y tenían mucha práctica, pero estaban viciadas por el afán de acabar cuanto antes. Sabían perfectamente la clase de mamarrachos con que se las tenían que ver, no hacía falta que yo se lo explicara. La experiencia impedía que interpretaran correctamente mis palabras. Bailaban con un enemigo, con alguien peligroso a quien debían complacer para evitar disgustos, y eso borraba cualquier ápice de deleite en la relación. Cómo hacerles entender que no se trataba de aceptar, de defenderse, de resignarse y someterse con la esperanza de salir bien paradas del combate, sino de sentirse tan fuertes como el oponente para tratarlo a un mismo nivel. «Aquí hemos venido los dos a pasárnoslo bien. La única diferencia es que tú me necesitas a mí y yo no te necesito a ti, por eso tú pagas y yo cobro.»

Tenía que dirigir yo la coreografía al dictado. «No, tú espérate; no corráis; ahora empieza tú; ahora ¿tú qué quieres?, ¿qué quieres que te haga?»

—¿Sabéis por qué los vasallos se arrodillaban ante el señor cuando le rendían homenaje? ¿Por qué se hace reverencia, todavía ahora, ante los

reyes? ¿Por qué se representa la adoración arrodillándose ante la persona adorada? ¿Qué os sugiere un hombre en pie y otro arrodillado delante de él?

Desde el rincón, me llegaba el graznido desagradable de Sancha recordándome lo que no debería haber olvidado:

—A tu madre le pidieron que buscara a una chica que, si desaparecía, no la echara nadie en falta. Y ella se la vendió. Más de una. Tres o cuatro. ¿Qué te has creído?

Y yo, sordo y terco:

—¿Qué os sugiere un hombre en pie y otro arrodillado delante de él? Os hace pensar en una felación. Es la manifestación de dominio y sumisión mayor que existe. Porque el placer del adorador no es equivalente al placer que proporciona. Pero no hay que olvidar que es un momento comparable al momento en que los domadores meten la cabeza en la boca del león para demostrar que la fiera está domesticada. Una gran expresión del equilibrio existente en una relación. Uno de los dos no hace daño al otro, no le causa la amputación más horrible que el otro pudiera imaginar, pero no lo hace sencillamente porque no quiere. Y el otro tiene que fiarse. A lo mejor que se está diciendo a sí mismo que es más fuerte que el león, y más feroz, y más valiente, y más inteligente, pero si el león cierra la boca, todo ese poder, ese coraje y esa inteligencia se van al cuerno. Eso es lo que yo quiero que tengan muy presente las mujeres que trabajan aquí. No están obedeciendo como esclavas: están haciendo un gran favor. Y, de una manera u otra, tienen que transmitirlo a los que pagan para estar con ellas. Que nadie lo pierda de vista. A eso le llamo yo personalidad. Y eso es lo que deberíais aprender vosotras dos si queréis trabajar aquí.

Sancha se reía de mí, me insultaba y escupía:—¡Desgraciado, si tu madre te oyera! ¿Qué te crees? Tienes un negocio de compra y venta de mujeres, Mili, lo mires por donde lo mires y lo llames como lo llames. Tu madre vendía chicas para que las mataran. En esta misma casa, Mili.

—Mi madre era mala, sí, pero yo soy bueno. Mira, ¿ves lo bueno que soy? Estoy instruyendo a estas chicas para que nadie pueda comprarlas ni venderlas nunca más.

—Te las estás tirando, Mili.

—Se me ofrecen ellas.

—¡Porque eres su proxeneta!

—No: yo les he devuelto su amuleto, su destino. ¡Ahora hacen lo que quieren, con quien quieren y porque quieren!

—Eso no existe, Mili. No digas tonterías. No hay nadie que haga lo que quiere con quien quiere y porque quiere.

—¿Ah, no?

—Claro que no, idiota: todo está escrito. No podemos elegir. Hacemos lo que otros han decidido por nosotros. La libertad no existe.

Pero yo no permitía que me avergonzara.

Los espejos, en las paredes, en el suelo y en el techo, de diferentes medidas, combinados en un mosaico tan caprichoso como artístico, reflejaban tres cuerpos en blanco y negro que se retorcían y se trenzaban y se convulsionaban y se relajaban, se abandonaban, o atacaban o encajaban, o hacían o se dejaban hacer.

—No hay nada sagrado ni venerable en el sexo. No tiene nada que ver con el amor sublime, romántico y trascendental, por ejemplo. Los genitales, eso a lo que llamamos sexo, no son nada más que un instrumento, una herramienta que cada cual usa como sabe y como puede. Hay quien únicamente lo utiliza para procrear, y quien lo utiliza para obtener placer, y quien lo utiliza para dar placer, y quien lo utiliza para intercambiar placer, o para humillar o para obsequiar, o para dominar o para someterse, o para sentirse personas, o para sentirse seguros, o para sentirse vivos. Hay quien practica el sexo solo cuando ama y hay quien lo practica solo cuando no ama; hay quien practica el sexo solo cuando el otro quiere, y hay quien lo practica solo cuando el otro no quiere, y hay quien lo practica solo cuando Dios quiere. Hay quien practica el sexo a favor, y hay quien lo practica en contra. Hay quien lo ve como una descarga y hay quien lo interpreta como una carga de energías.

El espíritu de Sancha abandonó la sala moviendo la cabeza en sentido negativo y dejándome por imposible.

Y yo continuaba:

—Asociar el sexo exclusivamente con el amor es una simplificación elemental y torpe que nunca sirvió para que nos entendiéramos. Hacer el amor no es sinónimo de practicar el sexo porque se puede practicar el sexo sin nada de amor y porque hay miles de maneras de hacer el amor que no implican para nada el sexo.

»Y si alguien cree que el sexo es sagrado y venerable, es porque

previamente lo ha sacralizado. Primero lo sacralizan y luego lo profanan.

»No pasa nada si derramas un poco de vino en los pechos de una mujer para lamer a continuación hasta la última gota. Pero si viene un sacerdote y bendice el vino y lo convierte en la sangre de Cristo, hacer exactamente lo mismo con el mismo vino será una profanación repugnante y blasfema, digna de la hoguera. Lo mismo sucede con el sexo. Echar un polvo de vez en cuando es incluso saludable. A menos que rodees el sexo de una consagración mística y trascendental, cargada de requisitos, tabúes, amenazas, castigos, maldiciones y censuras. Entonces, cualquier cosa que puedas hacer con el sexo será una transgresión, un pecado merecedor de castigo y, por lo tanto, generador de conflictos. ¿Lo entendéis?

Me decían:

—¡Sí, sí, sí!

—Tal vez os vengan a buscar. Pero no tengáis miedo. Os voy a proteger. Aquí estaréis seguras. Mi magia es mucho más poderosa que la de Alí y la de Hassan y vosotras lo sabéis porque lo habéis visto, a que sí. Os he devuelto vuestros amuletos, sois propietarias de vuestro destino. Sois libres. Y también salvaremos a vuestras hermanas. Solo tenéis que creer en mí y contarme todo lo que sabéis.

—¡Sí, sí, sí!

—¿Entendéis lo que os estoy diciendo?

—¡Sí, sí, sí!

Pero no estoy muy seguro de que entendieran nada de nada. Bueno, daba igual, solo era la primera lección.

Habría más.

25

Servicios informativos

27 de febrero, lunes.

Estaba buscando a Maragda con cierta ansiedad. No la había visto en mi revisión general de buena mañana. ¿Dónde se había metido? No me quitaba de la cabeza la ausencia de Nuria y su espantosa reaparición estelar con los ojos, la boca y otras partes de su cuerpo cosidas.

—¿Habéis visto a Maragda?

—No.

Localicé a Cleo por las escaleras. Iba vestida con una piel de leopardo, como una Jane de Tarzán o una domadora de circo o algo parecido. Tenía un cliente fijo amante de los disfraces. Eran como un matrimonio por horas.

—¿Qué sabes de Maragda?

—Nada. Hoy no la he visto.

A través de la radio de uso interno, Sancha me dijo:

—La policía quiere verte.

No podía haber visita que me pareciera más inoportuna. Pensé en el kílím empapado en sangre.

Iba hacia el Centro Logístico cuando me encontré a Alicia con ropa sexi de color blanco angelical. No sé si llevaba alas.

—¿Has visto a Maragda?

—Está en una de las habitaciones de la buhardilla. No se encuentra muy bien. ¿Te importa ocuparte de las redes, esta mañana? Tengo que hacer un par de servicios.

—Claro. Cuenta conmigo.

En las pantallas del Centro Logístico, estaba el inspector Santllehí, el del bigote, elegante, que parecía un diplomático inglés. Esperaba pacientemente en el vestíbulo, observando el tapiz del Harén, a lo mejor descubriendo los secretos que contenía, con las manos atrás, como si estuviera en un museo.

No lo acompañaba la sargento Artosa.

—¿Le gusta el tapiz, inspector...? —le pregunté mientras bajaba majestuosamente por la escalinata.

Levantó la mirada. Me di cuenta de que se preguntaba qué clase de persona era yo realmente. Presentí que estaba a punto de preguntarme qué había sido del kílím que teníamos allí, o qué significaban los restos de sangre en las rendijas que había entre las baldosas del suelo. Queda detenido, tiene derecho a guardar silencio...

—Es precioso —dijo—. La casa es preciosa. Tendría que haberlo citado en comisaría, pero no me he querido perder la oportunidad de conocer este establecimiento. Todo el mundo habla de él maravillas.

—Gracias.

—Merecidamente. Es espléndido.

De reojo, vi que en la Sala Regia Irma estaba sentada en un sofá, muy tranquila y discreta, con las piernas juntas, las manos unidas en el regazo y la mirada perdida en el infinito de la pared de enfrente. Parecía una paciente en la sala de espera. No le pregunté por Maragda porque di por supuesto que no sabría nada.

—No tienes que estar aquí aburrida —le dije. Se volvió hacia mí arqueando las cejas—. Puedes ir a la sala de la tele, o a cualquier lugar de la casa. Si te necesitamos, ya te encontraremos.

—Ah, bueno —dijo. Se puso en pie y echó a andar en cualquier dirección, muy obediente.

—Suba, por favor —le pedí al policía—. Estoy seguro de que le gustará tanto el contenido del Harén como el continente.

Santllehí subió para reunirse conmigo.

—No sé qué quiere decir, pero mi exploración no pretende agotar todas las posibilidades. Me quedaré con la superficie de las cosas.

—¿Quién dijo que el más profundo que tenemos es la piel? ¿Paul Valéry?

En el primer piso, de camino hacia el despacho, el policía pudo observar la Sala Regia y el jardín posterior desde el balcón de intrincados balaustres.

—El decorado —comentó Santllehí— es un valor añadido a los servicios que ofrece esta empresa.

—Es el principal valor —lo corregí, muy orgulloso—. Hay profesionales

que tienen su negocio fuera de aquí y, a veces, nos traen a sus clientes para aumentar la categoría y el precio del servicio.

Entramos en el Despacho de Recibir. La admiración centelleaba en los ojos del visitante. Movía levemente la cabeza en sentido afirmativo, aprobando cada uno de los detalles que veía.

Me senté detrás del escritorio y él se acomodó en el sillón.

—Le agradezco que haya venido —dije— porque quiero colaborar con la policía.

—Y yo le agradezco su colaboración.

Se disponía a iniciar su discurso, pero me adelanté:

—Concretamente, quería hablarle de los somalíes. ¿Ha oído usted hablar de una familia de somalíes que se llaman los Badreddin o algo parecido? ¿Unos que tienen una empresa de importación de diamante industrial en Viladaurada?

—No, pero ahora el tema es otro.

—Perdone, acabo enseguida. Tienen una organización, ¿cómo se lo diría?, de importación de chicas nigerianas. Prostitutas baratas que actúan en esos pueblos de la costa que atraen el turismo sexual. Las tienen sometidas mediante el vudú. Encerradas en una nave del polígono industrial. Las maltratan día sí día también. Hay más de veinte mujeres en régimen de esclavitud. Me parece que la policía tiene que intervenir cuanto antes. ¿No piensa como yo?

—Mi unidad no se ocupa de este tema...

—Pues pásele los datos a, no lo sé, a la sargento Artosa, o a Harry el Sucio, o a Starsky y Hutch, o al comisario Maigret o alguno de sus compañeros.

Suspiró y, a regañadientes, decidió dar prioridad a mi tema.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Totalmente seguro. En este negocio mío, de vez en cuando te enteras de cosas escalofriantes. Y no me gusta que el sexo de pago solo se identifique con la esclavitud de pobres mujeres engañadas.

El inspector frunció el ceño, sacó una libreta y un bolígrafo del interior de su chaqueta y se puso a escribir.

—¿Dónde ha dicho que las tienen? ¿En el polígono industrial...?

—De Viladaurada. ¿Cómo es que hoy no ha venido la sargento Artosa?

—¿Y cómo se llaman, estos libaneses?

—Somalíes.

—Ah, somalíes.

—Badreddin, o algo así. No tengo claro cómo se escribe. Tienen una empresa de importación de diamante industrial que se llama Póquer de Ases, Poker-no-sé-qué. —El policía iba escribiendo—. Estoy seguro de que la sargento Artosa se enfadó conmigo.

El inspector Santllehí cerró la libreta y me miró a los ojos.

—La sargento Artosa tiene otras ocupaciones. Y ahora...

—No. El otro día noté que me cogía manía. Me temo que metí la pata. Me gustaría disculparme. ¿No me podría dar su número de teléfono?

—No. Le ruego que se centre en el tema que nos ocupa, señor Santamarta. Era un hombre cargado de autoridad. Tuve que rendirme.

—Está bien.

Empujé hacia él la carpeta de cuero negro. Interesado, giró la cubierta y se encontró con una portada de *Interviú* donde se exhibía el desnudo de una mujer muy atractiva. Era una carpeta con fundas de plástico que protegían fotografías de gran calidad, en color y en blanco y negro, que componían mi catálogo principal. Portadas de revistas y fotos de estudio. Santllehí echó un vistazo distraído a las tres primeras, sonrió como un padre benévolo y se cerró las puertas del Paraíso con un gesto lento y explícito.

—Esta no es una visita de cortesía, señor Santamarta —suspiró de nueve—. He venido a preguntarle por el inspector Jaime Rey.

Tuve un sobresalto, como si alguien me hubiera movido el sillón de repente. Más desconcertando que si me hubiera preguntado por el kílím empapado en sangre y la sangre coagulada en las rendijas entre las baldosas.

—¿El inspector Jaime Rey?

—¿Lo conoce?

—Sí.

—Recibió una llamada en el móvil desde esta casa. ¿Lo llamó usted?

—Sí. Quería ir a verlo y lo llamé antes para asegurarme de que estaría en su casa.

—Ah, ¿fue a verle?

—Sí, ¿qué le ha pasado?

—¿Qué le hace pensar que le haya pasado nada?

—Que la policía ha husmeado dentro de su teléfono móvil. O está detenido, o está herido, o está muerto.

—¿A usted qué le parece?

A mí me parecía lo peor, claro.

—A mí no me parece nada. ¿No tengo que saber lo que le ha pasado? ¿Es mejor que no lo sepa?

Me miró intensamente con sus ojos azules, muy atento a mi reacción.

—Está muerto.

—No joda.

Parálisis de constantes vitales. Otro muerto.

26

Obituario

—Ayer por la mañana apareció asesinado en la playa de la Mar Bella.

—Por favor.

—Envuelto en una toalla de baño.

Me rodaba la cabeza.

—Por favor, por favor.

El policía hizo una pausa, esperando que me repusiera. Pero no fue una pausa suficientemente larga.

—¿Por qué fue a verle?

—Porque hace doce años él tenía una lista donde constaban, según se dijo, los componentes de una especie de secta que habría asesinado a las tres chicas de Collserola. Por culpa de aquella lista, señalaron a mi madre y dijeron que era una de las implicadas en los crímenes. Aquello quedó muy desacreditado y acabaron diciendo que se trataba de una teoría de la conspiración totalmente falsa, pero ahora, cuando mi madre aparece asesinada, y se ve que la mataron por aquellas fechas... Bueno, tuve curiosidad por ver esa lista. Y pensé que a lo mejor Rey todavía la conservaba.

—¿Y la conservaba?

—Sí, y me la dio. ¿Quiere verla?

—No, no hace falta.

Abrí el cajón y saqué el folio que Sancha había arrugado entre sus dedos crispados. Lo alisé y se lo acerqué.

Lo miró con interés.

—Ya la conozco. —La miraba, leía un nombre y el otro y el otro y asentía lentamente, confirmando que era la lista que él conocía. Murmuró—: Nosotros seguimos la misma línea de investigación. La Policía Nacional conserva aún hoy una fotocopia de esta lista.

—¿Y? ¿Qué han averiguado? ¿Quién mató al inspector Rey? Vamos, no se lo voy a decir a nadie.

—Se supone que he sido yo quien ha venido aquí a hacer preguntas. Resulta muy extraño que aparezca el cuerpo de su madre, usted vaya a ver al inspector Rey e, inmediatamente después, lo maten.

—¿Qué quiere decir?

—¿Recuerda si le dijo algo que nos pudiera ayudar? ¿Si la noticia de la muerte de su madre había cambiado algo, le había hecho pensar en algún detalle...?

—No. Me habló de la muerte del Orejas, bueno, de Masovero...

Hice un gesto hacia la lista.

—Conoce la identidad de todos los de la lista? —preguntó el policía, suspicaz.

—¿Y usted? ¿La conoce?

—Tenemos un montón de suposiciones que queremos confirmar.

—Está bien. Dígame qué es lo que suponen y yo se lo confirmaré o no.

—Hagámoslo a la inversa. Usted habla y yo confirmo.

—Yo era amigo de Venán Longinos, ¿lo sabía? Bueno, Venán era mayor que yo, y yo lo admiraba. Él me hablaba de los ogros que corrían por las calles y yo le hacía preguntas, y él me contestaba, sobre todo cuando iba colocado.

—Está bien. Según usted, ¿quién era el Aristócrata?

—Un tal Duch. Julio Duch. Un duque es un aristócrata, ¿no?

—¿Y el Dictador?

—Franco. Nuestro dictador de toda la vida es Franco. Rafael Franco. Sí, voy bien, ¿verdad? Lo han investigado. ¿Qué ha sido de él?

—¿Y el Añadido?

—No: dígame si voy bien. ¿Han investigado a Rafael Franco? Veo que sí.

—¿Y el Añadido?

—Crelles. Pere o Pedro Crelles. Abogado penalista. ¿Qué pasa? Vamos, dígamelo. No hablaré con la prensa, se lo juro. Por el amor de Dios, le estoy ayudando y necesito saber qué pasó con mi madre. No quiero echar mierda sobre el nombre de mamá. Solo quiero saberlo para vivir tranquilo. Por favor, por favor, se lo suplico.

Cedió.

—Cuando supimos que su madre había huido con el señor Julio Duch, a partir de la sospecha de que la hubiera matado él, investigamos el entorno de ese hombre y enseguida encontramos denuncias por malos tratos a su mujer y sus hijos, una denuncia por sadismo... Y Duch conocía a Franco y conocía a Crelles. Conocía a mucha gente, pero Rafael Franco y Pedro Crelles desaparecieron al mismo tiempo que Duch y la madre de usted.

Más sorpresas.

—¿Desaparecieron?

—Al poco de la muerte del comisario Masovero. Parece que aquel suceso fue determinante. Mataron al policía que los protegía y eso provocó la desbandada. Se suponía que Venán había cantado cualquier cosa para exculparse. Pero ahora nos preguntamos «¿Cualquier cosa?». ¿Cualquier cosa y cuatro personas, Duch, Franco, Crelles y Drac, abandonan la ciudad dejando atrás el cadáver de la madre de usted? Todo eso solo se puede interpretar de una manera: que estuvimos muy cerca de atrapar a los Ceremonios. Duch y Franco dejaron a sus familias. La mujer de Duch ya sabía que él se veía con otra mujer y no le sorprendió nada que se esfumara de la noche a la mañana. Rafael Franco habló con su mujer y sus hijos, les dijo que se tenía que ir, que tenía problemas con Hacienda. Bueno, era verdad que blanqueaba dinero y estafaba a la Seguridad Social, pero no lo habían detectado todavía. No lo habrían descubierto hasta más adelante. Se fue y al año siguiente lo localizaron en Tailandia.

—¿Y Crelles?

—Crelles se fue sin decir nada a nadie. Se había divorciado hacía poco y, por tanto, pasó más tiempo antes de que lo echaran de menos. Fueron su madre y sus hermanos quienes pusieron la denuncia. Había abandonado el bufete de abogados donde trabajaba, había sacado todo el dinero del banco y no se sabía donde paraba. Dos años después, apareció en la República Dominicana...

—Encontraron a Rafael..., encontraron a Crelles..., ¿y qué explicación dieron? No, no me lo diga. No pudieron dar ninguna explicación. Lo habríamos sabido.

—No pudieron dar ninguna explicación. Estaban muertos.

—¿Qué me está diciendo?

—Franco fue asesinado en Tailandia. En agosto del 2007. Al año siguiente de su desaparición. En la habitación de un hotel de Bangkok. Crelles fue asesinado en Santo Domingo, la Navidad del 2008. Por la noche. Iba por la calle con una chica, alguien llegó por detrás y le pegó un tiro en la nuca. El crimen no se investigó muy a fondo. Nos ha llamado la atención, por ejemplo, que el nombre de la chica que iba con Crelles ni siquiera consta en el sumario del juicio.

Yo estaba consternado. Un muerto, y otro muerto, ¿cuántos más?

—¡Por favor!

—Recibimos estas noticias después del juicio que le hicieron al quinto de la lista.

—Al Demonio —dije—. Ferran Drac. Que también se esfumó en cuanto lo absolvieron. ¿También está muerto?

—No lo sabemos. En aquel momento se dio por supuesto que se había ido porque su nombre y sus actividades habían salido a la luz. Él no quería ser un satanista famoso. La lista de los Ceremonios había quedado invalidada y olvidada en un cajón, nadie había tratado de poner nombres a las palabras en clave y el hecho que un día apareciera un ciudadano muerto en un extremo del mundo y al año siguiente otro en el otro extremo no propició que nadie sacara conclusiones. No, de Francisco Vilablanca Gómez, alias *Ferran Drac*, tampoco sabemos nada. Ni tampoco de Julio Duch. No se sabía nada tampoco de tu madre, pero ahora que ha aparecido muerta...

—La teoría es obvia —concluí—. Después de la muerte del comisario Masovero, que se supone que era quien los protegía de la justicia, los Ceremonios se asustaron y se dispersaron por el mundo. A lo mejor mi madre no se quería ir, porque me tenía a mí, o porque tenía su negocio o por lo que fuera, y Julio Duch se la cargó para que no hablara. A pesar de que ella no había participado en los crímenes, era la cabeza visible de toda la trama. Se había hecho famosa por culpa de los asesinatos. No sería extraño que la policía quisiera hablar con ella si aparecían nuevos indicios. O sea que ella fuera. Pasado un tiempo, Julio Duch, allí donde estuviera, lo pensó mejor. Tanto Franco como Crelles podían delatarle. Seguramente, los tres mantenían una cierta relación a distancia y sabía dónde se habían escondido. Y un año fue a buscar a uno, y el otro año fue a buscar al otro. Y posiblemente localizó a Ferran Drac y lo mató en el rincón que él hubiera elegido para esconderse.

—¿Es Duch quien va matando todo el mundo —me preguntó el policía— o es Ferran Drac?

—Yo no tengo ninguna duda —respondí con la naturalidad de quien suma dos más dos—. Fue Duch quien mató a mi madre, esto es seguro. Y huyó con su coche y su dinero y perdió en algún rincón de Europa. Para mí, Ferran Drac está tan muerto como los otros.

—Entonces, ¿hay que deducir que al inspector Rey también lo ha matado Duch? ¿Por qué ahora? ¿Por qué doce años después?

Arqué las cejas y negué con la cabeza. ¿Quién era el policía allí? ¿Por qué suponía que yo tenía respuesta para aquellas preguntas?

—No me lo explico, inspector. La imagen que me llevé de Jaime Rey fue la de un hombre jubilado, desengañado, derrotado, con un principio de párkinson, que ya había renunciado a todo. No creo que supiera nada que pudiera perjudicar a nadie. Ni a Duch ni a nadie. Y si sabía algo y no lo había revelado en doce años, es improbable que empezara a ventilarlo ahora. —Le devolví la pregunta—. ¿Por qué lo habrían matado?

Nos respondió el silencio.

De repente, el inspector Santllehí se dio por satisfecho y terminó la entrevista con un gesto de brazos que quería desparramar las palabras que todavía flotaban en la atmósfera del despachito déco. Como quien dice: «¡A la mierda con todo!».

—¿Por qué no echa un vistazo a nuestro catálogo? —pregunté, recordándole la existencia de la carpeta de plástico negra—. Le ajustaré el precio.

—No, gracias —sonrió—. Estoy de servicio.

—¿Se acordará de darle recuerdos de mi parte a la sargento Artosa?

El inspector iba abandonando el sillón y buscaba puntos de apoyo para no mirarme.

—Dígale que me llame, que me gustaría hablar con ella. —Él iba delante, yo detrás, persiguiéndolo. Me permití una broma—. Que no me tenga miedo.

Habíamos salido a la galería. Bajábamos la escalinata hacia el vestíbulo. Me miró por encima del hombro, muy expresivo. ¿Qué me había creído yo? Los policías nunca tienen miedo de nada.

—No insista, señor Santamarta.

Junto a la puerta esperaba una de las chicas, muy sexi, con una mirada que habría fundido un iceberg. El inspector ni la vio. Fue él quien abrió la puerta.

—Mire, escuche... —Me hizo el favor de detenerse para escucharme—. Yo aquí tengo tres tipos de colaboradoras. Las que están en nómina, que siempre están aquí; las del catálogo, donde usted puede ver fotos de chicas muy guapas pero desconocidas, o a lo mejor páginas de *Interviú* o de *Playboy* con caras un poco conocidas; y las que no están en el catálogo, pero yo sé que las puedo llamar, o me llaman de vez en cuando si necesitan ganarse un extra o vivir una aventura divertida. Estas son actrices, algunas muy conocidas; presentadoras de televisión, famosas de *realities*, modelos de pasarela o de anuncios de televisión. Incluso hay alguna con cargo político o judicial... Dígale esto a la sargento Artosa, de mi parte.

El inspector Santllehí no pudo reprimir una discreta risa y ese movimiento de cabeza con el que todo el mundo coincide en definirme. Es que soy lo que no hay.

No mostró ninguna intención de estrecharme la mano, de forma que levanté la derecha a la altura de la cabeza y moví los dedos, en una despedida simpática.

Arroz caldoso y paletilla de cordero a la aconitina.

28 de febrero, martes.

Si buscáis documentales de Somalia en YouTube, os hartaréis de ver miseria, ruinas y gente muerta de hambre. Pero, como pasa en todas partes, esta no es la única verdad. En Somalia, también hay gente que vive en la opulencia. Tiene que haberla cuando el rescate de un occidental secuestrado se valora en dos millones de dólares. Hay alguien que los cobra y dos millones de dólares al año (pongamos) permiten vivir muy bien en cualquier lugar del mundo.

Nabil Badreddin, señor de la guerra de la región de Bay, vivía en la fortaleza de Abaabulan, protegida por un ejército de mercenarios tan grande que le había permitido resistir las acometidas del dictador Barre cuando este devastó la zona, y le valió el reconocimiento y la visita de los representantes de la ONU en 1992 y de los Estados Unidos en el 2002.

Ayyad Al-Yaafari, cuñado de Nabil, se trasladó a vivir a la fortaleza en el 2000, cuando la vida en Mogadiscio se le hizo demasiado difícil. Había ganado mucho dinero, pero también se había hecho muchos enemigos. Se presentó acompañado de su esposa y sus dos hijos: Haddar, que era el mayor y entonces tenía nueve años, y Abdeluahab, a quien llamaban Abdel, que tenía seis.

Abdel Al-Yafaari jugó durante unos años con el hijo mayor de Alí, Muhammad Badreddin, porque tenían la misma edad, pero enseguida se vio que eran muy diferentes. Muhammad era estudioso y religioso, introvertido y reflexivo, y eso lo alejó de Abdel, que era infantil, superficial y disperso. Por eso, cuando Omar Badreddin creció, aunque tenía cuatro años menos, se hizo más que amigo de Abdel y llegaron a ser más que primos, más que hermanos, inseparables.

Convivieron en aquella fortaleza, lejos de la guerra, lejos de un mundo exterior devastado, sin electricidad ni agua corriente, mundo de ruinas y

calamidades donde los vehículos circulaban usando los Kalashnikov y las Glock como claxon para abrirse paso.

En aquella jaula de oro tenían de todo: televisores de plasma, consolas de juegos de última generación, incluso un descomunal *home cinema* donde ver las últimas películas de moda comiendo palomitas, y un circuito de *go-karts*, y un helicóptero con el que sobrevolaban el desierto y el mundo real de vez en cuando. En las terrazas, los dos niños habían visto ametralladoras HMG de Schwarz, norteamericanas, o Kord de 12,7 mm, rusas, y centinelas armados con bazucas M3 MAAWS. Estos centinelas se volvían francotiradores para combatir el aburrimiento y a Omar y Abdel les habían permitido algunas veces disparar contra animales o personas que se aventuraban cerca de la fortaleza. No era fácil, porque en Somalia todo el mundo cuenta con los francotiradores y transita encogida, corriendo y buscando parapetos, pero Abdel, a los once años, había conseguido herir una mujer en la pierna.

En el 2006, cuando el señor de la guerra Nabil salió un día con su escolta de doce hombres y cayó en una emboscada y no regresó, a los dos chicos les cambió la vida. Tenían doce y ocho años y el viejo Ayyad, miedoso y peor relacionado que su hermano, decidió que debían abandonar la fortaleza de Abaabulan y el país.

En su helicóptero, viajaron a Etiopía y, después de pasar un tiempo en un hotel de Adís Abeba y de un viaje muy complicado, llegaron a Barcelona. Eran veinticuatro personas, contando las mujeres, los niños y los criados y protectores.

Primero en un hotel del Raval, luego en la mezquita de Sant Romà del Vallés y, finalmente, en una urbanización fantasma y perdida en el bosque, L'Omeda, que el tío Ayyad compró entera, todas las casas de una vez, para que se instalara toda la familia. La llamaban La Fortaleza, Qalcaddayda, en recuerdo de Abaabulan.

Allí, los primos Abdel y Omar se encontraron con una vida absolutamente diferente a la que habían llevado hasta entonces. Ya no tenían circuito de *go-karts* en el patio de casa, ni un *home cinema* tan grande, y tenían que ir a la escuela de Sant Romà, pero a cambio descubrieron la libertad y no les faltaba dinero. No se relacionaron nunca bien con sus compañeros de escuela. No se entendían, se despreciaban mutuamente y los dos somalíes se sentían superiores a los otros niños porque sabían que eran capaces de ejercer contra

ellos una violencia que los otros no podían ni imaginar.

Abdel iba un poco avanzado a su primo, pero se podía decir que lo esperaba. Y su primo era el pequeño, pero procuraba ser precoz. De hecho, los dos se masturbaron por primera vez el mismo día; y los dos descubrieron el sexo en compañía de la misma chica, una prostituta que les presentó el padre de Omar, el todopoderoso Alí Badreddin, en paz descanse.

Él los llevó por primera vez al Harén. «Es nuestro Harén», decían. Mi establecimiento se convirtió en un templo de adoración para los Badreddin y Al-Yaafari.

—Un día —le había prometido Alí a su hijo pequeño—, el Harén será tuyo.

Omar y Abdel siempre iban juntos. No servían para nada más que practicar sexo y gastar dinero, y la familia los usaba para hacer encargos de poca importancia, llevando paquetes de aquí para allá, o yendo a cobrar a los deudores, o montando guardias en la calle o pegando palizas a quien se lo buscaba.

Cuando les dijeron que tenían que ir a ver qué había pasado a Alí y Hassan, ni siquiera sabían que Alí y Hassan faltaran de casa.

—El domingo fueron a llevar una mujer cosida al Harén y no han vuelto a dar señales de vida. No contestan al móvil, no encontramos su coche, no sabemos nada de ellos.

—¿Pensáis que la gente del Harén puede haberles hecho algo?

—¡No! Qué disparate. ¿Aquel maricón? No. Imposible.

Imagino que así debían de ir las cosas. Veían imposible que Mili Santamarta pudiera hacer nada malo a dos colosos intocables como Alí y Hassan. Me lo imagino porque más tarde la realidad me dio la razón.

—No puedo quitarme de la cabeza que llevaban en el coche a una mujer cosida —debía de estar diciendo el viejo Ayyad, atribulado—. Cosidos los ojos, cosida la boca, cosido el coño, cosido el culo. Si los paró la policía...

—¿No lo habríamos sabido?

—Si los detuvo la policía y dos días después todavía no lo hemos sabido, es que la policía nos está rodeando y estamos en peligro.

—¿Y que se supone que tenemos que hacer, Omar y yo? —preguntó Abdel.

—Vais al restaurante del Harén y preguntáis. Discretamente. Solo quiero saber si Alí y Hassan llegaron a entrevistarse con Mili Santamarta, si le devolvieron la chica.

Abdel y Omar reservaron mesa en el Dulzón.

Cloe me lo comunicó enseguida.

—Los somalíes han reservado mesa.

—¿Cuántos?

—Dos.

—Ponlos en la mesa uno. La redonda.

Llegaron en un Ferrari descapotable de color rojo, que conducía el pequeño Omar. Eran dos negros guapos y descarados, vestidos con una combinación de negro y colores chillones, que caminaban entre las mesas como si fueran los amos del local. Omar jugueteaba con las claves del descapotable para que todo el mundo las viera. «¡Mirad lo que tengo!»

El *maître* los puso en la mesa uno, redonda, cerca de la puerta de los lavabos y de la trastienda.

—Nos gustaría hablar con Mili Santamarta.

Los hice esperar.

—No sé si está. Voy a preguntar.

Tomaron un aperitivo de vermut negro con ginebra.

En la mesa siete había un hombre extraño que se fijó en los somalíes. No era muy alto, pero tal vez no lo parecía porque se mantenía encorvado, como quien espía agazapado detrás de los árboles. Parecía ensimismado en unas habitas salteadas con calamarcitos de playa, pero sus pupilas astutas no se perdían ni un detalle de lo que ocurría al otro lado de la sala. Existía un gran contraste entre su rostro huesudo y arrugado y la negrura de su cabellera cortada a la altura de los hombros y la barbita puntiaguda y el bigote retorcido, como de mosquetero del XVIII. Apoyado en la mesa, tenía un bastón muy elegante con puño dorado con forma de tau griega.

Abdel y Omar pidieron unos entrantes a base de croquetas de carn d'olla con jamón, tortilla de boletus, gambas al ajillo, buñuelos de bacalao y picadillo de bogavante del Cantábrico. Todo ello, regado con una botella de blanco Rebels de Batea, de la Terra Alta. A continuación, arroz caldoso de pescado y marisco para uno y paletilla de cordero al horno para el otro, con

un Abadal crianza del 2012, del Pla de Bages. De postre, brazo de gitano con nata y fresas y helado de avellana.

Yo me había acercado a su mesa cuando se estaban dedicando al arroz caldoso y a la paletilla de cordero.

Daba asco ver cómo comían. Quedaba claro que habían pedido más de lo que podían consumir y dejaban los platos a medias, en una ostentación desagradable de quien se puede permitir el lujo de tirar tanto la comida como el dinero. No pudieron estrecharme la mano porque tenían los dedos untados de grasa.

Me dirigí a ellos en inglés.

—Vaya —celebrando su presencia—. Hacía tiempo que no veía a nadie de vuestra familia.

Al hombre de la pera y el bigote antiguos le centellearon los ojos cuando me reconoció. Frunció el ceño mientras yo departía con Omar y Abdel. Por su expresión, cualquiera diría que atribuía significados muy interesantes a mi relación con los clientes.

Abdul alzó una ceja mirándome intensamente a los ojos. Pensé: «Cuidado, que se dispone a hacer una demostración de su prodigiosa inteligencia».

—¿El domingo? —dijo. «*Sunday?*»

¿Qué esperaba? ¿Que yo palideciera, que se me trabara la lengua?

—¿El próximo domingo? —dije, impasible—. ¿Vais a volver con tío Ayyad?

El somalí no mostró ninguna contrariedad. Ni siquiera parpadeó. Continuaba mirándome fijamente con ojos de Sherlock Holmes.

—Hablabas del pasado domingo.

Yo, inmutable.

—¿El pasado domingo?

—Alí y Hassan. Te trajeron un queso.

—¿Un queso?

Omar se partía de risa. Nunca se habían sentido tan listos y superiores. Un poco enturbiados por el vino, un poco temblorosos tal vez, flotando en el vértigo del alcohol, pero en aquel momento eran los más inteligentes de toda la humanidad.

—Un queso de agujeros. Un gruyère.

—Emmental —le corregí, cargado de paciencia—. El que tiene agujeros se llama emmental.

—Pero el queso que te trajeron Alí y Hassan, tenía los agujeros cosidos.

Me observaba como lo hacen las personas muy listas que saben desenmascarar inmediatamente a los mentirosos. ¿Y qué se suponía que tenía que hacer yo? ¿Ponerme a sudar? ¿Desorbitar los ojos? ¿Confesar mi crimen? *Enfer et damnation, je suis fait!* ¿Tenía que sufrir un infarto? Me limité a parpadear como se parpadea ante los imbéciles y sonreí con mucha educación, como si estuviera dispuesto a reírle cualquier estupidez que dijera porque ya se sabe que el cliente siempre tiene la razón.

—¿Los agujeros cosidos?

Me dejó por imposible mientras Omar se retorció y tosía de la risa. Tosía porque notaba un extraño escozor en la lengua y en los labios.

—Tengo aquí dos negritas que son vuestras —recordé—. ¿Os las queréis llevar?

—Ah... —Se miraron—. Pues a lo mejor.

—Si queréis comprobar que están en buen estado, podéis disponer de la Sala de los Espejos para una cama redonda.

Les gustó la oferta.

—Sí... Es buena idea.

—Después del café, pasad adentro por esa puerta. Al cava del postre, estáis invitados.

El acónito es una planta de flores azules muy bonitas que se encuentra con facilidad en toda Europa. En Cataluña lo llamamos tora. Tora azul al *Aconitum napellus*, tora amarilla a la *Aconitum anthora* y tora pirenaica a la *Aconitum vulparia*. Decían los antiguos que la planta floreció por primera vez en los excrementos del Can Cerbero cuando fue capturado por Hércules. Y el poeta Ovidio nos contó que, con la raíz del acónito, Medea ya obtenía la aconitina, un alcaloide también conocido como acetilbenzoilaconina, que hoy se utiliza en medicina para el tratamiento de las neuralgias del nervio trigémino. La dosis máxima utilizada en medicina es de 0,25 miligramos. En el arroz y en la paletilla de cordero habíamos puesto cincuenta miligramos.

El primero en reaccionar fue Omar, que era más menudo. Una sensación desagradable en la lengua, esa especie de escozor que le hizo toser.

—Me parece que he bebido demasiado —dijo, porque le rodaba la cabeza. Notó convulsiones intestinales y las contracciones y la angustia que pronostican el vómito.

Se levantó y se dirigió a la puerta de los lavabos, que tenían justo al lado.

El mosquetero del XVIII fue el único que notó que los dos negros del rincón no se encontraban muy bien. Miró a su alrededor para asegurarse de que era el único que se había dado cuenta, suspiró y se quedó pensativo.

Al otro lado de la puerta, Omar Badreddin se encontró con la muerte. Era una mujer alta, vestida con un esmoquin masculino, muy pálida, con los labios muy gruesos y rojos y ojos rodeados de un negro intenso que parecían las cuencas de una calavera. El terror paralizó al muchacho y le privó de la capacidad de reacción. Se iba, el cuerpo ya no era suyo. La mujer lo agarró del brazo y le dijo «Ven conmigo», exactamente como lo haría la Dama de la Guadaña, y pasaron de largo las puertas de los servicios y cruzaron otra puerta, que conducía a un almacén enorme y lleno de víveres.

Entretanto, en el restaurante, Abdel se miraba las manos con la delirante sensación de que estaban aumentando de tamaño. Se le estaban poniendo unas manos descomunales. Y también percibió la sensación de escozor en la boca. Estaba sudando. Se estaba ahogando. Estaba a punto de cagarse encima. Si se ponía en pie, estaba seguro de que le iban a flaquear las piernas y se caería estrepitosamente. Qué ridículo. Pensó que los habían envenenado y, en lugar de reaccionar con la indignación que lo caracterizaba, le sobrevinieron ganas de llorar y suplicar. Habría emitido un chillido, pero no le quedaban fuerzas.

Aquella mujer gigantesca, de hombros anchos, vestida con esmoquin masculino, labios pintados de un color rojo tan intenso como la muerte, y cabellos recogidos en un moño, se le acercó, muy solícita.

—Venga, por favor —le dijo—. Me parece que su hermano no se encuentra bien.

Y Abdel, el feroz Abdel del clan todavía más feroz de los Al-Yafaari, se levantó de la silla como un viejo decrepito y se apoyó en aquel pedazo de mujer y se dejó conducir hacia la puerta, que de repente le parecía el acceso a un panteón.

En el almacén, Omar, sentado en el suelo, estaba sacudido por el pánico. Se preguntaba, en un gemido: «¿Qué le pasa a mi cabeza? ¿Qué le pasa a mi

cabeza?», porque uno de los efectos de la aconitina es la sensación de que la cabeza y las extremidades aumentan de volumen.

Abdel cayó de rodillas en cuanto entró, vomitó y se desplomó sobre su propio vómito. Omar lo miró estupefacto, y entonces, entonces y no antes, entendió que se estaba muriendo y también dejó deslizar la espalda en donde la apoyaba y quedó tendido en el suelo. Dicen los libros que permanecieron perfectamente conscientes y lúcidos hasta el último momento, pero yo no podría asegurarlo.

Enseguida intervinieron Rudy y Ventura, y los dos primos somalíes recibieron pagana sepultura en el túnel transformado en catacumba, junto al padre de Omar, Alí Badreddin, y de tío Hassan.

El mosquetero del XVIII había buscado la mirada del camarero y había pedido la cuenta. Una vez en pie, no resultaba tan pequeño ni tan frágil como parecía. Pagó en efectivo y no esperó el cambio.

Salió a la calle con desenvoltura un poco afectada y, sin abandonar la sombra de la marquesina, se dirigió a la puerta del Harén, que estaba pocos metros más allá.

Llamó al timbre y esperó.

—¿Sí? —dijo una voz femenina.

—Hola, soy Mata, ya me conocéis. Me gustaría hablar con Mili Santamarta.

—Pase, señor Mata —respondió la voz de Alicia—. Sea bienvenido. Pero lamento decirle que hoy Mili no está aquí. Ha tenido que salir.

—Me ha parecido verlo en el restaurante, hace un momento —dijo el hombre de los cabellos demasiado negros.

—Mili no está aquí —repitió Alicia, tan amable como antes—. Ha tenido que salir. Pero usted pase, por favor. Pase, señor Mata. Ya sabe que siempre es bienvenido.

Vocación de asesina

Macabeo no tenía el título de detective privado, ni había estudiado criminología, ni había sido policía (¡Dios nos libre!), pero para mí hacía bastante bien su trabajo. Tenía muchos amigos por todas partes, y no le daba miedo meterse en cualquier clase de ambientes, y sabía escuchar y descubrir secretos, e interrogar y obligar a la gente a que contara lo que no tenía que contar, y siempre negaría conocerme de nada, y siempre hizo lo que le ordené sin objeción.

Yo salía del despacho para subir a la buhardilla cuando lo encontré en mitad del paso.

—Eh, Mili —me dijo—. Ayer estuve hablando con los De Santiago. Nos encontramos por casualidad en La Palmera. Querían saber cuál es el estado económico del Harén. Me ofrecen una buena pasta.

Le hice un guiño.

—Alicia tiene preparada una foto de tres o cuatro páginas de nuestro estado de cuentas. Es una mala fotografía, con poca luz y mucha sombra, como si la hubieras conseguido de manera furtiva. Se la muestras. Ah, y cuando hables con los De Santiago, les dices que se prepara una redada contra una nave del polígono industrial de Viladaurada. Me parece que tienen algunos hombres allí. No estaría mal que se dejaran detener y, después, colaborasen con la policía y el juez para que los trataran mejor.

Continué mi camino.

—Eh, Mili.

—Qué. —¿Puedo usar a una de las niñas? ¿Tienes libre a Cruz?

Asentí con la cabeza y lo hice feliz.

Subí a la buhardilla.

Maragda estaba haciendo el equipaje y, cuando abrí la puerta de la habitación sin llamar, ni siquiera levantó la vista. Era una mujer normal

metiendo vestidos, sujetadores, blusas, zapatos y un neceser en una maleta.

Una mujer menuda, frágil y agobiada, muy nerviosa, que luchaba contra el llanto.

Me pareció muy atractiva, firme, íntegra y formal, y me vinieron ganas de ser una persona normal para poder mantener con ella un trato normal y acariciarla, besarla y penetrarla normalmente. Una triste utopía.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—¿Dónde vas?

La primera ojeada que me dirigió fue hostil y penetrante, como una estocada. Yo era un enemigo. «Ten cuidado, Mili, porque te puedo hacer daño.»

—Ahora sé que puedo matar.

No me reí, porque era evidente que estaba hablando muy en serio.

—Todo el mundo puede matar.

—He estado loca todos estos años. Me he estado engañando como una tonta. No sé qué me decía, no sé qué pensaba. Pero ahora lo veo claro, porque sé que puedo matar.

—Está bien. De acuerdo. Puedes matar.

—Puedo matar. Maté. Tú lo viste. Me cargué a aquel hombretón. Le clavé el cuchillo en el cuello y sangraba como un cerdo. Puedo matar y tengo que continuar matando.

—Por favor.

Se volvió apuntándome con su navaja militar retráctil.

—No te pongas en mi camino o tú serás el primero en caer.

—Por favor. No puedes salir de aquí, Maragda.

—Sí que saldré.

Le temblaba la mano.

Yo negaba con la cabeza. Muy tranquilo. «No lo harás.»

—No saldrás.

—Sí que saldré, Mili. Recuerda que también eres un hombre.

—No puedes matar a todos los hombres del mundo. Y no me vas a matar a mí, que soy el hombre menos hombre que conoces.

Bajó la mano armada y vencida. Tiró la navaja con disgusto sobre la

cama, junto a la maleta, decepcionada de sí misma. Todo le decía que podía matar y que tenía que matar y, con el arma en la mano, se veía incapaz de matar. ¿Qué le estaba pasando?

—Tengo que matar a cinco hombres. Al Forri, al Charli, al Nato, al Llorenç y al Rai. Iré a buscarlos y los mataré de uno en uno.

—No.

—Sé dónde encontrarlos.

—Me da igual. No puedes salir del Harén.

Hundió sus manos crispadas en la maleta, como si tuviera la intención de arrancar a puñados la ropa que había metido en ella, y se paralizó con los brazos muy estirados, la cabeza gacha de manera que sus cabellos caían como un telón negro que le ocultaba el rostro. Acaso el rubor.

Habló en voz baja:

—Éramos amigos de la escuela, de la calle, de toda la vida. Nos habíamos conocido en el jardín de infancia, habíamos jugado al escondite, a las cuatro esquinas, nos habíamos peleado, yo asistí a sus fiestas cuando ellos celebraban los cinco, seis, siete, ocho años, y ellos asistieron a las mías. Y, un día, nos estamos aburriendo en la masía que tiene uno de ellos en el Ampurdán, fumando unos mais, y el Forri dice: «¿Y si practicamos un poco de sexo?».

»Y el Charli dice: “Yo voy caliente”.

»Y Llorenç dice: “La Nana está buena”.

»Yo era la Nana, y entonces me di cuenta de que era la única chica del grupo. Lo habíamos comentado alguna vez, que todos mis amigos eran chicos, y a mis padres no les gustaba que solo me relacionara con chicos, pero era natural, todo había venido rodado, la vida nos había llevado hasta aquel punto, y de repente yo era la única chica, y estaba buena, y el Charli iba caliente y, como nos aburríamos, al Forri se le había ocurrido que podíamos practicar un poco de sexo.

»Dije: “Conmigo no contéis, que aún soy virgen”.

»Y el Rai dijo: “Así es mejor”.

»Y el Nato: “Así aprendemos todos juntos”.

»”Juguemos.”

»”No quiero jugar”.

»Se lo dejé muy claro. Yo no quería jugar. Me daba miedo el sexo. Y ellos también me daban miedo. Y a ellos les hacía una gracia enorme darme miedo, verme asustada. No sé qué les pasó. No sé qué vida habían vivido al margen de la mía, de qué habían hablado mientras yo no estaba, por qué de repente pasó lo que pasó.

Mientras hablaba, el calor de su aliento, de sus recuerdos y su vergüenza iba redondeando las aristas del iceberg y, poco a poco, el gran bloque de hielo se iba ablandando y desmayando.

—Quise huir de la habitación, y me cortaron el paso. El Forri me agarró por el cuello y me sujetó contra la pared, asfixiándome, el Forri, con quien habíamos jugado tanto, con quien nos habíamos reído tanto. Y me tocó los pechos. Y el Rai, por debajo, quitándome los pantalones, y diciendo: «Se resiste, así es mejor, si se resiste, así es mejor».

—Basta, Maragda —dije.

—Y el Nato, y el Charli, y Llorenç.

—Basta ya.

—Y entonces, ¿qué hizo la Nana?

—Basta.

No me hacía caso. Solo cambió de tono para anunciar que ahora venía la parte mejor:

—Pues se puso bien. Se rio, fingió que le hacía gracia, dijo «¿Por qué no?», «Vamos, aprovechaos, todos a la vez, ¿tú qué haces?, no te quedes al margen, no tengas vergüenza, por delante y por detrás, bebed y comed, que este es mi cuerpo!». Aquel día mis amigos follaron. Follaron tanto como quisieron, pero ya no pudieron mirarme a los ojos nunca más y ya no volvimos a ser amigos. Me saludaban por la escalera y por la calle, ah, eso sí, «Hola, Nana, como estás, Nana?», porque, al fin y al cabo, yo se lo había permitido, ¿verdad? Yo me había puesto bien, ¿verdad? Pero cada vez que mis ojos encontraban los suyos, mi mirada era un escupitajo, un insulto, un desprecio profundo.

Yo ya conocía la historia. Me la había contado mil veces. Pero nunca con tanto detalle, ni con tanto sentimiento. Era una desazón que, hasta aquel momento, la había atormentado y había condicionado su vida, y, finalmente, acababa de entender el cómo y el porqué.

—Continué poniéndome bien. Con otros hombres, con todo el que me lo

pedía, porque ya no importaba, porque ya me habían echado a perder, porque no había reparación posible. Y siempre que me lo he montado con un hombre, Mili, siempre, lo he hecho con odio, con asco, con desprecio. Siempre he pensado que los degradaba, que era yo quien salía victoriosa, siempre he pensado que les hacía daño. Nunca un hombre me ha parecido tan ridículo y desgraciado como cuando el sexo le dobla las piernas, cuando se funde como un helado al sol o cuando pone los ojos en blanco. Nunca una persona ha recibido descargas tan negativas como cuando se ha revolcado conmigo.

»Soy una idiota, ¿verdad? ¿Cómo he podido engañarme tanto? ¿En qué estaba pensando? ¿Era yo quien les hacía daño, o eran ellos los que me iban destruyendo poco a poco hasta convertirme en la mierda de persona que soy ahora?

Intenté decirle que no era una mierda de persona, «No eres...», pero no me escuchó. Ni siquiera me oyó. Yo no estaba en aquella habitación, a su lado. Maragda estaba sola, muy sola, como siempre.

—... ¿Cómo pude creer jamás que mi rencor y mi desprecio eran destructivos para alguien que no fuera yo misma?

»Y ahora, de golpe, descubro que puedo matar.

»¿Estamos hablando de destrucción? Ostras, pues ahora vais a ver destrucción de verdad. ¡Puedo matar!

»Esto me ha quitado la venda de los ojos. Que ridícula, Maragda, tú que te creías que habías humillado y degradado a un hombre cuando él se iba tan feliz y satisfecho; y ahora descubres que podrías haberlo matado. Podrías haberle cortado el cuello. »Idiota que retiraba la palabra a mis violadores en lugar de matarlos.

Me senté en la cama, a su lado, lo bastante cerca como para poder poner mi mano en su cintura, apoyada en su cadera. Y ella no se apartó.

—¡Bueno! —exclamó con un suspiro de satisfacción—, pues ha llegado el momento. Ahora tengo que recuperar el tiempo perdido. Sé donde viven. El Furri, el Nato, Llorenç, el Charli y la Rai. Quiero que sepan que mi rencor ha ido creciendo y creciendo con cada uno de los hombres que he atendido. Y ellos serán los primeros en pagarlo.

Su trastorno se debía al hecho de que ahora veía la necesidad de dar un paso adelante, cambiar de vida. Y ese es siempre un momento espantoso.

Cuando ya no tienes excusa para permanecer sentado en un rincón llorando y diciendo «No sé qué hacer, ¡que alguien me ayude!». De pronto, el grito es «¡Ahora lo entiendo todo!» y la parte más descarada, insolente y estúpida de tu cerebro te dice: «Pues, venga, guapa, basta ya de llorar; si ya sabes lo que tienes que hacer, levántate del suelo y hazlo!». Dios sabe que estabas mucho mejor antes.

—Te entiendo —dije.

—No lo entiendes.

—Sí.

—No puedes entenderlo.

—Claro que sí. Has vivido el sexo como una humillación. Pero te defendías pensando que el humillado era el otro. Te decías que eras tú quien humillaba, y así podías soportarlo. Nunca sabremos cómo lo viven los hombres que se acuestan contigo, pero sí sabemos que tú lo vives como una humillación. Y lo vives así porque tú eres la denigrada. Hasta ahora, has sido como el imbécil que dice: «Ahora, para joderos, me voy a suicidar. Saltaré por el balcón y os arruinaré la vida». Sin darte cuenta de que, si saltas, la única persona que se jode eres tú. Si te suicidas, la única vida que se arruina es la tuya.

Le abracé la cintura, la atraje hacia mí y presioné mi cabeza contra sus pechos en uno de esos abrazos que ofrecen compañía sin pedir compañía a cambio. Ella me aceptó, atrapó mi cabeza entre sus brazos. Las manos en mi espalda.

—Ahora eso ya lo sabes —continué—. Y has decidido que ha llegado el momento de pegar un golpe de timón, un cambio de rumbo. Hoy estás diciendo que se acabó. Pero «se acabó» no significa que debas convertirte en la *serial killer* de Barcelona, la Vengadora Enmascarada Catalana, el terror de los machistas. No hace falta. De momento, lo que sabemos, lo que sabes, es que no tienes que continuarte humillando. Déjalo, Maragda. Hace mucho tiempo que te he ofrecido un trabajo administrativo en esta empresa. Hazte solo a los hombres que te apetezcan, si es que alguna vez te apetece alguno. O hazte las chicas que quieras. O hazte de la Hermandad de la Castidad, como tú quieras. Pero dimite de puta. Ese es el próximo paso que tienes que dar.

—El próximo paso que daré me llevará fuera de esta casa.

—Pueden estar esperándote afuera. A cualquiera de nosotros. A cualquiera de las chicas. Solo por el hecho de vivir en el Harén, van a ir a por vosotras. Ya has visto lo que le hicieron a Nurieta. Y ahora la guerra ya está declarada. Vinieron Alí y Hassan y no volvieron a salir. Vinieron los otros dos chavales y aquí se han quedado. La próxima vez que vengan será con las armas en la mano. Tío Ayyad tiene una tropa de choque. La va a movilizar. Si no la moviliza cuando han desaparecido cuatro de los miembros más valiosos de su familia, ¿cuándo te parece que lo hará? Si salieras a la calle, serías mi talón de Aquiles, mi punto flaco. Si te pusieran un cuchillo en el cuello, tendría que rendirme.

—Sancha se ha ido.

—Y unas cuantas chicas se han ido con ella. Provisionalmente. Han salido con mil medidas de seguridad para encerrarse en la plaza Molina. Necesitábamos diversificarnos y alguien que dirigiera el negocio desde un lugar donde ellos no nos busquen. Me he quedado con las personas con las que sé que puedo confiar. Y a las otras les digo que, si quieren, se pueden ir, que nadie les obliga a quedarse. Y se quedan. A ti, en cambio, que te quieres ir, te lo suplico: «No me dejes».

»Si quieres matar a hombres malos, solo tienes que quedarte en el Harén. Ellos vendrán. Tarde o temprano, vendrán y te ofrecerán su cuello.

—Pero no serán ellos, ¿es que no lo entiendes? No serán aquellos cinco.

Hice que se sentara a mi lado. Abrió los ojos. Me miró. Le acaricié la mejilla. Me moría de ganas de besarle los labios. Era una tentación tan grande que, de la represión, resultaba un placer dulce y reconfortante.

—Maragda, querida, perdona que te lo diga: aquellos cinco no son nadie. ¿Sabes qué están haciendo, en este momento? —No lo sabía—. Deben de ser gente normal. Funcionarios, administrativos, banqueros, profesionales honrados que ya han olvidado lo que hicieron. Seguro que ni siquiera piensan en ello. Y, si piensan en ello, es posible que incluso se avergüencen. Lo recordarán de una manera benévola. Pecados de juventud. Cuántas tonterías se cometen en la adolescencia. Bah, no pasó nada. ¿A lo mejor haya alguno que, en determinados ambientes, presuma de aquella violación? Pues a lo mejor, «Una vez, entre cinco nos tiramos a una tía...» Pero no mucho, y en voz baja, que no lo sepa su mujer. Posiblemente, ahora los cinco hayan sentado la cabeza e incluso se las den de feministas.

»Aquellos cinco no son nadie. Solo son el sustrato que justifica y propicia los centenares de asesinatos machistas que tenemos inevitablemente al cabo del año; los miles y miles de humillaciones e insultos de mujeres que no se dan cuenta de su denigración porque la ven normal y, si no normal, perdonable. Aquellos cinco son gente inocente que se ríe de los chistes machistas aunque les den asco para no significarse como moralistas sin sentido del humor, que sería mucho peor. O para no pasar por mal educados, que ya sería imperdonable. Son cinco mierdas normales que viven en un mundo donde la normalidad es eso.

»Créeme: los que vendrán se merecen más que tus violadores todo lo que les vas a hacer.

Nos mirábamos muy cerca el uno del otro, casi tocándonos la punta de la nariz, mezclando nuestros alientos.

Maragda susurró:

—No quiero trabajar nunca más como puta. Y, de momento, no quiero volver a follar. Me siento como si la violación se hubiera producido ayer. — Retiré las manos—. No, no. No apartes tus manos. Tampoco hay que exagerar.

Gate gate/ Pãragate/

Todos los días son nefastos porque se trata de un paso más hacia el final, pero los peores son aquellos que empiezan con una carcajada, porque no puedes estar riendo las dieciséis horas de vigilia y eso significa que, tarde o temprano, tienes la seguridad de que te vas a poner serio. Se fundirá de tu rostro la máscara de la comedia y debajo aparecerá la mueca de la tragedia.

Era tarde cuando me despertó la radio de uso interno y, al abrir los ojos, lo primero que vi fue una reproducción espléndida de aquel cuadro de Munch, que pinté yo mismo una noche de borrachera y que titulé «El peor sordo» porque representa a un niño que no quiere oír. Se tapa las orejas y canta bien fuerte alguna canción repetitiva, quizá para no oír más a su madre que le está diciendo, por enésima vez, que cualquier cosa que esté haciendo la está haciendo mal.

Palpé la sábana a mi lado y, al mismo tiempo que echaba de menos la presencia de Maragda, se me escapó la risa. Nos lo habíamos pasado de maravilla. De todas las personas que conozco, soy la que tiene el sentido del humor más brillante e ingenioso, y ella está de acuerdo en eso, lo sabe comprender, sabe seguirme la onda y también es notable. «Hagámoslo cómo si no lo hiciéramos, ¿de acuerdo?», me suplicó. Nos partíamos. «Hagámoslo cómo si yo fuera la madre abadesa de la Congregación de la Casta Represión.» Si me ponía apasionado o tierno, me paraba los pies: «Cuidado, que me he jubilado de viciosa y no quiero tener problemas con el sindicato». Le encantaba el vello espeso que cubre mi cuerpo. Me llamaba Cromañón.

Pero cuando desperté, ya no estaba.

Y la radio de uso interno no dejaba de sonar.

—Qué.

—Soy Alicia. Estoy revisando el tema de redes.

—Y qué.

—En Facebook. Tienes un mensaje personal que me parece que te va a interesar.

Continué con mi euforia a la hora de elegir la indumentaria que tenía que ponerme. Estuve a punto de exhibirme *pour bouleverser les bourgeois*, pero prevaleció el comportamiento del hombre de negocios que procura por el bienestar de los usuarios y me puse camisa amarilla, pantalón negro y ancho y alpargatas de marca.

No soy un esclavo de las redes sociales, pero tengo que estar presente en ellas, mi negocio tiene que estar presente en ellas. Muchos clientes y muchas colaboradoras nos llegan por esta vía. Y comentarios, opiniones, recomendaciones y sugerencias. Incluso alguna crítica negativa que hay que tener en consideración. Todo ello me lo administra Alicia, que dice que es mi *community manager* y disfruta de hacerlo. Ella sabe cómo pienso y qué réplicas escribiría en Twitter, y las escribe ella misma, y sabe qué fotos me gusta que se cuelguen en LinkedIn o en Facebook, y cuando se me ocurre escribir algo para el blog o para la página web, me la corrige e incluso la censura, si la cree inconveniente para el negocio.

Subí en ascensor directamente al primer piso. Me crucé con un cliente conocido, siempre temprano, lo saludé muy discretamente con un gesto de la mano, y llegué al Centro Logístico, donde solo estaba Alicia.

—¿Qué hay de nuevo?

—Un mensaje privado, en Facebook. Para ti.

Me miraba como si quisiera asegurarse de que había dormido bien, de que estaba de buen humor, que no me dolía nada y no había nada que me preocupara, antes de someterme a una dura prueba.

En la pantalla del ordenador había una foto en color de un montón de gente que se lo estaba pasando la mar de bien. En medio, una mujer muy guapa.

Cuando reconocí a mi madre, se me borró la sonrisa y fruncí el ceño.

—He hecho una copia en papel.

Alicia me puso tres folios en la mano y los miré con aprensión.

Me acerqué a la pantalla, que me ofrecía una foto de un momento feliz de mi madre. Miraba a la cámara y levantaba la copa de cava en un brindis generoso. Vestía una blusa blanca, sin mangas, decorada con la calavera de los ojos de Swarovski. Llevaba los cabellos recogidos en un moño

desmelenado y lucía una actitud desmayada de ay que me meo, de mucho alcohol y mucha juerga. A su lado, abrazada a ella, una Sancha joven, delgada y atractiva, casi irreconocible, que también se lo estaba pasando muy bien, con una copa en la mano. Estaban al aire libre y las rodeaba un grupo de gente que también parecía muy contenta. Gente rica encantada de ser rica, y de compartir sus riquezas con la espectacular Emily Love.

—Me parece —dijo Alicia, después de un rato—, que sería mejor que lo leyeras en el despachito.

La miré.

—Imprímeme la foto, también —le dije.

Y, maquinalmente, abrí la puerta del Despacho de Recibir y fui a sentarme en el sillón más confortable. Donde solía sentarme para leer libros.

El texto iba firmado por alguien que se hacía llamar Ángel Salvador.

Anoche salí del estupor en que había caído cuando conocí la noticia de la muerte de Emily Love.

Curioso. Hacía tiempo que no pensaba en mi madre como Emily Love y el nombre me había venido a la cabeza mientras veía la foto del ordenador. Y ahora, por sorpresa, aquel hombre hablaba de Emily Love.

Enseguida pensé en ti y cómo debías de haber encajado esta abominable sorpresa. Y, sobre todo, qué cosas horribles habrás oído decir en los últimos días...

Extraña manera de expresarse, el amigo Ángel Salvador.

... Supongo que, habiendo aparecido el cadáver profanado en tierra *non sancta*, te habrán llegado opiniones y murmuraciones de toda especie. La gente es muy mala. Lo que quiero que sepas es que tu mamá era buena, Mili.

Quiero transmitirte esta buena noticia. La mejor de las noticias. Tu mamá era buena. Muy buena. La mejor persona que he conocido.

Volví a leer las últimas líneas. Mamá era buena. ¿Quién era el que hablaba? ¿Qué sabía él de mi madre? ¿Ángel Salvador?

¿Ángel de la Guarda?

Por favor.

¿De qué coño venía a salvarme?

No hagas caso de lo que te digan. Tu mamá era una loca divertida, adoradora del placer pero no del demonio, siempre se estaba riendo y buscando un orgasmo mejor que el anterior, pero nunca mató a nadie. No permitas que te engañen. Ni pensarlo.

Decía que el Sexo era el Placer, el único, el placer por antonomasia. Todos los otros placeres tratan de imitarlo, de aproximarse a él, pero ninguno de ellos lo consigue. Comer, beber, tener dinero, buscar el éxtasis con drogas, el arte y la música y el teatro y todas estas sandeces son sucedáneos para conseguir acercarse un poco al delirio supremo sin necesidad de bajarse los pantalones, pero no pueden aspirar a ser más que copias imperfectas. Eso decía tu mamá, y lo practicaba, de cama en cama y entre carcajadas. No la crueldad, no el sadismo. Nunca disfrutó con el sufrimiento de otra gente.

«Haz el amor y no la guerra» era su lema, y lo practicaba. Lo sé porque lo viví. Lo sé de primera mano.

¿«Lo sé porque lo viví»? ¿«Lo sé de primera mano»? ¿Qué significaba aquello? ¿Quién se estaba dirigiendo a mí?

Se relacionó con mala gente, eso sí. No podía evitarlo. Ella vendía putas y sus clientes eran puteros, y los puteros son mala gente. Es verdad.

Tuve ocasión de conocerlos.

¡Por favor! ¿«Tuve ocasión de conocerlos»?

Venían de aquella especie de aquelarre que se llamaba la Escalivada del pijo Tito Macip en la Cerdeña. Era el 2001, año de prosperidad económica, año de expansión, de especulación descarada. La Escalivada de Tito Macip reunía a hombres que tenían mucho dinero pero aún querían tener más. Hombres desvergonzados, omnipotentes, que lo querían tener todo. Ganaban millones cada día, estaban borrachos de riqueza.

¿Por qué hay tantas guerras? ¿Por qué hay tanta maldad en el mundo, tanta bajeza, tanta torpeza, tanto desastre? ¿Tantos asesinos, tantos obesos,

tantos drogadictos, tantos codiciosos enloquecidos, tanta gente perjudicial para los demás?

Quería volverme loco. De pronto, había cambiado el tono de su discurso. Me imaginé a una persona trastornada. ¿«Tantos asesinos, tantos obesos y tantos drogadictos»? ¿Todo mezclado, todo en el mismo saco? ¿Asesinos, obesos y drogadictos? ¡Por favor!

Porque nadie nos ha enseñado a vivir.

Nos transmiten conocimientos concretos, matemáticas y física, literatura e idiomas, pero ¿nos enseñan a vivir?

¿Quién nos enseña a vivir?

Todos somos aficionados, estúpidos que vamos por la vida tratando de acertar en un proceso de ensayo y error. Aquí me caigo y allí me levanto. Y eso implica muchas caídas antes de aprender un poco, si es que jamás se aprende. Hay quien cae y no vuelve a levantarse nunca más.

Aquellos hombres eran codiciosos y despiadados; querían tenerlo todo y, cuando conocieron a tu mamá, también la quisieron a ella, con todo lo que representaba, el Harén, las chicas del Harén, los privilegios del Harén, los placeres del Harén. Y lo consiguieron. Se lo quedaron, al Harén, y a Emily Love y a Sancha Sánchez y a todo lo que ellas poseían.

Pensé que mi comunicante me estaba diciendo que se apropiaron de Emily Love, y Ángel Salvador se quedó sin ella.

En aquellas cenas de la Cerdaña, donde gran parte de los asistentes llegaban en coches de alta gama e incluso en helicóptero, se reunían políticos, empresarios, banqueros y profesionales de todas las tendencias y hablaban de sus maquinaciones sin tapujos, establecían pactos inconfesables, se trazaban líneas rojas, cerraban negocios, se ajustaban tantos por ciento, formaban *lobbies*, neutralizaban los inconvenientes de la competencia y se sentían omnipotentes. Allí, una banda de depravados empezó a presumir, en voz alta, de ser muy malos, y se reían y brindaban para celebrarlo. Uno de aquellos hombres le dijo, la primera noche, a tu mamá: «¿Sabes qué quiero comprar yo en tu tienda? La inocencia. Las putas no me interesan. Son baratas y demasiado fáciles. Yo quiero el sacrificio de jóvenes vírgenes».

Emily contestó: «Ya no hay», y quiso darle la espalda, zanjando la conversación, pero ya había caído en sus garras. Julio la poseyó...

«Julio», pensé sin aliento. Por favor, por favor, por favor. «¿Julio Duch?»

... Y, aunque Emy quería distanciarse, un día lo admitió en el Harén, cuando fue a visitarla, porque era mujer de negocios y muy educada, y ya nunca más pudo romper el vínculo que la unía a aquel hombre diabólico e improvisador.

Pero tu mamá no mató. Te digan lo que te digan, Mili, créeme que fue así.

Te adjunto una foto de una de las cenas de Tito Macip donde aparece tu mamá. Si entras en «Imágenes» de Google, encontrarás muchas más. Vale la pena que la recuerdes así, risueña, hermosa y feliz.

Es como yo la recuerdo.

Gate gate/ Pāragate/ Pārasaṃgate' / Bodhi svāhā.

30

Cada día muere alguien

Mientras leía y releía el texto, experimentaba en mi interior un inmenso vacío. No tuve ánimo de levantarme del sillón. Alcé la voz para que me oyera Alicia.

—¿Quién es este que escribe? —La chica estaba junto a la puerta. La abrió y me miró. No tenía respuesta—. ¿Podemos seguirle el rastro?

—Lo he probado y continuaré probándolo, pero me temo que no va a ser fácil. ¿No le quieres contestar? Pregúntaselo.

Claro que quería contestarle.

Me puse en pie, me trasladé al Centro Logístico lleno de pantallas y Alicia se sentó ante el ordenador. Le dicté:

—¿Quién eres? —Alicia tecleaba a mucha velocidad—. ¿Cómo sabes tantas cosas de mi madre? ¿Cómo puedes saber que nunca mató a nadie? ¿De qué me hablas? ¿Con quién se relacionaba en la Escalivada de Tito? ¿Qué sabes tú de mi madre? ¿Quién eres?

Me pasé el resto de la mañana y parte de la tarde con aquellos tres folios. Leyéndolos y releéndolos, y esperando que entrara una respuesta a mis preguntas, enviando a todo el mundo a la mierda, y arrepentido por haberme precipitado al dictar la respuesta a Alicia. Me había dejado llevar por los nervios, por la angustia, por la histeria.

La hora de la tragedia fue alrededor de las siete de la tarde. El momento en que se fundía la máscara de la comedia y se acababan las risas.

Se abrió la puerta del despachito, apareció Alicia pálida y ausente como una zombi. Le endiñé de mala manera:

—¿Qué pasa, ahora? ¿No te he dicho que no me molestaras?

—Han llamado de plaza Molina —dijo embobada, desde otro mundo donde no existían el llanto ni los sentimientos—. Sancha.

Sancha.

Por favor.

—¿Qué ha pasado?

Sancha y unas cuantas colaboradoras se habían trasladado a la sede que tenemos en la plaza Molina, un principal enorme de un edificio antiguo con dos balcones y una glorieta desde donde se puede contemplar el cruce de Balmes con Via Augusta. Habían pedido pizzas para comer y, cuando llegó el chico, no tenían dinero para pagarle. Tuvieron que hacer una colecta, mirar por los cajones, «Pero ¿cómo es que nadie ha pensado en coger dinero?». Sancha se había puesto muy nerviosa. Finalmente, habían podido recoger, entre unas y otras, la cantidad necesaria para abonar el precio de las pizzas, y el mensajero se fue contento y aún se rieron, pero Sancha se quedó obsesionada, disparatada, frenética. Decía: «No puede ser que estemos sin dinero, no puede ser, ¿a quién se le ocurre, cómo no hemos pensado en eso?», y, de pronto, dijo que se iba al cajero automático.

—¿Y se lo permitisteis?

—¡No había forma de pararla! —gimió Joana, que era la que había llamado—. Decía: «No nos han seguido, no les interesa la plaza Molina» y, sobre todo, «A mí no me van a hacer nada, contra mí no tienen nada, a mí no me harán nada». No la pudimos parar.

Lo vieron todo desde la glorieta de la esquina. Sancha que salía apresurada al sol de la plaza, cómo caminaba entre la gente, cómo cruzaba la calle dando zancadas porque el semáforo cambiaba, cómo llegaba hasta el cajero que había en la otra acera.

Las chicas, que se mordían las uñas, estremecidas, vieron el coche viejo, azul cielo, repintado y abollado, que luego en los álbumes de la policía identificarían como un Toyota Celica 2.0, y vieron cómo bajaban de él dos negros vestidos con ropa barata, un jersey de manga corta y rayas horizontales. Líneas azules o tal vez grises. Uno grueso y pesado, el otro más alto y musculoso. Dos hombres que cruzaron corriendo la calzada fuera del paso de peatones y se dirigieron adonde Sancha acababa de meter el dinero en la cartera.

Ella había levantado la vista, los había visto y había adivinado lo que pretendían. Perdió siete segundos en quitarse los zapatos de tacón y emprender la carrera para huir de los dos hombres. Se metió entre de las mesas de una terraza de bar, provocando un formidable desaguisado. Tiró una

silla atrás, hizo caer una mesa con todo su contenido, provocó el pánico entre los clientes del bar. La gente reaccionó a su favor, defendiéndola y encarándose a los dos negros, que retrocedieron y huyeron por uno de aquellos callejones estrechos que salen de la plaza.

Sancha, impulsada por el terror, no había dejado de correr. Bajó de la acera, cruzó la calle por el medio, atajando para llegar cuanto antes a la seguridad de la sede.

Entonces, el coche viejo, azul cielo, repintado y abollado, Toyota Celica 2.0, atacó como una fiera. Nadie había pensado que hubiera un tercer hombre en su interior, al volante, al acecho. Golpeó a Sancha, que cayó bajo sus ruedas, y pasó por encima de ella pegando una especie de saltos de alegría loca. Antes de que las chicas que lo veían hubieran podido exhalar un grito, el Toyota ya se perdía hacia la esquina de Balmes, ya bajaba por esta calle y desaparecía de su vista. Sancha yacía sobre un charco de sangre brillante.

—¿Qué hay que hacer ahora? —me preguntaba Joana, ahogada por los sollozos.

Dije, automáticamente:

—Han querido robarle. Ella se escapaba. La han atropellado. Accidentalmente. Un cabrón que se ha dado a la fuga. Eso es lo que habéis visto, ¿no?

—Sí —lloriqueaba Joana—, sí. Sí. Esto es lo que hemos visto.

Colgué el teléfono y me volví loco. No empecé a romper muebles y lámparas y objetos de decoración porque otra vez, años atrás, ya lo había hecho y luego me había arrepentido, me costó un montón de dinero en reparaciones y tardamos no sé cuántas horas en limpiarlo todo, pero estuve muy a punto de hacerlo.

Debían de notárseme las intenciones en la cara porque las chicas se mantuvieron a distancia y no me hicieron pregunta alguna, ni me dieron ningún consejo, ni hicieron ningún comentario fuera de lugar. Con los nudillos apretados contra los dientes y los ojos fuera de las órbitas, aterrorizadas, contemplaron cómo yo buscaba una tarjeta y, mientras la sujetaba con una mano parkinsoniana, con la otra mano marcaba un número en el teléfono.

—¿Inspector Santllehí? —me oyeron gritar—. ¿Se puede saber qué están haciendo, sentados tan tranquilos en su despacho? ¿Es que no piensan hacer

nada? Le di unos nombres, unos datos, traficantes de mujeres, una nave en el polígono industrial de Viladaurada llena de nigerianas prostitutas, violadas, atormentadas, y todavía no han hecho nada? ¿Qué pasa? ¿Que los somalíes los tienen sobornados? ¿Por qué no actúa la policía?

El inspector Santllehí, desconcertado, solo sabía decirme que él había pasado los datos al departamento correspondiente, pero que las cosas no eran tan fáciles, que había que hacer comprobaciones, investigaciones, obtener permisos judiciales y blablablá, malnacido de mierda.

31

Hazañas bélicas

Dos noticias de periódico.

La primera hablaba de Sancha Sánchez.

«La directora de una academia de modelos y azafatas muere al ser atropellada por un coche que se dio a la fuga.»

El redactor no se había atrevido a colar los rumores que corrían por el barrio sobre aquella selecta academia de modelos y azafatas de matrícula reducida que garantizaba trabajo muy remunerado a todas las alumnas inscritas.

La policía buscaba al conductor que no había atendido a su víctima.

Santllehí me había llamado. Desde los gritos que le había endiñado días atrás, me parecía que hablaba conmigo con un exceso de prudencia, distanciando unas sílabas de otras.

—Quien atropelló a Sancha no sería un somalí —me dijo con tono de sospecha.

No pensaba decirle que había iniciado una guerra con el señor de la guerra de Bay.

—No lo sé —respondí—. Yo no estaba.

—Todo parece indicar —continuó el policía en un tono como de disculpa— que unos subsaharianos intentaron robar a Sancha cuando acababa de sacar dinero de un cajero automático y, cuando ella huía, cruzó la calle sin mirar y la atropelló el coche.

—Eso tiene que decírmelo usted cuando concluya sus investigaciones.

—¿Está muy afectado?

—Esta mujer me crió, inspector. Antes de que mi madre se fuera, ella ya era como una segunda madre para mí, más que una cuidadora. Y cuando mi madre se fue, Sancha se convirtió en una auténtica madre protectora y educadora para mí. Claro que estoy afectado.

Pero no estaba afectado. No estaba suficientemente afectado. No me arrancaba los cabellos de la cabeza, ni aullaba a la luna, ni me rasgaba las carnes con un cuchillo oxidado. Quería llorar, de verdad, pensaba que tenía que llorar, pero no lo conseguía. Y mira que me esforzaba. Contraía el rostro y ponía mueca de llorón, pero no me salía. Dentro de mi pecho no pasaba nada.

Me vestí el esmoquin negro, la camisa con chorreras y la corbata de lazo de color burdeos porque sabía que esa era la indumentaria que a Sancha le gustaba que me pusiera, y vestido así me encerré en el apartamento del extremo del primer piso, al fondo del pasillo, donde ella había vivido su intimidad durante los últimos años.

Todo estaba ordenado de una manera obsesiva. Era como una habitación de revista de decoración, cada cosa en su sitio, las fotos de Venán en tiempos felices, el sillón viejo y vencido frente al Smart TV, los regalos que le habían hecho, agradecidas, diferentes colaboradoras que habían pasado por la casa: el jarrón de Lladró, el portarretratos, el póster ingenuo y horrible donde se combinaban fotos y textos artísticos y marcas de labios pintados que representaban besos, «Para la Celestina más adorable del mundo», «A nuestra chula». Pocas cosas y bien puestas, como si nunca las hubiera tocado nadie ni las tuviera que tocar nadie nunca más.

Sobre el escritorio había unos cuantos folios y un recipiente de cerámica con dos lápices y un bolígrafo. Se me ocurrió que era un buen momento para escribir un panegírico fúnebre. Un discurso elogioso, cargado de sentimientos, por aquella mujer que había hecho de mí lo que era. Podría decir que, cuando desapareció mi madre y me encontré en manos de Sancha, yo estaba arruinado y ella me había hecho millonario, pero no era verdad y tampoco creía que aquello tuviera que arrancar ninguna lágrima a nadie. Se trataba de que todos los asistentes al funeral acabaran llorando como magdalenas y pensando que yo era una gran persona. Podría hablar de los cuentos de príncipes y princesas y dragones que Sancha me contaba antes de dormir, y del beso de buenas noches, si no fuera porque Sancha nunca me contó ningún cuento ni me dio ningún beso de buenas noches, porque yo tenía más de dieciocho años cuando se hizo cargo de mí.

No encontré ninguna agenda, ningún diario personal, ningún papel comprometedor en los cajones, ninguna carpeta misteriosa, ninguna

anotación que hiciera referencia a detalles desconocidos de su vida. Ni siquiera había estados de cuentas bancarias. Ni propaganda de ningún tipo. Tenía un ordenador y una mesita, pero no estaban protegidos por ningún tipo de contraseña y, después de un rato de registrarlos, saqué la conclusión de que únicamente los utilizaba para hacer solitarios con las cartas y jugar a backgammon por Internet.

Aquella carencia absoluta de información sobre la vida de Sancha, sobre sus inquietudes, o planes futuros, me hicieron pensar que, en un momento dado, había decidido borrarlo todo. No dejar ninguna pista de nada. Y aquello la hizo muy sospechosa a mis ojos. Solo los culpables borran las huellas dactilares después de pasar por un lugar.

Atribuí a esta sospecha el hecho de que no me brotara el llanto ni me conmoviera ninguna manifestación de dolor.

Escribí:

«Sancha era una gran persona.»

Me quedé mirando estas seis palabras, leyéndolas una y otra vez, y me di unos golpecitos en los dientes con el boli, y me rasqué la nariz.

«Trabajadora, responsable, ¿eficaz o eficiente?, considerada, ahorrativa, compasiva.»

Me dije: «No me salen lágrimas porque en el fondo de mi corazón sé que era una mala persona. Una malnacida que atribuyó sus propias culpas a mi pobre mamá».

¿Quién me había hablado de la participación de mamá en los crímenes de Collserola? Sancha. Era el único testigo. Y, en cambio, por Facebook me entraba un mensaje que decía todo lo contrario.

«Tu mamá era buena. Muy buena. La mejor persona que he conocido.»

¿Por qué no podía haber sido exactamente al contrario de cómo ella me lo contó? ¿Por qué no imaginar que los Ceremonios se dirigieron a Sancha para pedirle víctimas, que fue Sancha quien les proporcionó a Catalina y a las otras chicas, que fue Sancha quien engañó a mi madre y la marginó, que fuera mi madre precisamente quien no quería saber nada del tema?

¿Por qué no podría haber sido así?

En aquel momento me parecía que mi comunicador anónimo de Facebook, aquel Ángel Salvador, me lo estaba diciendo implícitamente. Era el mensaje que quería transmitirme. «Tu mamá era buena. Muy buena. La

mejor persona que he conocido.»

La mala era Sancha.

De repente veía a Sancha como a una bruja de cuento, fea y repugnante, seca, reservada, fría, que había sabido gestionar su autoridad para encarrilarme por el camino que a ella le interesaba. Siempre había pensado en ella como la mujer que me había cuidado porque mi madre me había abandonado pero si ahora resultaba que mi madre no me había abandonado, a lo mejor la explicación fuera que Sancha me acogió por un sentimiento de culpabilidad, por una necesidad de reparación por la gran putada que había hecho a su amiga.

La segunda noticia importante entró al día siguiente, lunes.

La policía, finalmente, había actuado.

«Desarticulada una organización de tráfico de personas en la comarca del Vallés.»

Los Grupos Especiales de Intervención habían reventado la puerta de una nave situada en el polígono industrial de Viladaurada y habían sorprendido a cuatro personas que tenían secuestradas a una veintena de jóvenes nigerianas, algunas de ellas menores, viviendo en condiciones infrahumanas y en mal estado de salud.

Durante el registro ordenado por el juez, se encontró todo un arsenal de armas cortas y largas, equipos informáticos, documentación falsa, todos los pasaportes de las chicas retenidas contra su voluntad, y se había confiscado más de un millón de euros. Posteriormente, en otros lugares del Vallés y en Barcelona capital se habían efectuado treinta detenciones más. Al frente de la organización criminal parece ser que se erigía una mujer, de nacionalidad nigeriana, a quien las prisioneras denominaban Mami, y un hombre que se hacía pasar por sacerdote. En la nave industrial se encontraron altares y rincones con cráneos y huesos humanos y machetes manchados de sangre, y máscaras terroríficas, que confirmaban la sospecha de que las jóvenes habían sido sometidas a maldiciones de vudú.

En el congelador de un frigorífico encontraron amuletos con los nombres de las muchachas y unos papelitos muy curiosos donde ponía en inglés: «*Against the police*». Un hechizo para protegerse precisamente de lo que les acababa a caer encima.

Los detenidos serían acusados de pertenencia a organización criminal,

tráfico de seres humanos para la explotación sexual, favorecimiento de la inmigración ilegal, relativa a la prostitución, detención ilegal, amenazas y, presuntamente, asesinato.

El inspector Santllehí me volvió a llamar. Como una seda.

—Hemos buscado a los propietarios de la empresa que tiene alquilada la nave industrial y no los hemos podido encontrar. ¿Sabes algo?

—No.

—Son somalíes, como nos dijiste. Alí y Hassan Badreddin, como dijiste.

—Sí, sí, ya.

—Y la empresa se llama Pokerace y son importadores de diamante industrial, todo tal como tú anunciaste. Y esos Alí y Hassan también son propietarios de un taller de reparación de coches en Horta. Pero no aparecen por las oficinas centrales de Pokerace ni abren las puertas del taller desde el 26 de febrero, hace ocho días.

—Y ahora, con la que habéis organizado, no será fácil que aparezcan.

—Hay una especie de patriarca de la familia Badreddin que vive en una urbanización alejada. Lo hemos ido a ver, pero él dice que no sabe nada, ni parece que tenga nada que ver ni con la empresa Pokerace ni con el taller de reparación de coches. —Yo, silencio—. ¿Sabes algo de este patriarca?

—No.

—Estaba protegido por una cuadrilla de tipos muy sospechosos. Estoy seguro de que, si el juez nos lo hubiera permitido, les podríamos haber encontrado algún Kalashnikov escondido debajo de la cama.

—Ah. Pues a lo mejor.

—Pero el juez opina que los padres, o los tíos, no son responsables de los crímenes de los hijos o sobrinos.

—Lástima.

—Estos Alí y Hassan Badreddin son sus sobrinos.

—De esa especie de patriarca.

—Sí. Y no los hemos podido atrapar.

—Tendréis que ponerlos en busca y captura. —Los hemos puesto en busca y captura.

La Gacela y el mosquetero

Honramos a Sancha Sánchez en la capilla del tanatorio, entre cuatro paredes y bajo techo, y yo le dediqué un discurso de compromiso, como no le había dedicado a mi madre. Me sentía mucho más seguro entre cuatro paredes y bajo techo que al aire libre.

—No pienso salir ahí afuera y exponerme a que algún francotirador me vuele la cabeza. Rendiré homenaje a Sancha aquí dentro y, luego, me escabulliré por el aparcamiento subterráneo hasta la seguridad de mi casa, y el que quiera acompañar los despojos hasta el panteón, que los acompañe.

Ni rastro de somalíes ni nada que se les pareciera. Había pedido protección a los De Santiago y allí estaban, firmes, serios e invencibles como legionarios. Dos soldados afuera, a la puerta del tanatorio, dos soldados a la entrada de la capilla, los dos que nos habían acompañado desde el Harén y dos más en la puerta trasera, por donde se iba a despedir el luto. En primera fila, como si fueran parientes cercanos, la Mastresa Matilde, su marido Niceto, el hijo Juan Cosme, su esposa Milagros, el joven Pedo y el imponente Esteban Garay Quincoces.

Estaban muy serios y no me dirigieron la palabra. Solo el abogado, Garay Quincoces, se me acercó para decirme:

—Una noticia buena y otra mala. —Lo miré a los ojos, muy sereno y valiente—. He traído a todos mis efectivos como quedamos, pero no tienes que preocuparte. Los Badreddin me han prometido que hoy no van a hacer nada. Respetarán el último adiós de Sancha porque tienen miedo de los muertos. —Parpadeé—. La mala: el domingo no podrás contar con nosotros. Porque el domingo nos han pedido todos nuestros efectivos para que vayan a proteger la urbanización donde vive el tío. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Asentí.

—Vendrán a verte. Nos han pedido datos del Harén por dentro. Les dije

que tu despacho está arriba, en la buhardilla.

—Pero mi despacho está abajo, en el sótano.

—Les dije que estaba arriba para despistarlos, para no echártelos encima.

—Ah, claro, bueno, gracias. —Concluí—: Tienen miedo de los muertos —dije—. Eso también es una buena noticia. ¿Todavía os interesa el Harén?

—Claro que sí.

—Si no sobrevivo, no lo vais a tener.

—Si no sobrevives, no será negocio.

Anduve, lento y solemne, hasta el atril que había junto al altar y me encaré a la concurrencia. Tan elegante, con el esmoquin, la corbata de lazo burdeos, la camisa con chorreras, la joya de la calavera de ojos brillantes y zapatos de charol que chirriaban.

No había mucha gente. El ama Amanda Manda, llorando en la segunda hilera de bancos; detrás de los De Santiago, unas pocas colaboradoras del Harén, las que yo había llevado conmigo: Maragda, Cloe, Nuria de rostro vendado, Alicia. Más atrás, el inspector Santllehí, unos pocos representantes de la prensa y los clientes fieles, entre los cuales el periodista Torras. Y al fondo, aquel tipo de melena de paje negra, demasiado negra, y barba puntiaguda y bigote retorcido de mosquetero, con traje negro y chalina floja de poeta antiguo. Con un bastón de puño dorado con forma de tau griega.

Ah, y una mujer. Una mujer extraña, que no debería estar allí, con aspecto de discreta ama de casa destartada por la rutina, la carencia de ilusiones y el aburrimiento. Vestida sin gusto ni ganas de gustar y con expresión de indiferencia absoluta. ¿Quién era aquella mujer?

Saqué del bolsillo los cuatro folios doblados en cuatro, los desplegué sobre el atril y procedí a leerlos con voz impostada.

—Sancha era una gran persona.

»Trabajadora, responsable, eficiente, considerada, ahorrativa, compasiva. No tenía mucho sentido del humor, pero a cambio era perfectamente consciente de la importancia social del trabajo que realizaba en el Harén. Defensora incansable del estado del bienestar, de los derechos humanos y de la igualdad entre hombres y mujeres ante la ley. Recuerdo con admiración y respeto lo que decía siempre a las señoras y señoritas que se ofrecían a colaborar con nosotros.

»Todo el mundo debería tener acceso al sexo compartido. Es un derecho esencial en la vida de los hombres y las mujeres, pero existe una inmensa mayoría de ciudadanos que viven privados de este derecho elemental. Las personas jóvenes, guapas y simpáticas acostumbramos a pensar que obtener sexo cuando lo necesitas es algo natural y sencillo, espontáneo y natural como un apretón de manos. Pero hay mucha, mucha gente, que no disfruta de ese privilegio. Hay personas muy feas, mucho; o muy antipáticas, o desagradables, tímidas, ariscas, indeseables, halitósicas, flatulentas, torpes, ridículas, estúpidas, que tienen enormes dificultades para satisfacer sus sofocos carnales. Eso por no hablar de las personas aparentemente normales que pueden tener tropiezos más o menos ocasionales como son la disfunción eréctil o la frigidez, o la eyaculación precoz, y del fracaso que todo ello implica. Y la larga lista de especulaciones referentes a lo que se supone que es la manera correcta o incorrecta de practicar el sexo. ¿Qué quiere decir precoz, exactamente? ¿Qué significa eyacular demasiado pronto o demasiado tarde? ¿O hacer bien los preliminares? ¿O qué hay que decir antes? ¿O después? ¿O durante, al oído? Cuando un personaje de película, habitualmente femenino, dice que “este sí que hace bien el amor”, debemos pensar que millones y millones de espectadores piensan que ellos no estarían a la altura. Y aún deberíamos considerar los rituales considerados imprescindibles antes de llegar a la fase del sexo. Saber captar el significado de una mirada, atreverte a dar el primer paso, tener una conversación agradable, invitar o dejarte invitar, ser políticamente correcto para no estropearlo todo con una tontería machista o con un comentario feminista, o con una demostración impropia, o con un exceso de sinceridad que lo envíe todo a rodar. Procurar no ser demasiado atrevido, procurar no ser demasiado reprimido y, por fin, las filias y las fobias más íntimas. “¿Le digo que me gusta que me rasquen la espalda?” Y a continuación el miedo, terror, pánico, al embarazo, al sida, a la clamidia, la gonorrea, la sífilis, los herpes, el papiloma, al ridículo cuando vean los calzoncillos que llevas, al mal olor de pies... ¡Por favor! ¡Es muy difícil!

»Eso decía Sancha a las señoras y señoritas que se sentían tentadas de colaborar con nosotros y dudaban en el último minuto. Para mucha gente, es muy difícil la práctica del sexo. Acaso a vosotras, que sois guapas, simpáticas, inteligentes y desinhibidas, no os lo parezca, pero hay millones y

millones de personas que ven en el sexo un territorio prohibido, y tienen tanto derecho a disfrutar de él como cualquier otro, como si fueran personas normales. Por eso existe el Harén del Tibidabo. Para garantizar que el estado del bienestar está al alcance de todo el mundo.

»Y Sancha, amigos míos, era perfectamente consciente de su responsabilidad en esta tarea social. Yo, en vuestro lugar, derramaría unas cuantas lagrimitas por esta gran mujer.

Nadie aplaudió.

La mujer amodorrada y ordinaria se acercó a mí. Los dos protectores asignados por los De Santiago sacaron pecho, poniéndose firmes, dispuestos reventarle los globos oculares en cuanto se metiera una mano en el bolsillo. Mientras me acercaba a Cloe, hice un gesto a todo el mundo para que esperasen. Los dos sicarios volvieron a su posición de descanso.

—¿Quién es ese hombre estafalario del fondo? —pregunté a la gigantesca Cloe—. El de la perilla y el bigote retorcido.

—Un cliente —me dijo ella—. Nicolás Mata. Hace un mes, mes y medio, que vino por primera vez. Un poco raro. Caprichoso. Se queja por tonterías.

Me volví hacia la mujer insulsa. Hice un esfuerzo por recordarla. Me pregunté cómo sería muchos años atrás, de joven, fresca y atractiva, y rescaté la curva de unos labios y el brillo de unos ojos, prescindí de unas cuantas arrugas y me vi entre sus brazos, mirándome coqueta y perversa, «Ven acá, pequeño, que te voy a enseñar la verdad de la vida». Sí, la Gacela, se hacía llamar Gacela y era colaboradora del Harén. Muy amiga de Sancha.

—¡Gacela! —dije.

—Mili —dijo ella—, Mili, Mili, quién te ha visto y quién te ve. ¿Te recuerdas de mí?

—Pues claro que me recuerdo. La Gacela.

—Qué tiempos. La Gacela. Ahora estoy hecha un búfalo.

—No digas eso. Estás muy guapa. —Suspiró, inmune a la mentira—. Estaba deseando verte.

—¿Verme? ¿A mí? —Señaló el broche de la calavera que yo llevaba en el pecho y sonrió enternecida—. Eres muy buen hijo de tu madre. —Repitió, incrédula—: Estabas deseando verme. A mí.

—O a alguien cómo tú, del pasado, que conociera bien a Sancha. —Qué

triste la expresión, «del pasado», qué abominable—. Sancha y mamá.

—Las conocí bien, antes de que aquel desgraciado me rescatara del Harén. Me llevó a vivir una vida honesta. ¿Tú sabes la diferencia entre honrado y honesto? *Honesto* siempre tiene un significado sexual. *Honesta*, de hecho, quiere decir *limpia de sexo*. Dios mío. —Los recuerdos hicieron que se le perdiera la mirada en algún lugar del suelo—. Suerte que un día lo dejé tirado a la carretera. Yo conducía porque él iba demasiado borracho, como siempre. Nos paramos, bajó para vomitar en la cuneta y yo puse primera, arranqué y ya no volví a verlo nunca más. No vino a llamar a mi puerta, no me telefoneó, no vino a recoger sus cosas. De vez en cuando, me encontraba por la calle con sus amigos que me decían: «Ostras, qué putada le hiciste a Morales; eso no se hace; está destrozado; no levanta cabeza». —Asintió con la cabeza diciéndose a sí misma que sí, que sí, que las cosas habían sido de aquella manera, y sacudió la cabeza para librarse de los recuerdos y volvió a la realidad—. Sí que conocí a tu madre y a Sancha, ya lo creo que sí.

—Quería saber...

—¿Qué quieres saber?

—¿Tú crees que Sancha estuvo envuelta de alguna manera en aquello de los crímenes de Collserola? Ya sabes qué quiero decir: los periódicos hablaron de mi madre, recordarás aquel programa que se llamaba *Gato negro, gato pardo*...

—Claro que me acuerdo, claro que acuerdo. Aquello nos trastornó a todas. ¿Y me preguntes si Sancha estuvo implicada en aquellos crímenes? Por el amor de Dios, Mili, ¿cómo me puedes preguntar eso conociendo a Sancha como la conocías? Mucho mejor que yo. Has hecho un discurso que la describía perfectamente. Y también conociste a tu madre. Por favor, ponlas una junto a la otra y contesta tú mismo a la pregunta. Hay gente que no puede ser mala de ninguna de las maneras y hay gente que solo puede ser mala. Tú mira a tu madre, lo que recuerdas de tu madre, y mira a Sancha. Me extraña que me hagas esa pregunta.

—Pero no me la contestas.

—Sancha amaba. Sentía amor. ¿No recuerdas cómo te cuidaba, cómo jugaba contigo, como te abrazaba y te daba besos y lloraba? ¿No recuerdas cómo te miraba? La gente capaz de sentir un amor tan intenso como aquel no mata. Te quiso muchísimo. Tanto como quiso a su hijo Venán. Luchó como

una fiera para vengarlo. Lo sabes, ¿no? Fue mil veces a la jefatura de Vía Layetana a ver a aquel policía amigo suyo y acusar a Masovero de asesino. Iba a pedir que se hiciera justicia y sabía que se la jugaba, porque Masovero había sido comisario y ella solo era una señora de burdel. Pero iba una vez y otra, incansable. Y mientras tanto, nos decía a las chicas: «Dadle a Mili todo lo que os pida; consoladlo, mimadlo, no le deis oportunidad de pensar en la cárcel, ni en su madre, ni en la droga, ni en los amigos que le esperan afuera. Que solo piense en el sexo». Y a fe que hicimos todo lo posible para que solo pensaras en el sexo. ¿Te acuerdas?

Sí que me acordaba. Lo recordaba tanto y era tan importante para mí que casi le volví la espalda y, en ese punto, impuso su presencia el mosquetero del XVIII levantando el bastón como si fuera un florete *en garde*.

—Perdone, si me permite.

Los dos protectores volvieron a sacar pecho. Les desalenté de nuevo. No parecía que aquel pobre friqui pudiera hacerme ningún daño.

La Gacela se despidió de forma apresurada y torpe, como si temiera haber abusado de mi tiempo.

—Ah, sí, perdona, perdona, Mili, que tienes trabajo, que tú ahora eres un hombre importante...

Se alejó sin darme ni un beso y fue sustituida por la presencia oscura y casposa del hombre de los cabellos demasiado negros.

No pude verle los ojos porque miraba al bies, hacia el broche de la calavera de ojos de diamantes, esquivo y furtivo, avergonzado de ser como era. Pero no se me escapó su sonrisa, una mueca abyecta que lo hacía odioso.

—Señor Santamarta —habló muy prisa, contrarreloj, ahogado por una respiración alterada—, no estoy aquí por el funeral de Sancha, yo a Sancha no la conocía mucho, he venido para hablar con usted, porque hace días que pregunto por usted en el Harén pero nunca está disponible. —Pongo comas y pondré signos de puntuación para ahorrar trabajo al corrector, pero el mosquetero no se tomaba ningún respiro, ni un punto y coma para tomar aliento—. Y es que estoy muy satisfecho de sus servicios, pero querría pedirle, necesito una cosa más adrenalínica. —Mi mirada se oscureció con un interrogante, «adrenalínica?», pero no dije nada. Le escuchaba como si el hombre extraño no estuviera hablando conmigo—. Quiero decir algo más duro, busco trascender el placer para probar nuevas dimensiones de la

sensibilidad. Adrenalina en vena, como si dijéramos.

Me miró de reojo, mostrándome el colmillo con aquel rictus repulsivo que quería hacerme cómplice de sus pensamientos más bajos.

—¿Látigos? —lo interrumpí. Se encorvó, escondiendo la cabeza entre los hombros, abrumado—. ¿Esposas? ¿Pinzas? ¿Quemaduras? —Se había puesto muy colorado y su sonrisa era ahora una especie de gemido de dolor—. Nosotros no tocamos eso. Supongo que ya se lo dijo Sancha. Puede probar en Las Grutas del Averno...

—No. Ya lo he probado. Y quiero algo más intenso, más extremo. No dudo que usted podrá...

—Pues no sé qué decirle.

Fin de la conversación. Ya dirigía mi atención hacia nuevos horizontes, muy lejos de aquel mamarracho, pero él no lo permitió. Su bastón me tocó el brazo.

—No. Espere. —Esperé, fastidiado. Pensaba en borrar aquella sonrisa con un directo a la boca—. El otro día fui a comer a su restaurante, al Dulzón, y casualmente vi que había dos miembros de la familia Badreddin. También vi lo que les pasó. Luego he oído que hay quien les echa de menos, los están buscando y no los encuentran. Sé con quién tengo que hablar para que la noticia llegue donde tiene que llegar.

Lo miré con un poco más de interés.

Y él amplió su sonrisa. Solo con la boca, no con los ojos, que estaban llenos de miedo y ridículo.

—¿Ah, sí? ¿Sabe con quién tiene que hablar? —Se puso todavía más colorado, casi burdeos como mi corbata de lazo—. ¿Para que la noticia llegue donde tiene que llegar? ¿Ah, sí? ¿Y con quién tiene que hablar? ¿Con los Badreddin? ¡Por favor! ¿Cree que no saben donde estaban sus parientes cuando desaparecieron? Y, si no, ¿con quién hablará? ¿Con la policía? ¿Porque usted se imagina que los Badreddin han puesto una denuncia formal? Pero ¿qué es esto? ¿Qué le ha pasado en la cabeza? ¿Qué se ha tomado, idiota, antipático? Es que me ha parecido que me estaba extorsionando. Le hablo en voz baja y sin mirar a los señores que tenemos al lado para que no le rompan las piernas ahora mismo. ¿Sabe usted que, en el sótano de este edificio, hay un horno crematorio, para incinerar cadáveres? ¿Ya lo tiene calculado todo esto? ¿Recuerda cómo es un coche? ¿Recuerda cómo es un

árbol? Pues piénselo, piénselo, porque a lo mejor no vuelve a ver nunca más ningún coche ni ningún árbol, a lo mejor ya no vuelve a salir a la calle. ¿Me estaba chantajeando, señor Mata? ¿Es que se ha vuelto loco?

Cuando terminé de hablar, el hombre estafalario ya se había escabullido hacia el exterior. Su sonrisa se le había caído al suelo y se había roto en mil pedazos. Yo había hablado en voz baja, para no organizar un escándalo, pero a mi alrededor la gente había interrumpido sus conversaciones y me miraba.

Cuando no sales muy a menudo de casa, un funeral es una buena ocasión para conocer gente y hacer amistades.

33

Gate gate/ Pāragate/ Pārasaṃgate’/

—¿Ha entrado algún mensaje nuevo en Facebook, de ese Ángel Salvador?

—No.

—...

—¿Como tenemos el Facebook? ¿Alguna noticia de Ángel Salvador?

—Ninguna noticia.

—...

—¿Hay novedades en Facebook?

—No.

—...

El nuevo mensaje de Ángel Salvador en Facebook me sorprendió sentado ante la pantalla del ordenador del Centro Logístico, muy nervioso. Estábamos preparando la defensa del Harén. Recuento de armas, estudio de estrategias, despliegue de tropas, efectos especiales.

Finalmente, ding dong, mensaje personal.

Ángel Salvador.

Me preguntas por tu mamá. Cómo sé que nunca mató a nadie.

Sé que tu mamá te quería, Mili, no me cabe ninguna duda, quédate con lo que te digo y no quieras saber más.

No, no, no. No me conformaba. Aquello era una fantasmada. No podía aceptarlo. Pero continuaba leyendo.

... Porque, gracias a mi nueva realidad, he podido trascender mi pasado, mirarlo de lejos y comprenderlo.

«Gracias a la nueva realidad»? «He podido trascender el pasado»? ¿Qué era

eso de trascender el pasado?

Porque viví de cerca su terrorífica zozobra. Llegó un momento en que ya no se encontraba a gusto en el Harén. Se sentía acorralada por gente muy cercana que actuaba contra ella. Influencias maléficas.

¿«Acorralada por gente muy cercana que actuaba contra ella»? ¿Hablabas de Sancha?

No puedo decirte quién.

Ella nunca me dijo el nombre de las personas que la atormentaban.

Todo empezó cuando desapareció una de las chicas, una sudamericana. Y ella me llamó con la obsesión de que la habían matado. Yo estaba debatiéndome en el oleaje de mi tormenta espiritual. Acababa de poner mis adicciones y decrepitudes en manos del CAS para que me devolviera la salud primigenia, acababa de ofrendarle mis sentimientos, buenos y malos, para que él supiera discernir el grano de la paja y me devolviera una afectividad amueblada, acababa de ceder todos mis bienes al CAS para que los administrara, y me encontraba enfermo, solo y pobre, antes de mi renacimiento. No podía ayudarla.

—No me vuelvas a llamar —le dije, por el bien de los dos.

A aquellas alturas, yo ya tenía claro que Ángel Salvador deliraba. No podía hacer caso de nada de lo que me dijera.

... Le daba mucho miedo un comisario Laureano, a quien definió como un hombre malo, malo, malo, el peor que había conocido en su vida. No pude escucharla.

Venía a verme llorando cada noche, desconsolada, y se hacía el propósito de denunciarlo todo a la policía, pero no lo hacía. No podía hacerlo. Entonces me llamaba y me contaba lo que le estaba pasando. Tenía miedo. Había un comisario de policía entre los Ceremonios. Y, sobre todo, la presencia constante de aquel Julio...

¿Julio? ¿Julio Duch?

Tu mamá decía que era el demonio, que hablaba abiertamente del placer de matar, y quería matar monjas. Novicias. Chicas puras, jóvenes, vírgenes.

Julio renegaba tanto de las sesiones sadomaso de Las Grutas del Averno como de las ceremonias satánicas de los luciferinos. Decía: «Esto es mierda, *peccata minuta*, solo puedes hacer el daño que te permiten hacer».

Emily decía que estaba enamorada de él, pero la palabra exacta es *poseída*. Andaba a ciegas por un mundo incomprensible y Julio le había dado la mano y la llevaba hacia donde quería sin que ella tuviera ninguna posibilidad de resistirse. Y, aunque tu mamá me pedía ayuda, yo no podía hacer nada porque apenas estaba saliendo de mi noche y viendo un tenue albor en el horizonte. Es difícil de entender por qué pasan estas cosas, pero pasan. Yo ahora entiendo muchos porqués a partir de las enseñanzas y los consejos de mi CAS.

Su CAS.

Hay que abandonar las viejas costumbres para conseguir convertirse en la persona nueva que quieres ser.

Amén, Jesús.

Cuando tenía problemas, ¿mi madre llamaba a Ángel Salvador? ¿Eran amigos? ¿Amantes?

Por sorpresa, aquel tarado pasaba a contarme su vida.

Yo había vivido a tuestas. Necesitaba un Coach, un guía. Entonces no estaba preparado, vivía en una serie de errores y tropezones, como la mayoría de los mortales.

No quiero decir que Emily fuera una mala compañía, ella también iba desorientada como todo el mundo. Lo que quiero decir es que eligió el mal camino y tal vez, para su gran desgracia, era necesario que ella se fuera por la senda equivocada para que yo entendiera lo que significaba equivocarse y, liberado, encontrara a mi CAS, el Coach Amigo Sensato que, desde entonces, me ha ayudado a centrar mi vida.

Ya está. Eso es un CAS. Un Coach Amigo Sensato. Parece una broma.

Ahora, desde la nueva perspectiva de mi vida, puedo asegurar que tu mamá no era mala, y por eso te aseguro que nunca hizo daño conscientemente a nadie. No descarto que conociera las maldades otros, que fuera poseída por el Maldito Espíritu de la Improvisación, y seguro que, al final de su calvario, fue traicionada por la gente en quien había depositado toda su confianza, pero no mató, Mili, puedes estar seguro de ello. Doscientas veintiocho lunas llenas atrás habíamos vivido la influencia intensa de sesenta lunas que tenían que propiciar un injerto mutuo de vivencias, creencias, sentimientos, emociones y razonamientos que sin duda ensuciaron mi capacidad de gestionarme y por eso me ha costado tanto reponerme, pero también es innegable que permitieron que tu mamá se alimentara de mi fortaleza y capacidad de regeneración, y eso significa que nunca pudo caer en la abominación de matar, ni de herir, y créeme cuando te digo que nunca se ensañó en el sufrimiento de los otros. No hagas caso de nada de lo que te digan.

Gate gate/ Pāragate/ Pārasaṃgate' / Bodhi svāhā.

Me contuve para no responder inmediatamente y de manera apresurada. Quería estudiar bien aquel texto, aunque me pareciera una colección de despropósitos. El informante espontáneo me había demostrado que sabía muchas cosas de mi madre y me resultaba verosímil que la hubiera conocido muy de cerca.

Escribí:

No entiendo: eres ambiguo: dices que mi madre se mantuvo al margen de los asesinatos pero, al mismo tiempo, dices «No descarto que conociera las maldades otros», y dices que Julio la tenía abducida, que estaba poseída por el Maldito Espíritu de la Improvisación, que ella decía que estaba enamorada, que andaba a ciegas, que Julio le había dado la mano y la llevaba hacia donde quería sin que ella tuviera ninguna posibilidad de resistirse. Si Julio era el Demonio que la arrastraba hacia el Mal, ¿cómo puedes decir que era buena y que se mantuvo al margen de todo?

Necesito saber lo cerca que estuvo mi madre de los asesinatos.

Necesito saber lo cerca que estuviste tú de mi madre.

34

Diez mercenarios aburridos

Llegó el domingo.

El lunes, en realidad, porque esperaron a que tocaran las cuatro de la madrugada. Para el Harén, era una hora tan buena como cualquier otra. «En el Harén no cierran nunca. Siempre hay alguien de guardia.» Y el domingo por la noche no habría nadie en las empresas de las inmediaciones, ni guardias de seguridad, ni peatones por la calle, porque a las tres ya habían cerrado las discotecas de algo más arriba. La noche del domingo al lunes era el momento idóneo.

Todos estábamos despiertos y en guardia en el Centro Logístico. Alicia, ante la pantalla del ordenador, las manos sobre el teclado, como si pilotara una astronave. Sobre la mesa, todo nuestro arsenal: tres pistolas y un revólver. Maragda, sentada y absorta, vestía mallas negras y un jersey muy ajustado, con una pequeña bolsa de cuero en el cinturón donde llevaba su navaja militar retráctil. Irma vestía ropa masculina y, curiosamente, parecía una chica disfrazada de chico. Cloe se había puesto ropa ajustada pero gótica, roja y negra, y un maquillaje que daba miedo. El rostro de Nuria era un mapa de cicatrices monstruoso, y su expresión resuelta de vengadora implacable quizá daba más miedo que Cloe. Nataly miraba al suelo, muy concentrada, y movía la boca como si estuviera masticando algo demasiado grande. O como si estuviera desgranando una sarta interminable de imprecaciones. Me hizo pensar en una atleta preparándose para correr los cien metros. También contaba con Mercy y Abiona, que se agarraban a dos cuchillos de cocina descomunales como si se pudieran esconder tras ellos. Habían insistido en estar presentes. Ellas conocían a unas cuantas de las personas que nos venían a visitar.

La furgoneta apareció en dos pantallas a la vez. Justo delante del edificio. Les habíamos reservado un aparcamiento unos veinte metros más abajo, disimuladamente, con unos conos. Tal como esperábamos, no hicieron caso

de los conos y metieron allí su vehículo. Una Renault Trafic Combi, de color negro, con los cristales tintados, tan discreta como si hubieran venido montados en un carro de combate.

—Ya están aquí —dijo Alice, innecesariamente.

—Todos a sus puestos —dije, en plan Patton—. Irma y Cloe, con las Glock, subid al pasillo del segundo. Tenéis que impedir que entren en las habitaciones. Mercy y Abiona, subid con ellas. Una en cada habitación y todas atentas para ayudar a las otras.

Las cuatro chicas salieron con las armas en la mano. Pistolas Glock y cuchillos.

Me volví hacia Nuria y Nataly.

—La HK y el revólver para vosotras —dije—. Esperaremos a ver qué hacen.

Dos hombres habían bajado de la furgoneta. Dos negros, el uno fornido y voluminoso y el otro delgado y huesudo, como un títere roto. Vestían gabardinas largas que, en aquella época del año y con la temperatura que hacía, solo podían servir para esconder armas largas.

—Dos —dije—, tal como esperábamos. —Miré a las chicas—. ¿Estáis seguras?

Movieron la cabeza con firmeza. Que sí, que sí, lo habíamos hablado mil veces. Lo más importante era que yo estaba muy seguro de ellas.

—Pues agarrad las Glock y una a cada lado de la puerta. Los recibís y salís corriendo, como ensayamos.

Sobraban los consejos. Ya salían por la puerta.

—Maragda, a la puerta trasera. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Maragda se puso el pasamontañas. Una sombra negra parecida a las que habían salido de la furgoneta.

Nos miramos con intensidad. Me emocioné un poco. No me gustaba pensar que iba a jugarse la vida.

Se fue sin hacer ruido. Como una sombra.

Acaricié el cuello de Alicia, que continuaba atenta a las pantallas y el teclado, y me dirigí al ascensor.

Los dos hombres que caminaban hacia la puerta del Harén eran el Hutu Kigali e Himba, de cuarenta y cinco y treinta y nueve años respectivamente.

El fornido y voluminoso era un hutu ruandés malcarado, de músculos de acero y manos como palas de excavadora. Le llamaban Kigali, Hutu Kigali, porque tanto él como su pasaporte decían que era oriundo de aquella población. Llevaba el cabello muy corto y una cicatriz le cortaba la frente y la ceja derecha. Bajo la gabardina ocultaba el Kalashnikov, y en un bolsillo interior, un machete inmenso con el que, años atrás, había cortado muchas cabezas. Cada día hacía gimnasia, pesas, corría y nadaba y se encontraba en plenas facultades. Se sentía poderoso y había llegado el momento de demostrarlo.

El hombre delgado y huesudo, como un títere roto, había nacido en una aldea muy pequeña de la provincia de Kunene o Kaokolandia, en Namibia, una de las regiones más desérticas y pobres del mundo, junto a la frontera con Angola. Sus compañeros le llamaban Himba porque este era el nombre de su etnia.

Fue el niño listo del pueblo elegido como el único de todos los niños que recibiría educación. Mientras los demás iban a trabajar a los campos miserables, él se reunía con el maestro en una cueva que servía de aula. Así es como se mantenía la sabiduría en pueblos de aquella zona: de un maestro, todos los conocimientos pasaban a un niño que crecería poseyendo en exclusiva las tradiciones y leyendas y erudición del pueblo para convertirse, el día de mañana, en maestro de un solo niño que debería cumplir la misma misión.

Cuando se convirtió en maestro de un solo discípulo, se enteró de que todas las familias del pueblo tenían unos ahorros reservados por si acaso algún día se decidían a emigrar y, sumando las cantidades hipotéticas, consideró que representaba una buena cantidad de dólares namibianos. Aprovechando su ascendencia sobre el pueblo, predicó el éxodo de los Himba hacia Occidente, que pintó como el paraíso.

Todo el mundo le hizo caso y así empezó la transformación de Himba. Quién le iba a decir que esta noche tendría que estar aquí, en la avenida del Tibidabo de Barcelona, ante la puerta de un palacio espléndido que todo el mundo conocía como el Harén.

El Hutu Kigali pulsó el botón del videoportero. Se encendió un foco deslumbrante.

—¿Quién?

No era la primera vez que iban allí. Sabían lo que tenían que decir.

—Somos clientes.

Eran dos clientes cualquiera que querían rematar una noche de copas en buena compañía. Iban confiados. Habían matado a mucha gente inocente y sabían que la gente inocente no ofrece resistencia. Se disponían a entrar en un burdel lleno de mujeres y dirigido por un desgraciado afeminado. Coser y cantar.

—De acuerdo —dijo Alicia—. Adelante.

Los habían instruido: entráis y matáis a todo lo que se mueva. Putas, clientes, seguratas y lo que sea. Y el Harén por fuera ofrecía el aspecto de siempre, las luces encendidas, una mancha de vida en la noche oscura de la falda del Tibidabo.

Alicia pudo ver que, detrás de estos hombres, de la furgoneta iba bajando el resto. Ocho individuos de negro, con pasamontañas. Chalecos antibalas. Los Kalashnikov a la vista. Daban miedo. Ellos tenían que irrumpir cuando los otros hubieran conseguido el acceso.

Querían dar miedo. Pero solo lo conseguían si no te fijabas mucho en la gran barriga del comandante y en ciertas dificultades en los movimientos de más de uno, y en el titubeo de muchos. El conductor había bajado la ventana y les daba las últimas instrucciones.

Era Harun Taleb, conocido como *el Yerno*. Para todos los efectos, Harun Taleb *el Yerno*, treinta siete años, era el delegado de Pokerace en Addis Abeba, encargado de las gestiones referentes a la importación de diamantes. Hacía unos días, cuando la policía buscaba a los gerentes de la empresa, él se mantuvo encerrado en su casa de la urbanización L'Omeda y su tío dijo que había desaparecido, igual que Alí y Hassan. Le estaban haciendo unos documentos falsos para que pudiera huir hacia Francia y tomar un avión que lo llevaría a su residencia habitual de Etiopía. Cuando pensaba en ello, lo veía como su exilio definitivo. Se lo quitaban de encima.

En cuanto el tío Ayyad compró todas las casas de L'Omeda, aquella urbanización abandonada y olvidada que rebautizaron como Qalcaddayda (La Fortaleza), ya encargaron a Harun que viajase a África para reclutar el ejército de mercenarios que tenía que protegerlos. Eso le permitió viajar de Etiopía a Mozambique, de Ruanda a Kenia, siempre alojándose en los mejores hoteles para turistas.

No era mucho trabajo. Enseguida conoció al que ahora llaman Hutu Kigali, porque se encontraron por primera vez en Kigali, y él se encargaba de todo. Sabía a quién llamar, qué barrios y tascas frecuentar, y sobre todo tenía muchos amigos y amigas en los principales burdeles de las principales ciudades africanas. Se acabaron instalando en Addis Abeba porque tal vez sea la gran metrópoli más segura de todo el continente.

A finales del 2007, llevaron a Sant Romà del Vallés a los siete hombres más peligrosos que encontraron. Los Siete Magníficos, los llamaban. Fue un desastre. Se presentaron en el pueblo como si estuvieran en la selva de Sierra Leona o en una ciudad sin ley del Far West. Destrozaron un bar, violaron a una chica, provocaron un tiroteo, hubo heridos de bala. Los detuvo la policía y el abogado de la familia De Santiago, que había acogido a los somalíes y tenían intereses comunes, intercedió por ellos. Protegiéndolos, dijo al juez que los De Santiago se habían equivocado al invitar aquella gentuza para corresponder a antiguos favores y que se encargarían de que salieran del país en cuanto hubieran cumplido la condena que les correspondiera. El juez consideró más prudente que aquella tropa nos dejara tranquilos antes de que conocieran la calidad de la comida de nuestras prisiones y se los quitó de encima.

A partir de aquel momento, Garay Quincoces, la Mastresa Matilde y el resto de la familia se dedicaron a impartir una especie de cursillo a los somalíes para que aprendieran que, si se querían quedar en Cataluña, deberían seguir unas reglas muy estrictas. Les repitieron una y mil veces que, aquí, la vida no era como en sus países de origen. No necesitarían para nada un ejército de guerreros con Kalashnikov, pero si el tío Ayyad insistía en tenerlo porque se sentía inseguro en aquella urbanización perdida en medio del bosque, sus cuidadores tendrían que responder ante toda la familia De Santiago, que incluía a los Klein, a los Pérez y a los Semiónov.

La segunda partida de guerreros, que ahora estaban a punto de entrar en el Harén, habían tenido que ser reciclados para no hacerse notar en la comarca. Nada de entrenamientos militares, nada de armas a la vista, nada de prácticas de tiro, nada de incursiones en el pueblo, ni un robo, ni una violación, ni un destrozo... Bajo pena de muerte.

Eso dio lugar a que aquellas diez personas se aburguesaran durante once años cobrando para jugar a cartas, o a videojuegos, o para ver la tele, o

películas, o series, o haciendo ejercicios en el gimnasio o nadando en la piscina para mantenerse mínimamente en forma. Porque habían ido a parar a un país donde nunca pasaba nada. Una vida regalada pero aburrida. Aburrida pero preferible a las vidas espantosas que todos habían conocido hasta entonces. También cobraban para pasar desapercibidos. Bajaban al pueblo por turnos y por separado, con la prohibición absoluta de crear problemas. Entre los aldeanos, si alguna vez se preguntaban quién eran aquellos inmigrantes, corría el rumor de que eran empleados de los somalíes, obreros de unas supuestas obras que se efectuaban en la urbanización L'Omeda. Como no hablaban el idioma de aquí y se empeñaban en no hablarlo, no había manera de aclarar el misterio.

—De acuerdo —dijo Alicia—. Adelante.

La puerta se abrió.

No tenían ninguna intuición de peligro. Traspasaron el umbral. El Hutu Kigali delante, Himba detrás.

Nuria y Nataly esperaban una a cada lado de la puerta, con la Glock montada y el percusor del revólver alzado, los brazos estirados de manera que las manos armadas quedaran más o menos a la altura de la cabeza de los hombres que tenían que entrar.

Hutu Kigali, con aquella apariencia de oso feroz, siempre presumía de haber participado en el genocidio de tutsis, en Ruanda, en abril de 1994. Entonces tenía veintitrés años, pertenecía a las milicias llamadas Interahamwe e iban a la caza del tutsi. Mataron a muchos, decía. Más de cien. Era un hutu *matatutsis*.

Años atrás, Himba fue a Namibe, Angola, con el dinero que le habían dado sus vecinos, los que lo habían visto crecer y convertirse en detentor de las tradiciones, los que confiaban en él, y compró una furgoneta, un viejo barco que no podía ir a ninguna parte y un paquete de explosivos. Volvió a la aldea y prometió que llevaría a todos los aldeanos al paraíso de Occidente. Les enseñaba postales que había encontrado en el mercado de Namibe: Saint Tropez, Nueva York, París, la Plaza Roja de Moscú. Abandonaron las casas donde habían vivido toda la vida, ellos y sus padres y sus abuelos, y formaron una pobre caravana hasta el río Kunene, que traza la frontera con Angola. Himba embarcó a las familias en el barco y, por la noche, soltó amarras, y cuando el barco estaba en medio del río (caudaloso, el único perenne de la

zona), lo hizo explotar.

La proeza no le salió muy a cuenta porque el barco, la furgoneta y los explosivos le habían costado mucho dinero.

Vestido con una túnica y con el aire ascético de un anacoreta, se fue al poblado vecino. Aquella vez, sin embargo, se había procurado una ametralladora y repitió la operación sin barco y llevándolos en medio del desierto, donde los fusiló. Veinte o treinta personas, hombres, mujeres, viejos y niños. Pero algunos escaparon. Los vio correr asustados hacia el horizonte y él huyó en dirección contraria, hacia Angola, hacia Namibe, donde había hecho algunos amigos que tendrían que ayudarlo.

Nuria y Nataly apretaron los gatillos.

Primero Nuria, con la boca del cañón a un centímetro de la sien del Hutu Kigali.

Cuando alguien quería escucharle, Hutu Kigali solo sabía hablar de la gran cantidad de tutsis que habían matado aquel abril del 94.

—Ochocientos mil, matamos, ochocientos mil putos tutsis. Y violamos a las mujeres supervivientes. —Se reía, lo pensaba mejor y, después de una pausa, añadía—: Y, nueve meses después, matamos a cinco mil niños nacidos de aquellas mujeres violadas.

Se vanagloriaba de ello. Estaba muy orgulloso de lo que había hecho.

Nataly, que quedaba oculta detrás de la puerta, se tuvo que desplazarse y se encontró ante el hombre privilegiado de Namibia, el revólver apuntándole justo entre las cejas.

Después de haber ametrallado a los vecinos del segundo pueblo en el desierto, Himba se sintió perseguido. Era el más paranoico de los guerreros del tío Ayyad. En Namibe le pareció que veía a los supervivientes de su matanza, o tal vez a los fantasmas de las víctimas, y se trasladó al otro extremo de África, convencido de que lo iban a perseguir. En Etiopía, Addis Abbeba, conoció al Hutu y Harun y los convenció para que lo contrataran. Presumió de que había matado a mucha más gente de la que realmente había matado. Una noche de borrachera le pidieron que matara a un peatón al azar, para ponerlo a prueba, y lo hizo. En los últimos diez años se había convertido en un borracho maníaco, asustado y amargado que gritaba de terror por las noches, atormentado por las pesadillas.

Las dos detonaciones llegaron a los oídos de la banda que afuera ya se

había puesto en movimiento.

Disparos. Y no habían sido los AK-47 del Hutu e Himba.

Los ocho hombres de negro cubrieron la distancia que los separaba de la puerta con las cabezas gachas.

Harun también había oído los disparos y había levantado la cabeza, en tensión. Se había iniciado el combate. Fumaba sentado en el interior de la furgoneta, cargado de coca y pastillas, horrorizado ante la perspectiva de perder los nervios. Quería acabar con aquello de una vez. Hacerse con el pasaporte y los billetes que le estaban preparando y perderse por el mundo definitivamente. Si fuera rey, le habrían llamado Harun *el Humillado*. Se había querido casar con Nada Badreddin, la hija del gran Nabil *Señor de la Guerra*, y también quiso ir a vivir a la fortaleza de Abaabulan y disfrutar de los favores del hombre más poderoso de la comarca. Aquello lo puso en una situación falsa, porque tendría que haberse llevado a su mujer y haberla instalado en un palacio propio, pero el estado de tensión que se vivía en Somalia no lo hacía aconsejable y ni Nabil ni el tío Ayyad querían separarse de la hermosa Nada, así que todo el mundo estuvo de acuerdo en que Harun renunciara a los privilegios de su familia y se sometiera a la autoridad de los Badreddin y los Al-Yaafari.

A la muerte del señor de la guerra Nabil, cuando el tío Ayyad decidió abandonar Somalia, Harun habría tenido que quedarse allí reteniendo a su mujer e hijo, pero ya no le dieron opción. Nada Badreddin era la niña de los ojos del tío Ayyad y el viejo no se iría nunca del país sin llevársela.

Al llegar a Cataluña, la crisis del matrimonio se hizo patente. Como no se entendían, el tío envió a Harun a África para buscar guerreros y, en su ausencia, Nada se contagió de las ideas progresistas occidentales, suplicó al tío que le permitiera hacer una carrera universitaria, y él le concedió el favor sin consultar con el marido. No pasó mucho tiempo antes de que Nada decidiera alquilar un piso para ella y su hijo en Barcelona, porque no soportaba el aislamiento aburrido de la urbanización. Y Harun Taleb, conocido como *el Yerno*, cuando volvió a casa no se atrevió a enfrentarse a la voluntad y las decisiones del tío Ayyad.

Tampoco fue capaz de oponerse días atrás, cuando el tío Ayyad le dijo que fuera con el congoleño Bambang y el guineano Nico y se encargaran de aquella vieja.

A plena luz del día. En el centro de Barcelona, en plena plaza Molina.

Apareció la vieja, cruzó la calle presurosa y él les dijo a Bambang y a Nico: «A por ella, yo os espero en el coche». No quería arriesgarse. Lo buscaba la policía y le estaban preparando la documentación y el billete para largarse a Addis Abeba. No podía correr el peligro de que lo detuvieran. La vieja sacando dinero del banco y el congoleño y el guineano acercándose a ella muy decididos. Lo que le iban a hacer, fuera lo que fuera, sería un estallido de sangre en medio de la apacible normalidad de aquella tarde soleada. Un cataclismo, una catástrofe. La policía no podría ignorarlo. No estaban en Somalia, ni en Etiopía, ni en el Congo ni en Guinea. No había miedo en las calles y eso significaba que no había motivos para tener miedo, de manera que la irrupción de la violencia, la muerte y la sangre serían equivalentes a una maldición que se había de volver contra ellos.

Y los dos sicarios fallaron. La vieja gritó y huyó corriendo. Cruzó la calle sin mirar.

Entonces, Harun Taleb *el Yerno*, treinta siete años, delegado de Pokerace en Addis Abeba, sin pensar, aceleró el coche y la atropelló. Habían ido allí para ocuparse de la vieja y lo hizo de manera automática. Y huyó, poniendo en riesgo su posibilidad de huir para siempre.

Desde entonces, Harun *el Yerno*, Harun *el Humillado*, vivía sumido en el terror. Y cuando creía que su vida no podía ser más angustiada, tío Ayyad decía:

—A por el Harén. No dejéis a nadie vivo en él.

Se ahogaba, se ahogaba. Estaba deseando que acabara todo aquello de una vez.

Harun *el Humillado*, acabemos de una vez.

Los ocho comandos se habían apiñado a ambos lados de la puerta, petrificados, aguantando la respiración.

El interior estaba absolutamente oscuro.

Llevaban linternas en la frente, pero podía ser un suicidio entrar con las luces encendidas. Una invitación al tiro al blanco.

—No encendáis las linternas —susurró el veterano Bambang—. Entrad rápidamente y desplegaos. Contra las paredes. Cuidado con no dispararos los unos a los otros. A la de tres. Uno, dos, tres.

Entraron, rápidamente, Bambang, los Gulus, el Tutsi, Saki, Joao y Nico.

Uno de ellos tropezó con los cuerpos caídos, otro resbaló sobre la sangre.

—¡Cuidado, aquí!

Cuchicheos:

—Desplegaos, desplegaos, contra la pared.

Silencio de respiraciones agitadas y latidos de corazones alterados. La mayoría de estos ocho hombres tomaban conciencia de que hacía mucho tiempo, demasiado tiempo, que no vivían una situación parecida. Pensaban que esto no era posible en una sociedad como la que habían conocido hasta entonces. Una sociedad donde podían pasar meses, incluso años, sin tener contacto con la muerte. Incluso a ellos les parecía imposible que, de golpe, Kigali e Himba estuvieran muertos.

En el Centro Logístico, Alicia pulsó la tecla correspondiente y la puerta blindada de la entrada se cerró con ruido siniestro. Sin la luz de la calle, la oscuridad fue absoluta. Se oyó un gemido, quizá de alguno de los Gulus. Se les oía murmurar sus nombres, «Gulu Mbili», «Gulu Tatu».

Los Gulus eran tres chicos, los más jóvenes de la brigada, de veintiséis, veintisiete y veintiocho años, y su comportamiento era el más conflictivo. El resto de la banda los consideraba locos, siempre juntos, siempre parloteando entre ellos en aquel dialecto acholi que no entendía nadie. Formaban un grupo compacto que era como un generador de pánico. Tenían tanto miedo que lo irradiaban y lo transmitían. Nadie se explicaba por qué los habían contratado Harun y el Hutu Kigali, pero Bambang los quería a distancia, sobre todo si se aproximaba el momento del combate. Se hacían llamar Moja, Mbili y Tatu, que en swahili significa Uno, Dos y Tres.

—Gulu Moja.

—Gulu Mbili.

—Gulu Tatu.

Bambang siseó, impaciente, y se decidió a encender su linterna. No podían avanzar en la oscuridad. La luz cayó sobre los dos hombres caídos, como fardos de ropa, y todos los presentes recordaron los miles y miles de cadáveres que habían visto a lo largo de sus vidas. Bambang fue consciente de que ofrecía un blanco perfecto para cualquier francotirador y se resignó a perder la vida en el instante siguiente. Pensó que, de hecho, ya había sido derrotado hacía mucho tiempo, en Somalia, cuando murió el señor de la guerra, Nabil, su señor. Desde entonces, vivía de propina.

—Adiós a todo el mundo —murmuró para sí mismo—. Adiós, si me ha llegado la hora.

Era un veterano de la guerra del Congo belga. Ya tenía sus buenos sesenta años.

Hacía muchos años que protegía a la familia Badreddin. Él era quien comandaba el pelotón de seguridad que un día de diciembre del 2006 rodeaba al señor de la guerra Nabil Badreddin y que de pronto recibió un ataque con bazucas. Entonces, Bambang estaba a punto de cumplir los cincuenta años y se encontró en medio de una gran explosión, volando y cayendo violentamente sobre unas rocas. Durante unos instantes, pensó que había muerto y que, después de todo, el saldo de su vida era positivo. Pero recuperó el conocimiento y, cuando comprobó que su idolatrado jefe estaba muerto, se hundió en una profunda sensación de fracaso. Su estado depresivo era tan lamentable que el tío Ayyad, cuando abandonó Somalia, se lo llevó al exilio como premio de consolación por todas las ocasiones en que el guerrero se había jugado la vida por la familia.

El abogado Garay Quincoces les había dicho que el reducto donde yo me escondía estaba en el piso de arriba y que un ascensor les llevaría allí directamente. Como jefe del pelotón, organizó el despliegue: —Tutsi, Saki, Joao, conmigo en el ascensor. Los Gulus, por la escalera. Nico, quédate en el vestíbulo. Otro quizá hubiera protestado. Nico, Nicanor de Guinea, no lo hizo. Sabía que Bambang lo dejaba atrás porque consideraba que, en el fondo, era una buena persona y, en aquellas circunstancias, las buenas personas no servían para nada.

En el hospital de Malabo solo había un médico y una enfermera para atender ciento sesenta camas de pediatría. Al hijo de Nico, enfermo de malaria, lo enviaron a casa porque consideraron que había otros pacientes más graves que él. Nico no creía en los curanderos tradicionales y no podía pagarse un hospital privado porque pertenecía a la población que sobrevivía en Guinea Ecuatorial con menos de dos dólares al día.

El niño, su hijo, murió.

Nico tenía tres hijos más pequeños todavía: los dejó al cuidado de su madre y marchó de casa diciendo «Ya volveré».

Bambang no se fiaba de él. Había fallado el día en que fueron con Harun Taleb a por la vieja. Se había anquilosado en aquellos once años de

inactividad. Se había aburguesado. Había perdido su espíritu guerrero si es que alguna vez lo había tenido. Bambang estaba especialmente irritado con él porque alguna vez lo había considerado amigo, habían jugado a cartas muchas veces, se habían contado muchas confidencias, habían ido juntos a pescar o de putas o al cine, se habían reído con las mismas películas y con las mismas chicas, se sentían bien juntos y Bambang confiaba en el coraje del guineano.

Y aquel día, cuando salieron del coche en la plaza Molina, cuando cruzaron la calle detrás de la vieja, notó cómo su amigo flaqueaba.

—No podemos hacerlo aquí en medio, a la vista de todos —dijo Nico.

Iba a detenerse. A Bambang se le heló la sangre. Ya tenían las manos en los bolsillos, ya sujetaban los cuchillos con que iban a matar y, de repente, ¿no podían hacerlo allí en medio, a la vista de todos?

Retrocedió para agarrarlo de la manga de la chaqueta y tirar de él, y eso fue lo que alertó a la vieja. Un movimiento de vaivén, de titubeo imprudente, impropio de un auténtico guerrero. La vieja los vio, adivinó sus intenciones, gritó y echó a correr.

Nico también emprendió la carrera pero huyendo de allí, buscando la primera esquina, y Bambang se vio obligado a ir tras él.

¿Se vio obligado a ir tras él?, se pregunta ahora con rabia.

Suerte tuvieron de la decisión y la valentía de Harun Taleb, que se atrevió a embestir a la vieja con el coche, en pleno centro de Barcelona.

Bambang y Nico llegaron juntos a la urbanización de los Badreddin, caminando tranquilamente, planeando excusas por si el tío Ayyad los recibía de mal humor. Luego, no pasó nada. Habían matado a la vieja y eso era lo importante: la misión había culminado con éxito. No hacía falta hablar más de ello.

Pero Bambang había perdido la confianza en Nico.

Y, al mismo tiempo, se preguntaba qué debía de pensar Nico de él. Al fin y al cabo, habían corrido juntos en la misma dirección y, si de él dependiera, la vieja todavía estaría viva.

¿Se fiaría Nico de Bambang?

Los tres Gulus, sin chistar, se dirigieron a la escalinata. Bambang los enviaba por la escalera para que no enredaran, porque eran los más locos de todos. Si se ponían a disparar de cualquier manera, que se mataran entre

ellos.

Los Gulus habían nacido en un pueblecito norteño de Uganda, en la región de Gulu, por eso los habían bautizado así. El 1997, llegó al pueblo un escuadrón del Ejército de Resistencia del Señor de Joséh Kony. Eligieron a estos tres chicos, que entonces tenían seis, siete y ocho años, y los enrolaron como soldados. Les obligaron a matar a sus padres como ceremonia de iniciación, para probar su coraje, su predisposición y para no ser fusilados. Estaban tan aterrorizados que no eran capaces de hablar ni de decir sus nombres y por eso los llamaron Gulu Moja, Gulu Mbili y Gulu Tatu, el Uno, el Dos y el Tres.

Los llevaron a un campo de entrenamiento del sur de Sudán. Fueron guerrilleros y esclavos sexuales. Se infiltraban fácilmente entre el enemigo dada su corta edad, y asesinaban a sangre fría. A lo largo de sus vidas, habían violado, descuartizado y cometido todas las atrocidades posibles con la excusa de que luchaban contra el Gobierno de su país, aunque no sabían qué quería decir *gobierno*, ni *política*, y nunca habían estado en la capital de Uganda, Kampala, ni conocían su existencia. En el 2002, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas emitió un comunicado de condena contra el uso de niños como soldados. El comando donde estaban Moja, Mbili y Tatu se encontró, en la selva, con un destacamento de cascos azules y sus jefes les ordenaron que huyeran, asegurando que, si los encontraban, los cascos azules los violarían y los matarían.

Moja, Mbili y Tatu mataron a cinco durante su fuga.

Ahora subían las escaleras y llegaban al primer piso con los dedos en los gatillos de los AK-47.

Bambang, Joao, Saki y Tutsi se metieron en el ascensor.

Joao había sido policía en Maputo, la capital de Mozambique.

Los amigos le llamaban *el Filósofo* porque su tema de conversación preferido era el Mal. Cuando menos lo esperaban, Joao emergía de un silencio reflexivo y denso, durante el cual probablemente había ido dando un repaso a su vida, y exclamaba en voz muy alta, para que lo oyera todo el mundo, que el Mal no tiene límites.

Incluso había escrito un libro sobre el tema, y alguna vez, con permiso del tío Ayyad, había ido a Barcelona para ofrecerlo a las editoriales. No había conseguido colocarlo y últimamente se planteaba editárselo él mismo. No

acababa de animarse porque era prácticamente analfabeto y no sabía por dónde empezar.

—Si emprendes la senda del Mal —decía con tono de predicador—, descubres que el camino hace pendiente, que es como un tobogán y que ya no puedes parar.

Según contaba, su vida había sido la parodia de una patraña moral. Como policía de Maputo, había empezado cobrando sobornos a los ciudadanos por supuestas infracciones de tráfico. Luego, cobraba de algunos delincuentes que, en el mercado de La Estrella, venían piezas de coches, como limpiaparabrisas o espejos retrovisores, e incluso faros, que habían robado poco antes. Normalmente, los vendían a los mismos propietarios del vehículo saqueado. Un día, se decidió a robar él mismo las piezas de coche y a revenderlas en un puesto del mercado donde situó a una novia que tenía. También prostituyó a esa chica y a unas amigas suyas.

El hombre a quien llamaban Tutsi, siempre callado, encorvado y cabizbajo, en realidad era hutu, como Kigali, pero los otros castigaban su laconismo y su reserva tomándole el pelo. Sobre todo Saki, el cazador, se había inventado que era un tutsi disfrazado, porque no presumía, como Kigali, de su participación en el genocidio ruandés. La verdad es que todos temían que fuera un arrepentido, alguien que lamentaba el mal que había cometido, y eso era imperdonable en una banda como aquella, donde todos habían perdido la cuenta de los hombres que habían matado.

Saki era el fantasma del comando. Un vividor. Un gigante negro de cuarenta y siete años, con cabellos muy blancos contrastando con su piel tan negra, bebedor, vital, charlatán, mentiroso, siempre el alma de la fiesta. El bromista, el que siempre andaba picando a todos. Usuario habitual de las chicas nigerianas y supersticiosas de la nave de Viladaurada. Se reía de aquellas pánfilas ingenuas y crédulas, y además de abusar de ellas, les gastaba bromas pesadas. Se reía de todo el mundo. Sobre todo de Tutsi. Nadie se explicaba cómo había conseguido convencer a Harun y al Hutu Kigali para que lo reclutaran.

Bambang pulsó el botón del tercer piso, el que estaba marcado con un tres, pero el ascensor, en lugar de subir, después de una leve sacudida, bajó.

Alicia dirigía la operación desde el Centro Logístico.

—¿Dónde vas? —gritó Saki, siempre escandaloso—. ¡Es arriba!

—¡He pulsado el tercer piso! —se justificó Bambang con un gemido.

Una vez en el oasis de Cataluña, Bambang ya había considerado que aquel había de ser el final de su vida. En aquella urbanización en medio de un bosque plácido no tendría que matar y destruir constantemente, como estaba acostumbrado a hacer, y no le costó nada obedecer las consignas de los De Santiago y adaptarse a una vida pacífica. En L'Omeda nunca pasaba nada. Nadie atacaba, nadie se jugaba la vida, nadie robaba, nadie violaba. Su trabajo únicamente consistía en controlar a sus hombres para que no cometieran disparates por la comarca. Y, poco a poco, aquel estilo de vida lo amodorró, lo aburrió y acabó haciendo que se obsesionara con la convicción de que él había muerto el día en que murió su señor Nabil y se dedicara a la bebida y engordara. Si alguna vez empuñaba una pistola, para limpiarla y engrasarla, ya no pensaba en matar a nadie más que a sí mismo. Cuando veía películas de Hollywood, le gustaba identificarse con los viejos luchadores que, a pesar de haberse abandonado al alcohol y a la decrepitud, el día que era necesario sacaban pecho, empuñaban un arma y se lanzaban al combate como cuando eran jovencitos.

Y por fin, de golpe y porrazo, había llegado el gran día. Iba con la cabeza enturbiada por el coñac, le temblaban las manos que sujetaban el Kalashnikov, su barriga le marcaba un perfil grotesco y no podía olvidar que había huido de la plaza Molina con Nico, pero en el espejo del ascensor quería ver a un héroe dispuesto a vender cara su vida. No se le ocurría por qué ni por quien debería dar su vida, pero a lo mejor sí que intuía que aquella sería la última misión de un guerrillero.

—Es una trampa. Nos estarán esperando. A discreción. En los segundos que el ascensor necesitó para llegar al sótano, Saki miró al Tutsi impasible y cabizbajo, un poco encorvado. Cualquiera podía darse cuenta que estaba preparando para él una de sus bromas. «Tú eres un tutsi que se camufló para que no lo mataran; eres un tutsi que parece hutu.» Le cantarían el viejo charleston: «*If you knew Tootsie, like I know Tootsie...!*».

El ascensor se detuvo.

Entretanto, los Gulus acababan de llegar al infierno. Subiendo las escaleras del primero al segundo piso, habían llegado al pasillo de paredes blancas donde habitualmente proyectábamos imágenes fascinantes con aparatos ocultos. Aquella vez, no obstante, no me atrevería a calificar de

fascinantes las visiones del universo que envolvió a los tres niños soldados. Flashes de Christopher Lee convertido en el Drácula más terrorífico, el Jack Nicholson asesino enloquecido de *El Resplandor*, *Alien*, *Parque Jurásico*, los muertos vivientes, el infierno, el demonio, cadáveres destripados. Y sueños de jaguares o panteras o animales mitológicos y perversos. Habíamos creado la performance basándonos en el principio de que quienes sometían a las chicas con supersticiones tenían que ser forzosamente supersticiosos y miedosos, y habíamos tropezado con los mejores receptores para nuestro tren de la bruja. Los tres Gulus, contenedores de todos los miedos del mundo, estallaron.

Aunque no hablaban mucho, se sabía que en el 2003 habían luchado contra Boko Haram en Nigeria y que en el 2004 habían sido reclutados por la empresa británica de mercenarios *Actum Services* pero los habían expulsado enseguida por indisciplina.

En Somalia, trabajaban para un barco pirata cuando los localizó uno de los *scouts* de Harun Taleb, que recorría el mar ofreciendo información y trabajo, y los contrató. A partir de aquel momento, su vida se había vuelto de color de rosa en la urbanización L'Omeda y tal vez ya no contaban con volver a encontrarse nunca más con sus demonios.

Y ahora los demonios los pillaban desprevenidos.

Chillando, convulsos, frenéticos, se agruparon primero en medio del pasillo y, a continuación, al distinguir una de las puertas a la derecha, presionados por la angustia, buscaron allí la salvación.

Gulu Moja fue el primero en llegar al pomo y hacerlo girar. Contuvo a sus hermanos en un último frenazo, enfrentado a la negrura de una habitación dónde intuyó una trampa mortal.

Era una trampa.

Se llamaba Irma, era un chico vestido de chico que parecía travestí, y tenía el brazo muy estirado, rígido, sujetando una pistola Glock a la altura de la sien de la persona que entraba. Un joven asustado al que llamaban Gulu Moja.

Este, el mayor de los tres, había ideado un sistema para dominar el miedo: contaba a sus hermanos cuentos de dioses o enanos o amuletos o flores u objetos protectores. Una melodía, un sonido, cualquier cosa se convertía en escudo protector que les infundía seguridad. Necesitaban una protección de

este tipo para hacer cualquier cosa, levantarse de mañana, bajar al pueblo, asumir las obligaciones cotidianas, atravesar aquella puerta que se abría a la oscuridad.

Aquel domingo, Gulu Moja se había inventado unos chicles mágicos. Había repartido uno a cada Gulu en la furgoneta, durante el trayecto hacia el Harén. Los otros miembros del comando los miraban y les escuchaban con expresión burlona. Gulu Moja dijo a Mbili y a Tatu que debían masticar continuamente aquel chicle y, de vez en cuando, tenían que pronunciar su nombre para reafirmar su existencia y ser inmunes a cualquier amenaza.

—Tenéis que decir «Gulu Mbili», y tú «Gulu Tatu», de vez en cuando.

—Gulu Mbili.

—Gulu Tatu.

—Es muy importante.

—¿Y tú?

—¿Yo? Ah. Gulu Moja.

—Gulu Mbili.

—Gulu Tatu.

—Y masticar el chicle.

Gulu Moja debió de ver algo con el rabillo del ojo e hizo un movimiento brusco de retroceso. La bala, que podría haber penetrado en su cráneo por la sien y acabado en un instante con los sufrimientos del chico, falló por solo unos milímetros y reventó ambos globos oculares y el puente de la nariz. Gulu Moja chilló, cegado, y retrocedió hasta chocar con la pared del pasillo. Gulu Mbili, que iba detrás de él, disparó el Kalashnikov contra la pared, junto a la puerta, donde calculaba que debía de encontrarse el enemigo que había disparado contra su hermano. Quería que las balas atravesaran el muro, como había hecho tantas veces en cabañas o edificios precarios africanos, pero aquellos no eran tabiques de pladur o esas mierdas que se hacen ahora; la pared estaba construida con ladrillos muy resistentes, como las de antes, o tal vez incluso fuera una pared maestra, y las balas rebotaron; catorce proyectiles por segundo, si imaginamos que estuvo tres segundos pulsando el gatillo antes de reaccionar, serían cuarenta y dos balas llenando al pasillo con furia mortal. Él mismo recibió diecisiete o dieciocho impactos en diferentes lugares del cuerpo. Gulu Moja recibió dos que le paralizaron el brazo y lo hicieron caer al suelo. Gulu Tatu, el benjamín del trío, recibió dos en el

pecho, pero no murió. Enloquecido de terror, después de ver, ensordecido por las detonaciones, que Moja salía disparado de la habitación con el rostro ensangrentado y Mbili disparaba una ráfaga y explotaba como por combustión espontánea, liberó los esfínteres, pipí y caca, emitió un chillido muy poco viril, tiró el arma y quiso retroceder hacia la escalera, hacia el vestíbulo, hacia la seguridad de la calle. Chillaba y lloraba como un niño todos los chillidos y todos los llantos que no había podido soltar durante su infancia. Estuvo a punto de chocar contra la versión más gótica de Cleo, casi un palmo más alta que él, terrorífica como un vampiro del diecinueve, la figura de la muerte. Más tarde, Cleo aseguraría que el chico ya estaba muerto cuando ella disparó la pistola. Tenía los ojos dilatados, el rostro petrificado en una mueca de muerto, todo el cuerpo agarrotado por el rigor mortis. Probablemente, un ataque cardíaco. La bala, que le rompió la ceja izquierda, no debió de dolerle en absoluto.

A continuación, nuestra gótica preferida, fríamente, se dedicó al chico ciego y herido que gimoteaba acurrucado en el suelo.

Pam.

A las sombras de la avenida del Tibidabo, se acababa de añadir otra, delgada y menuda, procedente de la parte trasera del Harén.

Harun Taleb no la vio llegar.

Había oído detonaciones dentro de la casa y suponía que el comando estaría terminando su trabajo con toda facilidad.

«Que acaben de una vez y vámonos de aquí.»

Harun Taleb nunca había entrado en combate. Si alguna vez, en sus visitas a lugares siniestros, se había encontrado en peligro, siempre había tenido a su lado al Hutu Kigali, fiel y fuerte, que se la había jugado por él.

Aquella era la primera noche que se sentía claramente en peligro. Buscado por la policía, que tal vez ya sospechaba su participación en el asesinato de la vieja de la plaza Molina, y responsable de la invasión del Harén, con todos los asesinatos que se estaban cometiendo en su interior. Se sentía enfermo de miedo, ansioso por largarse de Cataluña de una vez, de perderse por el mundo, olvidar a la maldita familia Badreddin o Al-Yaafari, que siempre lo había despreciado, que estaban deseando quitárselo de encima. Odiaba a su esposa Nada que lo había humillado, y odiaba al niño que nunca le habían dado oportunidad de amar, y se odiaba a si mismo porque sabía que nunca

sería capaz de matar a Nada ni al niño. Le daban demasiado miedo los Badreddin, estaba muerto de miedo.

Inesperadamente, una sombra abrió la puerta de la furgoneta de un tirón y Harun Taleb *el Yerno* ya estaba muerto.

Nico, Nicanor de Guinea, en el vestíbulo, se había relajado. Había encendido la linterna que llevaba en la frente y contemplaba los tapices del Paraíso y del harén. A lo mejor descubrió la felación del rincón, o la postura del perro detrás de la columna, o el cuadro lésbico del diván.

No parecía que le afectaran en absoluto los ruidos que llegaban de diferentes lugares de la mansión, los disparos y los chillidos de los Gulus en el segundo piso, las ráfagas y los gritos del sótano.

Se había ido de casa diciendo «Ya volveré».

Era 1996 y la multinacional Mobil había iniciado la extracción de petróleo en Guinea. Nico fue a ofrecerse al departamento de seguridad de la multinacional como confidente y «hombre para cualquier cosa». Lo contrataron. E informó, y denunció gente de la que se había hecho amigo previamente, y también hizo cualquier cosa. Muchas «cualquier» cosas.

En el 2003 se formó un Gobierno de Guinea Ecuatorial en el exilio dirigido por Severo Moto. Contrataron a una empresa de mercenarios (con sede en las Islas del Canal) para derrocar al Gobierno de Obiang. Nico se infiltró y contribuyó a frustrar la organización del golpe de estado de marzo del 2004, donde participaba el hijo de Margaret Thatcher, Mark Thatcher.

En Gibraltar, trabajó para otra empresa, propiedad de un español llamado González, y cometió una serie de asesinatos de opositores a Obiang en diferentes países de África y Europa.

Para él, encontrar a Harun y al Hutu Kigali, conseguir que lo contrataran y trasladarse a la urbanización L'Omeda de Cataluña fue una bendición. Durante más de diez años había podido enviar dinero a su mujer y sus hijos, que se instalaron en Malabo.

Sus tres hijos crecieron sanos y felices y pudieron estudiar. Y cuando los dos mayores se independizaron e hicieron su vida, Nico, Nicanor, hizo que su mujer y el pequeño se trasladaran a vivir a una casita modesta de Sant Romà del Vallés. Ahora, Nico ya había cumplido cuarenta y siete años y estaba cansado. Repartía su tiempo entre L'Omeda y la casita de Sant Romà.

Y, abajo, ¿qué había pasado en el sótano?

Que el ascensor se había detenido y se habían abierto las puertas.

Y el jefe del pelotón Bambang, y aquel hutu al que llamaban Tutsi, y el cazador Saki y el policía Joao salieron con sus armas en ristre y se encontraron conmigo, que los esperaba sentado tranquilamente en mi sillón preferido, sonriendo y dispuesto a darles la bienvenida.

En un instante, Bambang revivió una emoción muy antigua y dejó de ser el veterano jefe de un comando despiadado para ser aquel niño que sintió por primera vez, en Katanga, el tableteo de una ametralladora lejana. «*Ils sont les Affreux*», decía su padre con miedo, porque así es como llamaban a los espantosos mercenarios de Bob Denard. Le daban tanto miedo los *Affreux* que el joven Bambang se hizo su ferviente admirador y decidió convertirse en mercenario. En 1977, a los veinte años, se presentó en las islas Comores, donde Bob Denard era un depravado reyecillo, y se unió a sus filas. La primera vez que entró en combate fue en Benin, cuando quisieron derribar al Gobierno en un golpe de Estado que no salió bien. Luego, siguió a Denard al Gabón y a Rhodesia en 1979. Entre 1980 y 1992, fue asesor militar de la Unión Nacional por la Independencia Total de Angola, la UNITA, y en 1993 se fue a Somalia, donde le parecía que le esperaba el futuro. Allí había conocido a Nabil Badreddin.

Saki tenía miedo. Todo el mundo dudaba de que hubiera matado alguna vez a una persona. Decía que había sido cazador furtivo en Sudáfrica, en el parque nacional Kruger, al nordeste del país. Decía que se dedicaba a matar elefantes y al tráfico ilegal de marfil y de cuerno de rinoceronte y, si alguien lo miraba con desdén porque no era un verdadero asesino, añadía que también había matado a guardias forestales. «Más que elefantes», añadía. «Y he matado a más de cien elefantes.»

Y si todavía lo trataban con conmisericordia, entonces hablaba del asesinato de Dian Fossey.

Joao, el policía, el filósofo, en su vertiginosa caída por el tobogán del delito, finalmente había usado la pistola reglamentaria para cometer atracos en solitario en lugares marginales de la capital, como la avenida Marginal, la zona de la Baixa, la calle Frédéric Engels, la avenida Joaquín Chissano, la avenida de Angola, los alrededores del Jardim dos Namorados, el aparcamiento del hotel Cardoso... Ah, y llegó a controlar dos burdeles.

Más tarde, se animó a asaltar unos autobuses pequeños que allí denominan

chapas, saqueando al pasaje, sobre todo cuando algunos turistas se habían atrevido a utilizar aquel medio de transporte. Entonces ya lo ayudaban tres amigos íntimos, amigos del alma, con los que fue consolidando una banda que llegó a ser famosa.

Nunca habría imaginado que, un día, saldría de un ascensor disparando un Kalashnikov contra un hombre que lo esperaba sonriendo y cómodamente sentado en un sillón.

Del ascensor habían salido a un vestíbulo de paredes de hormigón y dirigieron las ráfagas contra un cristal de 66 mm, muy transparente, eso sí, tan limpio que no se veía que estuviera ahí, de ese que se llama «cristal laminado de seguridad», que consiste en unas láminas de cristal donde se han intercalado unas capas de butiral de polivinilo, etilo vinilo-acetato y resinas activadas por luz ultravioleta.

Fue un visto y no visto, porque este material es resistente a las balas de AK-47 pero enseguida se vuelve opaco por el efecto de los impactos, de manera que me ahorré el espectáculo de la sangre y las contorsiones de los cuatro atacantes que se vieron atacados por un enjambre de balas que rebotaban de pared a pared y les encontraban en medio como obstáculo vulnerable.

El mercenario Bambang nunca habría soñado terminar sus días en una tierra donde nadie sabía lo que era la guerra. Cuando él llegó a Cataluña, ya hacía sesenta y ocho años que se había terminado la última contienda y treinta y dos que no se realizaba ninguna ejecución sumaria. Nunca se oían tiros y, en el bosque, podías cerrar los ojos, desprevenido, y aspirar el aire puro y disfrutar del canto de los pájaros. Si alguien le hubiera preguntado jamás (nadie lo hizo) si añoraba la guerra, habría dicho que sí, que sin duda, que echaba de menos la adrenalina en la sangre, que quería ver de nuevo la muerte de cara, que si no veía la muerte ante sí, en el punto de mira del fusil, era cómo si la llevara dentro. Pero lo cierto era que aquella noche, con el jersey negro cubriendo su chaleco antibalas, y aquellos pantalones negros, y las botas, y el pasamontañas que lo convertía en una sombra, experimentaba una sensación muy diferente de la que esperaba. Un viaje de vuelta al infierno. ¿Y quién quiere volver al infierno cuando ha conocido el cielo?

Bambang nunca habría pensado que lamentaría tanto irse definitivamente al infierno.

Un día, Bambang había tirado de la lengua al hutu a quien llamaban Tutsi, y para hacerle hablar casi tuvo que recurrir a la disciplina militar. Entonces, aquel hombretón encorvado de voz grave dijo, indiferente, que había conducido a muchos tutsis al estadio y a la iglesia de su pueblo y que allí participó en las torturas y los fusilamientos, pero no lo dijo con suficiente convicción ni con el fanatismo que se podía esperar, sino únicamente por quedar bien.

A menudo, el hutu a quien llamaban Tutsi bajaba a Sant Romà y se le veía circular con las manos en los bolsillos, como uno de tantos inmigrantes negros que trabajaban en los invernaderos de fresas. Decían que frecuentaba un bar de camareras que había en la carretera de Sant Quirze y que siempre se le veía hablando con la misma mujer. En el pelotón también usaban eso para tomarle el pelo.

Pero tenía alguien que lo esperaba fuera de la urbanización. Y esto daba mucha envidia. Tenía alguien que, dentro de unos días, lloraría al enterarse de que Tutsi no volvería nunca más.

Las balas destrozaron a Bambang y a Tutsi y empujaron a un Saki y a un Joao ensangrentados hacia atrás. Braceando cegados, tambaleándose, gritando y gruñendo, sin saber cómo fueron a parar a la Sala Húmeda, chapoteando en el dedo de agua que cubría el suelo, empapados de repente por la lluvia constante. A lo mejor ambos imaginaron que habían ido a parar a las aguas pantanosas de un estanque selvático, tal vez pensaron en cocodrilos o hipopótamos.

Acaso Saki pensara en gorilas.

Porque aseguraba con mucha convicción que, cuando tenía quince años, ya mataba gorilas en las montañas Virunga, saltando de Ruanda a la República Democrática del Congo y a Uganda. Y que fue él, personalmente, quien con un machete se cargó a la zoóloga defensora de los gorilas Dian Fossey. Era capaz de dar muchos detalles de aquel hecho: cómo le partió el cráneo en dos del primer golpe, cómo la troceó y otras particularidades muy jugosas que encantaban a sus compañeros aunque no le creyeran ni una palabra.

Y Joao quizá pensó en sus amigos. En aquella banda que organizó para llevar a cabo un atraco espectacular en un hotel de turistas. Hubo un tiroteo y tres muertos. Sacaron ciento veinte millones de meticais (unos doscientos mil

dólares) y él se las apañó para desaparecer con todo el botín dejando a sus tres cómplices, amigos íntimos, amigos del alma, con un palmo de narices.

Entonces, Alicia pulsó la tecla adecuada y el agua que rodeaba a los dos moribundos se electrizó. Como cuando tiras una tostadora enchufada al agua de la bañera. Como cuando se pone en marcha la silla eléctrica.

Todo estaba previsto.

Nico, Nicanor, de Guinea, estaba en el vestíbulo.

No notó el parpadeo de la luz porque todavía se movía en la oscuridad.

Había dejado el arma en un rincón, no recordaba exactamente dónde. Precedido por la luz de su linterna, paseaba de un tapiz al otro, buscando nuevos detalles estimulantes, con la mente en blanco, fumaba, maravillado por las riquezas que había en el mundo y que él no había podido ni imaginar a lo largo de su vida. Esperaba la muerte.

La sombra que se movía por el rincón, bajo la escalera, cerca de la puerta del ascensor.

Una sombra cautelosa, lenta, demasiado lenta, exasperante, que daba ganas de gritar: «¡Ven acá y acabemos de una vez!».

Nico se volvió de espaldas para facilitarle el trabajo.

Si se emborrachaba, Nico Nicanor de Guinea contaba que, en su vida de sicario, había matado a veintidós personas y que se sintió rescatado por la diosa Fortuna cuando, en Addis Abeba, donde había viajado para un trabajo, se encontró con Harun y Kigali, que buscaban a gente dispuesta a todo.

El trabajo consistía en cobrar por no hacer nada. Jugar a las cartas, ver la tele, pasear por un país sin guerra, enviar dinero a su mujer y a sus hijos, reunirse con su mujer y el pequeño en Sant Romà, vivir en una casita donde no faltaba de nada, ahorrar dinero.

Había sido rescatado por la diosa Fortuna.

Maragda y su navaja retráctil militar llegaron por detrás, sin hacer ruido.

¿Que cómo puedo saber todo esto? ¿Cómo puedo contar la historia de todos estos hombres, si nunca los conocí?

Lo sé y lo cuento porque yo soy el autor de esta historia.

Y los autores somos dioses que poseemos el único don que no tienen los otros dioses: la memoria.

35

Gate gate/ Pāragate/ Pārasaṃgate’/ Bodhi svāhā

10 de marzo, viernes.

Facebook.

Ángel Salvador.

Qué confusión. Qué terrible confusión, Mili, pobre niño. Cuando me puse en comunicación contigo, pensaba que ya te lo habían contado todo. ¿Por qué habría tenido que callar Sancha? ¿Por qué no reivindicó sus derechos?

Lamento ser yo quien deba decírtelo, pero ha sido mi indiscreción la que ha creado el equívoco y, de todas formas, tarde o temprano tenías que saberlo.

Emilia Love y Sancha formaban pareja. Habían llegado a quererse mucho. Tanto, que quisieron tener un hijo. Sancha ya había tenido uno, Venán, pero era suyo, y Emilia quería otro que perteneciera a las dos.

Y debes saber que Emilia Love no podía tener hijos.

Tal vez por eso tenía envidia de la relación de Sancha con Venancio, y la verdad es que, cuando hablaba de un hijo de las dos, lo que pretendía era tener un hijo propio. Quería que Sancha le diera un hijo. Y se lo dio. Cuando Sancha ya no quería saber nada de los hombres, buscó una relación con la única intención de quedar embarazada. Y quedó embarazada. De ti. Y Emilia te absorbió, te adoptó, no sé cómo decirlo, te arrancó de los brazos de Sancha y se apoderó de ti.

Cuando hablaba de tu mamá, Mili, no me refería a Emilia Love. Estaba hablando de Sancha.

A lo mejor me expliqué mal, jugando con sobreentendidos. Cuando dije que Julio Duch le había dado la mano y la llevaba adonde quería sin que ella tuviera ninguna posibilidad de resistencia, estaba hablando de Emilia Love. Cuando decía que era buena y que se mantuvo al margen de todo, hablaba de Sancha, de tu mamá.

Siempre te mostraron como hijo de Emy, pero Sancha nunca renunció a ti. Si se quedó en el Harén y no se fue cuando las cosas empezaron a ponerse feas, fue para permanecer a tu lado, protegiéndote. Cuando Emilia fue abducida por los Ceremonios, Sancha te mantuvo al margen de aquellas perversiones. De no ser por ella, no sé qué habría sido de ti, en manos de Julio o cualquiera de sus seguidores.

Recuerdo cuando Emilia comentó que los Ceremonios preparaban algo importante para la Navidad del 2003. El 27 de diciembre, exactamente. Unos días antes del 1 de noviembre del 2004, día de Todos los Santos, Sancha me llamó llorando para decirme que se disponían a celebrar el Gran Sabbath de Sangre y me pidió que te protegiera, que no quería que te llevaran a ti. Fue el día en que mataron a las tres niñas de Collserola.

También recuerdo la tarde del 2 de julio del 2006, cuando Sancha me llamó. «Emilia me ha dicho que se va, que no volveré a verla nunca más.» A continuación, dijo: «Ahora tendré que encargarme yo de la educación de Emilio». Me lo decía como quien se quita un peso de encima.

Pero entonces todo aquello ya no me incumbía. No me afectaba. Yo estaba protegido por mi Coach Amigo Sensato, mi buen CAS, retroalimentado magnéticamente en mi yo personal.

Dices que necesitas saber lo cerca que estuvo tu mamá de los asesinatos. Si te referías a Emy Love, no podía estar más cerca. Si pensabas en tu mamá de verdad, la que te parió, Sancha, no podía estar más lejos.

Y si necesitas saber lo cerca que estuve yo de tu mamá, tendré que decirte que estuve tan cerca como se puede estar de una mujer.

Gate gate/ Pāragate/ Pārasaṃgate' / Bodhi svāhā.

No sé cuánto rato permanecí aturdido. Solo sé que, cuando mis asistentes y colaboradoras se reunieron a mi lado para ver qué me pasaba, mis ojos miraban sin ver ni parpadear y de la comisura de mi boca salía un hilillo de baba.

—¡Mili! ¡Mili! ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

Pero creo que había motivo para la conmoción.

Mi respuesta en Facebook fue muy breve:

Es apabullante enterarme ahora, de golpe y porrazo, de que Sancha era mi

madre. Pero aún es más abrumador saber que tengo un padre. Nunca había tenido un padre. Porque tú eres mi padre, ¿verdad?

11 de marzo, sábado.

Facebook.

Ángel Salvador.

No puedo ni quiero hablar de mi vida anterior, vida desorientada y errónea, de equivocaciones y fracasos, pero sí debo reconocer que tuvimos una serie de contactos con Sancha hasta que quedó preñada, que no fue fácil, y que nuestra relación se consolidó durante aquellos días, a espaldas de Emilia. Sancha no tenía muy definidas sus preferencias sexuales y, si te interesa saberlo, me pareció que la satisfacían más los hombres que las mujeres. Ya había tenido una relación previa, con el padre de Venán, y pienso que conmigo reencontró unos alicientes que Emilia no le proporcionaba. Continuamos comunicándonos, a escondidas de Emy, porque yo también tenía curiosidad por saber cómo ibas creciendo. Y te llevaba algunos regalos, por Reyes o por tu aniversario, que Sancha decía que había comprado ella. Y Sancha me consultó el día en que tenía que decidir a qué escuela llevarte.

Y otro día, muchos años después, me llamó para decirme que te habías cortado las venas. Emilia se había ido y creías que no tenías a nadie en el mundo. En aquel momento, yo no podía relacionarme con el mundo exterior, ni mucho menos con las desgracias que provoca la fatídica torpeza de los hombres, y mi CAS quiso impedírmelo. Me costó mucho decidirme, se me rasgaban las carnes y, aquel día, me di cuenta del gran amor que sentía por ti y los vínculos inmensos que nos unían, y finalmente, en un acto heroico, sacrificando por ti mi integridad psíquica, me escapé del Templo del CAS y corrí al hospital para estar a tu lado. Rompí todas las medidas de seguridad y me puse a prueba. Estabas inconsciente, en coma, y en aquella habitación fría y siniestra, donde me ahogaban la enfermedad y la decrepitud, mientras te agarraba de la mano y miraba tu rostro sereno, entendí que acababa de trascender. Acababa de dar aquel salto que siempre mencionaba el CAS. Ese momento en que percibes que hay un lugar para cada persona y cada persona tiene que estar en su lugar. Y aquel no era mi lugar. Y me levanté del suelo,

donde estaba arrodillado, y le dije a tu mamá, a Sancha: «No quiero volver a ver a este chico nunca más».

Pero ahora soy más maduro y fuerte, capaz de enfrentarme a pruebas mucho más terribles que antes, porque mi vida navega con viento en popa y con las velas desplegadas. Y quizá sí que me gustaría volver a estrecharte la mano, como lo hice aquel día en el hospital.

Pero no es una decisión sencilla. Ahora no puedo relacionarme con atolondrados que puedan hacerme descarrilar. Las influencias nefastas conducen a la distracción y a la degradación.

Únicamente de una manera se me ocurre que podríamos reencontrarnos, y es en una de las reuniones iniciáticas que realizamos en el Templo del CAS. Solo con la perspectiva de que tú también ordenes y organices tu vida y hablemos a un mismo nivel y un mismo idioma emocional, podría volver a mirarte a la cara.

Deberías confiar en mí y en el CAS.

Piensa que todos necesitamos un Gestor, un Coach, que nos organice la vida. Y piensa que el Coach Amigo Sensato se preparó durante años, con gran sacrificio, en los Templos de la Sabiduría de Bután, de Sri Lanka o de Corea del Sur.

En Bután, estudió la medicina ancestral y natural del budismo que busca el equilibrio Mente-Alma-Cuerpo y que se basa esencialmente en la comprensión del Sutra del Corazón, *Prajñāpāramitā Hṛdaya Sūtra* o Sutra de la esencia de la sabiduría. *Gate gate/ Pāragate/ Pārasamgate' / Bodhi svāhā.*

En Sri Lanka, el CAS aprendió las prácticas de sexo tántrico de la India, donde la pareja, mediante el método de la mano derecha de los *ñingmapa*, se retroalimenta magnéticamente para una realización personal complementaria más intensa.

Y en Corea del Sur, obtuvo profundos conocimientos sobre la administración racional del entorno material que imparten los sacerdotes japoneses en el Templo Bardo de Kyoto, donde se preconiza la complementación de opuestos hasta lograr la liberación definitiva o *mokxa*.

Para conseguir la racionalización de tu vida, deberías apuntarte a un cursillo. Hay cursillos de *samskaras* del nacimiento, *samskaras* de la infancia, *samskaras* de la edad adulta y *samskaras* de la vida posterior. A lo largo de estos cursillos intensivos conseguirás controlar la salud mediante

una dieta sensata, prolongar un amor sin dolor y administrar con sabiduría los bienes materiales que tienes a tu alcance y luchar contra la codicia y la acumulación descontrolada de riquezas.

Gate gate/ Pāragate/ Pārasaṃgate' / Bodhi svāhā.

36

Emprendiendo la recta final

La semana siguiente no abrimos el Harén.

El restaurante sí, pero no la recepción de los necesitados de sexo. Oficialmente, estábamos llevando a cabo obras de rehabilitación, y la verdad es que aproveché para remodelar el pasillo aburrido donde hacíamos las proyecciones, añadiendo a puertas y techos estucados de inspiración modernista, y actualizamos dos o tres baños, pero al mismo tiempo desincrustamos proyectiles, reparamos los efectos de los tiroteos, y procedimos a una serie de sepelios que acabarían convirtiendo mi túnel de fuga en unas catacumbas romanas, con innumerables nichos, una fosa común, mi cementerio secreto.

Escribí la respuesta en la página de Facebook de Ángel Salvador:

Querido padre: con mucho gusto me apuntaré al cursillo que me aconsejes. Supongo que deberé ingresar un dinero en alguna cuenta. Estoy dispuesto a hacer lo que sea con tal de acercarme a ti y conocerte, sobre todo si además aprendo a quererte sin dolor y a prolongar ese amor durante el resto de mi vida. Solo tienes que decirme dónde abono la cantidad requerida y qué día tengo que incorporarme al cursillo. Estoy deseando besar esas manos que agarraron las mías mientras me encontraba en coma en el hospital.

Gate gate/ Pāragate/ Pārasaṃgate'/ Bodhi svāhā.

A la consternación, sigue la reflexión.

No llegamos a la verdad siguiendo pistas, una tras otra, en una sucesión lógica. O al menos, a mí no me ocurre. Yo tengo una revelación de la verdad, por sorpresa, como un flash cegador, milagroso, salido de la nada; y es después cuando puedo reconstruir los pasos que he dado, sin darme cuenta, desde la ignorancia y la dispersión hasta la conclusión final. Siempre hay un resorte que lo desencadena todo, es cierto, como el interruptor que une los

cables y hace que se prenda la bombilla, pero de qué manera, cuándo, mediante qué habilidad o sabiduría he construido todo el circuito eléctrico. eso no lo sé.

Mi interruptor, o mejor, mi conector, fueron los cuatro mensajes de Facebook de Ángel Salvador. Cuando terminé de leer el último, cerré los ojos, dolido, murmuré «malnacido» y volví al principio del primero y volví a leerlos una y otra vez y otra.

Entonces, pensé en ese pasatiempo que consiste en una serie de puntos numerados y situados sobre un dibujo incompleto, y se me ocurrió que cada punto podía representar uno de los múltiples asesinatos que se habían cometido desde aquel lejano año 2002 y entendí que, si los unía con una línea recta, siguiendo el orden correcto, acabaría dibujando el perfil de la persona que daría sentido a todo aquello.

Y, a medida que efectuaba esta operación, recordaba datos que había ido recopilando inconscientemente y llegué a conclusiones indiscutibles y tuve intuiciones brillantes que luego se ratificaron.

Al final de un largo rato de cavilaciones, apoyado en la mesa de mi estudio subterráneo, tomando notas, trazando rayas que unían un concepto con otro y subrayando conclusiones irrefutables, devolví la espalda al respaldo. Me agobiaban los operarios que estaban instalando un nuevo cristal laminado de seguridad con su butiral de polivinilo, su etilo vinilo-acetato y unas cuantas resinas activadas por luz ultravioleta.

Marqué un número en el móvil.

—¿Inspector Santllehí? —pregunté—. Soy Emilio Santamarta. Si dispone de un momento, me gustaría hablarle de algo que se me ha ocurrido y que a lo mejor nos pueda ayudar. —Dijo que me escuchaba—. Sé que le sonará extraño y gratuito, pero quiero que sepa que lo he estado estudiando muy a fondo, no es una ocurrencia gratuita. Perdóneme esta pregunta: ¿están seguros de que Emilia Santamarta estaba enterrada sola, en la fosa de aquel chalé donde la encontraron?

—¿Cómo dice? —sonó ominosa la voz del policía, como si me estuviera preguntando si ponía en cuestión su trabajo.

—Sí, mire, he pensado que tal vez... Encontraron el cadáver de Emilia y ya no continuaron excavando. ¿No podría ser que, un más profundamente, o en otro rincón del jardín, hubiera otro cadáver?

—No encontramos nada más... —La voz se había vuelto dubitativa.

—No encontraron nada más, pero supongo que tampoco buscaron nada más. Encontrar un cadáver ya es bastante escandaloso y excepcional como para que, encima, se pusieran a buscar más. Estoy casi seguro de que no lo hicieron, porque estoy casi seguro de que en el jardín de aquel chalé de Julio Duch hay enterrado otro cuerpo.

—¿En quién está pensando?

—En Julio Duch.

La hora del adiós

Dos Audi A8 negros, brillantes como la máscara de Darth Vader, majestuosos, uno tras otro, como el cortejo de un entierro.

En el vehículo de delante íbamos el abogado Garay Quincoces y Juan Cosme De Santiago, sin afeitarse y apestando a sudor, que debía de haber pasado una noche de excesos porque viajaba en otra dimensión. Miraba obsesivamente por la ventana, o mascullaba en silencio moviendo los labios en una furibunda conversación consigo mismo, o se adormilaba o hacía un esfuerzo por adormilarse y marginarse de la cruda realidad. Era un hombre que había perdido toda su paciencia y podía cometer un disparate de un momento al otro. El abogado Garay Quincoces y yo hablábamos en voz baja para no excitarlo.

—¿Habéis considerado el tema del Harén? —pregunté.

El abogado miraba al infinito, indiferente a todo y, probablemente, preguntándose qué demonios estaba haciendo él, allí.

—Hemos decidido que tú lo estás haciendo la mar de bien, Mili. Dejaremos las cosas como están. Tú administras tu negocio y disfrutas de los beneficios y nosotros seremos tus clientes y disfrutaremos de tus productos.

Pues mira, eso me emocionó.

—Pero yo estoy en deuda con vosotros.

—¿Tú? ¿Qué hemos hecho por ti?

—Me habéis protegido. Ahora mismo, me estáis acompañando...

—Nosotros no hemos hecho nada. Si ahora te acompañamos, es para dar el pésame a esta familia que lo está pasando tan mal...

Me conformé con un movimiento de cabeza. Nada que objetar.

Habíamos abandonado la E-15 por la salida 21, hacia Cerdañola y la Universidad Autónoma y, cinco kilómetros más allá, torcíamos hacia la derecha en dirección a Sant Romà cuando el abogado no pudo contenerse y

añadió:

—Nos informamos sobre tus estados de cuentas, ¿sabes?

Está claro que lo sabía. Yo mismo había preparado la contabilidad falsa para que Macabeo, como si nos traicionara, la hiciera llegar a los De Santiago. Números imaginarios que explicaban por qué quería endosarles el Harén a buen precio: para conservarlo y que ellos pagaran las deudas.

—Lo que no entiendo —continuó el abogado, unos kilómetros más allá— es por qué no se lo vendes a los somalíes, si te va tan mal.

—Porque los somalíes me echarían a la calle de un puntapié. Con vosotros, en cambio, podría llegar a un acuerdo.

Garay Quincoces negaba con la cabeza. «No, no, no nos engañarás, ni lo pienses, no puede ser.»

En el Audi de atrás viajaban la gorda y deforme Mastresa Matilde y su marido Niceto, embobado por el alcohol. Iban en Audi aparte porque la verdad es que a la Mastresa no le habría gustado compartir un espacio cerrado con alguien como yo.

Nos habíamos detenido en el tercer semáforo de Sant Romà cuando el timbre de mi móvil impidió que se prolongara la conversación.

Contesté:

—¿Sí?

—¿Emilio Santamarta? Soy el inspector Santllehí.

—Ah.

—Quería informarle de que hice caso de lo que nos dijo.

—¿De lo que les dije?

—Hemos excavado un poco más en el huerto del chalé que Julio Duch tenía en Santa Anna.

—¿Ah?

A la salida del pueblo, en una rotonda, elegimos el camino de la urbanización L'Omeda.

—Y hemos encontrado el cuerpo de Julio Duch, tal como usted nos dijo. —Sonreí, orgulloso de mí mismo. Miré el abogado que viajaba a mi lado, como esperando que me felicitara, y él arqueó una ceja, acompañándome en mi alegría—. El asesino cavó un agujero muy profundo y enterró primero a Duch, y puso unas cuantas losas. Después, enterró a... Emilia...

—A mi madre, sí.

—Por eso, cuando desenterramos a la señora, vimos que debajo había una especie de enlosado y no profundizamos más. Me gustaría que viniera a verme a la comisaría de Les Corts.

—¿Sí?

—Sí. Me interesa que me cuente cómo podía saber usted eso.

—Oh, no lo sabía. Fue pura intuición. Le estuve dando unas cuantas vueltas, porque no acababa de entender que Julio Duch hubiera matado a mi madre. No acababa de entenderlo. No tenía sentido. Aún no existía ningún motivo para que estuvieran tan desesperados. Aquel crimen y aquella fuga equivalían a una especie de confesión...

—Está bien. ¿Pasará por la comisaría de Las Cortes mañana por la mañana?

—Sí, sí, claro. No hay problema.

La urbanización L'Omeda estaba en lo alto de una pendiente muy pronunciada de asfalto estropeado.

Nadie había cuidado nunca del rótulo de diseño que anunciaba la llegada a L'Omeda, que había perdido un par de letras y ahora decía «L'eda», y al lado, apoyado en un murete, había una placa de mármol donde alguien había grabado una inscripción en árabe. Supuse que debía de dar la bienvenida a La Fortaleza, Qalcaddayda.

La carretera terminaba en una plazoleta circular donde la mala hierba brotaba en las rendijas entre adoquines y las grietas del pavimento. Había cinco coches de alta gama aparcados o, mejor, abandonados en mitad del paso de cualquier manera. Porsche Cayenne, Audi Q2, BMW M6, Faraday Future FF 91 y un Mercedes ML 320 CDI.

Nos apeamos de los Audi. Juan Cosme, el abogado Garay y yo del primero. Y nuestro chófer. La Mastresa y su marido del segundo. Y el chófer.

Los dos chóferes eran dos gigantes de tebeo que se esforzaban en poner cara de buenos chicos, como si pudieran convencer a alguien de que eran inofensivos.

En aquella plazoleta nos esperaba la figura espléndida de Nada Badreddin, de treinta y cinco años, hija del señor de la guerra Nabil, hermana de Alí y Hassan, independiente y orgullosa como ellos. Viuda del innoble Harun Taleb. Llevaba un elegante vestido cerrado en el cuello y falda larga y se

cubría la cabeza con el hiyab, que resaltaba sus ojos grandes y negros de mirada hostil. Garay Quincoces me había contado que vivía alejada de la familia. Había estudiado Ingeniería y ahora dirigía una importante empresa de robótica y efectos especiales. Estaba perfectamente adaptada a la sociedad catalana, igual que su hijo Asís. No tenía ninguna relación con los chanchullos de prostitución y estupefacientes de los otros miembros de su familia.

Yo vestía una camiseta negra, muy ceñida para lucir pectorales, mallas para lucir paquete, botas Doc Martens y gafas que ocultaban la mirada.

Y el broche de la calavera con ojos de diamantes.

«Mamá, dame fuerzas.»

Ante el grueso de la familia De Santiago, Nada no pareció impresionada para nada. Quería dejar claro que ella no tenía nada que ver con nuestros negocios. Ni siquiera quería ser anfitriona. Apenas mayordoma que nos daba la bienvenida, nos mostraba el camino y nos abría las puertas.

Hizo una señal y dio media vuelta, dando por supuesto que la íbamos seguir.

La seguimos.

Pasamos entre los coches dejados de cualquier manera y emprendimos una calle de asfalto roto por las malas hierbas y ensuciado por toda clase de basura. Diez años de mercenarios aburridos y la ausencia de un servicio de limpieza había dejado un rastro repugnante de desechos de toda clase que las lluvias habían amasado con barro y fijado como elementos permanentes del paisaje.

Nada caminaba delante de nosotros con paso firme y sobrio, y me pareció extremadamente sexi. Pensé en reservarme unos instantes de intimidad con ella para preguntarle si le gustaría colaborar con mi empresa.

La calle era corta y terminaba delante del edificio principal de la urbanización, probablemente pensado para las dependencias de administración y servicios. Los Badreddin la habían convertido en mansión familiar.

En un gran porche, protegida del sol, esperaba el resto de la familia somalí.

Avanzábamos, Garay, Juan Cosme y yo delante, flanqueados por los dos chóferes inmensos un poco rezagados y seguidos por los dos patriarcas De

Santiago, y pensé en los westerns, cuando la banda se aproxima al duelo con las manos crispadas cerca de las culatas de los revólveres.

Estábamos fantásticos.

Delante, la familia Badreddin Al-Yaafari alrededor de su patriarca, como posando para una foto.

El tío Ayyad esperaba sentado en un sillón de mimbre, de esos de respaldo alto y curvado, con orejas envolventes, como un trono majestuoso con esa clase de majestad modesta de los pueblos pobres pero orgullosos.

Tenía la boca torcida, la mejilla muerta, piel blanca de cadáver y un ojo cerrado.

Detrás, aguantando firme pero torturados e incómodos, montaban una débil guardia, por orden de edades, Haddar Al-Yaafari, de veintiséis años, hijo de Ayyad; Muhammad Badreddin, de veintitrés años, hijo de Alí y hermano de Omar; Hanif Badreddin, de veinte años, hijo de Hassan; y el pequeño Asís, de catorce años, hijo de Nada.

Por lo que me habían dicho, todos ellos eran y querían ser más catalanes que somalíes y, para ellos, aquella comparecencia era forzada, un regreso a las costumbres de sus ancestros que, de vez en cuando, les exigía algún tipo de sacrificio.

Entraba dentro de lo posible que Muhammad y Hanif y el pequeño Asís estuvieran pensando, en aquel momento, que sus parientes habían muerto en mis manos, pero no parecía que hubieran heredado el furor vengativo de la familia.

Los De Santiago no venían a protegerme. Ya no hacía falta. No había nadie de quien protegerme. Yo les había dicho que quería despedirme de los Badreddin y les había vendido la idea de acompañarme porque su presencia abrumadora había de certificar el final de la organización somalí. Se proclamarían vencedores de una guerra en la que solo habían participado como figurantes. Muy propio de ellos.

Entre los somalíes y nosotros, sobre una mesita de café, había una pistola. Un pistolón demasiado grande, tipo Colt 45 como el que usaba el ejército norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial. Nada Badreddin se colocó junto a su tío.

—Eh, tío Ayyad —dije, con más amabilidad que respeto. Me daba igual el estado de salud del somalí, pero formé una «o» con la boca—. ¿Qué os ha

pasado? ¿Habéis tenido un ictus? —Miré a Nada, que no me lo confirmó diciendo sí ni no. Me miraba a las gafas oscuras como si pudiera verme los ojos. Yo, desolado—. Caramba, no sabía nada. Pobre hombre. Supongo que por eso no tengo noticias vuestras...

—Sí —dijo Nada como quien escupe—. Sí has tenido noticias nuestras...

—No —repliqué—. No he tenido noticias vuestras. La última vez que hablé con tío Ayyad fue cuando me llamó para ofrecerme un millón y cuarto de euros por el Harén. Que, por cierto, seguramente debía de tener ya los primeros síntomas del ictus, porque la primera vez que hablamos me había ofrecido cinco millones. En todo caso, da igual, no importa, da lo mismo: no vendemos. He venido para decirle que no le vendo el Harén, me pague lo que me pague. De este modo, cerramos las negociaciones. ¿Ha quedado claro? ¿Usted cree que me ha oído? ¿Que me ha entendido?

Los miembros de la familia Badreddin estaban paralizados, impertérritos, probablemente muertos de miedo, sin saber qué decir, ni cómo reaccionar, ni qué hacer.

Nada Badreddin dijo, alto y claro:

—La pistola está cargada. Mi tío dice que la coja y le pegue un tiro en la cabeza.

No aparté la mirada, pero no pude evitar una deglución de saliva demasiado notable. Glups. Me quité las gafas para mostrar mejor mi sorpresa y mi dolor y traté de quitar importancia a lo que acababa de oír:

—Sí. —Me mostré comprensivo—. Dicen cosas así. Por lo visto, un ictus es como un cortocircuito que lo funde todo. Millones de neuronas a tomar vientos. Horroroso.

—Mi tío quiere que coja usted la pistola y le pegue un tiro en la cabeza.

—Sí, sí. Pierden el contacto con la realidad. Puede pedir un helicóptero, un tigre de Bengala, una sartén, cualquier cosa. Supongo que por eso no vino a vernos. Teníamos una conversación pendiente. Qué desastre, por favor. Y ahora solo le faltaba esto de los hijos.

Nada permanecía muda e inmóvil, con aquellos ojos fabulosos clavados en los cristales negros de mis gafas, acaso planteándose si le estaba tomando el pelo.

—Mi tío —repitió ella, impávida como un apache— dice que ya pueden acabar su trabajo. Han acabado con mi hermano Alí, y con mi hermano

Hassan, y con mi sobrino Omar y con mi primo Abdel, y con el padre de mi hijo Harun...

Yo quería interrumpirla:

—Pero ¿qué está diciendo?

—... Y con todos los hombres que protegían esta urbanización...

Yo cabeceaba y miraba aquí y allá, como quien, acorralado, busca una puerta de salida.

—Por favor, por favor, por favor, querida mía, pero ¿qué está diciendo? Pero ¿por quien me has tomado? Por favor. Yo entiendo que este pobre anciano decrepito, pobre viejo chocho, qué pena, por favor, qué pena, hable como un papagayo sin saber lo que dice, pero me desconcierta que una persona inteligente como tú lo repita. ¿Tú sabes lo que va diciendo todo el mundo por la calle? ¿Sabéis, familia, lo que va diciendo todo el mundo por la calle? ¿Los rumores que me han llegado? Alí y Hassan desaparecen un buen día y enseguida la policía va a la nave de Viladaurada y os cierra el negocio, ¿y a nadie se le ha ocurrido establecer una relación entre una cosa y otra?

El tío Ayyad, en este momento, empezaba a ponerse bizco.

—¿Y sabes qué dicen, también, los rumores? Que a Alí y a Hassan no hace falta que los busque nadie, que ya están lejos de aquí, y en cambio la policía va como loca únicamente detrás del Yerno, de tu ex. ¿No te parece un poco extraño? Bueno, a este hombre no debe de parecerle nada porque se encuentra en un estado de estupor absoluto, pero me dirijo a los otros miembros de la familia presentes. ¿No parecería que Alí y Hassan se han largado cuando han visto que se les acababa el chollo y han dejado al pobre Yerno con el culo al aire? Esta pobre piltrafa que tenemos delante no se entera de nada, pero... ¿y vosotros? Y dos jóvenes tarambanas que también se han ido, ¿no os parece que se han esfumado cuando han visto que la policía también se interesaba por ellos?

El pequeño Asís, con expresión feroz, abrió la boca para protestar, pero no encontró palabras para neutralizar mi discurso.

—... Y los mercenarios que teníais por aquí como vigilantes, ¿no os parece que a lo mejor se han largado también al ver que las cosas se torcían? Solo alguien completamente embrutecido como el tío Ayyad no se habría dado cuenta del porqué de todo. Y además, perdóname que te lo diga, no sé si eran parientes tuyos o algo parecido, pero vaya mierda de mercenarios os

habéis ido a buscar, por favor!

El pequeño Asís volvió a cerrar la boca.

—... Diez años aquí, tocándose los huevos, sin pegar un palo al agua. Pero ¿es que el tío no veía que le han estado tomando el pelo todo este tiempo? ¿No te parece, Nada? ¿O es que a ti también te ha dado un patatús? Cuando más los necesitáis, de la noche a la mañana, zummm, ¡desaparecen!

»¿No veis que las cosas tienen que haber sido así? »Claro que podemos contar a todo el mundo las Trepidantes Aventuras de Supermili contra los Ultrasomalís, si preferís que pase a la historia esta versión de la liquidación de vuestra familia. Si eso hace feliz a este lamentable zombi, estoy de acuerdo, pero os advierto que no se la va a creer nadie. ¿Es que no me veis? ¿No me conocéis? Lo que le ha dado al tío Ayyad solo tiene que afectarle a él, me niego a creer que a todos los demás también se os hayan fundido los plomos. Esta leyenda a lo mejor servirá para los que todavía creen en dioses y superhéroes, pero ya os digo yo que no se aguanta. ¿Y ahora vengo y me dices que coja este cañón y le reviente la cabeza al tío? Pero ¿quién os habéis creído que soy? ¡Si me mareo solo de ver una gota de sangre!

El pequeño Asís hundió la cabeza entre los hombros y se echó a llorar. Su madre le echó una furiosa mirada.

Tomé conciencia de que me había acalorado e hice una pausa para rebajar el tono a un nivel más sosegado.

—Solo he venido para cerrar las negociaciones que habíamos iniciado. Supongo que comprenderéis que, tal como está la familia Badreddin a estas alturas, no podríais comprar el Harén por su precio actual a menos que os tocara la lotería. Entiendo ahora por qué la segunda vez me ofrecieron una cantidad inferior a la primera. Debería haber interpretado que era un indicio del declive familiar, y no lo hice. Lo lamento. Tal vez os parezca desconsiderada mi decisión, pero ya conocéis las reglas del juego. *Bisnes are bisnes.*

Di media vuelta y me alejé de la mansión de los somalís.

Detrás de mí, un elefante barritó exasperado, pero no hice caso. Entendí que el pobre Ayyad había sufrido uno de sus ataques y se había abalanzado sobre la pistola, a saber con qué intenciones. Nada, y Haddar, y Muhammad, y Hanif Badreddin, e incluso el pequeño Asís, de catorce años, habían agarrado por los brazos al pobre viejo y todos perdieron el equilibrio y

cayeron amontonados, arrastrando incluso el trono de mimbre.

Me di cuenta entonces, contrariado, de que no había tenido oportunidad de captar a Nada para mi causa.

Los representantes de la familia De Santiago, los chóferes y yo, con la actitud insolente de los vencedores despiadados, regresamos a los Audi A8. Mientras montábamos en ellos, oí que Nada gritaba una frase en *mai terreh*, la variante del somalí que se habla en la provincia de Bay. La repetía una y otra vez, y quise creer que significaba «Que tiene razón, tío, calmaos, que tiene razón, que tiene razón».

Los dos coches negros maniobraron y abandonaron la escena bajando por la falda del cerro hacia el mar.

La fiera sale de su cueva

Terminadas las obras, fijamos el día de reapertura con una fiesta inaugural. Alicia y Cleo movilizaron las redes sociales para conectar con los clientes más fieles.

«Sociedad Necrológica Catalana tiene el placer de notificaros que volvemos a tener las puertas abiertas del Consagrado Panteón Tibidabo para nuestros clientes», era el mensaje en clave. Los clientes ya sabían lo que significaba, y si alguien de su familia lo interceptaba, no entendía nada.

—¿Qué es eso de la Sociedad Necrológica Catalana?

—No sé. Será un anuncio. Como están privatizando las funerarias...

Nataly comunicó telefónica y personalmente con el señor Nicolás Mata:

—En la sede de la avenida del Tibidabo, hemos recibido lo que nos pidió. Tendrá su pedido preparado el sábado 18 de marzo, a las seis de la tarde.

Entretanto, pasé por la comisaría de Les Corts y mantuve con el inspector Santllehí la entrevista que me había solicitado. No llegamos a ninguna parte. Él me preguntó cómo se me había ocurrido que Julio Duch había muerto el mismo día que mamá y estaba enterrado en el mismo sitio. Yo presumí de prodigiosa intuición, le describí mis deducciones, lo convencí de que no sabía nada más y nos despedimos muy cordialmente.

El sábado 18 de marzo, a las cuatro de la tarde, envié a Irma con una moto a montar guardia a la puerta de Las Grutas del Averno. Vestida de cuero negro, oculta por el casco, personaje siniestro pero invisible.

A las cinco y cuarto, Irma me llamó por el móvil.

—*Target* —dijo, muy americana—. Objetivo sale de la cueva.

Fue una noticia espléndida para mi ego. Hasta entonces, todo habían sido suposiciones. O intuiciones. Cuando vas uniendo los puntos con líneas rectas, no lo ves claro mientras lo haces, a cada paso, a cada punto numerado que llegas. Es una cuestión de conjunto. Cada raya que trazas va configurando un

dibujo misterioso, no sabes dónde irás a parar, pero simplemente piensas que el resultado es coherente y verosímil, y eso es lo que te hace avanzar. Pero llega un momento en que las líneas que unían puntos perfilan ya una imagen lo bastante completa como para prever lo que terminarán configurando. El resultado final me estaba dando la razón.

Yo estaba casi seguro de que Nicolás Mata saldría de Las Grutas del Averno. Podría no haber sido así. Podría haberme equivocado. Nicolás Mata podría no haber sido quien yo suponía y haber salido de un lugar inesperado para dirigirse al Harén por trayectos insospechados. Estaba dispuesto a aceptarlo. Los genios también nos equivocamos y el resultado final, a la postre, habría sido el mismo. Pero no suele suceder que nos equivoquemos. Los genios somos genios porque acertamos y, en aquella ocasión, vuestro genio favorito la clavó. Aplausos. Gracias.

Nicolás Mata salió del portal de Las Grutas del Averno.

La palabra clave era *venganza*.

«Sancha luchó como una fiera para vengar a su hijo Venán», me había dicho aquella mujer que un día se había llamado Gacela.

Vengar es una palabra muy fuerte. No es hacer justicia. O es hacer justicia pero con una carga de odio y rabia que no admite fronteras.

«Sancha fue mil veces a la jefatura de Vía Layetana para ver a aquel policía amigo suyo...» ¿Aquel policía amigo suyo? La madama del burdel iba a ver al policía a jefatura. No iba el policía al burdel. ¿Un policía que se negaba a pisar un burdel? Se necesita toda clase de gente para hacer un mundo. «Nunca he puesto los pies en un establecimiento de este tipo y no empezaré a hacerlo ahora», me había dicho Jaime Rey.

Jaime Rey. Atención, compañeros. Apartad a los niños.

El perro bóxer de ojos grandes de mirada noble y expresión severa y desdeñosa.

Jaime Rey me había dado a entender que había reconocido su error, que se había rendido a la lógica del comisario Masovero. «Fueron Venancio Longinos y Alvin López quienes cometieron aquellos crímenes, de eso nunca tuvimos ninguna duda. Yo conduje la investigación y te lo puedo certificar.» Pero todo encajaba mucho mejor si hacía caso de lo que me había dicho Gacela y añadía el ingrediente de la venganza.

Sancha, enfurecida al ver que detenían y acusaban a su hijo, había hecho

llegar la lista de los Ceremonios al inspector Rey para que los investigara. Y el inspector Rey se la tomó en serio, y por eso consultó al periodista Torres, que aún se la tomó más en serio. Entonces, todo salió a la luz, la televisión aireó el tema, y Masovero, protector de los Ceremonios, cortó por lo sano la investigación, impuso la tesis oficial y desplazó a Rey. ¿Teníamos que creernos que el inspector Rey abandonó? ¿Se rindió? A mí me dijo: «Fueron Venancio Longinos y Alvin López quienes cometieron aquellos crímenes, de eso nunca tuvimos ninguna duda». ¿Había que creerle, cuando Sancha iba a visitarlo una y otra vez a jefatura? Hablando cara a cara con él, seguro que hablaba claro, sin tapujos ni códigos, ni nombres en clave. Debió de poner los nombres de Duch, Franco, Crelles, Ferran Drac, Masovero y mamá sobre la mesa. Y el inspector Rey no era insensible a aquella injusticia.

Con su corte de pelo a lo Príncipe Valiente hasta los hombros, y su bigote y su barba de mosquetero, traje negro, camisa blanca, chalina de pintor modernista y su bastón con puño en forma de tau de oro. Aquel día, había añadido al conjunto un airoso sombrero de ala ancha. Sancha le habría preguntado: «¿Dónde vas con una pamelita?». Ridículo imbécil, con pamelita, ¿qué se había creído?

Levantó el bastón para detener a un taxi. Irma puso su moto tras el vehículo, como un asesino de película. Tenía el micro del móvil incorporado al casco integral.

—El objetivo sigue la trayectoria prevista.

Camino del Harén.

Se me escapó una carcajada de satisfacción.

—Malnacido —me decía, en mi despacho—. Malnacido. Cabrón malnacido.

Imaginemos que Rey está atrapado, el comisario lo ha desprestigiado, lo presiona, lo incordia, le amenaza, le mete tanto miedo en el cuerpo que solo queda una solución, bien aliñada con salsa de furia. Imaginemos que es el inspector Jaime Rey quien mata a Masovero. Debía de tenerle mucha inquina. Llega un momento que no te puedes contener. Que me lo digan a mí. Y paf. Y tenía la oportunidad de meterse en su coche, aquella noche de San Juan. Y podía conocer sus complicadas conexiones con el narcotráfico. Imaginemos que fue el inspector Jaime Rey quien mató a Masovero, premeditadamente o no. Le hizo la corbata colombiana, hizo todo lo que tenía que hacer para que

pareciera que lo habían matado sus socios traficantes.

Ese fue el inicio de mi línea de puntos. De ahí partió la primera recta hacia el siguiente punto. ¿Cuáles son los siguientes asesinatos? Los de los demás Ceremonios. ¿Por qué debíamos suponer que los Ceremonios se habían ido matando entre ellos? ¿Tenía algún sentido? Con el toque de venganza que yo le añadía, no tenía ningún sentido. Con la presencia de este hombre frustrado, desengañado y enfurecido, con un crimen a su espalda que lo empujaba a continuar imponiendo una justicia que no le habían permitido llevar a cabo.

El dibujo se iba haciendo más nítido y comprensible.

El taxi que transportaba a Nicolás Mata subió por Aribau hasta Via Augusta y fue a buscar la calle Sant Elies para salir a Balmes.

Irma iba tras él en la moto.

Después de la muerte del comisario Masovero, los Ceremonios se sintieron desamparados y sufrieron un ataque de pánico. Mi madre hizo el equipaje y le dijo a Sancha que se iba, «Adiós, a partir de ahora hazte cargo tú del Harén».

—¿Y de Mili?

—También.

Todo tenía el aire de una fuga apresurada. Muerto Masovero, los Ceremonios escapaban. Y Sancha lo sabía. Y, de una manera u otra, sabría que mamá iba a reunirse con Julio Duch en el chalé de Santa Anna de Costa. Se me ocurre que tal vez se reunieron allí todos los Ceremonios para ver qué hacían. Sea como fuere, si Sancha quería venganza, se lo diría al inspector Jaime Rey. Sin duda.

Ya lo veo presentándose en Santa Anna, localizando el chalé de Duch, metiéndose en el jardín de una forma u otra, saltando un muro o introduciéndose entre el ramaje del seto, espiando a través de una ventana la última reunión de los Ceremonios.

Los vería discutir, «¡El comisario Masovero ha muerto!», gritar, «¿Y ahora qué vamos a hacer?», bracear, «¿Alguien se va a creer que esta muerte no tiene nada que ver con nosotros?», estremecerse, «¡Lo han hecho narcotraficantes!», «¿Quién se va a creer que lo habían hecho narcotraficantes?», muertos de miedo. «¿Y quién pensáis que ha sido, si no? ¿Uno de nosotros?»

Tenían que desaparecer antes de que fuera demasiado tarde.

Si estaban todos los Ceremonios, llegó la hora de los adioses y uno se fue por aquí, el otro se fue por allí, el otro por el otro lado, y se quedaron solos mamá y Julio Duch. O bien, no hubo reunión y estuvieron solos todo el rato. ¿Eran amantes? ¿Hicieron el amor? ¿Mamá lloró de miedo apoyando su cabecita en el pecho de aquel hombre? Sea como fuere, por fin salieron al jardín. Jaime Rey los esperaba junto a la puerta. Así es como me lo imagino. ¿Salió primero Julio? No lo creo, porque los dos disparos en la nuca de mamá indican que fue a ella a quien sorprendió. Salió mamá y el inspector se puso detrás de ella y disparó. Pam. Muerte instantánea. Pam. No sufrió, pobrecita. Pam. Mató mi madre, que se dice pronto. Por favor, por favor. Luego quiso redimirse diciéndome que mamá no era un monstruo.

Pam, pam.

Mamá.

Se me escapan las lágrimas.

Por favor.

A Julio no podía sorprenderlo, porque debió de oír los disparos. Por eso, supongo que no pudo dispararle a la nuca de una manera tan limpia. A lo mejor Julio Duch estaba cerca y quiso reaccionar de alguna manera, defendiéndose, o huyendo, pero no pudo esquivar la muerte. Pam, pam. Jaime Rey le disparó a bulto, acaso lo hirió en el corazón, o en el cuello, cortándole la carótida, pam, pam, y ya lo veo caer como un saco de patatas, barrabum, desparrado, inerte, quieto, muerto y basta.

Después, Jaime Rey los enterró en el huerto.

Enterró a mamá. En un huerto.

A continuación, realizó la peripecia del vehículo. Se lo llevó, con los equipajes de las dos víctimas, a una estación de tren, quizá no del sur de Francia, a saber, y lo dejó abierto y con la llave puesta, a punto para que lo robara cualquier chorizo. El chorizo lo encontró, se llevó el coche y Jaime Rey se salió con la suya.

El caso es que yo ya estaba convencido de que el inspector Jaime Rey había matado a mamá.

Por favor, por favor.

La sorprendió por la espalda, pam, pam. Julio Duch tenía que ser el segundo, porque sin duda oyó las detonaciones y a él no pudo sorprenderle. O a lo mejor sí, no sé cómo fue. Pam, pam. Inspector Jaime Rey, el justiciero.

El vengador.

Mató a mamá.

Por favor, por favor.

En su calidad de policía, Jaime Rey tenía todas las posibilidades de localizar a los hombres que habían tratado de perderse por el mundo. Tardó un año en localizar a Franco en Tailandia y fue a buscarlo en el verano del 2007. Localizó a Crelles en la República Dominicana y fue a buscarlo a Santo Domingo, la Navidad del 2008. Con eso, había liquidado a casi todos los Ceremonios.

El Aristócrata Duch, el Dictador Franco, el Añadido Crelles, el Orejas Masovero y, ay, la Madama Emy Love.

Solo faltaba el Demonio.

Ferran Drac.

¿Qué había pasado con Ferran Drac? ¿Lo había localizado y liquidado, también?

39

La Sala de los Locos

El taxi que llevaba a Nicolás Mata se detuvo en tres de nuestras pantallas y, por triplicado, se apeó el hombre estrafalario y anduvo hacia la puerta del Harén balanceando el bastón ostensiblemente.

Primer plano de Nicolás Mata en la pantalla principal. Pulsó el timbre.

—¿Sí?

—Soy Nicolás Mata. El señor Santamarta me está esperando.

Yo le estaba esperando en la Sala de los Locos, que tiene las paredes y el suelo acolchados. La habíamos recubierto de una protección plástica fácil de lavar.

Por la sangre.

Cuando se abrió la puerta y entró el cliente, a mi lado había una chica, arrodillada y con la frente contra el suelo, la cabeza cubierta por una capucha negra. Vestida únicamente con unas púdicas braguitas negras. Como una virgen esperando el hacha que había de cortarle el cuello.

La víctima.

La puerta se cerró detrás de Nicolás Mata. No podía disimular su sorpresa.

Yo, en cambio, no podía disimular mi satisfacción.

Toqué con la punta del pie la nalga de la chica humillada, con un suave golpecito, como para indicarle al cliente que estaba allí, por si no se había dado cuenta.

—Hoy sí que te vas a divertir, nena. Tenemos aquí a un cliente divertidísimo, un bromista estupendo. Con él te vas a partir de risa. Tiempo atrás, montó una especie de club donde se reían mucho. Atraían a ricachones estúpidos con la promesa de que los iban a poner en contacto con el demonio. Les decían que podrían hacer un pacto con él, como Fausto con Mefistófeles, obtener los favores de Satanás para ser todopoderosos. Les cobraban una pasta y les hacían copular con una cabra, por ejemplo. Los clientes se

quedaban tan contentos, este amigo se embolsaba una buena morterada y, además, se partía el pecho. ¡Qué risas, con la Sociedad Luciferina Catalana, ¿te acuerdas?! »Durante mucho tiempo me he estado planteando si estarías muerto, si no te habrían asesinado. Pero no: eres una de esas personas que, si están vivas, siempre terminan dando señales de vida.

Nicolás Mata me contemplaba admirado, muy atento a lo que yo decía y muy orgulloso de ser como era.

Dejó aflorar aquella sonrisa estúpida, burlona y provocadora.

Todo le resulta divertido al Demonio.

—... Y dio señales de vida —continué—. ¿Sabes cómo dio señales de vida, nena?

Me dirigí a ella con un nuevo puntapié.

—No hace mucho recibí unos mensajes de Facebook. Unos mensajes muy graciosos que me contaban una historia personal impresionante.

—Más que impresionante —protestó Nicolás Mata encantado—. Tienes que reconocer que te conmovió muchísimo.

—Me conmovió muchísimo, es cierto. Que yo no era hijo de la mujer que creía que era mi madre, que mi madre era lesbiana, me daba a entender que el comunicador anónimo, Ángel Salvador se hacía llamar, era mi padre. Uf, me llevó de cabeza durante unos días.

—Picaste.

—No piqué. Tú te estarías desternillando como loco...

—Picaste —insistió él, siempre risueño y vanidoso.

—Al final, no.

—Te lo tragaste. Te engañé como a un menor.

Mientras me escuchaba sin perderse detalle, siempre sonriente, desviando de vez en cuando la mirada hacia el infinito para mejor digerir alguna de las cosas que yo decía, con el gesto ampuloso del torero que se prepara para el combate, Nicolás Mata se quitó la pabela y la tiró a un rincón de la estancia como quien empieza a repartir naipes en una partida sensacional.

—De acuerdo —le concedí—, me engañaste al principio. Pero en la cuarta comunicación dijiste que me habías estado tomando de la mano cuando yo estaba en el hospital, después de mi intento de suicidio. Yo nunca intenté suicidarme. Ni siquiera cuando mi madre desapareció. La historia de mi

suicidio solo la había contado una vez: a Amanda cuando fui a verla a Las Grutas del Averno. Porque yo también soy muy bromista y me gusta contar chismes que me invento y que dan color a mi vida. Nunca intenté suicidarme y esa historia solo la había contado una vez, de manera que mi comunicante anónimo, Ángel Salvador, tenía que estar en Las Grutas del Averno, escuchándome, aquel día. ¿Y quién podía estar en Las Grutas escuchando si no el Gran Bromista, el Gran Mentiroso, aquel que disfrutaba una barbaridad cobrando dinero a señores ricos y haciéndoles creer que, si se tiraban a una cabra, cerrarían su pacto con Satanás y serían como dioses?

El cliente que parecía un mosquetero me había ido mirando a mí y a la chica postrada, a mí y a ella, siempre sonriente, a mí y a ella, pero acabó eligiéndola a ella. No podía creer que yo hubiera hecho realidad sus sueños con tanta facilidad. Los ojos clavados en la espalda blanca, menuda, surcada por el relieve de las vértebras. Se aflojó la pajarita, se la desató y prescindió de ella. A continuación se desabrochó el botón superior de la camisa.

—Ferran Drac —dije su nombre, al fin—. Rigan Bates. Francisco Vilablanca Gómez. Nicolás Mata. Que se habría mantenido escondido durante todo este tiempo en Las Grutas del Averno, el lugar ideal para reírse de los pobres desgraciados que pagan dinero a cambio de ser ultrajados y vejados, golpeados, escupidos, receptores de dolor, orines y excrementos. Podía imaginármelo con una máscara de cuero e interpretando personalmente el papel de castigador. En aquellos sótanos de luces apagadas y rincones secretos donde se iba a buscar cosas secretas y clandestinas. Una vez muerto Masovero, el Demonio se ocultó en las grutas de su hermana.

»En un principio, me planteé que podías estar muerto y que tal vez fuese Amanda la bromista de Facebook, pero no me acabé de convencer porque Amanda no tiene suficiente sentido del humor.

—Tiene un espíritu más práctico —comentó el representante de Satanás en la Tierra mientras se quitaba la chaqueta con movimientos complicados porque quería hacerlo sin soltar el bastón.

Me escuchaba y sonreía amablemente a mis palabras, pero era él quien estaba haciendo la auténtica exhibición.

—... Y, en todo caso —continué—, la duda se aclaró de inmediato cuando pensé en alguien que se acababa de presentar en mi vida despertando fantasmas del pasado. Cuando el señor Nicolás Mata vino a verme

pronunciando el eslogan que años atrás caracterizaba a los Ceremonios. «Adrenalina en vena.» Como si quisiera recordármelo, como si quisiera frotármelo por las narices. Cuántos recuerdos, ¿eh? Claro que la imagen de ahora no se corresponde con la de antaño; antes eras rubio y brillante y ahora tienes los cabellos negros y eres oscuro. Pero los cabellos se tiñen. Y el que se esconde lo primero que tiene que hacer es cambiar de *look*. ¿Sabes qué me hizo pensar que Nicolás Mata era Ferran Drac? Esta risita burlona e impertinente. Esta risita que quiere decir «Soy más listo que tú y te estoy tomando el pelo, y tú eres tan imbécil que no te das cuenta».

La misma risita que ostentaba en aquel instante Ferran Drac, en mangas de camisa, sujetando el bastón horizontal al suelo con las dos manos. Echó los hombros hacia atrás, la cabeza y la barbilla altas, expresión radiante y triunfal. Lo recordé rubio y bien plantado en las fotos y pensé que ahora tal vez no me habría dejado engañar por su aspecto. Gran actor, Francisco Vilablanca, ríete tú de Lon Chaney, el Hombre de las Mil Caras. Ahora, cuando conseguía que sus pupilas encontraran las mías, daba miedo. Podía ser una reencarnación satánica. Tan seguro de sí mismo, tan invulnerable.

—Te engañé —se reafirmó—. Tuviste que pensar mucho, antes de sacar conclusiones.

—Pero las saqué. También era muy revelador el nombre que usabas. Nicolás Mata. Es para partirse. Nico-las Mata. Nico las mata. ¡Esta sí que es buena!

—Todo es para partirse —dijo, mostrando los colmillos—. ¿No has oído hablar de ese juego que, en Internet, propone pruebas de sangre a los adolescentes, pruebas cada vez más duras hasta llegar al suicidio? No me digas que no es para partirse. ¡Suicidaos, suicidaos, idiotas! ¡Y se suicidan, los cabrones! Yo es que me meo. ¿Y los hackers que envían troyanos microbianos que se comen el alma de los ordenadores? Para partirse, Mili, sí, es para partirse. Bueno, y ahora permíteme que vaya al grano. Empiezo a estar impaciente y no estás diciendo nada que no sepa.

—Claro que no. Solo estoy pensando en voz alta. Y no quieres que continúe pensando porque puedo encontrar tu talón de Aquiles, ¿verdad? Pero llegas tarde, porque ya lo he encontrado.

»Todo fue bien para ti hasta que, hace pocos días, un hombre mayor se presentó en Las Grutas del Averno preguntando por ti, ¿verdad? Un viejo. El

policía que se había cargado a todos los Ceremonios. A Franco, a Duch, a Crelles, a Masovero, incluso a mamá. Mi madre.

—Eso ya te lo estás inventando. No sé de qué me hablas.

Inesperadamente, descargó un bastonazo sobre la espalda de la mujer desnuda. Un golpe no muy fuerte, pero rápido como una respuesta automática.

Por si se hubiera ocurrido tratar de impedirlo.

Gritó la chica, y probablemente grité yo también. En todo caso, interrumpí mi discurso.

Ferran Drac me miró con una expresión que significaba: «¿Qué! ¿No hemos venido aquí para esto?». Comenzó a andar, con la actitud y el ritmo relajados de un paseo campestre. Rodeaba a la chica sumisa y se acercaba a mí. Yo también me puse en movimiento, avanzando con el mismo ritmo y la misma dirección, manteniendo las distancias. Ahora no perdía de vista el bastón. Estaba dispuesto a impedir el segundo golpe.

—Sí sabes de qué te hablo —dije, en guardia—. Un antiguo inspector de policía. Jaime Rey. Fui a verle y, al cabo de pocos días, apareció asesinado en la playa de la Mar Bella. Yo me preguntaba: «¿Qué demonios le ha pasado? ¿Por qué han tenido que asesinarlo ahora, precisamente ahora, después de tantos años?», e, inevitablemente, relacionaba la aparición del cuerpo de mamá, mi visita a Rey y su asesinato. ¿Qué relación podía tener una cosa con la otra?

»Al fin, recordé que yo le había dicho al viejo inspector algo que él no sabía. Y es que Ferran Drac y Amanda Manda eran hermanos. Recuerdo su expresión de estupefacción: “¿El satanista era hermano de Amanda Manda?”. Él no lo sabía, por tanto acababa de descubrirle una vía de investigación que no había emprendido.

»Si Jaime Rey, para vengar a las niñas de Collserola, había sido capaz de ir hasta Tailandia para matar a un Ceremonio y hasta la República Dominicana para matar a otro, no se iba a perder la posibilidad de localizar al último Ceremonio vivo en la misma Barcelona o, al menos, la ocasión de preguntar a la hermana donde estaba su hermano.

La chica estaba muy quieta en el centro de la sala. Con la marca roja del bastón en la parte superior de la espalda.

Solo había emitido un grito, y nada más, ni un gruñido más. Era un objeto

de decoración en medio de la sala.

—Y se fue para allá —insistí, aunque Ferran Drac no reaccionaba de ninguna manera a mis palabras, más concentrado en la espalda de la chica que en mí—. Seguro. La lógica me decía que, si Jaime Rey era el vengador de las niñas de Collserola, seguro que habría ido a buscarte a Las Grutas del Averno. Y, unos días después, estaba muerto. ¿Qué significaba aquello? Solo se me ocurrió una respuesta: que te encontró, Ferran Drac. Y quiso matarte. Seguro que aquella vez también te partiste de risa, ¿verdad? Ridículo viejo imbécil, ¿que se había creído? ¿Qué pensaba que podía hacerte un mamarracho derrotado con párkinson, un vejestorio que no se aguantaba los pedos? Quiso matarte, pero lo mataste tú. En legítima defensa, ¿verdad?

—En legítima defensa, tú lo has dicho.

—Sí, pero luego lo envolviste en una toalla de baño y lo dejaste tirado en la playa de la Mar Bella. Es curioso porque, con todo lo que sé de ti, es la primera vez que te encuentro directamente implicado en un asesinato.

—No —dijo Ferran Drac—. Ahora es la segunda vez. Me pilló por sorpresa.

Yo estaba atento a que no volviera a golpear a la chica y Drac optó por golpearme a mí. Movié muy de prisa el brazo derecho mientras sujetaba el bastón con la mano izquierda. Demasiado tarde me di cuenta de que había desenvainado un estoque escondido en el alma del palo. Hirió mi oído el zumbido del metal cortando el aire, cortando la camisa de izquierda a derecha, cortándome el pecho y el dolor agudo me cortó el alma.

Imbécil de mí. No puedes confiarte nunca. Mira que me lo decía mamá. Como si no hubiera aprendido nada en los años de peleas en la calle. Me pilló desprevenido, el malnacido.

¡Zas! Pegué un salto atrás, tropecé conmigo mismo y caí de la manera más torpe, sin poner manos que parasen el golpe. Se me escapó un sollozo de desesperación al comprender que lo había hecho muy mal, que había puesto a la chica en peligro y que, probablemente, ya estábamos muertos, tanto yo como ella.

Pero entonces me ensordeció el aullido de la fiera.

No vi su transformación, pero puedo imaginármela. Aquella mujer menuda desenroscándose y alzándose como la serpiente enfurecida que planta cara, Nag y Nagaina triunfando por una vez sobre Rikki-Tikki-Tavi,

quitándose la capucha negra, disparando rayos láser por los ojos, mostrando sus dientes de mordisco venenoso.

Maragda creció y creció como un gigante pavoroso con una navaja militar retráctil pensada para decapitar que brillaba casi tanto como sus ojos. Drac quiso traspasarla con su estoque, pero ella lo esquivó, saltó de pared a pared, burlando los tajos que le mandaba el Demonio del Estoque, gritaba cada vez que sus pies tocaban el suelo, se agazapaba, brincaba de nuevo hacia donde el enemigo menos se esperaba, rodó por el suelo y cortó de un golpe el tendón de Aquiles del adversario.

Ferran Drac se desplomó antes de sentir dolor.

Maragda se lanzó sobre él con todo el peso de su pequeño cuerpo y lo apuñaló una vez en el corazón.

Pam. Un solo golpe.

Se quedó quieta, esperando oír un corazón que ya no volvería a latir nunca más.

Yo no quise verlo.

Por favor, por favor.

Maragda me decía:

—¿Cómo estás?

Cortado en dos, estaba. Sangrando como un cerdo, estaba. Medio moribundo, a lo mejor muerto. Solo me quedaba ánimo para decir:

—Por favor, por favor.

Tuvieron que depilarme el pecho. Eso fue lo que me hizo más ilusión. No me lo había querido depilar nunca, pero si era por prescripción facultativa y no quedaba más remedio, me rendí. Claro que la parte del cuerpo donde me hirió aquel chapuzas no puede lucirse si no es en la intimidad, en las pantallas de cine o en la playa, que es donde se lucen los desnudos más gloriosos del mundo, pero nadie me podrá impedir que presuma de cicatriz y pectorales dentro de mi palacio, que es el Harén.

Es mi marca de guerra, adquirida en singular combate con un aprendiz de Athos, Porthos y Aramis.

Cuando el inspector Santllehí llamó a la puerta, aún no había llegado el momento del exhibicionismo. Iba cubierto con una camisa porque, aunque habían pasado casi dos semanas desde la estocada, bajo el gran apósito que me cruzaba el pecho, la cicatriz todavía no era una airosa y enérgica pincelada, sino un desgarrón repugnante con costras que provocaba mareos y náuseas. Un asco.

—Inspector Santllehí. Qué sorpresa tan agradable. Y qué buen aspecto tiene.

Enseguida adiviné cuál era el motivo de la visita. La última vez me había citado en la comisaría de Les Corts. Si tenía algo que decirme, podría haberme telefonado para citarme allí de nuevo. Si venía personalmente, era porque en el Harén esperaba encontrar algo que no encontraría nunca en la comisaría.

Además, iba muy bien vestido, con traje caro y corbata, más James Mason que nunca, de la época de *El hombre de Mackintosh*, con elegancia y dignidad sumamente frágiles. Se había puesto un exceso de colonia o de *aftershave*, como hacen la mayoría de hombres el día que vienen a conocer a alguna de mis colaboradoras. Yo se lo agradezco, porque lo considero una deferencia de buen gusto, pero deberían entender que no hace falta, que el

sexo que encontrarán aquí es sexo fácil, que no exige ninguna clase de sacrificio.

Frunció el ceño.

—En cambio, usted tiene mal aspecto. Lo veo pálido.

—Los excesos —dije—. Pase, por favor. ¿Quiere tomar algo, mientras hablamos? ¿Cava, un penedés, oporto, jerez, whisky, gin-tonic...?

—Gin-tonic.

No venía de servicio.

Lo hice pasar a la Sala Regia o De las Orgías, que admitía usos muy diferentes. Había sofás y divanes y alfombras muy blandas y sillas bastante imaginativas. Pedí a Maragda que nos trajeran dos gin-tonics.

—¿Qué me cuenta de la sargento Artosa? No la he vuelto a ver nunca más.

—No descarte que pueda encontrarla por aquí el día menos pensado. — Santllehí tenía una sonrisa muy agradable—. Le creó un problema de conciencia.

—¿Ah, sí? Me gusta oír eso.

—La sargento Artosa es soltera y defiende la libertad sexual. Que cada cual haga lo que quiera con su cuerpo y con quien quiera. Cuando usted le propuso que trabajara aquí... —Lo interrumpí levantando las cejas. Asintió y sonrió algo más, como avergonzado—... Sí, me lo contó. Es más: la conversación que tuvimos cuando salimos de aquí favoreció que, pocos días después, me abriera su cama. Nada intenso. Una experiencia. Pero muy agradable. Pues le decía que, cuando usted le propuso que trabajara aquí, se ofendió, se enfadó mucho. Pero luego se preguntó: «¿Por qué me enfado? ¿Por qué me ofendo?». Y no deja de pensar en ello. No deja de darle vueltas al tema.

Con una mueca, volví a demostrar que me gustaba tener tan buenas noticias de la sargento, pero decidí cambiar de tema. No me encontraba muy bien, estaba un poco mareado. Tenía que descansar.

—¿Y usted? —dije.

Ya estábamos tomando los gin-tonics. Levantó la copa en un brindis, que correspondí.

—Yo estoy de celebración —anunció, eufórico—. ¿Sabe qué celebro? La

solución del asesinato del inspector Jaime Rey.

—¿Ah, sí?

—Sí. Solucionamos el gran misterio. La muerte de las tres niñas de Collserola y algunas más. La existencia de los Ceremonios, quién mató los Ceremonios. Y quien mató al inspector Jaime Rey. Se confirma la antigua teoría de la conspiración. Reabriremos el caso. Prepárese para el gran escándalo.

—Bravo —murmuré sin entusiasmo.

—Y lo hemos solucionado gracias a usted.

—¿A mí? —Torcí el cuello, para hacerle notar que le otorgaba toda mi atención.

—A usted y al inspector Jaime Rey —añadió él, asintiendo con la cabeza, como si me preguntara: «Le sorprende, ¿verdad?».

—¿Gracias a mí y al inspector Jaime Rey? —Reclamaba una explicación.

Se explicó:

—Fue providencial que me sugiriera usted que buscáramos el cuerpo de Duch en el mismo huerto donde había aparecido su madre. Cavamos un poco más y lo encontramos. Aquello aportó un dato esencial para la investigación; si lo relacionábamos con la lista de los Ceremonios y con el hecho de que Rafael Franco y Pedro Crelles hubieran aparecido muertos, uno en Tailandia y el otro en la República Dominicana. No sé si percibe que, de la famosa lista que salió a la luz en el 2005, todos los Ceremonios están muertos.

Noté que se me congelaban las constantes vitales.

—¿Sí? —fruncí las cejas.

Enumeró:

—La madre de usted, Duch, el comisario Masovero, Franco y Crelles. Cinco. Todos muertos. Salvo uno. El Demonio. Ferran Drac.

—Que no se llamaba Ferran Drac, ¿no? Se llamaba...

—Francisco Vilablanca Gómez. ¿Sabía usted que era hermano de aquella *dominatrix* que tiene un negocio montado cerca de la plaza de Espanya?

No valía la pena mentir. Podía ser una pregunta-trampa.

—Pues a lo mejor sí que lo mencionó Sancha en algún momento.

—Lo llevaban muy escondido. Pero durante la inspección ocular, en el piso del inspector Rey habíamos encontrado una serie de recortes de

periódicos y fotos antiguas referentes al caso de las niñas de Collserola. Había sacado del armario un par de álbumes y un par de cajas de zapatos llenos de la documentación recopilada mientras duró aquel caso. Eso significaba que Jaime Rey había continuado investigando después de que le relevaran del caso. Encontramos fotos de la madre de usted, y de todos aquellos que se hacían llamar los Ceremonios, y, entre todas las fotos, una que nos llamó la atención. En ella se veía a esa *dominatrix* que tiene unas Cuevas del Sado o algo parecido cerca de la plaza de Espanya y, sobre la foto, el inspector Rey había escrito hacía muy poco: «Hermana de FDrac» con muchos signos de exclamación.

»Ah, y en la lista de los Ceremonios, el Demonio estaba rodeado por un trazo enérgico de rotulador grueso. Jaime Rey tenía puesta su atención en el Demonio Ferran Drac. Aun después de muerto, Jaime Rey estaba señalando con su dedo índice al Demonio Ferran Drac.

»La aparición del cuerpo de Julio Duch nos conducía a Ferran Drac, y el caso de Jaime Rey nos conducía en la misma dirección. De manera que nos acercamos a esa mujer que se hace llamar Amanda Manda e investigamos su entorno.

Mi mareo progresaba y mi cerebro bailaba como una peonza. Me di cuenta de que palidecía un poco más. Sudor frío en la frente y en la espalda, empapando mi camisa. No se abre la puerta del Despacho de Recibir porque los fantasmas no necesitan puertas para entrar, y veo a mi madre, a mamá, tan guapa como era, con esos pechos reventando los botones de la blusa, la calavera de los ojos de diamantes, sus ojos turbios de enfermedad sucia, labios sucios de rojo sangre, y esa actitud cansada y sobrada, despectiva y borracha. Qué guapa, qué odiosa. Dificultad en respirar. Me iba a caer al suelo de un momento al otro. Su mirada, pesada y superficial, me valora como a chuloputas, le parece que lo hago bien, puede estar orgullosa de su mierda de hijo. Sonríe un poco, burlona, a punto de dejarme en ridículo. Abrí más los ojos y bebí un trago de gin-tonic para precipitar la catástrofe. Buscaba el desmayo reparador, la amnesia, la salida de la trampa. Por tu culpa están a punto de condenarme a muerte, mamá. Buscarán el cuerpo de Ferran Drac y encontrarán el cementerio de los somalíes. Por favor, ayúdame desde el Más Allá, tú que eres todopoderosa como lo son todos los muertos.

Ahora el inspector Santllehí diría: «Estábamos vigilando Las Grutas del

Averno y vimos salir a Ferran Drac, y lo seguimos y... ¿sabe adónde iba?»; y yo: «Que no lo diga, que no lo diga, por favor, por favor, por favor»... «¿Sabe dónde iba Ferran Drac? Venía aquí, al Harén.» Mi madre se echa a reír. «Por favor, por favor, por favor, no»; «¿Y quiere que le diga otra cosa? No volvió a salir de aquí»; «¿No volvió a salir de aquí?»; «No, no volvió a salir de aquí, ¿qué fue de Ferran Drac, señor Santamarta?».

—¿Se encuentra mal?

Reaccioné:

—¡No, no! Estoy bien.

—¿Quiere que avise a alguien? ¿Quiere acostarse? —No, no. Ya le voy a traer a alguien que se acuesta mucho mejor que yo. Continúe. Le estaba escuchando.

Con un poco de suerte, ahora se apagarían las luces y ya no oiría nada más. La muerte habría sido más oportuna que nunca.

—Enseguida encontramos a unos vecinos, un matrimonio, con muchas ganas de hablar. No estaban de acuerdo en absoluto con la existencia de un negocio como el de Amanda Manda en su edificio. Eran muy religiosos y estaban dispuestos a declarar cualquier cosa con tal de que alguien se llevara las grutas y mazmorras del sótano lejos de allí.

«¿Lo ha dicho ya? ¿Me va a poner las esposas?»

Ayúdame, madre, madrecita, mamá, guapa, no me dejes caer en la desgracia, líbrame del mal. Y mamá, acodada en sus rodillas, mira al suelo y niega con la cabeza, «No, Mili, no esperes nada de los muertos, ni bueno ni malo, no esperes nada de mí, mierda de crío, que ya te las arreglas bien sin mis caricias ni mis besos».

—Me recordó una película —continuaba el inspector, sonriendo soñador y relajado—, me parece que era alemana, donde los vecinos religiosos de un pueblo rezan para que Dios se lleve un burdel bien lejos, a la cumbre de una montaña. Dios les hace caso y el burdel, de la noche a la mañana, aparece en la cima del monte; y todos empiezan a hablar de aquel milagro, corre la voz por el mundo, y toda la humanidad quiere ver el lugar del milagro, y se organizan auténticas peregrinaciones al burdel de la montaña, que nunca tuvo tanto éxito como entonces.

Se rio el policía y esperaba que yo me riera, de manera que también lo hice.

«No, no lo ha dicho. No localizaron a Ferran Drac, no lo vieron salir de Las Grutas ni lo siguieron hasta el Harén...»

—Pero —yo me impacientaba— lo que declarase aquel matrimonio debía de ser tendencioso... No serviría como... —No sabía qué decir—. A lo mejor se lo inventaron todo.

—Hemos podido comprobarlo. Ese matrimonio declaró que el sábado, 25 de febrero, vieron cómo Amanda Manda y un hombre salían del edificio cargando un bulto muy sospechoso. Vieron cómo lo metían dentro de una furgoneta y se lo llevaban.

»Cerca de Las Grutas hay una sucursal bancaria con una cámara de seguridad. Pocas horas antes, esa cámara había captado a una persona que nos resultaba conocida y que muy probablemente se dirigía al establecimiento de Amanda Manda. ¿Sabe quién era esa persona?

Pensé: «Ahora dirá que era yo. O Ferran Drac. Y lo siguieron hasta el Harén».

—¿Quién era esa persona? No, no lo sé.

Dijo:

—El inspector Jaime Rey.

Marcó una pausa para observar mi reacción. Hice lo que pude para disimular mi angustia, pero se me escapó un suspiro, que disfracé de sorpresa casi sobresaltada.

—No.

—Sí. ¿Se da cuenta? El sábado por la tarde, el inspector Jaime Rey iba a ver a Amanda Manda; el sábado por la noche, Amanda Manda y un hombre sacaban un bulto sospechoso; el domingo apareció el cuerpo del inspector Jaime Rey en la playa de la Mar Bella. Solo había que sumar dos y dos. —Valoré muy positivamente que, aun siendo policía, no dijera aquella tontería de «blanco y en botella»—. Hace un par de días fuimos a ver a Amanda Manda, que en realidad se llama Ana Vilablanca Gómez. Solo tuvimos que presionarla un poco y acabó confesándolo todo. Su hermano Francisco, que se hacía llamar Ferran Drac, mató al inspector Jaime Rey. Como antes había matado a todos los Ceremonios.

—¿Matado a todos los Ceremonios? ¿Ferran Drac?

—Sí, señor.

—No.

—Sí.

—Por favor.

—Ferran Drac los mató, uno por uno. Empezando por la madre de usted.

—¿Mi madre?

—Su madre.

—Por favor, por favor.

—Lamento darle la noticia.

—No, no. Yo no conocía de nada a ese Ferran Drac.

—Y siguiendo por Masovero, Duch, Franco, Crelles...

—¿A todos los mató Ferran Drac?

—Es lógico, si lo piensa bien. Los lobos matándose entre ellos. *Homo homini lupus*. Habíamos sospechado de Duch, pero una vez aparecido su cadáver, solo nos quedaba uno de los Ceremonios. Tiene que ser él. Por eliminación.

—Nunca mejor dicho.

—Los mató y se refugió en Las Grutas del Averno. Su hermana dice que él nunca le confesó que lo hubiera hecho, pero ella está segura y cree que Ferran Drac acabará cantando. Suponemos que el inspector Jaime Rey sabía que el asesino era él y nunca dejó de buscarlo. Estos días, a partir de la aparición del cuerpo de su madre de usted, desenterró el caso e hizo nuevas averiguaciones. Y confirmó la antigua sospecha: el asesino era el Demonio. No sé por qué, en lugar de venir a hablar con nosotros, fue a buscarlo a él.

—Pobre viejo —suspiré yo desolado—, encorvado, vencido, decrepito, con párkinson. A lo mejor fue porque él era del Cuerpo Nacional de Policía y ustedes eran Mossos d'Esquadra. Creía que lo haría mejor. Sin duda, hizo de ello una cuestión personal.

—Una cuestión personal —corroboró el inspector Santllehí, subrayando que aquellas eran las palabras exactas—. Fue a buscar al Demonio. Y lo encontró. Y el Demonio lo mató.

Miro a mi madre, Madre Mía, Madre Putísima, de qué lío me has sacado; me has abandonado de noche y de día, pero ya me voy reponiendo.

Ya no está.

Ya me ha abandonado definitivamente.

Ya me he librado de ella.

Ahora respiro mejor.

Me vuelve el color a la cara.

Mi madre escapa por la ventana, o por el resquicio de la puerta, y vuela por la avenida del Tibidabo allá, hacia la plaza de John F. Kennedy, Balmes abajo... Adiós, mamá, ya no te necesito. No necesito que me ahogues cada noche con la almohada, no necesito tu desprecio, no necesito tu odio. Adiós, que usted lo pase bien.

—¿Y...? —animé a continuar al policía—. ¿Ya lo han detenido? ¿Ya han detenido a Ferran Drac?

—Todavía no —reconoció sin perder el optimismo—. Amanda dice que ha huido. Estaba muy nervioso después de haber matado al inspector Rey y, un día, no hace mucho, salió de Las Grutas y no volvió. Pero lo vamos a encontrar.

—No lo dudo.

Levanté la copa de nuevo.

—Bueno, pues felicidades por sus éxitos, inspector.

Brindamos.

—Ahora, si quiere mirar nuestro catálogo...

Empujé hacia él, por encima de la mesa, la carpeta de cuero negro que Maragda había traído con los gin-tonics. Santllehí ya la conocía. Tal como había hecho la otra vez, la abrió, comprobó que se le ofrecía el mismo desnudo de la portada de *Interviú* y la cerró enseguida con una sonrisa cargada de intenciones.

—La otra vez —dijo con una cierta prudencia, un cierto pudor—, cuando me mostró este catálogo, me dijo que tenía otras. Algunas que no querían constar en ninguna parte pero que usted podía llamarlas... Habló de actrices muy conocidas, presentadoras de televisión, chicas que aparecen en anuncios...

Asentí.

—¿Tiene algún capricho en especial?

Todos tenemos caprichos. Sueños, fantasías, ilusiones, espejismos. A veces se hacen realidad.

Y a veces no.

Tanto nuestros clientes como todos aquellos que pasan por la avenida del Tibidabo y nunca entrarán a vernos, los que ni siquiera conocen nuestra existencia, los científicos que van a los laboratorios del edificio de al lado, los diplomáticos de los consulados de más arriba o más abajo, los hombres de negocios que van saltando de una reunión a otra, los turistas que llenan el Tranvía Azul que hace exhibición de *vintage* montaña arriba, la dependienta que no vende, que no sabe vender y no quiere vender pero no sabe vivir sin un mostrador donde apoyarse, el cartero que quería ser Miquel Strogoff, el ratero fracasado porque sabe que nunca llegará a robar más de mil euros de una sentada, los estudiantes que llenan la prestigiosa Universidad Raimon Llull rodeada por los jardines novecentistas de la Tamarita en la plaza de John F. Kennedy; y las criadas que pasean niños o sacan el polvo en los pisos lujosos del barrio; y los trabajadores ajetreados que entran y salen de los Ferrocarriles de la Generalitat; y el binomio de policías que ocupa el coche de lucecitas azules y distintivos para dejar bien patente su condición de policías, el taxista enamorado de todas y cada una de las mujeres que lleva en su taxi, el ama de casa que siempre vive el mismo momento en el mismo lugar, que nunca son el momento ni el lugar oportunos; el amigo del bueno, que al final siempre muere, la china del bar de la esquina, experta en pan con tomate, incolora, inodora e insípida como una foto fija, el bombero que adora su trabajo y no es gandul pero, aun con eso, no desearía tener que ejercerlo nunca, el periodista que desearía no verse obligado a decir lo que no puede decir y nadie quiere oír, todo el mundo, todo el mundo, todo el mundo, todo el mundo tiene sueños, fantasías, ilusiones y espejismos que les ayudan a soportar una vida aburrida, banal, repetitiva, rutinaria y sin sorpresas que algunos confunden con la realidad.

Es bueno que todos ellos sepan, todos nosotros sepamos que, en algún lugar de la ciudad, hay puertas que se abren a otros mundos; como mínimo una puerta de madera noble decorada con un escudo heráldico tallado en piedra consistente en tres estrellas de oro en triángulo y bordura de ocho piezas de oro y el lema *Hic et Nunc*, que se abre a universos sorprendentes, mundos desconcertantes, cielos inesperados, infiernos abrumadores, Olimpos que parecen mentira y que alguien podría confundir con la ficción, pero que existen, creedme, y los tenemos al alcance la mano.

La ciudad es un conglomerado de millones de caprichos personales, de

sueños intransferibles, de fantasías secretas, de ilusiones inconfesables y de espejismos anhelados que de vez en cuando se pueden hacer realidad.

Y de vez en cuando, no.

Barcelona, 23 de mayo 2017

ALEXIS
RAVELO

El peor de
los tiempos



*la quinta de
Eladio Mouroy*

ALREVÉS

El peor de los tiempos

Ravelo, Alexis
9788417077143
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Eladio Monroy se ve obligado a salir de su retiro para buscar a Elvira, la hija de su viejo amigo Pepiño Frades. En principio, no hay misterio: parece un asunto sencillo, cuestión de entrar y salir, patear un par de calles, hacer un par de llamadas, conseguir una dirección o un número de teléfono. Pero el rastro de Elvira Frades conduce a sórdidos territorios a los que se accede por la puerta de atrás de los salones más lujosos. Así arranca la quinta de Eladio Monroy, el Mike Hammer de la calle Murga, experto en meterse en líos y en salir de ellos a hostia limpia. La serie Eladio Monroy Eladio Monroy no es policía ni detective. Ni siquiera un periodista. Pensionista de la marina, complementa su mísero sueldo con encargos bajo cuerda. Tan sarcástico como sentimental, tan culto como maleducado, se enfrenta a cada problema con astucia, perplejidad y grandes dosis de mala baba. No es que le apetezca andar por ahí investigando a la gente y haciendo justicia. Lo único que quiere es ir echando días para atrás en la ciudad que lo vio nacer. Pero, irremediabilmente, siempre acaba viéndose obligado a hacer cosas que nadie hará si no las hace él. Las novelas de la serie Eladio Monroy se inscriben en el hard boiled más clásico y, al mismo tiempo, resultan absolutamente singulares. Ambientadas en Las Palmas de Gran Canaria, bucean en

las contradicciones de la sociedad española y las ponen de relieve en argumentos autoconclusivos plagados de giros, humor y violencia. Por supuesto, Monroy no está solo. Siempre puede contar con la fauna del bar Casablanca (Casimiro, Dudú y el Chapi); con el comisario Déniz; con Manolo el comunista y ese fantasmagórico grupo de colaboradores que se autodenomina La Asamblea; con su hija Paula y con Mónica, pareja de deshecho de esta; y, sobre todo, con Gloria, su vecina, amiga con derecho a roce y librera habitual.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Lena

DANIEL VÁZQUEZ SALLÉS



ALREVÉS
NOVELA NEGRA

Lena

Vázquez Sallés, Daniel

9788417077334

240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La primera vez que Martín vio a Lena en la playa tenía doce años y ya entonces supo que esa joven sería la mujer de su vida, pero para ello debería pagar un peaje: convertirse en un asesino a sueldo. Y aunque quizá fue la casualidad la que cruzó su vida con el Posibilista, tal vez no fue tanta la coincidencia de asumir la condición humana de matar por encargo. Porque si algo estaba escrito no era su vocación, sino su amor demente por Lena, esa escritora fatal amada —y renegada— por sus semejantes. Asumir la identidad de Knopfler y los infinitos riesgos que conllevaba ser un criminal no fueron para Martín un impedimento, porque su objetivo final, Lena, era el regalo. Y es que, a fin de cuentas, Lena es la historia de amor a lo largo del tiempo entre un asesino a sueldo y una novelista. Daniel Vázquez Sallés no juega con el lector, pero sí lo acompaña en un recorrido vital lleno de curvas y de guiños a la ciudad de Barcelona y a algunos personajes que en algún momento de sus vidas se han cruzado con el autor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

TENÍA QUE SOBREVIVIR

Dr. ROBERTO CANESSA Y PABLO VIERCI

2^a
edición



CÓMO UN ACCIDENTE AÉREO EN LOS ANDES
INSPIRÓ MI VOCACIÓN PARA SALVAR VIDAS

ALREVÉS

Tenía que sobrevivir

Canessa, Roberto

9788416328758

344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

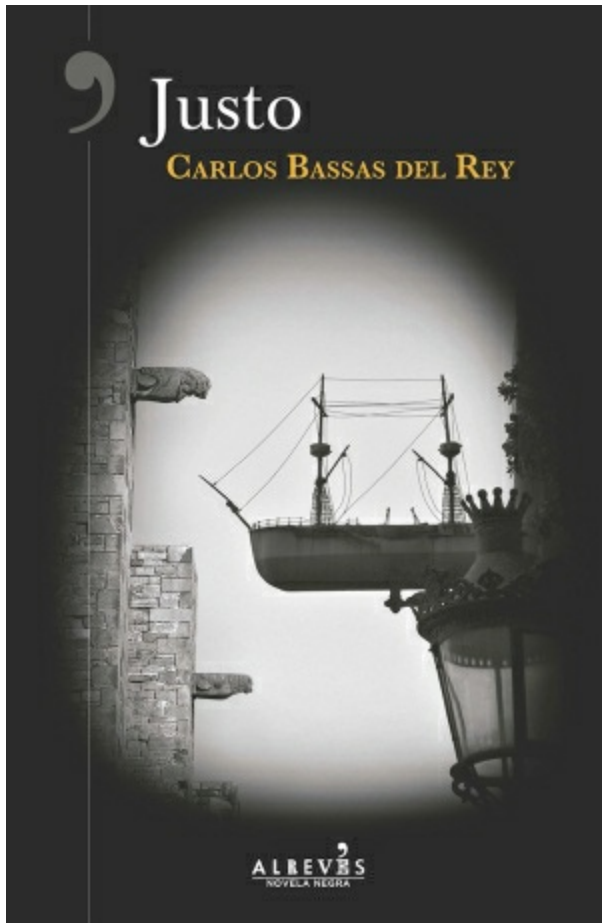
Del corazón de los Andes al corazón de los niños. Un libro que sorprende al mundo. Un iluminador relato de esperanza y determinación, solidaridad e ingenio, que aporta una nueva perspectiva a una historia mundialmente conocida. Este libro que acaba de publicarse en Uruguay, está sorprendiendo al mundo. Lanzado en Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda en marzo de este año, está cosechando elogios en todos los medios de prensa. El prestigioso Publishers Weekly escribió que es un libro "que no lo puedes soltar desde el principio hasta el final". En la obra se trazan las conexiones entre la delgada línea entre la vida y la muerte que vivió Canessa en el accidente de los Andes, en 1972, y su trabajo diagnosticando cardiopatías congénitas muy complejas a niños recién nacidos y fetos, que lo llevó a convertirse en uno de los cardiólogos infantiles más conocidos del mundo. ROBERTO CANESSA, a los 19 años, junto con Nando Parrado, dejó atónito al mundo en diciembre de 1972, cuando aparecieron vivos en Chile tras escalar la cordillera de los Andes durante diez días, para guiar el rescate de sus catorce amigos atrapados en el fuselaje, dos meses después de que el avión en que volaban se estrellara contra las montañas. Se graduó como médico cardiólogo pediatra, fue

galardonado tres veces con el Premio Nacional de Medicina en Uruguay y en 2015 fue designado Honorary Fellow of the American Society of Echocardiography. Actualmente es jefe de Ecocardiografía y Cardiología del Hospital Italiano y colabora con una red integrada por los más prestigiosos colegas en todo el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Justo

CARLOS BASSAS DEL REY



ALREVÉS
NOVELA NEGRA

Justo

Bassas del Rey, Carlos

9788417077242

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La verdadera justicia debe ser fría, implacable, desapasionada. Y para aplicarla, Dios decidió que cada generación contara con treinta y seis Justos, los tzadik, hombres anónimos que mantienen el equilibrio entre el Bien y el Mal sobre la faz de la Tierra. Justo Ledesma es uno de ellos. Un viejo irascible que discurre por las calles de un barrio, el de Sant Pere, Santa Caterina i la Ribera, que ya no es el suyo; de una ciudad, Barcelona, que dejó de serlo hace tiempo. Un hombre cansado que, consciente de que su fin está cerca, decide saldar cuentas con su pasado; con un pasado que regresa de forma inesperada cincuenta años después. Escrito en una primera persona de estilo directo y peculiar, Justo esconde un triple relato: el de una vida dedicada a una misión sagrada, el de una venganza y el de la nostalgia por un tiempo cada vez más lejano, por unas calles cada vez más ajenas, por una ciudad moribunda que se desangra víctima de sus propios anhelos, de sus propios errores.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El secreto está en Sasha

RAFA MELERO ROJO



ALREVÉS
NOVELA NEGRA

El secreto está en Sasha

Melero Rojo, Rafa

9788417077228

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El asesino en serie es una criatura de una enorme complejidad y que camina a paso lento y seguro, como un camaleón, cambiante y letal, y siempre al acecho de su próxima víctima; algunos pueden cometer sus crímenes durante años antes de que surja un indicio que ponga a la policía tras su pista. Nadie sabe esto mejor que el sargento de los Mossos d'Esquadra Xavi Masip, que tras el asesinato de la mujer de un empresario barcelonés es capaz de atar cabos con el caso de «Sasha», una chica encontrada muerta en un bosque de Girona con una extraña señal marcada en su cuerpo, y enseguida se da cuenta de que no se trata de un crimen aislado. Masip no solo tendrá que enfrentarse a un criminal infinitamente cruel, sino que, además, deberá lidiar con la implicación de la mafia rusa que controla gran parte de la prostitución de la costa barcelonesa y con ciertas desavenencias con otros grupos de los Mossos. Por si esto fuera poco, su investigación hará saltar las alarmas de otros cuerpos policiales y Masip deberá incluir en su equipo a la inspectora Andrea Martínez, de la Policía Nacional. Después de *La ira del Fénix* y *La penitencia del alfil*, Rafa Melero vuelve, con su voz más reconocible, a sumergirnos en un sinfín de emociones mientras acompaña al sargento Masip por el laberinto de una nueva investigación criminal

repleta de retos que pone a todo su equipo, y al lector, al límite de sus capacidades.

[Cómpralo y empieza a leer](#)